

Autor y serie superventas de 'The New York Times'.
Número 1 en ventas en Estados Unidos.

JIM BUTCHER



«La saga se ha convertido en un fenómeno de masas en Estados Unidos, ha inspirado una serie de televisión y ya ha conquistado a millones de lectores en todo el mundo.»

—*Diario de Pontevedra*

EL TRONO BLANCO

Harry Dresden

Lectulandia

Alguien tiene en el punto de mira a los practicantes de magia de Chicago, los miembros de la subclase sobrenatural que carecen del suficiente poder para convertirse en magos plenos. Varios han desaparecido. Otros parecen haberse suicidado. En el último caso, el culpable ha dejado una tarjeta de visita en el escenario del crimen, un mensaje para el mago detective Harry Dresden.

Este se lanza a buscar al asesino, pero la investigación lo lleva hasta un culpable que no cree posible: Thomas, su propio hermano. Para limpiar su nombre, Dresden se implica en una disputa de poderes sobrenaturales que lo supera, se halla en una situación de inferioridad y peligrosamente susceptible a la tentación.

Lectulandia

Jim Butcher

El trono blanco

Harry Dresden 09

ePub r1.0

capitancebolleta 06.08.13

Título original: *White Night*
Jim Butcher, 2008
Traducción: David Luque Cantos
Fecha Traducción: 09/2012

Editor digital: capitancebolleta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para los nuevos miembros de la familia, Jesse y Dara

Agradecimientos

Tengo que dar las gracias a la panda habitual por su ayuda en este libro, así como por todas las novelas anteriores: a los residentes de Beta Foo Asylum, *semper criticas*. Gracias a mi agente, Jenn; a mi editora, Anne; y gracias a ti, mi ángel, Shannon. Cada uno de vosotros me ayuda más de lo que cree; bueno, sí, probablemente Shannon me ayude más que los demás, pero gracias a todos.

Capítulo 1

Muchas cosas no son lo que parecen. Las peores de la vida nunca lo son.

Aparqué mi Volkswagen Escarabajo azul, curtido en mil batallas, frente a un destartado edificio de apartamentos de Chicago, a apenas cinco manzanas del sótano alquilado donde vivo. En general, la poli me llama cuando la situación está ya bastante cruda; un cadáver como mínimo, varios coches, un montón de luces azules dando vueltas, cinta amarilla y negra acordonando la zona y gente de la prensa. O cuando se intuye que de un momento a otro la cosa va a ponerse así.

En aquella escena del crimen reinaba la calma. No vi ningún coche de policía, y solo había una ambulancia aparcada allí. Una joven madre pasó a mi lado, empujaba un carrito con un niño y llevaba otro agarrado de la mano. Un hombre mayor paseaba a su labrador cerca de mi coche. No había nadie parado curioseando ni haciendo nada que se saliera de lo normal.

Qué raro.

Un escalofrío me recorrió la nuca a pesar de que se trataba de una soleada tarde de mayo. Normalmente no me pongo nervioso hasta que no veo a, al menos, una horrible criatura cometiendo algún acto sangriento.

Se lo achaco a mis paranoias con el envejecimiento. No es que sea viejo ni nada de eso, no lo soy, y menos aún teniendo en cuenta la longevidad de los magos, pero la edad no perdona y estoy bastante seguro de que no trae nada bueno.

Aparqué el Escarabajo azul y me encaminé al edificio de apartamentos.

Subí varios tramos de escaleras que necesitaban losetas nuevas o, como poco, que frotaran las viejas a conciencia y les sacaran lustre. Continué por un pasillo de moqueta azul grisácea, tan destrozada que hacia la mitad se formaba una brillante planicie. Aunque de gruesa madera de roble, las puertas de los apartamentos eran antiguas y estaban muy castigadas. Murphy me estaba esperando.

Su escaso metro y medio de estatura y sus poco más de cincuenta kilos no le otorgaban precisamente el aspecto de una dura agente de policía de Chicago capaz de enfrentarse con igual temple a monstruos y maníacos de toda índole. Las tías así no son rubias ni tienen una nariz tan mona. A veces pienso que Murphy se convirtió en algo tan ajeno a su aspecto solo para llevar la contraria. Sus brillantes ojos azules y una inofensiva apariencia no ocultaban el acero que residía en su naturaleza. Me dedicó su habitual movimiento de cabeza para indicarme que estábamos de servicio.

—Dresden —fue su áspero saludo.

—Teniente Murphy —dije arrastrando las palabras, haciendo una elaborada reverencia y gesticulando con una mano en el aire con la deliberada intención de contrarrestar su brusco comportamiento. No era por llevarle la contraria. Yo no soy así—. De nuevo me siento embriagado por su presencia.

Esperé un gruñido de sorna. En su lugar me dedicó una frágil sonrisa.

—Sargento Murphy —me corrigió con un amable tono de voz.

Abrir boca, insertar pie. Ahí le has dado, Harry. Todavía no han acabado de salir los títulos de crédito iniciales de este caso y ya le has recordado a Murphy el precio que paga por ser tu amiga y aliada.

Murphy había ostentado el cargo de detective teniente y estaba al mando de Investigaciones Especiales. Aquella división era la respuesta del Departamento de Policía de Chicago a los problemas que no encajaban en los límites de lo «normal». Si un vampiro desangraba a un transeúnte, un necrófago mataba a un vigilante nocturno o un hada maldecía a alguien y el pelo comenzaba a crecerle hacia dentro en lugar de hacia fuera, era necesario indagar. Alguien debía encargarse de convencer al Gobierno y a la ciudadanía de que todo iba bien. No era un trabajo agradecido, pero Investigaciones Especiales se las arreglaba a base de puras agallas, tenacidad y sigilo. Y llamando de vez en cuando al mago Harry Dresden para que les echara una mano.

Sus jefes se enfadaron mucho con ella por abandonar sus obligaciones en una época de crisis para ayudarme en un caso. Ya había sido exiliada a Siberia, profesionalmente hablando, cuando la pusieron al cargo de Investigaciones Especiales. Al quitarle el rango y el estatus por los que había trabajado tanto, le habían propinado un terrible golpe a su orgullo y a su amor propio. Fue humillada.

—Sargento —dije suspirando—. Lo siento, Murph, lo olvidé.

Se encogió de hombros.

—No te preocupes, a mí también se me olvida a veces. Sobre todo cuando contesto al teléfono en el trabajo.

—Aun así, no debería ser tan estúpido.

—Todos pensamos lo mismo —dijo Murphy al tiempo que me daba un ligero puñetazo en el bíceps—. Pero nadie te culpa, tranquilo.

—Es un gran detalle por tu parte, Minnie Mouse —contesté.

Masculló algo y llamó al ascensor.

—Se respira mucha más calma que en la mayoría de las escenas de un crimen, ¿verdad? —observé mientras subíamos.

Hizo una mueca.

—Porque no lo es.

—¿No?

—No exactamente. —Levantó la vista para mirarme—. No de forma oficial.

—Ah —dije—. Supongo que, entonces, en realidad no estoy ejerciendo de consultor.

—No de forma oficial —repitió—. Le han recortado mucho el presupuesto a Stallings. El equipamiento sigue en buen estado y los cobros no faltan, por poco, pero...

Arqueé una ceja.

—Necesito tu opinión.

—¿Sobre qué?

Sacudió la cabeza.

—No quiero crearte prejuicios. Solo mira y dime lo que ves.

—Eso puedo hacerlo —aseguré.

—Te pagaré de mi propio sueldo.

—Murph, no hace falta que...

Me miró con extrema dureza.

El orgullo herido de la sargento Murphy no le permitía aceptar limosnas. Levanté las manos a modo de burlona rendición, cediendo.

—Lo que tú digas, jefa.

—Por supuesto.

Me condujo hacia un apartamento en la séptima planta. En el pasillo había algunas puertas entreabiertas y capté por el rabillo del ojo las miradas furtivas de sus propietarios cuando pasé junto a ellas. En el otro extremo había un par de tipos que parecían forenses, aburridos y malhumorados. Uno de ellos estaba fumando; el otro, cruzado de brazos y apoyado en la pared con la visera de la gorra tapándole los ojos. Murphy los ignoró cuando abrió la puerta. La indiferencia fue mutua.

Murphy me hizo un gesto para que entrara y se quedó plantada donde estaba, decidida a quedarse fuera.

Entré en el apartamento. Era pequeño, viejo y estaba destartado, pero al menos parecía limpio. Una jungla en miniatura, compuesta por una saludable colección de plantas, cubría gran parte de la pared de enfrente, enmarcando las dos ventanas. Desde mi posición en la puerta advertí una diminuta televisión en su soporte, un viejo equipo de música y un futón.

El cadáver de la mujer yacía en aquel futón.

Tenía las manos plegadas sobre el estómago. Carecía de los conocimientos necesarios para saber con exactitud cuánto tiempo llevaba allí, pero el cadáver había perdido todo rastro de color en la piel y el estómago parecía ligeramente distendido, así que supuse que habría muerto, como pronto, el día anterior. Era difícil hacer una suposición sobre su edad, no obstante no debía de tener más de treinta años. Llevaba una bata rosa, gafas, y tenía el pelo castaño recogido en un moño.

En la mesita de café frente al futón había un bote de pastillas abierto, sin tapa y vacío. A su lado, una licorera llena de un líquido dorado, cubierta del polvo que se utiliza para extraer las huellas y tapada con un plástico. Junto a ella había un vaso casi vacío, excepto por un dedo de agua en el fondo que, probablemente, procedía de uno o dos cubitos de hielo derretidos.

Dentro de una bolsa de plástico, al lado del vaso, también había una nota escrita a

mano acompañada de un bolígrafo.

Miré a la mujer y de inmediato me acerqué al futón y leí la nota:

Estoy muy cansada de tener miedo. No queda nada. Perdóname. Janine.

Me estremecí.

Había visto cadáveres antes, no crean. De hecho, he estado en escenas del crimen que se asemejaban a un matadero en el infierno. Había olido cosas peores; créanme, un cuerpo eviscerado desprende un hedor a muerte y putrefacción tan inmundos que es casi sólido. Comparado con algunos de mis casos anteriores, aquello era algo bastante tranquilo. Bien organizado. Ordenado incluso. No parecía la casa de una mujer muerta. Tal vez aquello era lo que convertía la situación en inquietante.

Salvo por el cadáver de Janine, el apartamento tenía el mismo aspecto que tendría si sus propietarios acabaran de salir a comer algo.

Merodeé por el lugar con cuidado de no tocar nada. El baño y uno de los dormitorios estaban como la sala de estar; ordenados y algo vacíos. No eran nada opulentos, pero era evidente que estaban bien cuidados. Después visité la cocina. Los platos estaban metidos en el agua, ya fría, del fregadero. En el frigorífico, en un recipiente de cristal tapado, un pollo se estaba marinando en una especie de salsa.

Oí pasos lentos a mi espalda.

—Los suicidas no dejan comida marinando, ¿verdad? O platos en el fregadero a punto de ser lavados. Ni olvidan quitarse las gafas.

Murphy emitió un sonido indiferente con la garganta.

—No hay fotos en ninguna parte —musité—. Ni retratos de familia, ni fotos de graduación o de Disneylandia. —Añadí un par de cosas mientras me dirigía al segundo dormitorio—. No hay pelos en el lavabo y la papelera del baño está vacía. Tampoco hay ordenador.

Abrí la puerta del dormitorio principal y cerré los ojos para aguzar mis sentidos y recibir las sensaciones transmitidas por la habitación. Encontré lo que esperaba.

—Era una practicante —dije en voz baja.

Janine tenía apoyada la sien en una mesa baja junto a la pared oriental. Al acercarme sentí una suave corriente de energía, como el calor de una hoguera que se ha consumido casi hasta las cenizas. Aquella energía nunca había sido muy intensa, y se comenzó a disipar a la muerte de la mujer. Pasado otro amanecer habría desaparecido por completo. Sobre la mesa descansaba una colección de objetos dispuestos de manera cuidadosa: una campana y un grueso libro forrado de cuero, probablemente un diario. Había, además, un viejo cáliz de estaño, sencillo pero con lustre, y una esbelta vara de caoba con un cristal unido a la punta por un alambre de cobre.

Un objeto parecía estar fuera de lugar.

Una antiquísima daga, un arma de hoja fina de principios del Renacimiento

comúnmente conocida como «misericordia», yacía en la alfombra, delante del altar, con la punta señalando hacia el otro lado del dormitorio.

Gruñí. Crucé la habitación hasta llegar a la daga. Me agaché, pensativo, y examiné la hoja hasta su empuñadura. Volví a la puerta del dormitorio y miré hacia la sala de estar. La empuñadura de la daga señalaba el cuerpo de Janine.

Volví al dormitorio y escudriñé el cuchillo desde la punta.

Señalaba a la pared opuesta.

Miré a Murphy, que estaba de pie en el umbral.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué has encontrado?

—No estoy seguro todavía. Espera. —Caminé hacia la pared y coloqué la mano a un centímetro de su superficie. Cerré los ojos y me concentré en el leve rastro de energía que quedaba allí. Tras unos momentos de concentración bajé la mano—. Aquí hay algo —anuncié—. Pero es demasiado vago como para saber de qué se trata sin usar mi vista. Y estoy harto de hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Murphy.

—Quiero decir que necesito mi equipo. Vuelvo enseguida. —Salí y bajé a mi coche, donde guardaba una caja de aparejos de pescador. La cogí y regresé al dormitorio de la mujer muerta.

—Eso es nuevo —apostilló Murphy.

Puse la caja en el suelo y la abrí.

—Le he estado enseñando taumaturgia a mi aprendiz. A veces vamos al campo, por motivos de seguridad. —Rebusqué en la caja y acabé sacando un tubo de plástico lleno de granos metálicos—. Las dos primeras semanas compraba cosas en las tiendas de la zona, sin embargo, es más fácil llevar un kit permanente.

—¿Qué es eso? —preguntó Murphy.

—Trozos de cobre —dije—. Conducen la energía. Si existe algún patrón aquí, podré encontrarlo.

—Ah. Estás extrayendo huellas —dijo Murphy.

—Sí, más o menos. —Saqué una tiza del bolsillo de mi guardapolvos y me agaché para dibujar un fino círculo en la alfombra. Al completarlo le suministré energía y sentí cómo cobraba vida una pantalla invisible de poder que mantenía cualquier energía indeseable alejada de mí y concentraba mi propia magia. El hechizo era delicado, al menos para mí. Intentar hacerlo sin la ayuda de un círculo sería como tratar de encender una cerilla en mitad de un huracán.

Cerré los ojos, concentrándome, y vertí una pequeña cantidad de los fragmentos de cobre en la palma de mi mano derecha. Insuflé un hálito de mi voluntad en ellos, lo bastante para crear una carga mágica en el cobre que los atrajera hacia la débil energía que había percibido en la pared.

—*Illumina magnus* —murmuré una vez estuvieron listos.

Rompí el círculo con el pie para liberar el hechizo y solté los fragmentos.

Centellearon y formaron pequeñas chispas azules y blancas que crepitaban al impactar contra la pared y quedarse adheridas a ella. El aire se llenó de un aroma a ozono.

Me incorporé hacia delante y soplé con suavidad hacia la pared para eliminar los fragmentos sueltos. Después, di un paso atrás.

Los fragmentos de cobre habían adquirido formas definidas. En concreto, letras.

Éxodo 22, 18.

Murphy frunció el entrecejo al ver aquello.

—¿Un versículo de la Biblia?

—Sí.

—No lo conozco. ¿Y tú?

Asentí.

—Se me quedó grabado en la cabeza: «No dejarás con vida a la hechicera».

Capítulo 2

—Asesinato, pues —concluyó Murphy.

—Eso parece —gruñí.

—Y el asesino quería que tú lo supieras. —Se acercó para ponerse a mi lado, sin dejar de mirar hacia la pared con gesto hosco—. Un poli no hubiera encontrado eso.

—Ya —convine. El apartamento vacío crujió; uno de esos sonidos de cimientos reafirmandose que le hubieran resultado familiares a la víctima.

Murphy relajó el tono.

—Entonces, ¿qué tenemos aquí? ¿Una especie de fanático religioso? ¿Un aficionado de los juicios de las brujas de Salem? ¿La reencarnación de un inquisidor?

—¿Y usa magia para dejar un mensaje? —pregunté.

—Los fanáticos pueden llegar a ser muy hipócritas —dijo con la frente arrugada—. ¿Cómo llegó hasta aquí el mensaje? ¿Es obra de un practicante?

Negué con la cabeza.

—Después de matarla es probable que metiera un dedo en el agua del cáliz y escribiera en la pared. El agua se secó, pero quedó un rastro de energía residual.

Hizo una mueca.

—¿Con agua?

—Agua bendecida de la copa de su altar —concreté—. Es como el agua bendita. Está sugestionada del mismo modo con energías positivas.

Murphy me escudriñó a mí y, luego, a la pared.

—¿Bendita? Pensaba que la magia tenía que ver con la energía. Matemáticas, ecuaciones y esas cosas. Como la electricidad o la termodinámica.

—No todo el mundo piensa así —dije. Señalé el altar con la cabeza—. La víctima era una wiccana.

Murphy frunció el ceño.

—¿Una bruja?

—También era una bruja. No todos los wiccanos tienen el poder innato para convertirse en practicantes. Hay muy poco poder real involucrado en los rituales y ceremonias que realizan la mayoría de ellos.

—¿Y por qué lo hacen?

—Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio. —Me encogí de hombros—. Todas las creencias tienen sus ceremonias, Murph.

—¿Se trata entonces de un conflicto religioso?

Me encogí de hombros.

—Para un verdadero wiccano es difícil entrar en conflicto con otras religiones. La wicca misma funciona de una manera muy fluida. Existen algunos principios básicos

que siguen el noventa y nueve por ciento de los wiccanos, pero la esencia de su fe es la libertad individual. Los wiccanos creen que, mientras no hagas daño a nadie, eres libre de actuar y adorar lo que quieras de la forma que te dé la gana. Por lo tanto, las creencias de cada uno son ligeramente diferentes. Individuales.

Murphy, que era católica más o menos, frunció el ceño.

—Me parece que el cristianismo ya hablaba de conceptos como el perdón, la tolerancia y tratar a los demás como te gustaría que te trataran a ti.

—Ajá —asentí—. Entonces aparecieron las Cruzadas, la Inquisición...

—Ahí quería llegar —dijo Murphy—. Al margen de lo que piense sobre el islam, la wicca..., o cualquier otra religión, el hecho es que se trata de un grupo de personas. Todas las religiones tienen sus ceremonias y, al estar compuestas por personas, todas ellas tienen a gilipollas en sus filas.

—Solo necesitas un bando para comenzar una pelea —convine—. Los del Ku Klux Klan citan mucho las escrituras. Igual que otras organizaciones religiosas reaccionarias. Muchas veces las sacan de contexto.

Hice un gesto hacia la pared.

—Como esto.

—No lo sé. «No dejarás con vida a la hechicera.» Parece muy claro.

—Sacado de contexto pero claro —dije—. Ten en cuenta que esto aparece en el mismo libro de la Biblia que aprueba la pena de muerte para cualquier niño que maldiga a sus padres, para los propietarios de cerdos que causen daño a alguien por el mal uso que hagan de ellos, para cualquiera que manipule o encienda un fuego un domingo y para el que practique sexo con un animal.

Murphy soltó un gruñido.

—Ten en cuenta, además, que el texto original fue escrito hace miles de años. En hebreo. El término que utilizaron en ese versículo servía para designar a alguien que invocaba hechizos dañinos para los demás. En aquella cultura existía una distinción entre la magia dañina y la beneficiosa.

»Después, en la Edad Media, la actitud general cambió y quien practicara cualquier clase de magia era considerado automáticamente malvado. No se hacía distinción entre la magia blanca y la negra. El rey Jacobo sentía una auténtica animadversión hacia las brujas y cambió «invocadora de hechizos dañinos» por «hechicera» al traducir el versículo a nuestra lengua.

—Dicho así parece que alguien lo sacó de contexto —reconoció Murphy—. Sin embargo, mucha gente argumentará que la Biblia no puede ser sino perfecta. Dios no permitiría que tales errores se cometieran en las Sagradas Escrituras.

—Pensaba que Dios le había concedido a todo el mundo el libre albedrío —observé—. Lo que, presumible y evidentemente, incluye la libertad para traducir de una lengua a otra de manera incorrecta.

—No me hagas pensar cuando estoy tratando de creer —me pidió Murphy.

Sonreí.

—¿Ves? Por eso no soy creyente. No podría mantener la boca cerrada el tiempo suficiente para llevarme bien con los demás.

—Pensaba que era porque no respetarías a ninguna religión que te aceptara a ti entre sus miembros.

—Bueno, eso también —convine.

Ninguno de los dos nos volvimos para mirar el cuerpo que yacía en la sala de estar durante aquella conversación. Se produjo un silencio incómodo. El suelo crujió.

—Asesinato —dijo Murphy al fin, mirando hacia la pared—. Tal vez alguien en una misión sagrada.

—Asesinato —repetí—. Es demasiado pronto para hacer ninguna suposición. ¿Por qué decidiste llamarme?

—El altar —explicó—. Las incongruencias de la víctima.

—Nadie va a aceptar como prueba las letras mágicas de la pared.

—Lo sé —reconoció—. Oficialmente es un suicidio.

—Lo que significa que la pelota está en mi campo —concluí.

—Hablé con Stallings —dijo—. Voy a tomarme un par de días de baja por asuntos propios a partir de mañana. Estoy contigo en esto.

—Bien. —De repente fruncí el ceño y una leve sensación enfermiza me recorrió el estómago—. Este no es el único suicidio, ¿verdad?

—Estoy trabajando en este caso —dijo Murphy—. No puedo compartir mis informaciones contigo. Aunque tal vez Butters sí pueda.

—De acuerdo —me contenté.

Murphy se puso en movimiento sin previo aviso. Se dio la vuelta con un giro difuso, barriendo algo con la pierna a la altura del tobillo. Se oyó el golpe seco de un impacto y algo pesado golpeó el suelo. Murphy se lanzó con los ojos cerrados hacia algo que no estaba a la vista y sus manos se movieron en pequeños y rápidos círculos con la intención de agarrarlo con los dedos. Entonces jadeó, alargó los brazos y torció un poco los hombros.

Se oyó el grito agudo de dolor de una joven y, de repente, apareció una chica debajo de Murphy. La tenía agarrada, tumbada bocabajo, con un brazo retorcido en la espalda y la muñeca doblada en un doloroso ángulo.

Tendría diecisiete o dieciocho años. Llevaba botas de combate, pantalones de camuflaje y una camiseta gris corta y ajustada. Era alta, unos treinta centímetros más que Murphy, y dura como una pared de ladrillo. El pelo corto y de punta estaba teñido de blanco con peróxido. Un tatuaje le bajaba por el cuello, desaparecía bajo la camiseta, volvía a aparecer en el estómago desnudo y se perdía de nuevo en sus pantalones. Tenía varios pendientes, un aro en la nariz, otro en la ceja y una tachuela

plateada bajo el labio inferior. Llevaba también una pulsera de pequeñas cuentas oscuras de cristal en la mano que le estaba retorciendo Murphy tras la espalda.

—¿Harry? —dijo Murphy en un tono de voz que, aunque educado y paciente, demandaba una explicación.

Suspiré.

—Murphy, recordarás a mi aprendiz, Molly Carpenter.

Murphy agachó la cabeza para verla de perfil.

—Oh, claro. No la había reconocido sin el pelo teñido de rosa y azul. Además, la última vez no era invisible. —Me miró preguntándome si debía aflojar.

Le guiñé un ojo y me agaché en la alfombra, junto a la chica. Le dediqué mi mejor tono de reprimenda.

—Te dije que te quedaras en el apartamento y practicaras la concentración.

—Oh, vamos —gruñó Molly—. Es imposible. Y aburrido de cojones.

—La práctica nos hace perfectos, pequeña.

—¡He practicado hasta reventar! —protestó Molly—. Sé cincuenta veces más de lo que sabía el año pasado.

—Y si sigues así durante seis o siete años... —dije—. Tal vez, solo tal vez, estarás preparada para hacerlo sola. Hasta entonces tú serás la aprendiz y yo el maestro, y harás lo que yo te diga.

—¡Pero puedo ayudarte!

—No desde un calabozo —apunté.

—Has entrado sin autorización en la escena de un crimen —le dijo Murphy.

—Venga ya, por favor —dijo Molly con una mezcla de ironía y protesta en la voz.

Por si a alguien se le escapa algo, Molly tiene problemas con la autoridad.

Y es posible que aquello fuera lo peor que podría haber dicho.

—De acuerdo —convino Murphy. Se sacó unas esposas del bolsillo de la chaqueta y se las puso a Molly en las muñecas—. Tiene derecho a permanecer en silencio.

Abrió los ojos como platos y me miró.

—¿Qué...? ¡Harry!

—Si decide renunciar a ese derecho —continuó Murphy la tonadilla con el ritmo estable de un ritual—, cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal.

Me encogí de hombros.

—Lo siento, pequeña. Esta es la vida real. Tu expediente juvenil está cerrado y serás juzgada como una adulta. Pero, como es la primera falta, dudo que sean más de... ¿Murph?

Murph dejó de recitarle sus derechos un momento.

—Entre treinta y sesenta días, tal vez. —Y continuó a lo suyo.

—Ahí lo tienes. No es para tanto. Te veo en uno o dos meses.

Molly se puso pálida.

—Pero... pero...

—¡Ah! —añadí—, y dale una paliza a alguien el primer día. Te ahorrará un montón de problemas.

Murphy puso a Molly de pie a empellones, con las manos esposadas.

—¿Entiende sus derechos tal como se los he comunicado?

La boca de Molly se abrió de par en par. Nos miraba a mí y a Murphy con expresión de sorpresa.

—O bien —dije—, puedes disculparte.

—Lo... lo siento, Harry —balbuceó.

Suspiré.

—A mí no, pequeña. Esta no es mi escena del crimen.

—Pero... —Molly tragó saliva y miró a Murphy—. Yo solo estaba ahí de pie.

—¿Llevas guantes? —preguntó Murphy.

—No.

—¿Calzado?

—Sí.

—¿Has tocado algo?

—Eh... —Molly tragó de nuevo saliva—. La puerta. La empujé un poquito. Y ese jarrón chino donde tenía plantada la hierbabuena. El que está resquebrajado.

—Lo que significa —dijo Murphy— que si puedo demostrar que es un asesinato, en un completo análisis forense aparecerían tus huellas dactilares, las suelas de tus zapatos y, por corto que sea tu peinado, es posible que rastros genéticos de algún cabello caído. Ya que no eres uno de los oficiales investigadores o un consultor policial, esas pruebas te situarían en la escena de un crimen y te implicarían en una investigación por asesinato.

Molly negó con la cabeza.

—Pero acaba de decir que iba a considerarse un suici...

—Incluso si es así, no conoces el procedimiento adecuado, a diferencia de Harry, y tu presencia aquí podría contaminar el escenario y ocultar pruebas del verdadero asesino, lo que haría todavía más difícil encontrarlo antes de que vuelva a actuar.

Molly se limitó a mirarla.

—Por eso existen leyes que regulan la presencia de civiles en las escenas criminales. Esto no es un juego, señorita Carpenter —dijo Murphy en un tono frío, aunque no parecía enfadada—. Esta clase de errores cuesta vidas. ¿Me entiendes?

Molly nos miró a Murphy y a mí alternativamente y hundió los hombros.

—No pretendía... Lo siento.

—Las disculpas no le devolverán la vida a los muertos —expuse en un tono

amable—. Aún no has aprendido a pensar en las consecuencias, y no puedes permitírtelo. Ya no.

Molly se encogió un poco de hombros y asintió.

—Confío en que esto no vuelva a ocurrir —dijo Murphy.

—No, señora.

Murphy observó a Molly con escepticismo y, luego, a mí.

—Sus intenciones eran buenas —dije—. Solo quería ayudar.

Molly me miró agradecida.

El tono de Murphy se suavizó al tiempo que le quitaba las esposas.

—¿No es lo que queremos todos?

Molly se frotó las muñecas haciendo una mueca.

—Eh, sargento. ¿Cómo supo que estaba aquí?

—La madera del suelo crujía sin que nadie la pisara —apunté.

—El desodorante —añadió Murphy.

—Te tocaste una vez los dientes con la tachuela de la lengua —dije.

—Hace un rato sentí una corriente de aire —agregó Murphy—. No parecía que corriera brisa.

Molly tragó saliva y se sonrojó.

—Oh.

—Pero no te vimos, ¿verdad, Murph?

Murphy sacudió la cabeza.

—Ni por asomo.

Un poco de humillación y de desinflado del ego es bueno para los aprendices. La mía suspiró, triste.

—Bueno —dije—. Ya que estás aquí, ayúdanos. —Le hice un gesto con la cabeza a Murphy y me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó Molly. Los dos aburridos forenses parpadearon y miraron fijamente a Molly cuando salió conmigo del apartamento. Murphy nos siguió y les hizo un gesto con la mano a los hombres para que sacaran el cuerpo.

—A ver a un amigo mío —expliqué—. ¿Te gusta la polca?

Capítulo 3

No había vuelto a visitar el instituto forense de West Harrison desde aquel lío con los nigromantes dos años atrás. No era un lugar desagradable a la vista, a pesar de ser el repositorio de antiguos seres humanos que esperaban su turno para ser diseccionados. Se encontraba en un pequeño parque empresarial, muy limpio, con césped verde, arbustos cuidados y líneas de aparcamiento recién pintadas. Y los edificios eran bastante discretos, funcionales y modernos.

Sin embargo, es uno de los lugares que se presentan a menudo en mis pesadillas.

No es que me den miedo los cadáveres. El causante de mis repetidos temores oníricos es un hombre al que conocía que se metió en un fuego cruzado mágico y acabó convertido en un supercadáver animado que casi parte mi coche en dos con sus propias manos.

No había vuelto desde entonces. Tenía mejores cosas que hacer que volver a visitar sitios como ese. No obstante, una vez llegamos, aparqué y me dirigí a las puertas. No fue tan terrible como pensaba. Entré sin dudar.

Era la primera visita de Molly. A petición mía, se había quitado gran parte de su bisutería facial y se había puesto una vieja gorra de béisbol de los Cubs para cubrir sus mechones de peróxido. Incluso así, su aspecto no era precisamente el de una figura respetable, pero resultaba suficiente para controlar los daños. Por supuesto, tampoco es que yo fuera ataviado con un elegante traje con corbata, y llevar aquella pesada chaqueta de cuero con una temperatura tan cálida me otorgaba cierto aire de excentricidad. O al menos así sería si fuera rico.

El guarda que había sentado al escritorio donde fue asesinado Phil me estaba esperando, pero no a Molly, y me dijo que ella tendría que esperar. Dije que yo también esperaré hasta que Butters aprobara su entrada. El guarda parecía contrariado por que le forzaran a hacer el enorme esfuerzo que requería marcar un número en los botones del intercomunicador. Le gruñó al teléfono, refunfuñó un par de veces, pulsó un botón y la puerta de seguridad emitió un zumbido. Molly y yo pasamos.

Hay varias salas de autopsias en la morgue, sin embargo, no es difícil adivinar en cuál está Butters. Basta con seguir el sonido de la polca.

Me concentré en el constante um-pah, um-pah de una tuba hasta que capté los agudos de un clarinete y el acompañamiento de un chirriante acordeón. Sala de autopsias número tres. Llamé brevemente a la puerta y la abrí sin pisar el interior.

Waldo Butters estaba inclinado sobre su escritorio, escudriñando la pantalla del ordenador al tiempo que su trasero y sus piernas se meneaban adelante y atrás al ritmo de la música. Murmuró algo para sí, asintió y pulsó la barra espaciadora con el codo al ritmo de su taconeo, sin levantar la vista.

—Eh, Harry.

Parpadeé.

—¿Eso es *Bohemian Rhapsody*?

—Yankovic. El tipo es un auténtico genio —contestó—. Dame un segundo para apagar todo esto antes de que entres.

—No hay problema —le dije.

—¿Has trabajado antes con él? —me preguntó Molly en voz baja.

—Sí. Está al corriente.

Butters esperó hasta que la impresora comenzó a traquetear, luego apagó el ordenador y se acercó a ella para coger un par de hojas y graparlas. Entonces las puso junto a otras hojas, las enrolló y las rodeó con una goma.

—Vale, con esto valdrá —dijo, y se giró para mirarme con una sonrisa dibujada en el rostro.

Butters era un pequeño patito feo. No era mucho más alto que Murphy, y es probable que ella tuviera más masa muscular. Su mata de pelo negro se asemejaba a una explosión en una fábrica de lana. Era todo rodillas y codos; algo patente, sobre todo, por culpa del uniforme de cirujano verde que llevaba puesto. Su rostro era delgado y anguloso, la nariz aguileña y los ojos brillantes tras unas gafas graduadas.

—Harry —me saludó, extendiéndome la mano—. Hace mucho que no te veo. ¿Cómo va esa mano?

Le estreché la suya. Butters tenía los dedos largos y precisos, fuertes. No era la clase de tipo que alguien consideraría peligroso, pero el pequeñajo tenía agallas y cerebro.

—Hace unos tres meses que no nos vemos. Y no demasiado mal. —Levanté mi enguantada mano izquierda y agité todos los dedos. El anular y el meñique temblaban y se contraían un poco, pero al menos se movían cuando se lo pedía, gracias a Dios.

La carne de mi mano izquierda prácticamente se había derretido debido a una inesperada deflagración durante una batalla con un grupo de vampiros. Los médicos se sorprendieron mucho por no tener que amputar, pero me dijeron que no podría volver a usarla. Butters me ayudó con una terapia física y ahora mis dedos eran en su mayoría funcionales, aunque el aspecto de la mano seguía siendo terrible; por suerte eso también había empezado a cambiar, aunque fuera un poco. Los horribles bultos de tejido y piel cicatrizada habían comenzado a desaparecer, y mi mano se parecía cada vez menos a un amasijo derretido de cera. Además, me habían vuelto a crecer las uñas.

—Bien —dijo Butters—. Bien. ¿Sigues tocando la guitarra?

—Hago ruido. Sería muy generoso decir que la toco. —Hice un gesto hacia Molly—. Waldo Butters, esta es Molly Carpenter, mi aprendiz.

—Tu aprendiz, ¿eh? —Butters extendió una afable mano—. Encantado de

conocerle —dijo—. ¿Te ha convertido ya en ardillas, peces y esas cosas, como en *Merlín el encantador*?

Molly suspiró.

—Ojalá. No paro de pedirle que me enseñe a cambiar de forma, pero no quiere.

—Le prometí a tus padres que no dejaría que te derritieras en una pila de mocos —le dije—. Butters, supongo que alguien, y no voy a mencionar ningún nombre, te dijo que iba a venir, ¿verdad?

—Sí, sí —asintió el pequeño médico forense. Levantó un dedo, se dirigió a la puerta y la cerró antes de darse la vuelta y apoyar la espalda en ella—. Mira, Dresden, he de tener mucho cuidado con la información que comparto, ¿de acuerdo? Es algo que va con el trabajo.

—Claro.

—Así que no te he dicho nada.

Miré a Molly.

—¿Quién ha dicho qué?

—Bien —dijo Butters. Se acercó a mí y me ofreció el montón de papeles—. Nombres y direcciones de las fallecidas —explicó.

Los miré por encima: textos técnicos en su mayoría, fotografías desagradables.

—¿Las víctimas?

—Oficialmente son fallecidas. —Apretó los labios—. Pero sí, cada vez estoy más seguro de que son víctimas.

—¿Por qué?

Abrió la boca, la volvió a cerrar y frunció el ceño.

—¿No te ha pasado alguna vez que ves algo por el rabillo del ojo y cuando te vuelves ya no está, o al menos no se parece a lo que creías que era?

—Claro.

—Pasa lo mismo con esto —dijo—. La mayoría de esta gente muestra evidencias típicas y claras de suicidio. Pero hay pequeños detalles que no cuadran. ¿Sabes?

—No —admití—. Ilumíname.

—Por ejemplo, fíjate en la primera hoja. Pauline Moskowitz. Treinta y nueve años, madre de dos hijos, marido, dos perros. Desaparece un viernes por la noche y se abre las venas en la bañera de un hotel a las tres de la mañana del sábado.

Lo leí por encima.

—¿Es cierto lo que pone aquí? ¿Estaba tomando antidepresivos?

—Sí —dijo Butters—, pero nada fuerte. Llevaba ocho años con ellos y estaba estable. Tampoco había mostrado tendencias suicidas antes.

Miré la desagradable fotografía de una mujer muy normal que yacía desnuda y muerta en una bañera llena de un líquido nebuloso.

—Entonces, ¿qué te hizo sospechar?

—Los cortes —dijo Butters—. Usó un cúter. Estaba en la bañera junto a ella. Seccionó los tendones de ambas muñecas.

—¿Y?

—Al cortarse los tendones de una muñeca, le quedaría muy poco control sobre los dedos de esa mano. Así que, ¿cómo hizo para cortarse ambas? ¿Utilizó dos cúteres al mismo tiempo? En ese caso, ¿dónde está el otro?

—Quizás lo sostuvo con los dientes —sugerí.

—Y quizás si cierro los ojos y tiro una piedra al lago, acertaré a un bote —aventuró Butters—. Técnicamente es posible, pero no es muy probable. Casi con toda seguridad, la segunda herida no sería tan profunda y limpia, sería más bien como si alguien hubiera cortado un queso en briznas. Estas dos eran idénticas.

—De todos modos supongo que no es concluyente —dije.

—Oficialmente no.

—He escuchado eso mismo muchas veces hoy. —Fruncí el ceño—. ¿Qué piensa Brioche?

Butters hizo una mueca cuando mencioné a su jefe.

—Sus espectacularmente insensibles palabras fueron: «La navaja de Occam». Son suicidas. Fin de la historia.

—Sin embargo, tú supones que alguien estaba sosteniendo el cuchillo.

El rostro del pequeño médico forense adoptó un gesto melancólico y asintió sin decir palabra.

—A mí me vale. ¿Qué me dices del cuerpo de hoy?

—No puedo decir nada hasta que no lo vea —explicó Butters, y me lanzó una mirada perspicaz—. ¿Piensas que es otro asesinato?

—Sé que lo es —respondí—. Pero soy el único que lo cree, por lo menos hasta que Murphy esté fuera de servicio.

—Bien —suspiró Butters.

Pasé de la página de la señora Moskowitz al siguiente grupo de desagradables fotos. También una mujer. María Casselli. Tenía veintitrés años cuando se tragó treinta píldoras de Valium junto con una botella de desatascador.

—Otra habitación de hotel —apunté en voz baja.

Molly echó una mirada por encima de mi hombro a la copia de la foto. Se puso pálida y se alejó unos pasos de mí.

—Así es —dijo Butters, mirando con preocupación a mi aprendiz—. Es un poco extraño. La mayoría de los suicidas lo hacen en casa. Solo van a otra parte si se tiran de un puente o estrellan su coche en un lago.

—La señora Casselli tenía familia —leí—. Su marido y su hermana pequeña vivían con ella.

—Sí —dijo Butters—. Es fácil suponer lo fácil, como dice Brioche.

—Se encontró en la cama al maridito y la hermanita y decidió acabar con todo.

—Simple, ¿no?

—Oh —exclamó Molly—. Creo que...

—Fuera —interrumpió Butters al tiempo que descorría el cerrojo—. La primera puerta a la derecha.

Molly salió a toda prisa de la sala y se fue corriendo hacia el cuarto de baño que le había indicado Butters.

—Por Dios, Harry —dijo Butters—. La chica es un poco joven para esto.

Alcé la foto del cuerpo de María.

—La historia se repite.

—¿Es una bruja, igual que tú?

—Lo será algún día —aseguré—. Si sobrevive. —Leí por encima los dos siguientes informes, ambos sobre mujeres en la veintena que vivían con alguien y se suicidaron en habitaciones de hotel.

El último era diferente. Le eché un vistazo y levanté la vista hacia Butters.

—¿Qué pasa con esta?

—Tiene el mismo perfil general —dijo Butters—. Mujer, muerta en una habitación de hotel.

Miré con atención los papeles.

—¿Dónde está la causa de la muerte?

—Ese es el tema —dijo Butters—. No encontré ninguna.

Arqueeé ambas cejas.

Butters extendió las manos abiertas.

—Harry, conozco mi oficio. Me gusta desentrañar estas cosas, y, aun así, no tengo ni la más remota idea de por qué murió esta mujer. Todas las pruebas que hice salieron negativas, todas las teorías que elucubré se desmoronaron. En términos médicos, estaba sana. Es como si su sistema... se hubiera apagado. Todo a la vez. Nunca había visto nada parecido.

—Jessica Blanche. —Miré las fotos—. Diecinueve años. Guapa. O bonita al menos.

—Es difícil de decir de las chicas muertas —dijo Butters—. Pero sí, eso pensé.

—Sin embargo, no es una suicida.

—Como he dicho, es una muerta en una habitación de hotel.

—Entonces, ¿cuál es la conexión con las otras muertes?

—Pequeños detalles —explicó Butters—. Como que tuviera el carné en el bolso pero nada de ropa.

—Lo que significa que alguien se la quitó. —Enrollé los papeles y me golpeé en la pierna con ellos, pensativo. Se abrió la puerta y Molly volvió a entrar, limpiándose la boca con una toalla de papel.

—¿Tienes aquí a la chica?

—Sí, la señorita Blanche. ¿Por qué?

—Creo que tal vez Molly pueda ayudar.

Molly parpadeó y me miró.

—Eh... ¿Qué?

—Dudo que sea agradable, Molly —le dije—, pero es posible que seas capaz de sentir algo.

—¿De una chica muerta? —me preguntó Molly en voz baja.

—Eres tú la que quiso venir —le recordé.

Frunció el ceño sin dejar de mirarme y respiró hondo.

—Sí. Esto... sí. Quería... Quiero decir... claro. Lo haré. Lo intentaré.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Estás segura? No va a ser divertido, pero si nos sirve para conseguir información puede que le salvemos la vida a alguien.

La observé por un momento, hasta que su expresión se tornó decidida y me miró a los ojos. Se puso firme y asintió.

—Sí.

—De acuerdo —dije—. Prepárate. Butters, tenemos que concederle unos minutos a solas. ¿Vamos a por la señorita Blanche?

—Eh... —dudó Butters—. ¿Qué va a suponer esto exactamente?

—No demasiado. Te lo explicaré por el camino.

Se mordió el labio un momento y luego asintió.

—Por aquí.

Me condujo por el pasillo a una sala de almacenamiento. En realidad se trataba de una sala de autopsias igual que en la que nos encontrábamos, pero contaba con una pared de esas unidades de almacenamiento refrigeradas propias de una morgue. Aquella era la habitación donde el nigromante y una manada de zombis habían puesto fin al desconocimiento de Butters de la existencia del mundo sobrenatural.

Butters se agenció una camilla, consultó un registro en una carpeta, y la condujo rodando hacia las cámaras frigoríficas.

—Ya no me agrada venir aquí. Desde lo de Phil.

—A mí tampoco —admití.

Asintió.

—Coge de ese lado.

Yo no quería hacerlo. Soy mago, sí, pero los cadáveres dan repelús de manera inherente, aunque no se muevan ni estén intentando matarte. Traté de imaginar que estaba levantando una pesada bolsa de productos de alimentación y lo ayudé a mover el cuerpo desde la bandeja de metal, donde estaba tapado con una gruesa tela, hasta la camilla.

—Bueno —dijo—. ¿Qué es lo que va a hacer la chica?

—Mirarla a los ojos.

Me contempló escéptico.

—¿Para tratar de ver la última imagen que quedó impregnada en sus retinas o algo así? Es una idea bastante mística, lo sabes, ¿verdad?

—Más bien otras cosas que hayan quedado impregnadas en su cuerpo —apunté—. Los últimos pensamientos, emociones, sensaciones... A veces funciona. —Sacudí la cabeza—. Técnicamente, ese tipo de impresiones pueden quedar ligadas a cualquier objeto inanimado. Habrás oído hablar de la lectura de objetos, supongo.

—¿Eso funciona de verdad? —me preguntó.

—Sí. Pero es fácil de contaminar, y puede ser complicado de narices. Por si fuera poco, es extremadamente difícil de hacer.

—Vaya —dijo Butters—. Sin embargo, crees que algo ha quedado impregnado en el cadáver.

—Tal vez.

—Suenan muy útiles.

—Potencialmente.

—Entonces, ¿por qué no lo haces siempre? —me preguntó.

—Es delicado —reconocí—. En lo que se refiere a la magia, no se me dan bien las cosas delicadas.

Frunció el ceño y echamos a rodar la camilla.

—¿Y a tu aprendiz a medio entrenar sí?

—El mundo de la magia no está estandarizado —comenté—. Cada mago tiene afinidad hacia cierto tipo de magia, dependiendo de sus talentos naturales, personalidad o experiencias. Todos tenemos aptitudes diferentes.

—¿Cuál es la tuya? —me preguntó.

—Encontrar cosas, seguirlas. Y, sobre todo, reventarlas —dije—. Soy bueno en eso. Redireccionar energías, enviarlas al mundo para que vibren al son de la que estoy tratando de encontrar. Moverlas, cambiar su dirección o guardarlas para usarlas más tarde.

—Ya veo —dijo—. ¿Y nada de eso es delicado?

—He practicado lo suficiente para arreglármelas con diferentes tipos de magia delicada —dije—. Sin embargo... la diferencia radica en rasgar unos acordes potentes o tocar una compleja melodía en una guitarra española.

Butters absorbió aquello y asintió.

—¿Y la chica toca la guitarra española?

—Casi. No es tan fuerte como yo, pero tiene un don para la magia sutil. Especialmente para los aspectos mentales y emocionales. Por eso se metió en tantos problemas con...

Me mordí la lengua y paré en mitad de la frase. No era quién para discutir con

nadie las violaciones de las leyes de la magia del Consejo Blanco cometidas por Molly. Ya tenía bastantes problemas para superar lo que hizo sin que yo hablara de ella como si fuera una potencial psicópata monstruosa.

Butters contempló mi rostro durante unos segundos, luego asintió y lo dejó pasar.

—¿Qué crees que averiguará?

—Ni idea —dijo—. Por eso vamos a intentarlo.

—¿Podrías hacerlo tú? —quiso saber—. Me refiero a si lo harías si no tuvieras más remedio.

—Lo he intentado —me defendí—, pero no soy muy bueno proyectando cosas en un objeto, apenas puedo sacar nada inteligible.

—Dices que no va a resultarle agradable —dijo Butters—. ¿Por qué?

—Porque si hay algo y puede sentirlo, va a experimentarlo en sus propias carnes. Como si lo estuviera viviendo ella.

Butters silbó por lo bajo.

—Sí, supongo que eso puede ser malo.

Regresamos a la otra sala y me asomé antes de entrar por la puerta. Molly estaba sentada en el suelo con la cabeza inclinada ligeramente hacia arriba, los ojos cerrados y las piernas flexionadas en la postura del loto. Tenía las manos apoyadas en los muslos y las puntas de los pulgares presionadas ligeramente contra ambos dedos corazón.

—Despacio —murmuré—. Nada de ruido hasta que haya terminado, ¿de acuerdo?

Butters asintió. Abrí la puerta con todo el cuidado que pude. Metimos la camilla en la sala, la dejamos delante de Molly y, a mi señal, Butters y yo nos colocamos en la pared más alejada y esperamos.

A Molly le llevó unos veinte minutos largos concentrar su mente para aquel hechizo, en apariencia sencillo. La concentración de la atención, la voluntad, es fundamental en el uso de la magia. Yo he concentrado mi poder tantas veces y durante tanto tiempo que solo tengo que hacer un esfuerzo consciente cuando un hechizo es particularmente complejo y peligroso, o cuando creo que es apropiado actuar con mucha precisión y cautela. La mayoría de las veces me basta con un segundo para reunir mi voluntad, una circunstancia vital en cualquier situación donde la velocidad es un factor decisivo. Los monstruos y los vampiros cabreados no te conceden veinte minutos para que prepares un puñetazo.

A Molly, aunque estaba aprendiendo rápido, le quedaba todavía un largo camino por recorrer.

Cuando al fin abrió los ojos, estos no miraban a ningún punto concreto y parecían distantes. Se puso de pie lentamente y se dirigió a la camilla donde reposaba el cadáver. Destapó la sábana, revelando el rostro de la chica muerta, y se incorporó

sobre ella con una expresión aún distante. Entonces, abrió los ojos del cadáver y murmuró unas palabras en voz baja.

Captó algo casi de inmediato.

Se le abrieron los ojos de par en par y emitió un breve gemido. Después, jadeó exageradamente varias veces antes de poner los ojos en blanco. Permaneció así, quieta y rígida, durante un par de segundos, y luego dejó escapar un grito bajo y grave y le empezaron a temblar las rodillas. No es que se cayera al suelo, prácticamente se derritió en él. Se quedó allí tendida, respirando con dificultad y emitiendo un continuo torrente de sonidos guturales.

Continuó con la respiración entrecortada y los ojos desenfocados. El cuerpo se le arqueaba en movimientos ondulantes que atraían la atención hacia sus caderas y sus pechos. Entonces, poco a poco, se fue quedando lánguida y sus jadeos amainaron gradualmente, aunque pequeños e inequívocos gemidos de placer salían de sus labios con cada exhalación.

Parpadeé.

Vaya.

No me esperaba aquello.

Butters tragó saliva.

—¿Ha hecho lo que creo que acaba de hacer?

Fruncí los labios.

—Eh... tal vez.

—¿Qué acaba de pasar?

—Ella... eh... —Tosí—. Ha captado algo.

—Ha captado algo, vale —murmuró Butters. Suspiró—. Yo no he captado nada parecido en casi dos años.

Yo, en cuatro.

—Ya te digo —dije con más énfasis del que pretendía.

—¿Es menor de edad? En términos legales, quiero decir —me preguntó.

—No.

—De acuerdo. Entonces ya no me siento tan nabokoviano. —Se pasó la mano por la cabeza—. ¿Qué hacemos ahora?

Traté de aparentar profesionalidad y parecer impasible.

—Esperar a que se recupere.

—¡Uf! —Miró a Molly y suspiró—. Tengo que salir más.

Y yo también, tío.

—Butters, ¿te importaría traerle un poco de agua o algo?

—Claro —dijo—. ¿Quieres algo para ti?

—Nada.

—Enseguida. —Butters cubrió el cadáver y se marchó.

Me acerqué a Molly y me agaché junto a ella.

—Eh, pequeño saltamontes. ¿Me oyes?

Tardó más de lo debido en contestar, como cuando hablas por teléfono con alguien al otro lado del mundo.

—Sí, te... te oigo.

—¿Estás bien?

—Ummm, sí —susurró con una sonrisa en el rostro.

Murmuré algo y me froté el entrecejo para espantar un incipiente dolor de cabeza. Me sobrevinieron pensamientos negativos. Maldita sea, cada vez que me he expuesto a alguna clase de terrible *shock* por el bien de una investigación he añadido una nueva pesadilla a mi colección. Sin embargo, la primera vez que Molly salió a batear, el pequeño saltamontes captó...

¿Qué había captado?

—Quiero que me cuentes lo que has sentido, enseguida. A veces los detalles se desvanecen, como cuando olvidas partes de un sueño.

—De acuerdo —murmuró arrastrando las palabras, somnolienta—. Detalles. Ella... —Molly inclinó la cabeza—. Se sentía bien. Muy, muy bien.

—Eso lo he pillado —admití—. ¿Qué más?

Molly sacudió la cabeza con lentitud.

—Nada más. Solo eso. Todo eran sensaciones. Éxtasis. —Frunció un poco el ceño, esforzándose en ordenar sus pensamientos—. Como si el resto de sus sentidos estuvieran anulados de alguna manera. No creo que hubiera nada más. Ni visiones ni pensamientos ni recuerdos. Nada. Ni siquiera fue consciente de su muerte.

—Piensa en ello —le pedí en voz baja—. Cualquier cosa que recuerdes puede ser importante. —Butters entró justo en ese momento con una botella de agua salpicada de gotas de condensación. Me la lanzó y se la pasé a Molly.

—Toma, bebe.

—Gracias. —Abrió la botella, se echó de lado y comenzó a beber sin incorporarse. La postura que tenía ayudaba a que su ropa luciera más ceñida, si eso era posible.

Butters la observó un segundo, suspiró y se obligó de manera evidente a volver a su escritorio y ponerse a afilar lápices.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Parece que murió feliz —observé.

—¿Le hiciste pruebas toxicológicas?

—Sí, algún rastro residual de marihuana, pero bien pudo entrar en contacto con la sustancia en cualquier concierto. Por lo demás, estaba limpia.

—Maldita sea. ¿Se te ocurre otra cosa que pudiera provocar... algo así en una víctima?

—Nada farmacológico —dijo Butters—. Tal vez, si alguien le hubiera puesto un electrodo en los centros de placer de su cerebro y los hubiera estimulado, entonces hubiera notado algo semejante. Pero, eh... no hay evidencias de cirugía a cráneo abierto.

—Entiendo —dije.

—Así que debe de ser algo del lado oscuro —opinó Butters.

—Podría ser. ¿A qué se dedicaba?

—Ni idea. Nadie sabe nada sobre ella. No han venido a reclamar el cuerpo y no hemos encontrado a ningún pariente. Por eso sigue todavía aquí.

—¿Y alguna dirección? —pregunté.

—Solo la de un carné de conducir de Indiana, pero no nos ha servido de nada. Su bolso estaba casi vacío.

—Y el asesino se llevó su ropa.

—Eso parece —dijo Butters—. Pero ¿por qué?

Me encogí de hombros.

—Quería evitar que encontrarais algo. —Fruncí los labios—. O que lo encontrara yo.

Molly se incorporó bruscamente.

—Harry, he recordado algo.

—¿Sí?

—Sensación... —dijo posando una mano sobre su bajo vientre—. Era como... no sé, como oír veinte bandas de música tocando al mismo tiempo, solo que táctil. Sin embargo, había una sensación de cosquilleo en el estómago. Como uno de esos molinetes médicos.

—Un molinete Wartenberg —apuntó Butters.

—¿Eh? —repliqué.

—Como el que usé para comprobar las terminaciones nerviosas de tu mano —me aclaró Butters.

—Ah, vale. —Miré sorprendido a Molly—. ¿Cómo demonios sabes tú qué tacto tiene ese aparato?

Ella me sonrió vaga y maliciosamente.

—Es una de esas cosas que no quieres que te explique.

Butters soltó una delicada tos.

—A veces se le da un uso lúdico, Harry.

Se me encendieron al instante las mejillas.

—Ah, ya entiendo. Butters, ¿tienes un rotulador?

Cogió uno de su escritorio y me lo lanzó. Se lo pasé a Molly.

—Enséñame dónde.

Asintió, se tumbó en el suelo y se levantó la camiseta. Entonces cerró los ojos, le

quitó el capuchón al rotulador y lo movió lentamente sobre la piel de su abdomen, con la frente arrugada por el ejercicio de concentración.

Cuando terminó, se leían perfectamente en su piel varios caracteres grandes en tinta negra.

Ex 22, 18

De nuevo, el Éxodo.

—Señoras y caballeros —dije en voz baja—. Nos enfrentamos a un asesino en serie.

Capítulo 4

Molly apenas dijo nada durante el camino de regreso. Tenía la cabeza apoyada contra la ventana y los ojos medio cerrados, tal vez estuviera regodeándose en las sensaciones que acababa de experimentar.

—Molly —le dije con mi tono más gentil—, la heroína también te hace sentir bien. Si no, pregúntale a Rosy y a Nelson. —La pequeña sonrisa de placer se desvaneció y se quedó mirándome durante un rato. Poco a poco, su expresión pasó de un gesto pensativo a una mueca nauseabunda.

—La mató —dijo por fin—. Esto la mató. Quiero decir, parecía muy agradable... pero no lo era.

Asentí.

—No llegó a enterarse. Nunca tuvo oportunidad. —Molly parecía mareada—. Fue un vampiro, ¿verdad? ¿De la Corte Blanca? Es decir, los que utilizan el sexo para alimentarse de la energía vital, ¿no?

—Es una de las posibilidades —dije en voz baja—. Aunque hay muchas criaturas demoniacas del Más Allá a las que les van las costumbres de los súcubos.

—Y la mataron en un hotel —dijo—. Donde no había un umbral que la protegiera.

—Muy bien, pequeño saltamontes —la felicité—. Y, si tenemos en cuenta que a las otras víctimas no se las cargaron al estilo de la Corte Blanca, podemos pensar que hay más de un asesino o que el mismo usa diferentes técnicas. Es demasiado pronto, solo se pueden hacer conjeturas descabelladas.

Frunció el ceño.

—¿Qué es lo siguiente que vas a hacer?

Reflexioné un instante.

—He de averiguar qué tienen en común las víctimas del asesino, si es que tienen algo en común.

—¿Qué están muertas? —apuntó Molly.

Esbocé una breve sonrisa.

—Aparte de eso.

—Vale —dijo—. Entonces, ¿qué hacemos?

—Eso depende. ¿Cuántas cuentas puedes mover? —le pregunté.

Me miró con los ojos encendidos durante un momento. Luego se quitó la pulsera de cuentas negras de su muñeca izquierda y la sostuvo en el aire. Las cuentas descendieron a la parte baja de la pulsera, dejando ocho o nueve centímetros de cuerda desnuda.

Molly se concentró en la pulsera; un artilugio de mi creación que tenía el fin de ayudarla a concentrarse y templar sus pensamientos. La concentración y la calma son

importantes cuando vas por ahí lanzando magia. Es la fuerza primaria de creación, y responde a tus pensamientos y emociones quieras o no. Si tus pensamientos se fragmentan o son confusos, o si no prestas total atención a lo que estás haciendo, la magia puede responder de formas tan impredecibles como peligrosas.

Molly aún estaba aprendiendo. Tenía un gran talento, no digo lo contrario, pero lo que le faltaba no era habilidad sino juicio. Eso era lo que llevaba intentando enseñarle durante el último año: a utilizar la responsabilidad de su poder con cautela y con respeto hacia los peligros que el Arte pudiera provocar. Si no amueblaba bien su cabeza, su talento mágico iba a acabar matándola y, de paso, también a mí.

Molly era una hechicera.

Había utilizado la magia para alterar la mente de dos de sus amigos en un intento por liberarlos de su adicción a las drogas, pero su intención inicial se mezcló con otras motivaciones y los resultados fueron moderadamente catastróficos. Uno de los chicos no se había recuperado lo suficiente para poder valerse por sí mismo. La otra había salido adelante, aunque todavía le quedaban muchas secuelas.

Por regla general, el Consejo Blanco de magos te condena a muerte por romper una de las leyes de la magia. En la práctica, la única vez que podían no hacerlo era cuando un mago del Consejo se ofrecía a aceptar la responsabilidad de la futura conducta del hechicero, hasta que el Consejo estaba seguro de que sus intenciones eran buenas y su actitud se había corregido. Si era así, bien. Si no, el hechicero moría. Al igual que el mago responsable de sus actos.

Yo fui ese hechicero. De hecho, muchos en el Consejo todavía se preguntaban si era una bomba de relojería a punto de explotar. Cuando Molly fue atada, encapuchada y arrastrada ante el Consejo para ser sometida a juicio, yo di el paso. Tuve que hacerlo.

A veces lamentaba enormemente haber tomado aquella decisión. Una vez se ha sentido el poder de la magia negra puede ser terriblemente complicado resistirse a utilizarla de nuevo, y los errores de Molly tendían a ir por ese camino. La chica tenía buen corazón, pero era todavía demasiado joven. Había crecido en una casa con estrictas normas, así que se volvió loca de libertad en cuanto escapó y empezó a vivir por su cuenta. Ahora estaba de vuelta en casa, pero seguía tratando de encontrar el equilibrio y la autodisciplina necesarios para sobrevivir en el negocio de la magia.

Enseñarle a lanzar una lengua de fuego a un objetivo no era muy difícil. Lo complicado era enseñarle por qué hacerlo, por qué no, y cuándo debía o no debía hacerse. Molly veía la magia como la mejor solución a sus problemas. Y no lo era. Tenía que aprender esa lección.

Le hice aquella pulsera con ese propósito.

La estuvo mirando un buen rato y, entonces, una de las cuentas ascendió por la cuerda y se detuvo al tocarle el dedo. Un momento después, la segunda cuenta se

unió a la primera. La tercera tembló varios segundos antes de moverse también. La cuarta tardó incluso más. La quinta cuenta dio un respingo momentos antes de que Molly soltara un gruñido y las cuentas sucumbieran a la gravedad.

—Cuatro de trece —comenté al tiempo que detenía el coche junto a la acera—. No está mal. Pero aún no estás preparada.

Miró con odio la pulsera y se frotó la frente con la mano.

—Anoche hice seis.

—Sigue trabajando —la exhorté—. La concentración, el temple y la claridad lo son todo.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Molly.

—Que tienes trabajo que hacer.

Suspiró y salió del coche, aparcado junto al hogar familiar. Era un lugar precioso, con sus vallas blancas y todo, que conservaba una apariencia de casa de las afueras a pesar de estar situada en medio de la ciudad.

—No te explicas demasiado bien.

—Tal vez —admití—. O tal vez tú no estás aprendiendo demasiado bien.

Me miró con rabia, y lo que podría haber sido una respuesta acalorada murió en sus labios antes de llegar a salir de ellos. Sacudió la cabeza, irritada.

—Lo siento. Siento haber usado el velo para seguirte. No quería faltarte al respeto.

—No lo has hecho. He estado en tu lugar. No espero que seas siempre perfecta, pequeña.

Sonrió un poco.

—Lo que ha pasado hoy...

—Pasó —dije—. Ya está hecho. Además, funcionó. No sé si yo hubiera podido leer algo de la víctima del modo en que tú lo hiciste.

Se mostró esperanzada.

—¿Sí?

Asentí.

—Lo que encontraste puede ser de gran ayuda. Lo has hecho muy bien. Gracias.

Le faltó poco para encenderse y brillar como una bombilla. En un par de ocasiones, tras un cumplido, había ocurrido literalmente aquello, pero logramos controlarlo uno o dos meses después. Me sonrió de tal manera que pareció más joven de lo que era, y luego subió de un salto los escalones del porche de su casa.

Así que me quedé allí solo, con páginas y páginas de mujeres muertas. Tenía tantas ganas de saber de ellas como de introducir mis partes en un barril radioactivo. Suspiré. Tenía que indagar en aquello, pero al menos lo haría con una cerveza en la mano.

Así que fui al pub McAnally.

El pub de Mac (y no se equivoquen, es un pub, no un bar) era uno de los pocos lugares de Chicago frecuentado casi enteramente por la comunidad sobrenatural. No tiene ningún cartel indicativo en el exterior; hay que bajar por unas escaleras para llegar a la puerta principal. En el interior hay techos bajos, una barra torcida y varias columnas de madera desperdigadas y talladas a mano. Mac se las arregla para hacer funcionar la electricidad en el pub a pesar de todos los seres mágicos que pululan por él, en parte porque es extraño que nadie que no sea un mago completo, como yo, pueda causar fallos inevitables en la tecnología. A pesar de todo, no se molestó en poner luces eléctricas; el coste de reemplazar las bombillas era muy alto. Lo que sí tenía era unos cuantos ventiladores dando vueltas en el techo y un teléfono fijo operativo.

En la pared junto a la puerta había un cartel de madera en el que simplemente ponía: «Territorio neutral acordado». Eso significaba que Mac había declarado su local un lugar neutral, según los términos alcanzados en los Acuerdos Unseelie, una especie de convención de Ginebra del mundo sobrenatural. Cualquier miembro de las naciones firmantes era libre de entrar allí en paz y no ser molestado por ningún otro miembro. El territorio neutral tenía que ser respetado por todas las partes, que estaban obligadas a salir fuera si empezaban una pelea, como señal de respeto hacia la neutralidad del pub. Los juramentos, derechos y obligaciones de hospitalidad eran casi una fuerza con vida propia en el mundo sobrenatural. Aquello significaba que en Chicago había siempre un lugar donde organizar una reunión con la razonable expectativa de que se desarrollara por cauces civilizados.

De igual modo, también significaba que podías toparte con malas compañías cuando ibas al local de Mac.

Yo siempre me sentaba con la espalda pegada a una pared manchada de humo.

Era media tarde y el local estaba más concurrido de lo habitual. Solo quedaban dos mesas disponibles de las trece que había, así que ocupé la más alejada del resto de la sala y arrojé en ella los papeles y el abrigo.

Me acerqué a la barra, evitando así la necesidad de agacharme cada vez que caminaba bajo uno de los ventiladores de techo, que parecían no estar pensados para los magos espigados. Saludé a Mac con la cabeza. Era un hombre enjuto, algo más alto que la media y con la cabeza afeitada. Rondaba entre los treinta y los cuarenta años de edad, llevaba vaqueros, camisa y delantal blancos, y, a pesar de que el horno de madera estaba en funcionamiento, no había mácula o mancha en su ropa.

—Mac —dije—. Cervecéame.

Mac deslizó por la barra una botella marrón oscuro de cerveza de fabricación propia. La abrí, me la bebí de un trago y se la pasé de nuevo junto con un billete de veinte.

—Que el ritmo no pare.

Mac soltó un gruñido de sorpresa y levantó las cejas.

—No preguntes —le dije.

Se cruzó de brazos y asintió.

—Las llaves.

Lo miré un segundo, resentido, aunque sin demasiada convicción. Lancé las llaves del Escarabajo azul a la barra.

Mac me dio otra cerveza y volví a la mesa bebiendo por el camino. El contenido de la botella casi se había esfumado a la altura de una columna tallada con la imagen de un gigante feo y enorme que era atacado por las bellas figuras esculpidas de caballeros de las Hadas, que le asestaban mandobles en los tobillos. Cuando llegué a mi mesa, me senté.

Normalmente no hago estas cosas. Debería haber sido más cuidadoso, pero la verdad es que no quería enterrarme en aquel material estando sobrio. Supuse que, si mi cerebro estaba lo bastante cargado, tal vez todo lo que estaba a punto de ver no me dejaría una impresión tan fuerte.

Me afiancé en la silla y leí la información que Butters me había dado sobre las mujeres muertas, aunque tuve que ir frecuentemente a por más cerveza. Leí las palabras, pero percibí un extraño vacío en ellas. Las leí, las entendí, pero, de algún modo, no parecían relevantes y se desvanecían como peñascos lanzados a un pozo; una pequeña ondulación en el agua, y luego nada.

Creí reconocer a dos de las víctimas, aunque no por su nombre. Probablemente las había visto por ahí, tal vez incluso aquí en McAnally. Las otras no me sonaban, pero obviamente no conocía a todos los miembros de la comunidad.

Dejé de leer unos minutos y bebí un poco más. No quería continuar, no quería ver nada de aquello. No quería involucrarme. Tenía cubierto el cupo de gente herida o fallecida. Había visto demasiadas mujeres muertas. Quería quemar los papeles, salir por la puerta y no parar de caminar.

En lugar de hacerlo, seguí leyendo.

Cuando terminé no había encontrado ninguna conexión clara entre las víctimas. Iba por mi quinta botella y fuera estaba oscuro. El pub estaba ahora en silencio.

Al levantar la vista comprobé que, salvo por Mac, tenía el local para mí solo.

Era extraño. El pub de Mac no está siempre lleno, pero por las noches suele estar bastante concurrido. No recordaba la última vez que lo había visto vacío a la hora de la cena.

Mac se acercó a mí con otra botella, justo cuando me acababa de terminar la anterior. Miró la nueva y la fila de botellas vacías.

—¿Se me han acabado los veinte pavos? —le pregunté.

Asintió.

Refunfuñé, saqué la cartera y puse otros veinte en la mesa.

Deslizó su seria mirada del billete hacia mí.

—Lo sé. Normalmente no bebo tanto.

Soltó otro ininteligible gruñido. Mac no destaca por su verborrea.

Señalé vagamente los papeles con la mano.

—Odio ver a mujeres heridas. Debería odiar ver a cualquiera herido, pero es peor con las mujeres. O con los niños. —Miré con rabia los papeles, luego eché un vistazo al bar, ahora vacío—. Píllate otra —le dije—. Siéntate.

Mac levantó las cejas. Fue a la barra, cogió una cerveza y vino a sentarse conmigo. Abrió las dos botellas con un movimiento de muñeca ágil y rápido, sin abridor. Es un profesional. Deslizó una botella hacia mí y alzó la suya.

Asentí. Las hicimos chocar y bebimos.

—Bueno —dije—. ¿Qué pasa?

Mac dejó la cerveza en la mesa y contempló el pub vacío.

—Lo sé —admití—. ¿Dónde ha ido todo el mundo?

—Por ahí —dijo Mac.

Si el señor Scrooge de Dickens hubiera atesorado palabras en vez de dinero, Mac le hubiera hecho parecer una cotorra. No era muy dado a la retórica.

—Por ahí —repetí—. Lejos de mí, quieres decir. —Asintió—. Tienen miedo. ¿Por qué?

—La capa gris.

Solté aire lentamente. Llevaba siendo centinela del Consejo Blanco casi dos años. Los centinelas eran las fuerzas armadas del Consejo, hombres y mujeres acostumbrados a la violencia y el conflicto. Normalmente, la función de los centinelas era ser una especie de policía para los magos que se aseguraba de que no usaran sus poderes contra el resto de la humanidad violando las leyes de la magia. Pero la situación en aquel momento no era normal. Desde hacía unos años, el Consejo estaba en guerra con las Cortes Vampíricas. La mayoría de los centinelas habían muerto en conflictos, así que la desesperación los obligó a tener que reclutar a nuevos magos para vestir la capa gris de su organización. Estaban tan desesperados que me pidieron que me uniera a ellos, a pesar de mi oscuro pasado.

Mucha gente en el mundo posee talento de un tipo u otro. Muy pocos tienen el poder y el talento necesarios para ser nombrados miembros del Consejo Blanco. La mayoría de la gente solo tenía contacto con los centinelas del Consejo cuando uno de ellos se presentaba para advertirle sobre un potencial abuso de la magia.

Cuando alguien rompía las leyes de la magia, los centinelas aparecían para detener, juzgar, condenar y, casi con seguridad, ejecutar al culpable. Daban miedo, incluso a alguien como yo, que está más o menos a su nivel. Para los talentos menores, como la mayoría del público del local de Mac, los centinelas eran una mezcla entre un ángel vengador y el hombre del saco.

Al parecer, habían empezado a encasillarme en el segundo papel, lo cual iba a ser un problema para cazar al asesino que citaba el Éxodo. Las víctimas eran seguramente miembros de la comunidad sobrenatural local, pero muchos wiccanos pueden llegar a ponerse muy susceptibles a la hora de hablar de sus creencias o identificar a sus compañeros como miembros de su fe. En parte es un respeto básico a la libertad personal y la privacidad endémica de la fe. Otra parte proviene de una especie de cautela teológica hereditaria.

Ambos factores iban a complicar las posibilidades de que alguien hablara conmigo. Si la gente pensaba que los centinelas habían tomado parte en las muertes, me excluirían tan pronto como se dice «¡Quemad a la bruja!».

—No hay motivos para que nadie tenga miedo —lo tranquilicé—. Estas mujeres son, de forma oficial, suicidas. Quiero decir, si los instintos de Murphy no hubieran captado algo, ni siquiera sabríamos que un asesino anda suelto.

Mac dio un sorbo a su botella, en silencio.

—A menos —añadí— que algún factor que desconozco convirtiera en evidente para toda tu clientela que las víctimas no eran suicidas.

Mac soltó su cerveza.

—Están relacionadas —susurré—. Las víctimas. Existe una conexión entre ellas, imperceptible en los informes de la policía. La gente mágica lo sabe. Por eso están asustados.

Mac observó pensativo la cerveza. Luego levantó la vista hacia el cartel de «Territorio neutral acordado» que había junto a la puerta.

—Lo sé —repuse con calma—. No quieres involucrarte. Pero alguien está matando gente ahí fuera. Está dejando tarjetas de visita destinadas a mí específicamente. Quienquiera que sea va a seguir haciéndolo hasta que lo encuentre.

Mac no se movió.

Me miró un momento con una expresión ilegible.

—¿Eres tú? —me preguntó entonces.

Estuve a punto de soltar una carcajada cuando me di cuenta de que hablaba en serio.

Tardé un minuto en aceptar aquello. Desde que empecé a trabajar en Chicago, había dedicado mucho tiempo a ayudar a la comunidad sobrenatural. Había realizado exorcismos aquí y allá, ayudado en problemas de fantasmas o enseñado disciplina y autocontrol a talentos jóvenes que los habían perdido. También había hecho otras cosas, no necesariamente relacionadas con la magia: aconsejar sobre cómo resolver problemas relacionados con seres amigables pero no humanos que se mezclaban con mortales, ayudar a los padres a asumir el hecho de que su hijo era ahora capaz de prender fuego al gato y, en general, cualquier cosa para ayudar a los demás.

A pesar de todo aquello, la misma gente a la que siempre había intentado apoyar

ahora me tenía miedo.

Incluso Mac.

Supongo que no podía culparlos. Ya no era tan accesible como antes a causa de la guerra y de mis nuevos deberes como centinela y maestro de mi aprendiz. Las pocas veces que había aparecido en público últimamente, las cosas acabaron poniéndose muy feas y se habían producido muertes. A veces olvidaba lo terrible que puede ser el mundo sobrenatural. Vivía en un estatus de relativo poder. No me engaño creyendo que puedo cargarme a todo lo que se me presente, pero tampoco soy un blando. Con la correcta planificación, puedo suponer una amenaza incluso para seres terriblemente poderosos.

Pero aquella gente no. Ellos eran unos don nadie en el mundo sobrenatural, no disponían de las opciones que mi poder me concedía a mí. Después de todo, yo era, en teoría, el encargado de protegerlos de las amenazas sobrenaturales. Si de verdad creían que las mujeres habían sido asesinadas, me consideraban lo bastante cruel como para cometer semejante tropelía o tan descuidado e incompetente como para permitir que sucediera. En cualquier caso, la imagen que se proyectaba de mí no era muy halagadora. Si la creciente atmósfera de miedo se añadía a la mezcla, era comprensible.

Sin embargo me dolía.

—No he sido yo —aclaré en voz baja.

Mac estudió mis facciones durante un momento, luego asintió.

—Necesitaba oírlo.

—Claro —dije—. No sé quién anda detrás de esto. Pero te doy mi palabra de que, cuando lo averigüe, voy a entregarlo o a informar de quién es y para quién trabaja. Tienes mi palabra, Mac.

Mac dio otro sorbo a su cerveza, inmóvil.

Volví a hojear las páginas, una a una, revisando las terribles imágenes. Mac también las vio. Respiró con un sonido algo rasposo y se echó hacia atrás en su asiento para apartarse de las fotografías.

Dejé mi última cerveza en la mesa y abrí las manos.

—Ayúdame, Mac. Por favor.

Mac contempló su botella durante un momento. Luego miró de nuevo el cartel. Acto seguido, extendió el brazo y cogió la primera hoja del montón de papeles. La giró, sacó un lápiz del bolsillo de su delantal y escribió algo en ella antes de devolvérmela.

Anna Ash, Ordo Lebes, mañana a las 4 de la tarde.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

Cogió su botella y se levantó.

—Un comienzo.

Capítulo 5

—Ordo Lebes —pronunció Murphy. Le quitó la tapa al vaso de café y sopló el vapor de su superficie—. Mi latín está un poco oxidado.

—Eso es porque no eres una maestra en el saber arcano, como yo.

Puso los ojos en blanco.

—Vale.

—Lebes significa «gran cacerola de cocina» —le dije. Traté de ajustar el asiento del pasajero de su coche, pero no conseguí ponerme cómodo. Los Saturn cupés no estaban hechos para gente de mi estatura—. Se podría traducir como «la orden de la gran cacerola».

—¿Y qué tal «la orden del caldero»? —sugirió Murphy—. Ya que tiene que ver con temas de brujas y cosas así, suena mucho menos estúpido.

—Bueno —concedí—. Supongo.

—Maestro del saber arcano... —refunfuñó Murphy.

—Aprendí latín por correspondencia, ¿vale? Deberíamos haber traído mi coche.

—El interior de un Volkswagen Escarabajo es más pequeño que este.

—Pero sé dónde está todo —dije mientras trataba de sacar el pie de donde se me había quedado atascado, en los bajos del coche.

—¿Todos los magos se quejan tanto? —Murphy sorbió su café—. Lo que quieres es conducir tú. Tienes problemas de control.

—¿Problemas de control?

—Problemas de control —repitió.

—¿No fuiste tú la que dijo que no encontraría la dirección de la mujer a no ser que te dejara conducir a ti? ¿Y yo soy el que tiene problemas?

—En mi caso no es tanto un problema como un hecho de la vida —dijo con calma—. Además, ese coche tuyo de payaso no pasa exactamente desapercibido, así que no es el más adecuado para una vigilancia. —Miré con rabia por el parabrisas frontal del coche al edificio de apartamentos donde, en teoría, una tal Anna Ash estaba organizando una reunión de la orden de la cacero... del caldero. Murphy había encontrado un lugar para aparcar en la calle, lo que me hizo preguntarme si no tendría cierto talento mágico después de todo. Solo una médium precognitiva nos hubiera conseguido una plaza de aparcamiento en esa calle, a la sombra del edificio y con una buena panorámica de la entrada disponible para ambos.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Hace cinco minutos eran las tres en punto —dijo Murphy—. No puedo estar segura, pero mi teoría es que ahora deben de ser alrededor de las tres y cinco.

Me crucé de brazos.

—No estoy acostumbrado a las vigilancias.

—Pensé que un cambio de ritmo te vendría bien. Tanto derribo de puertas y quema de edificios debe de ser agotador.

—No siempre derribo las puertas —puntualicé—. A veces tiro abajo las paredes.

—De esta manera tendremos ocasión de ver quién entra al edificio. Podríamos averiguar algo.

Solté un gruñido sospechoso.

—Averiguar algo, ¿eh?

—Solo te dolerá un momento. —Murphy dio otro sorbo a su café y señaló con la cabeza a una mujer que caminaba hacia el edificio. Llevaba un sencillo vestido debajo de una camisa masculina de algodón blanco abierta. Tendría unos treinta y tantos años y su cabello estaba salpicado de canas y recogido en un moño; además, llevaba sandalias y gafas de sol.

—¿Qué te parece?

—Sí —dije—. La reconozco. La he visto unas cuantas veces en la librería Bock Ordered Books.

La mujer entró en el edificio con paso decidido y apresurado.

Murphy y yo continuamos esperando. En los siguientes cuarenta y cinco minutos llegaron otras cuatro mujeres. Reconocí a dos de ellas.

Murphy comprobó su reloj, de bolsillo y con un mecanismo de relojería, nada de microchips ni baterías.

—Casi las cuatro. ¿Media docena como mucho?

—Eso parece —convine.

—Y no has visto a ningún villano obvio.

—Lo malo de los malos es que no puedes contar con que sean obvios. Se olvidan de hacerse la cera en el bigote y la perilla, se dejan los cuernos en casa, mandan los sombreros negros a la tintorería. Son así de graciosos.

Murphy me dedicó una mirada directa y nada divertida.

—¿Deberíamos subir?

—Esperemos otros cinco minutos. Ninguna fuerza en el universo puede hacer que un grupo de gente que le da un nombre en latín a su organización se maneje con puntualidad. Si están todos ahí a las cuatro, podemos suponer que hay algún tipo de magia negra involucrada.

Murphy se mostró de acuerdo, emitiendo un gruñido, y esperamos unos minutos más.

—Entonces —preguntó para darme conversación—. ¿Cómo va la guerra? —Hizo una pausa y añadió—: Dios, vaya pregunta.

—Lenta —fue mi respuesta—. Desde nuestra pequeña visita a Arctis Tor y la paliza que se llevaron los vampiros después de aquello, las cosas han estado bastante tranquilas. Estuve en Nuevo México la primavera pasada.

—¿Para qué?

—Para ayudar a Luccio a entrenar a pequeños centinelas —le expliqué—. Tienes que alejarte mucho de la civilización para enseñar magia de fuego grupal, así que pasamos varios días convirtiendo treinta acres de arena y fango en cristal. Entonces aparecieron varios necrófagos de la Corte Roja y mataron a dos chicos.

Murphy giró sus ojos azules hacia mí, esperando.

Sentí que contraía la mandíbula al recordarlo. A esos chicos no les serviría de mucho que volviera a hablar de ello, así que fingí no darme cuenta de que Murph me estaba dando pie para contárselo.

—Aparte de aquello, no se han producido grandes incidentes. Solo pequeños escarceos. El merlín está tratando de sentar a los vampiros en una mesa para negociar.

—Y no te parece una buena idea —apuntó Murphy.

—El rey Rojo sigue en el poder —dije. La guerra fue idea suya. Si se hace ahora un tratado, solo va a servir para que los vampiros se curen las heridas, reordenen sus filas y vuelvan para la secuela.

—¿Matarlos a todos? —me preguntó—. ¿Dejar que Dios los juzgue?

—No me importa si alguien los juzga o no. Estoy cansado de ver gente destrozada. —Tenía los dientes apretados. No me había dado cuenta de que estaba haciéndolo con tanta fuerza.

Me obligué a relajarme, pero no funcionó del modo que esperaba. En lugar de sentir que dejaba de apretar y el enfado se me pasaba, lo que logré fue enojarme aún más.

—Ay, Murph. Demasiada gente sufre algún daño. A veces tengo la sensación de que no importa lo rápido que uno reaccione, no sirve de nada.

—¿Te estás refiriendo a estas muertes?

—Sí, a las mujeres también.

—No es culpa tuya, Harry —repuso Murphy en un tono tranquilo—. Si has hecho todo lo que podías, no puedes hacer nada más. No tiene sentido castigarse por ello.

—¿Sí?

—Eso es lo que no paran de decirme los consejeros —explicó, y me miró pensativa—. Es fácil de entender cuando lo veo en ti.

—Murph, el tema no es ese —le aclaré—, el tema es si podría hacer algo más.

—¿Cómo qué? —me preguntó.

—No lo sé. Algo para detener a esos animales asesinos.

Como lo de Nuevo México. ¡Dios! No quería pensar en ello. Me froté las sienes con la esperanza de impedir que empezara el dolor de cabeza que ya afloraba entre mis cejas.

Murphy me concedió otro minuto para que decidiera si quería hablar sobre ello. Yo permanecí callado.

—¿Es buen momento para subir? —me preguntó.

Su tono se volvió más ligero, había renunciado a la otra conversación. Asentí y traté de contestarle de la misma manera.

—Sí. Si es que no se me han deformado los huesos de las piernas en esta cámara de tortura que conduces. —Abrí la puerta y salí a estirarme.

No la había cerrado aún cuando vi a una mujer caminando por la calle en dirección al edificio de apartamentos. Era alta, esbelta y con el pelo más corto que el mío. No llevaba maquillaje de ningún tipo, y el tiempo no había sido amable con sus poco delicados rasgos.

Su aspecto era muy diferente la última vez que la vi.

En aquella ocasión, Helen Beckitt estaba desnuda y sostenía en la mano un pequeño y elegante revólver del calibre 22 con el que me disparó en la cadera. Ella y su marido cayeron en desgracia cuando un hechicero negro en ciernes llamado Víctor Sells se enfrentó a sus propias creaciones asesinas por cortesía de Harry Dresden. Se encontraban en el sótano del incipiente imperio criminal levantado por Víctor a base de magia. Fueron procesados y acabaron en la prisión federal acusados de delitos de drogas.

Me quedé paralizado donde estaba, aunque no por permanecer inmóvil dejaba de estar a plena vista. Un movimiento repentino solo hubiera servido para atraer su atención hacia mí. Caminaba con ritmo decidido, sin ninguna expresión o chispa de vida en el rostro, justo como la recordaba. Vi que entraba en el edificio de Anna Ash.

Murphy me había imitado y estaba quieta. Consiguió ver fugazmente la espalda de Helen Beckitt desapareciendo en la entrada.

—¿Harry, qué ha pasado? —preguntó.

—El argumento se complica —sentenció.

Capítulo 6

—Esto no me gusta —dijo Murphy—. Helen Beckitt tiene muchas razones para odiarte.

—¿Y quién no?

—Hablo en serio, Harry. —Las puertas del ascensor se cerraron y comenzamos a subir. El edificio era viejo y el ascensor no era el más rápido del mundo. Murphy sacudió la cabeza—. Si lo que me cuentas de que la gente está empezando a temerte es cierto, tiene que haber una razón para ello. Tal vez alguien esté contando historias.

—Y encaja que sea Helen.

—Ya te ha disparado y no le funcionó. Quizás piense que ha llegado el momento de jugar sucio.

—Los palos, las piedras y las balas de pequeño calibre podrán romperme los huesos —dije—, pero las palabras no.

—El hecho de que esté aquí es una enorme coincidencia. Estamos hablando de una expresidiaria, Harry, y que además acabó en la cárcel por tu culpa. No creo que esté hablando bien de ti con la comunidad mágica local en aras de la camaradería.

—No sabía que los polis conocieran palabras como camaradería, Murph. ¿Estás segura de que de verdad eres policía?

Me miró exasperada.

—¿Nunca paras de bromear?

—Cuento chistes verdes mientras duermo.

—Prométeme que vas a tener cuidado —me pidió Murphy.

—Había una vez una mujer con el trasero tan grande que... —comencé.

Murphy levantó las palmas de las manos en señal de frustrada rendición.

—Maldita sea, Dresden.

Alcé una ceja.

—Pareces preocupada por mí.

—Hay mujeres ahí arriba —apuntó—. No siempre piensas con claridad cuando las tienes cerca.

—Entonces crees que debo tener cuidado.

—Sí.

Me volví hacia ella y la miré.

—Dios, Murph. ¿Por qué crees que te he traído? —dije en voz más baja.

Me miró y me sonrió, entrecerrando los ojos, aunque su voz seguía sonando áspera.

—Me imagino que querías a alguien cerca que notara cosas más sutiles que un cartel de neón parpadeante.

—Oh, vamos... No hace falta que parpadee.

Las puertas del ascensor se abrieron y lideré el paso hacia el apartamento de Anna Ash. A metro o metro y medio de la puerta me di de bruces con el sutil hormigueo causado por un telón de energía. Me detuve en seco, Murphy tuvo que ponerme una mano en la espalda para evitar tropezarse conmigo.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Levanté la mano izquierda. Aunque mi mano lesionada apenas reaccionaba a los estímulos convencionales, nunca había tenido problemas para sentir los patrones sutiles de una energía mágica elaborada. Estiré los dedos cuanto pude para tratar de abarcar la zona más amplia posible al tiempo que cerraba los ojos y me concentraba en mis sentidos de mago.

—Es un hechizo de protección.

—¿Cómo en tu apartamento?

—No tan fuerte —dije mientras agitaba la mano lentamente sobre él—. Y es un poco más vulgar. Yo tengo ladrillo y alambre de espino, esto es más parecido a aluminio y huesos de pollo. Sin embargo, tiene una potencia decente. Fuego, creo. —Escudriñé el fondo del pasillo—. Ajá. No creo que haya suficiente para causar la muerte, pero dolería un montón.

—Y un fuego haría saltar las alarmas del edificio —añadió Murphy—. La gente echaría a correr. Aparecerían las autoridades.

—Claro —convine—. Es para desalentar al típico curioso, sea o no sobrenatural. Su intención no es matar. —Di un paso atrás y le hice un gesto con la cabeza a Murphy—. Vamos, llama.

Me miró con malicia.

—Estás de broma, ¿no?

—Si el hechizo está bien hecho, reaccionará a mi aura y se activará.

—¿No puedes desactivarlo y ya está?

—Quienquiera que hizo esto se tomó muchas molestias para invertir mucho tiempo y esfuerzo en la seguridad de su hogar —dije—. Es una grosería romperlo.

Murphy ladeó la cabeza un momento. Entonces lo entendió.

—Las asustarías si entraras como si el hechizo no existiera.

—Sí —dije en voz baja—. Están asustadas, Murph. Tengo que ser amable o no me dirán nada que nos sea de ayuda.

Murphy asintió y llamó a la puerta.

La golpeó tres veces y, a la tercera, el pomo ya estaba girando.

Una mujer pequeña, de aspecto sano y rollizo, abrió la puerta. Rondaba los cuarenta. Era rubia, más baja incluso que Murphy y con unas mejillas rosadas de querubín que parecían acostumbradas a sonreír. Llevaba un vestido color lavanda y tenía un pequeño perro en los brazos, tal vez un *yorkshire*. Sonrió a Murphy.

—Vaya, la sargento Murphy. Sé quién es usted —aseguró.

—Hola, soy la sargento Murphy, detective del Departamento de Policía de Chicago —se presentó, tal vez medio segundo después de que la mujer comenzara a hablar.

Parpadeó un momento sorprendida y cerró la boca.

—Oh —dijo la mujer—. Lo siento, a veces se me olvida. —Hizo un pequeño gesto airado con la mano—. Vaya cabeza de chorlito.

Intenté presentarme.

—Por supuesto, todos sabemos quién es usted, señor Dresden —comenzó de nuevo la pequeña mujer antes de que yo llegara a articular palabra. Se llevó los dedos a la boca. Le temblaron un poco—. Vaya, lo he olvidado de nuevo. Disculpen. Soy Abby.

—Encantado de conocerla, Abby —dije extendiendo una mano relajada hacia el pequeño *yorkshire* para acariciarlo. El perro la olisqueó, tembloroso por el ansia, y comenzó a mover la cola—. Eh, perrito.

—Totó —dijo Abby, y, antes de que yo pudiera responder, añadió—: Exacto, un clásico. Si funciona, ¿para qué cambiarlo? —Me hizo un gesto con la cabeza y añadió—: Disculpe. Dejaré que nuestra anfitriona hable con usted. Yo solo era la que estaba más cerca de la entrada. —Nos dio con la puerta en las narices.

—Claro —le dije a la puerta.

Murphy se volvió hacia mí.

—Raro.

Me encogí de hombros.

—Al menos le he gustado al perro.

—Sabía lo que íbamos a decir antes de que lo dijéramos, Harry.

—Me he dado cuenta.

—¿Es telépata o algo así?

Negué con la cabeza.

—No es lo que piensas. No esconde lo que hace, y, si anduviera metiéndose en las cabezas de la gente, el Consejo ya hubiera actuado hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿cómo sabía lo que estábamos a punto de decir?

—Supongo que posee el don de la clarividencia. Puede ver el futuro, tal vez con uno o dos segundos de antelación. No tiene un control voluntario sobre ello.

Murphy suspiró pensativa.

—Podría ser útil.

—Para algunas cosas —dije—. Pero el futuro no está escrito sobre una piedra.

Murphy frunció el ceño.

—Como, por ejemplo, que en el último segundo hubiera decidido decir que mi nombre era Karrin Murphy en vez de sargento.

—Sí. Se hubiera equivocado. La gente como ella puede sentir una... especie de

nube de futuros posibles. Esta situación era bastante predecible incluso sin poseer talento mágico alguno; una interacción social básica. Parece que sabía exactamente lo que iba a pasar, pero no era así. Se limitó a juzgar lo que era más probable en este caso particular, y no es que fuera muy difícil de suponer.

—Por eso parecía tan distraída —reflexionó Murphy.

—Sí. Estaba controlando lo que estaba pasando además de lo que era probable que pasara y, por otro lado, decidiendo lo que no era probable que pasara. —Sacudí la cabeza—. Es mucho peor para los que alcanzan a ver más allá de un segundo o dos.

Murphy frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque las posibilidades aumentan con cada segundo de margen —expliqué—. Piensa en una partida de ajedrez. Un jugador principiante lo hace bien si es capaz de prever cuatro o cinco movimientos de su oponente. Diez movimientos después, el número de posibles configuraciones que puede adoptar el tablero aumenta exponencialmente. Los jugadores expertos a veces ven incluso más allá, y si ya hablamos de ordenadores la cifra es casi infinita. Su alcance es difícil de imaginar.

—Y estamos hablando del ambiente cerrado y sencillo de una partida de ajedrez —dijo Murphy asintiendo—. En el mundo real las posibilidades se disparan.

—El mayor juego de todos. —Sacudí la cabeza—. Es un talento peligroso. Puede someterte a inestabilidades de una clase u otra, a efectos secundarios. Los médicos suelen diagnosticar epilepsia a la gente como Abby, también Alzheimer o cualquier trastorno de personalidad. Apostaría cinco pavos a que esa pulsera médica de su muñeca dice que es epiléptica y que el perro puede sentir la llegada de los ataques y advertirla.

—No he visto la pulsera —admitió Murphy—. Paso de apostar.

Durante aquellos cinco minutos, mientras esperábamos fuera hablando en voz baja, tuvo lugar una discusión en el apartamento. Se oían voces apagadas detrás de la puerta en tonos amortiguados y tensos que se cortaron de raíz cuando una única voz, más alta que las demás, se impuso al resto. Un momento después, la puerta se abrió. La primera mujer que vimos entrar se encontraba ante mí. Era de complexión oscura, ojos igual de oscuros, y tenía el cabello corto y liso, lo que me hizo pensar que debía de tener un antepasado nativo americano no muy lejano. Medía tal vez un metro sesenta, tendría unos treinta y muchos años y el rostro adusto marcado por vagas y pensativas líneas de expresión entre las cejas. Bloqueaba la entrada con los pies bien plantados. Por su postura, me dio la impresión de que sería capaz de convertirse en un *bulldog* si era necesario.

—Aquí nadie ha roto ninguna ley, centinela —dijo en voz baja y firme.

—Uf, qué alivio —dije—. ¿Anna Ash?

Entornó los ojos y asintió.

—Soy Harry Dresden —me presenté.

Frunció los labios y me dedicó una mirada especulativa.

—¿Está de broma? Sé de sobra quién es.

—No tengo por costumbre asumir que todas las personas con las que me encuentro saben quién soy —dije con una disculpa implícita en el tono utilizado—. Ella es Karrin Murphy, del Departamento de Policía de Chicago.

Anna saludó a Murphy con un gesto de la cabeza.

—¿Puedo ver su identificación, señora Murphy? —requirió en un tono neutral y educado.

Murphy ya tenía la cartera de cuero con su placa en la mano y se la pasó a Anna. Su foto estaba en el lado opuesto de la placa, bajo una cubierta de plástico transparente. Anna miró la placa y comparó la foto con el rostro real de Murphy. Se la devolvió con cierta reticencia y volvió a dirigirse a mí:

—¿Qué quiere?

—Hablar.

—¿Sobre qué?

—La Ordo Lebes —respondí—. Y lo que le ha pasado a varias practicantes en las últimas semanas.

—Estoy segura de que usted sabe más sobre ello que nosotras.

Su voz parecía educada en la superficie, sin embargo, percibí un fondo amargo en el tono.

—En realidad no —dije—. Y eso es lo que pretendo corregir.

Sacudió la cabeza y la sospecha quedó patente en su rostro.

—No soy tonta. Los centinelas lo controlan todo. Todo el mundo lo sabe.

Suspiré.

—Sí, pero esta mañana olvidé tomarme las multivitaminas con forma de George Orwell en mi tazón de cereales del Gran Hermano. Tenía la esperanza de poder hablar con usted un rato, si es que decide que es posible conversar conmigo como con un ser humano.

Me miró con cierta cautela. Mucha gente reacciona a mis bromas de esa manera.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque quiero ayudarlas.

—O eso dice —repuso—. ¿Cómo sé que habla en serio?

—Señora Ash —intercedió Murphy—, está diciendo la verdad. Hemos venido a ayudar, si podemos.

Anna se mordió el labio y comenzó a mirarnos alternativamente. Entonces, volvió la vista hacia la habitación que había a su espalda. Al fin, se centró en mí y dijo:

—Las apariencias a veces engañan. Y no tengo ninguna manera de saber si es usted quien dice ser. Prefiero equivocarme y seguir siendo cauta.

—La cautela nunca viene mal —convine—. Sin embargo, usted se está acercando más a la paranoia, señora Ash.

Comenzó a cerrar la puerta.

—Esta es mi casa, y no voy a invitarlos a entrar.

—Perfecto —dije, y di un paso adelante para pasar. Aparté a Anna con delicadeza antes de que pudiera cerrar la puerta.

Al hacerlo, sentí la presión del umbral; un aura de energía mágica que protege todos los hogares. El umbral ofreció una resistencia apenas detectable al toparse con mi propia aura y no poder igualarla. Si la propietaria de la casa me hubiera invitado a entrar, el umbral se hubiera separado como una cortina. Pero Anna no me había invitado. Si quería entrar, tenía que dejar gran parte de mi poder en la puerta. Y si necesitara utilizar mis fuerzas mientras permanecía allí, comprobaría que estaba bloqueado mágicamente, casi hasta el punto de la incapacidad total. Funcionaba así.

Al volverme, vi a Anna mirándome con una expresión de genuina sorpresa. Era perfectamente consciente de lo que acababa de hacer.

—Señora Ash, si perteneciera al mundo espiritual, no habría podido cruzar el umbral. Y si mi intención fuera hacerle daño a alguien de aquí dentro, ¿por qué iba a desarmarme? Además, ¿me presentaría con una poli para que fuera testigo de mis actos?

Murphy me imitó y me siguió adentro.

—Yo... —dijo Anna perpleja—. ¿Cómo sabía que el hechizo de protección no iba a explotarle en la cara?

—Por pura lógica —le expliqué—. Es usted una persona cauta, y en este edificio hay niños. No esperaba que hubiera adherido a la puerta algo que pudiera explotar cuando alguien entrara.

Anna respiró hondo mientras asentía.

—De todos modos, si hubiera forzado la puerta, no le habría gustado nada lo que hubiera ocurrido.

—La creo —admití, y era cierto—. Señora Ash, no estoy aquí para amenazar o hacerle daño a nadie. No puedo obligarla a hablar conmigo. Si quiere que me vaya ahora mismo, lo haré —le prometí—. Pero, por su propia seguridad, por favor, déjeme hablar primero con usted. Unos minutos. Es todo lo que le pido.

—Anna —dijo la voz de Abby—, creo que deberías oír lo que tienen que decir.

—Sí —apuntó la voz tranquila de otra mujer—. Estoy de acuerdo. Y una cosa te puedo decir de él: si te da su palabra es que la va a cumplir.

Si me paraba a pensarlo, no había oído nunca antes la voz de Helen Beckitt, a no ser que sus gemidos contaran. La solidez y casi total ausencia de inflexión de su tono encajaba perfectamente con la falta de vida en sus ojos. Intercambié una mirada intranquila con Murphy antes de volverme hacia Anna.

—¿Señora Ash? —la exhorté.

—Deme su palabra. Júrelo por su poder.

Aquello era un asunto serio, por lo menos entre los magos de mi liga. Las promesas tienen poder. Uno no jura sobre su talento mágico y rompe el juramento a la ligera; hacerlo significaría reducir su fuerza en el Arte. Respondí sin dudar.

—Se lo juro por mi poder. Me comportaré como un invitado que acepta su hospitalidad. No le causaré daño a usted ni a los suyos, y no les negaré ayuda si la requieren.

Anna exhaló un breve y rápido suspiro y asintió.

—Muy bien. Prometo comportarme como una buena anfitriona, con todas las obligaciones que eso conlleva. Y llámeme Anna, por favor. —Pronunció su propio nombre con el énfasis del Viejo Mundo: A-na. Hizo un gesto con la mano y nos condujo al apartamento.

—Espero que no se moleste si no hago una ronda de presentaciones.

Comprensible. El nombre completo dicho en boca de uno mismo puede proveer a un mago o hechicero de un canal, un punto de referencia que podría ser usado para atraer ciertos hechizos dañinos o incluso letales. Sucedió lo mismo con la sangre fresca, las uñas o los mechones de pelo. Resulta casi imposible dar tu nombre completo de manera accidental en mitad de una conversación, pero, aun así, era algo que había ocurrido. Si alguien con conocimientos sospechaba que un mago estaba apuntando un hechizo hacia él, tenía bastante cuidado de decir su propio nombre.

—No hay problema —le dije.

El apartamento de Anna era más agradable que la media, y resultaba evidente que se había visto sometido a una reforma casi completa en los últimos años. Las ventanas tenían una vista razonablemente buena y los acabados eran, en su mayoría, de madera de excelente calidad.

Había cinco mujeres en la sala de estar. Abby estaba sentada en una mecedora, sosteniendo a su *yorkshire* de ojos brillantes en el regazo. Helen Beckitt, junto a una ventana, contemplaba indiferente la ciudad. Otras dos mujeres se acomodaban en un sofá, y la última, en un sillón perpendicular a ellas.

—¿Debo suponer entonces que saben ustedes quién soy? —les pregunté.

—Lo saben —respondió Anna por ellas.

Asentí.

—De acuerdo. Esto es lo que yo sé. Algo ha matado al menos a cinco practicantes. Algunas de las muertes parecen suicidios, pero las pruebas sugieren que no es así. —Respiré hondo—. He encontrado mensajes dejados para mí, o para alguien como yo, en dos de los cuerpos; cosas que la policía no hubiera encontrado. Creo que estamos ante un asesino en serie y que su congregación representa para él una serie de potenciales...

—O para ella —interrumpió Murphy, casi mirando fijamente a Beckett.

La boca de Beckett se torció en una leve sonrisa amarga, aunque el resto de su cuerpo no se movió.

—O para ella —concedí—. En cualquier caso, ustedes encajan en el perfil de víctima.

—¿Habla en serio? —preguntó una de las mujeres a la que no conocía. Era mayor que las otras, de unos cincuenta años. A pesar de lo caluroso del día, llevaba un fino suéter verde claro de cuello vuelto y una rebeca gris oscuro. Su cabello, recogido en un estirado moño, debió de ser en el pasado rojo cobrizo, aunque ahora estaba salpicado de gris acero. No llevaba maquillaje. Unas gafas cuadradas de montura de plata cubrían sus turbios ojos marrones verdosos, por debajo de unas cejas más espesas de lo que se permiten la mayoría de las mujeres.

—Muy en serio —contesté—. ¿Puedo llamarla de algún modo? No me parece correcto llamarla Cuello Vuelto sin consultárselo primero.

Se enderezó ligeramente, apartando sus ojos de los míos.

—Priscilla —dijo.

—Priscilla. Estoy un poco perdido con todo este asunto, no sé lo que está pasando, y por eso he venido a hablar con ustedes.

—Entonces, ¿cómo es que sabe lo de la Ordo? —me preguntó.

—En la vida real soy investigador privado —le expliqué—. Investigo cosas.

—Está mintiendo —le dijo Priscilla a Anna—. Tiene que estar mintiendo. Tú sabes lo que hemos visto.

Anna miró a Priscilla y luego a mí, acto seguido sacudió la cabeza.

—No lo creo.

—¿Qué han visto? —le pregunté a Anna.

Anna miró a las demás personas de la habitación y, como ninguna de ellas alzó la voz, volvió a dirigirse a mí:

—Está usted en lo cierto. Varias mujeres, miembros de mi orden, han muerto. Lo que tal vez no sepa es que otras han desaparecido. —Respiró hondo—. No solo en la Ordo, también en la comunidad. No se sabe nada de otras veinte personas. Desde fin de mes.

Solté un silbido agudo. Aquello era serio. No me malinterpreten, desaparece gente todo el tiempo, la mayoría porque quiere hacerlo. No obstante, la gente de nuestros círculos está generalmente muy unida, en parte porque son conscientes en un grado u otro de la existencia de depredadores naturales que pueden eliminarlos y lo hacen cuando tienen ocasión. Es el instinto del rebaño, simple y llanamente. Y funciona.

Si habían desaparecido veinte personas, lo más probable es que algo estuviera cazándolas. Si el asesino se las había cargado, ahora yo tenía un gran problema entre

manos, algo que, por otra parte, no era una experiencia nueva para mí.

—Dice que hay gente que ha visto algo. ¿Qué?

—En lo que respecta a... —Sacudió la cabeza y se aclaró la garganta—. De entre las víctimas de la orden cuyos cuerpos han sido encontrados, la última vez que fueron vistas con vida iban acompañadas de un hombre alto ataviado con una capa gris.

Parpadeé.

—¿Y piensan que era yo?

—No estaba lo bastante cerca como para asegurarlo —dijo Priscilla—. Ya había oscurecido y estaba en la calle de mi apartamento. Los vi desde mi ventana.

Apenas disimuló el hecho de que casi se le escapa decir «lo» en lugar de «los».

—Yo estaba en Bock's —añadió Abby en un tono serio, con los ojos fijos a media distancia—. Era tarde. Vi al hombre pasar con ella a su lado.

—Eso no fue lo que yo vi —dijo Helen Beckitt. Sus palabras fueron claras y certeras—. Sally dejó el bar con un hombre de pelo oscuro, ojos grises y piel pálida.

Me dio un vuelco el estómago. Por el rabillo del ojo noté que la expresión de Murphy se había tornado deliberadamente vacua.

Anna levantó la mano para ordenarle silencio a Helen.

—Al menos otros dos testigos fiables han informado de que vieron a algunas de las desaparecidas en compañía de un hombre de capa gris. Otros tantos han informado de avistamientos del apuesto hombre de pelo oscuro.

Sacudí la cabeza.

—¿Y pensaron que el tipo de la capa era yo?

—¿Cuántos hombres altos de capa gris se mueven en nuestro círculo de Chicago, señor? —dijo Priscilla en un tono gélido.

—Se puede comprar tela gris a tres dólares el metro en cualquier tienda al por mayor —le dije—. Los hombres altos no son tampoco algo extraño en una ciudad de ocho millones de habitantes.

Priscilla entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿quién era?

A Abby se le escapó una risita nerviosa, lo que provocó que Totó meneara la cola. Fruncí los labios, pensativo.

—Estoy bastante seguro de que no era Murphy.

Helen Beckitt soltó un gruñido nasal.

—No es para tomárselo a broma —espetó Priscilla.

—Vaya. Lo siento. Dado que acabo de enterarme de este asunto del hombre de capa gris hace solo unos segundos, he pensado que se trataba de una broma. —Me volví para encarar a Anna—. No soy yo. Y tampoco es un centinela del Consejo, o espero que no lo sea.

—¿Y si lo es? —preguntó Anna en voz baja.

Me crucé de brazos.

—Me aseguraré de que no le haga daño a nadie. Nunca más.

Murphy dio un paso al frente.

—Ha dicho que tres miembros de la orden han muerto. ¿Cuáles eran sus nombres? Dígamelos, por favor.

—María —dijo Anna separando las palabras con el lento y deliberado ritmo de una marcha fúnebre—. Janine. Pauline.

Al momento vi adónde quería llegar Murphy.

—¿Y Jessica Blanche? —preguntó.

Anna frunció el ceño un momento y luego agitó la cabeza.

—No creo haber escuchado nunca ese nombre.

—Así que no pertenece a la orden —concluyó Murphy—. ¿Y tampoco a la comunidad mágica?

—No, que yo sepa —contestó Anna. Miró alrededor de la sala—. ¿Alguien de aquí la conoce?

Silencio.

Intercambié una mirada con Murphy.

—Algunos de estos casos son diferentes.

—Algunos son muy parecidos —respondió.

—Un lugar para comenzar, al menos —dije.

Comenzó a sonar la alarma de un reloj y la chica que estaba sentada junto a Priscilla en el sofá se incorporó de inmediato. Era joven, no llegaba a los veinte, y tenía la piel del tono propio de las regiones del este de la India. Sus ojos eran marrones, de gruesos párpados, y llevaba un pañuelo atado al cabello, liso y brillante. Unos calentadores color lavanda y unas medias color crema le cubrían las largas piernas, musculosas y atléticas como las de una bailarina profesional. Llevaba un reloj de pulsera de hombre que parecía enorme sobre sus finos huesos. Apagó la alarma y miró a Anna, inquieta.

Anna frunció el ceño y asintió. Comenzó a dirigirse a la puerta, como una graciosa anfitriona acompañándonos a la salida de forma educada.

—¿Hay algo más que podamos hacer por usted, centinela? ¿Señora Murphy?

En el negocio de la investigación, cuando alguien empieza a intentar echarle a toda prisa con la intención de ocultar algún tipo de información, se puede considerar una pista.

—¡Ja! —exclamé divertido—. ¿Qué pasa dentro de diez minutos?

Anna se detuvo. Su educada sonrisa se desvaneció.

—Hemos respondido a sus preguntas lo mejor que hemos podido. Centinela, me dio su palabra de que aceptaría mi hospitalidad, no de que abusaría de ella.

—Responderme puede ser para su propio bien —argüí.

—Esa es su opinión —repuso—. Según la mía, no es asunto suyo.

Suspiré y asentí aquiescente. Le entregué una tarjeta de visita.

—Ese es mi número. Por si cambia de idea.

—Gracias —dijo Anna educadamente.

Murphy y yo nos marchamos y permanecemos en silencio todo el camino hasta que bajamos por el ascensor. Hice una mueca de preocupación mientras meditaba. Aquello nunca había resuelto ninguno de mis problemas en el pasado, pero siempre hay una primera vez.

—¿Crees que saben algo más? —me preguntó Murphy cuando caminábamos de nuevo bajo el sol.

—Saben algo —dije—. O creen saberlo.

—Era una pregunta retórica, Harry.

—Me has pillado. —Sacudí la cabeza—. ¿Cuál es el próximo paso?

—Investigar el entorno de Jessica Blanche —contestó—. A ver qué encontramos. Asentí.

—Es más fácil que registrar Chicago en busca de tipos con grandes capas grises.

Murph hizo una pausa, la conocía lo bastante bien para saber que estaba eligiendo sus palabras con cuidado.

—Aunque tal vez no más fácil que encontrar a apuestos hombres pálidos de cabello oscuro que pueden o no haber sido vistos con una mujer que murió en mitad de un éxtasis sexual.

Durante un momento, nuestra única conversación fueron los pasos en la acera.

—No ha sido él —dije entonces—. Es mi hermano.

—Por supuesto. Seguro —convino.

—No he hablado con él en un tiempo, eso sí —admití. Un momento después, añadí—: Y ahora va por su cuenta. Gana mucho dinero con... algo. Aunque no sé lo que es porque nunca quiere decírmelo.

Murphy asintió.

—Sí.

—Y supongo que es verdad que está tremendamente bien alimentado estos días —continué—. Y que no me dice cómo lo hace. —Dimos unos pocos pasos más—. Y que él mismo se considera un monstruo. Y que ya se ha cansado de tratar de ser humano.

Cruzamos la calle en silencio.

Cuando llegamos al otro lado me detuve y miré a Murphy.

—Mierda.

Ambos echamos a andar por la acera hacia el Saturn.

—Harry —dijo con cautela—, seguro que tienes razón con respecto a él. No obstante, hay vidas en juego. Tenemos que estar completamente seguros.

Un acceso de rabia me recorrió el cuerpo, la negación instantánea e instintiva de que mi hermano, mi único pariente vivo, pudiera estar involucrado en aquel lío. Una furia intensa e irracional y una igualmente irracional sensación de traición, motivada por la implícita acusación de Murphy, se alimentaron la una de la otra y crecieron a toda velocidad. Me pilló con la guardia baja. Nunca había sentido tal explosiva determinación de destruir una amenaza contra mi hermano, aparte de las situaciones de vida o muerte con las que nos habíamos topado. Las emociones circulaban por mis adentros como acero fundido y, casi sin quererlo, reuní mi voluntad bajo su pertinaz influencia. Durante un segundo no quise hacer nada que no fuera machacar cosas hasta hacerlas polvo, comenzando por cualquiera que siquiera se atreviera a hacerle daño a Thomas. Y la fuerza para hacerlo fue subiendo dentro de mí como el vapor en una olla a presión.

Jadeé y cerré los ojos para controlarme. Esta no era una situación de vida o muerte. Era una acera de la calle. No se produciría una ruidosa y satisfactoria liberación de mi rabia. Sin embargo, la energía que había reunido inconscientemente tenía potencial para ser peligrosa.

Agaché el brazo para rozar la acera con la punta de los dedos y dispersar en el cemento dicha concentración de magia de forma más o menos inofensiva. Solo un pequeño rastro de energía estalló de mala manera.

Salvó nuestras vidas.

En el instante en que liberé la energía sobrante, un semáforo cercano reventó, el himno americano comenzó a sonar a todo volumen en el móvil de Murphy, saltaron las alarmas de tres coches...

...y el Saturn cupé de Murphy explotó con un estallido atronador y acabó envuelto en una brillante bola de fuego.

Capítulo 7

No hubo tiempo para hacer nada. Incluso si hubiera estado agazapado y con magia defensiva preparada, no habría sido capaz de contener la fuerza de la explosión. Fue instantánea, violenta, hubiera dado igual que yo estuviera o no en guardia. Algo que se parecía vagamente a una enorme almohada de plumas blandida por el increíble Hulk se estrelló contra mi pecho. Me levantó del suelo y me impulsó varios metros hacia delante en la acera. Rocé un buzón de correos con el hombro en mitad de mi vuelo y, acto seguido, disfruté de una panorámica del veraniego cielo despejado encima de mí mientras yacía en el suelo con la espalda dolorida.

Había sobrevivido, lo que siempre era un buen comienzo en este tipo de situaciones. Entonces no podía haber sido una terrible explosión, tenía que haber causado más llamas que conmoción; una gran bola de fuego que hubiera roto ventanas, incendiado todo a su paso y levantado grandes ráfagas de aire, además de arrollar a un Harry Dresden, mago, a medio usar.

Me incorporé para contemplar la nube de humo negro y las llamas rojas que ocupaban el lugar del Saturn de Murphy, lo que, sin lugar a dudas, confirmaba mi suposición. Miré a mi lado y vi a Murphy incorporarse lentamente. Tenía un pequeño corte en el labio superior. Parecía pálida y agitada.

No lo pude evitar. Me eché a reír como si estuviera borracho.

—Bueno —dije—. Dadas las circunstancias me veo obligado a concluir que tenías razón. Soy un controlador obsesivo. Tenías toda la razón al querer conducir tú el coche. Gracias, Murph.

Se giró y me miró con rabia. Después, respiró hondo antes de hablar.

—De nada —dijo con los dientes apretados.

Le sonreí y me volví a tumbar en el suelo.

—¿Estás bien?

Se tocó la sangre del labio con una mano.

—Eso creo. ¿Y tú?

—Me he golpeado el hombro con un buzón —comenté—. Duele un poco. No mucho. Tal vez deba tomarme una aspirina. Solo una. No una dosis completa ni nada de eso.

Suspiró.

—Dios, Dresden. ¡Eres un quejica!

Nos quedamos sentados allí un momento, mientras las sirenas comenzaban a sonar en la distancia y se iban acercando poco a poco.

—¿Crees que ha sido una bomba? —preguntó Murphy en ese tono que la gente utiliza cuando no sabe muy bien qué decir.

—Sí —le confirmé—. Estaba liberando un poco de mi energía sobrante cuando

explotó. Debí trastocar el reloj de la bomba. La activé antes de tiempo.

—A no ser que fuera un disparo de advertencia —aventuró.

Gruñí.

—¿Quién crees que puso la bomba?

—No he incordiado a nadie nuevo últimamente —dijo Murphy.

—Yo tampoco.

—Tú has fastidiado a más gente que yo, *in toto*.

—*In toto?* —pregunté—. ¿Quién habla así? Además, las bombas en los coches no tienen que ver con... con...

—¿El idioma? —preguntó Murphy con lo que podría pasar por un muy leve acento británico.

—¡Idioma! —repetí haciendo mi mejor imitación de John Cleese—. El idioma de las entidades a las que he fastidiado. Y he de advertirte que las referencias a los Monty Python me están poniendo cachondo.

—Eres patético, Harry. —Su sonrisa se desvaneció—. No obstante, una bomba en un coche habla el mismo idioma que los exconvictos —apuntó.

—La señora Beckitt estuvo ahí dentro con nosotros todo el rato, ¿acaso no lo recuerdas?

—¿Y el señor Beckitt? —preguntó Murphy.

—Ya —exclamé—. ¿Crees que ha salido ya?

—Creo que tenemos que averiguar algunas cosas —dijo—. Será mejor que te vayas.

—¿Debo hacerlo?

—No estoy de servicio, ¿recuerdas? —dijo Murphy—. Es mi coche. Será más fácil si solo hay una persona respondiendo a las preguntas.

—De acuerdo —convine al tiempo que me obligaba a levantarme—. ¿De qué te encargas tú?

—Me quedo con el extraño cadáver y con los Beckitt —dijo. Le ofrecí una mano para ayudarla a levantarse. La aceptó, lo que significaba más para nosotros de lo que nadie que nos estuviera viendo pudiera suponer—. ¿Y tú?

Suspiré.

—Hablaré con mi hermano.

—Estoy segura de que no está involucrado —dijo Murphy con tranquilidad—. Pero...

—Pero conoce el negocio de los incubos —acabé la frase por ella, aunque no era eso lo que iba a decir Murphy. El comentario podría haberme causado algo de rabia, pero, lógicamente, tampoco podía culparla por sospechar. Era policía. Llevaba toda su vida adulta tratando con los más rastreros y deshonestos ejemplos de la condición humana. Guiándose por la lógica, lo normal era sospechar y preguntarse cosas hasta

que apareciera información adicional. Había vidas en juego.

Sin embargo, Thomas era mi hermano, mi sangre. La lógica y el raciocinio tenían poco que ver con aquello.

La primera unidad de emergencia, un coche patrulla de la policía, dobló la esquina a un par de manzanas de distancia. Cinco camiones de bomberos lo seguían de cerca.

—Hora de irte —dijo Murphy.

—Veré lo que puedo averiguar —le prometí, y me marché.

Cogí el tren para regresar a casa. Iba en alerta constante, observando a cualquiera que pudiera estar siguiéndome, esperando o planeando actos maliciosos contra mí. No me encontré con nada de eso en el tren, ni cuando caminé hacia mi apartamento en el sótano de una vieja residencia.

Una vez allí, bajé las lóbregas escaleras de cemento que conducían a la entrada, una de esas elegantes puertas metálicas de seguridad. Murmuré unas palabras y desarmé los hechizos que protegían mi hogar con un esfuerzo de voluntad. Luego, utilicé la llave para abrir las cerraduras convencionales y entré.

Míster apareció enseguida para enroscarse en mis pantorrillas y saludarme con un empujón. El gran gato gris pesaba por lo menos quince kilos, así que el impacto me desestabilizó lo bastante para golpearme los hombros contra la puerta. Me agaché y le acaricié las orejas con suavidad. Míster ronroneó sin dejar de caminar en círculos alrededor de una de mis piernas, luego se alejó, dio un brinco hacia una estantería y allí continuó su importante labor: sestear en la tarde de verano a la espera del fresco de la noche.

Una enorme montaña de pelo negro y gris desgredado apareció desde las sombras de la pequeña alcoba con suelos de linóleo que tenía por cocina. Se acercó a mí bostezando y moviendo la cola a modo de relajado saludo. Mi perro se sentó cuando me agaché y atraje su cabeza hacia mí para acariciarle enérgicamente las orejas, la mandíbula y la espesa maraña de pelo sobre su cuello con las dos manos.

—Ratón, ¿todo tranquilo en casa, chico?

Meneó la cola un poco más, separó la mandíbula para mostrar un arsenal letal de dientes muy blancos y dejó caer la lengua hacia un lado a modo de sonrisa perruna.

—Oh, he olvidado el correo —dije—. ¿Te importa traerlo?

Ratón se levantó enseguida. Abrí la puerta y salió sin hacer ruido. Ratón se mueve con ligereza pese a tener el aspecto de un rinoceronte.

Atravesé la sala, tapizada con alfombras desiguales, y me senté en una cómoda silla junto a la vieja chimenea. Cogí el teléfono y marqué el número de Thomas. No hubo respuesta. Miré el teléfono con rabia durante un rato y, como no estaba seguro de qué más podía hacer, lo intenté de nuevo. No respondió. Cómo no.

Me mordí el labio un rato y me preocupé por mi hermano.

Ratón volvió un momento después, el tiempo suficiente para haber ido a la pequeña zona reservada para perros en el patio de la casa. Cargaba el variado correo en la boca con esmero y lo dejó caer con cuidado sobre la vieja mesa de café de madera que hay frente al sofá. Entonces se acercó a la puerta y puso un hombro contra ella. No estaba bien colocada y era un verdadero dolor de cabeza abrirla y cerrarla. Ratón la empujó, emitiendo un familiar gruñido por el esfuerzo, y la puso en su lugar. Regresó para acomodarse junto a mí.

—Gracias, muchacho. —Cogí el correo, le rasqué de nuevo las orejas y murmuré un hechizo para encender varias velas en la mesa del fondo, junto a la silla.

—Facturas —le informé, revisando el correo—. Más facturas. Correo no deseado. Otro catálogo de *Best Buy*; Jesús, esta gente no se da por vencida. El nuevo abogado de Larry Fowler. —Me coloqué el sobre sin abrir en la frente y cerré los ojos—. Me amenaza con otra variante de la misma demanda. —Abrí la carta y la ojeé, luego la tiré al suelo—. Es como si fuera adivino.

Abrí el cajón de la mesa del fondo, metí los dedos y saqué una llave metálica plateada, la única en un llavero redondo de plástico azul en el que figuraban mis datos:

Harry Dresden. Mago. Investigaciones paranormales, consulta, consejo. Precios razonables.

Contemplé la llave. Thomas me la había dado por si era necesario que entrara en su piso en caso de emergencia. Él también tenía una llave de mi casa, incluso después de haberse mudado. Existía un acuerdo tácito entre nosotros. Las llaves estaban ahí en caso de que alguno de los dos necesitara ayuda. No nos las habíamos dado para poder husmear en nuestras respectivas casas sin haber sido invitados.

Aunque yo sospechaba que Thomas había registrado mi casa en varias ocasiones con la esperanza de averiguar cómo la mantenía tan limpia. Sin embargo, nunca había sorprendido a mis duendes caseros trabajando, y nunca lo haría. Son unos profesionales. El único inconveniente de tener mayordomos de las hadas es que no puedes hablar de ellos. Si lo haces, se van. Y no, no sé por qué.

Los rostros de las mujeres muertas se paseaban por mis pensamientos. Suspiré y apreté los dedos alrededor de la llave.

—De acuerdo, chico —dije—. Es hora de ir a visitar a Thomas.

Ratón se levantó de inmediato y su chapa tintineó. Meneaba la cola frenéticamente; le encantaba salir a dar una vuelta en coche. Trotó hacia la puerta, tiró de la correa colgada en el picaporte y me la trajo.

—Espera —le dije—. Necesito mi arsenal.

Odio cuando me pasan cosas así en verano y tengo que ponerme el guardapolvos de cuero, una tortura con aquel calor. Imaginé que podría llevar la muerte por cocción a nuevas cotas gracias a la presencia potencial de bombas incendiarias. Aquello

podría conseguirme un hueco en el libro Guinness. O tal vez un premio Darwin.

Eso es lo que se llama pensamiento positivo, ¿no?

Me puse también mi nuevo y mejorado brazalete escudo y deslicé tres anillos de plata en los dedos de mi mano derecha. Cogí mi vara, le puse la correa a Ratón, cogí el bastón, y salimos de casa.

Le pedí a Ratón que esperara mientras yo revisaba el Escarabajo azul; mi destartalado, con frecuencia reparado y asimétrico Volkswagen. Lo inspeccioné exhaustivamente, incluso me agaché para examinar los bajos. Miré en el maletero y en el capó, y también comprobé si había rastros de magia hostil. No encontré nada parecido a una bomba o algo que fuera potencialmente peligroso, a excepción del burrito a medio comer que llevaba seis meses en el maletero, no sé cómo.

Abrí la puerta, llamé a Ratón con un silbido y allá que nos fuimos, a invadir la privacidad de mi hermano.

Nunca había ido a casa de Thomas antes, y cuando llegué me echó un poco para atrás. Suponía, por la dirección, que el edificio estaba en una de las renovadas calles de Cabrini Green, donde la restauración urbana había sido impuesta por los poderes fácticos, ya que era un distrito fronterizo con Gold Coast, la zona más cara de la ciudad y el segundo barrio más rico del mundo. El vecindario de Green se había convertido en algo ligeramente más tolerable, y los nuevos edificios de apartamentos, que habían reemplazado a los antiguos, estaban bastante bien.

Sin embargo, el apartamento de Thomas no estaba en uno de esos inmuebles. Se encontraba al otro lado de la calle, en Gold Coast. Cuando Ratón y yo llegamos al edificio correcto, el crepúsculo se cernía a toda prisa sobre nosotros. Sentía que mi indumentaria no era apropiada; los zapatos del portero eran mejores que cualquiera de los míos.

Accedí al portal con las llaves de Thomas y me dirigí hacia los ascensores. Ratón me seguía con su andar elegante. El portero me miró y noté la presencia de dos cámaras de seguridad entre la puerta principal y el ascensor. Los de seguridad debían de tener una idea bastante precisa de quiénes eran residentes y quiénes no; un tipo extremadamente alto y desgarbado con un abrigo negro y casi cien kilos de perro a su lado no sería algo que pasaran por alto con facilidad. Así que traté de detenerlos a base de lenguaje corporal, caminando con prisas y confiado con la esperanza de hacerlos dudar.

O funcionó o alguien estaba tirando el dinero pagando a la gente de seguridad del edificio. Nadie se interpuso en mi camino. Tomé el ascensor hasta la decimosexta planta y crucé el pasillo hacia el apartamento de Thomas.

Liberé el cerrojo de la puerta, llamé un par de veces con los nudillos y luego la abrí sin detenerme a esperar. Ratón y yo entramos. Apreté el interruptor de la luz junto a la puerta antes de cerrar.

El apartamento de Thomas era... bueno... era chic. Nada más entrar había una sala de estar más grande que todo mi apartamento, aunque tampoco es que fuera a causarle ansiedad a un agorafóbico. Las paredes estaban pintadas de un tono carmesí oscuro y la moqueta era de un rico gris carbón. Todos los muebles iban a juego, desde los sofás hasta las sillas y el resto del mobiliario, todo de acero inoxidable y de color negro, con un estilo *art decó* que no me acababa de convencer. Tenía una tele tan grande que no cabría en mi Escarabajo, un reproductor de devedés, un equipo *dolby surround* y decenas de películas y cedés. Una videoconsola de última generación descansaba majestuosa sobre uno de los estantes con todos los cables bien colocados y organizados. Dos pósteres de películas decoraban las paredes: *El mago de Oz* y *Los piratas de Penzance*, esa en la que Kevin Kline hace de rey pirata.

Bueno, estaba bien comprobar que a mi hermano le iba bien por su cuenta. No obstante, me preguntaba qué estaría haciendo para ganar la cantidad de dinero que requería un lugar como aquel. La cocina era tan grande como la sala de estar, con mucho acero inoxidable y los complementos negros, aunque las paredes eran tan blancas como los azulejos del suelo. Todo estaba immaculado. No había platos sucios ni puertas abiertas en los estantes, manchas de comida o papeles desperdigados. Las encimeras estaban vacías y desinfectadas. Comprobé los armarios. Los platos reposaban en ordenados montones que encajaban a la perfección en su lugar.

Nada tenía sentido. Thomas tenía muchas cualidades positivas, pero era un vago y un desordenado.

—Ahora lo entiendo. Está muerto —le dije en voz alta a Ratón—. Mi hermano está muerto y ha sido reemplazado por una especie de malvado clon obsesivo compulsivo.

No pude evitarlo y examiné el frigorífico. Una de las cosas que uno hace cuando anda fisgoneando en una casa ajena. Estaba vacío, salvo por una caja de vino y al menos cincuenta botellas de la cerveza favorita de Thomas, una de las microdestilaciones de Mac. Mac hubiera matado a Thomas por guardarlas en frío. O por lo menos hubiera gruñido con desaprobación. Para Mac, eso sería el equivalente a una reacción homicida en otras personas.

Miré en el congelador. Estaba repleto de cajas de comida precocinada ordenada en montones. Había tres tipos diferentes de comida apilados en orden alternativo. Quedaba espacio para unas nueve o diez más; supuse que eran las que ya había consumido. Probablemente Thomas hacía la compra cada dos meses. Eso sí era propio de él: cerveza y alimentos que se cocinaban pulsando un botón del microondas. Los platos no eran necesarios. En un cajón cerca del frigorífico había tenedores y cuchillos de plástico. Comer y tirar. Sin necesidad de cocinar o limpiar.

Tras examinar el resto de la cocina, recorrí el pequeño pasillo que conducía a dos dormitorios y un cuarto de baño. Emití un suspiro triunfante. El baño estaba

completamente desordenado, varios cepillos de dientes y distintos útiles para el aseo personal estaban desperdigados por todas partes. Incluso había un par de botellas vacías de cerveza. El suelo estaba plagado de ropa sucia. Varios rollos de papel higiénico a medias reposaban en un lado u otro y uno acabado estaba colocado en el dispensador.

Eché un vistazo al primer dormitorio. También estaba al estilo de Thomas. Tenía una cama gigante y deshecha, sin cabecero ni patas, solo soportada por el somier de metal. Las sábanas, blancas, se veían bajo varias almohadas y una colcha azul. La puerta del armario estaba abierta, pero había más ropa en el suelo. Dos cestos de lavandería casi vacíos, con ropa limpia cuidadosamente doblada y planchada, descansaban sobre una cómoda con tres cajones abiertos. En una estantería se amontonaban sin orden ni concierto decenas de libros de ficción y una radio despertador. Dos espadas colgaban de la pared, un viejo sable del ejército americano y otra del estilo de los mosqueteros, al alcance de cualquiera que se tumbara en la cama.

Volví al pasillo y sacudí la cabeza al contemplar el resto del apartamento.

—Es un disfraz —le dije a Ratón—. La portada del apartamento. Quiere provocar cierta impresión. Y se asegura de que nadie vea el resto.

Ratón ladeó la cabeza y me miró.

—Tal vez debería dejarle una nota.

Sonó el teléfono y casi se me cae la piel como si fuera un dibujo animado. Tras asegurarme de que no me iba a dar un infarto, volví a la sala de estar debatiéndome entre contestar o no; decidí no hacerlo. Probablemente fuera la seguridad del edificio para comprobar la presencia del extraño que había entrado con el mamut de mascota. Si contestaba y Thomas no estaba allí, puede que se pusieran suspicaces. Más todavía. Pero si dejaba que escucharan el mensaje del contestador automático continuarían con la duda. Esperé.

El contestador automático emitió el pertinente pitido.

—Ya sabes el rollo —dijo la voz de mi hermano.

La voz de una mujer se vertió desde el contestador como si fuera un chorro de miel caliente.

—Thomas —dijo una voz con acento europeo que pronunció el nombre de mi hermano enfatizando la segunda sílaba; «toumaas»—. Thomas —continuó—, soy Alessandra. Estoy desesperada. Por favor, necesito verte esta noche. Sé que hay otras, muchas otras, pero no puedo soportarlo más, te necesito. —Bajó el tono, lleno de sensualidad—. No hay nadie, nadie en el mundo que me haga lo que me haces tú. No me decepciones. Te lo suplico. —Dejó su número y, por la forma en que lo dijo, parecía que ya estaba imbuida en los preliminares. Cuando colgó, justo estaba empezando a sentirme incómodo, como un *voyeur*.

—Necesito acostarme con alguien —le dije a Ratón con un suspiro.

Al menos ahora sabía que Thomas había estado saciando su hambre. Alessandra y «muchas otras» eran su alimento. Sentí... ambigüedad. Podía alimentar la parte demoniaca de su ser utilizando víctimas diferentes, así distribuía el daño que infligía si se alimentaba de una sola persona en exceso. No obstante, aquello implicaba que muchas vidas se habían visto corrompidas por sus atenciones, que existían mujeres que ahora eran adictas a la sensación de servir de alimento, que estaban bajo su influencia, sujetas a su control.

En cierto modo, era una forma de poder, y el poder tiende a corromper. Poseer tal autoridad sobre otros genera muchas tentaciones. Y Thomas había estado distante conmigo últimamente. Muy distante.

Respiré hondo.

No te dejes llevar, Harry. Es tu hermano. Inocente hasta que se demuestre lo contrario, ¿de acuerdo?

De acuerdo, me contesté a mí mismo.

Decidí dejarle una nota. No tenía papel a mano. Tampoco encontré ninguno en la moderna y aséptica cocina ni en la sala de estar, tampoco en el dormitorio. Sacudí la cabeza y murmuré algo sobre el desorden de cierta gente antes de mirar en el segundo dormitorio.

Encendí la luz y se me paró el corazón.

Parecía la oficina del contable de Rambo. Contra una pared había una mesa con un ordenador, en las otras se alineaban varias mesas. Una de ellas estaba ocupada por completo por las piezas, cuidadosamente dispuestas, de un par de armas; ametralladoras semiautomáticas que no reconocí al instante. Por el contrario, sí reconocí el kit casero para convertir esas armas semiautomáticas legales en automáticas ilegales. La segunda mesa parecía un taller con las herramientas necesarias para modificar armas y ensamblar munición. No sería difícil crear dispositivos explosivos como bombas de tubería con lo que había allí, si es que los pesados contenedores de debajo de la mesa tenían, tal como sospechaba, componentes explosivos.

Un pensamiento malvado atravesó mi mente. Se podrían usar para crear bombas incendiarias. En uno de las paredes había un tablón de corcho con papeles clavados con chinchetas. Mapas. Fotografías. Me acerqué a las fotografías arrastrando las piernas pesadamente, con reticencia.

Las fotos eran de mujeres muertas.

Las víctimas.

Eran fotos instantáneas. Con la imagen granulada e iluminadas por un tosco flash, pero eran más o menos los mismos ángulos que las fotos de los informes policiales. No obstante, existía una diferencia. Las fotos tomadas por la policía estaban

meticulosamente indexadas con pequeñas etiquetas numeradas y acompañadas de un exhaustivo diagrama que recogía la posición relativa de lo que representaban, para dejar clara la composición de la escena para futuras referencias.

Las fotos de Thomas no tenían etiquetas.

Lo que significaba que se tomaron antes de que llegara la policía.

Mierda.

¿En qué estaría pensando mi hermano? ¿Por qué dejaba todo este material aquí, a la vista? Cualquiera con una perspectiva algo retorcida llegaría a la conclusión de que había estado en todos esos lugares antes que las autoridades. Que era un asesino. Vamos, incluso yo, que era su hermano, pensaba que todo aquello era en extremo comprometedor...

—Demonios —le murmuré a Ratón—. ¿Puede empeorar este día?

Una mano fuerte y llena de confianza aporreó la puerta del apartamento con los nudillos.

—Seguridad —exclamó la voz de un hombre—. Estamos con el Departamento de Policía de Chicago. Señor, abra la puerta, por favor.

Capítulo 8

Solo disponía de unos pocos segundos para pensar. Si los de seguridad habían llamado a un policía es que me consideraban un problema potencial. Si les resultaba sospechosa mi presencia allí, es probable que quisieran echarle un vistazo al apartamento. Si sucedía tal cosa y encontraban lo que había en la habitación de mi hermano, tendríamos una exorbitante cantidad de problemas.

Me hacía falta una excusa. Una excusa muy buena. Y creíble. Cerré la puerta de la habitación y la del dormitorio de Thomas y eché un vistazo a mi alrededor, a la immaculada, estilosa e iluminada sala de estar, tratando de pensar. Miré a Dorothy y al hombre de hojalata, el espantapájaros y el cobarde león en busca de inspiración. Nada. El rey pirata y su camisa blanca abierta virilmente hasta la cintura tampoco me proporcionaron ninguna idea.

Y entonces me sobrevino. Thomas ya había establecido la mentira. La había usado antes, era su estilo de camuflaje. Lo único que debía hacer era seguirle el juego.

—No me puedo creer que esté a punto de hacer esto —le dije a Ratón.

Entonces me deshice del guardapolvos y el bastón, respiré hondo, me dirigí a la puerta y la abrí.

—¿Os ha mandado él, verdad? ¡No me mientan! —exigí.

Una agente de policía (oh, qué joven parecía) me miró con expresión educada y aburrida.

—Eh... ¿señor?

—¡Thomas! —vociferé, pronunciando el nombre igual que la mujer del contestador automático—. No es lo suficientemente hombre para venir a enfrentarse conmigo solo, ¿verdad que no? Envía a sus matones para que lo hagan.

La joven agente soltó un largo y sufrido suspiro.

—Señor, vamos a calmarnos. —Se volvió hacia el tipo de seguridad del edificio, un hombre de aspecto nervioso, medio calvo y en la cuarentena—. Bien, según la seguridad del edificio, no es usted un residente conocido y, sin embargo, ha entrado con la llave. El procedimiento habitual es hacer unas cuantas preguntas.

—¿Preguntas? —dije. Era difícil no cecear. Mucho. Pero hubiera sido demasiado. Me conformé con decirlo todo haciendo mi mejor imitación de Murphy—. ¿Por qué no empiezan por explicarme la razón de que no me llame? ¡¿Eh?! Y después de haberme dado la llave... Pregúntenle por qué no ha venido a visitar al bebé. —Señalé a Ratón con un dedo acusatorio—. ¡Pregúntenle qué excusa tiene esta vez!

La poli tenía pinta de sufrir un fuerte dolor de cabeza. Parpadeó, se llevó la mano a la boca, tosió, y se hizo a un lado señalando al tipo de seguridad.

El hombre también pestañeó un par de veces.

—Señor —dijo el de seguridad—, es solo que, eh... el señor Raith no nos ha dado un listado con la gente que tiene acceso al apartamento.

—¡Mejor! —dije—. Yo le he dado muchos años, ¡no voy a permitir que se deshaga de mí como de un par de zapatos fuera de temporada! —Sacudí la cabeza y, en un aparte, le dije a la joven poli—: No salgas nunca con un hombre guapo. No compensa lo que tienes que aguantar.

—Señor —dijo el hombre de seguridad—. Siento, eh... entrometerme. Pero parte de lo que pagan nuestros residentes va destinado a su seguridad. ¿Puedo ver su llave, por favor?

—No me puedo creer que nunca... —Arrastré las palabras hasta convertirlas en un murmullo, saqué la llave del bolsillo de mi abrigo y se la mostré.

El tipo de seguridad la cogió y comprobó el número al dorso en una lista de su carpeta.

—Es una de las llaves originales de los residentes —confirmó.

—Así es. Thomas me la dio —le recordé.

—Entiendo —dijo el de seguridad—. Eh... ¿le importaría mostrarme alguna identificación, señor? Guardaré una copia en nuestro archivo para que esto no vuelva a ocurrir.

Iba a matar a mi hermano por esto.

—Por supuesto que no, señor —le aseguré, tratando de parecer blando y con la reticente voluntad de complacerle. Saqué la cartera y le di mi permiso de conducir. El tipo lo miró al tiempo que se ponía en movimiento.

—Vuelvo enseguida —me dijo, y se fue hacia el ascensor.

—Siento todo esto —me dijo la poli—. Les pagan para que sean un poco paranoicos.

—No es culpa suya, agente —le dije.

Me miró pensativa durante un momento.

—Entonces, usted y el propietario son... eh...

—Somos algo —musité—. A los hombres guapos nunca se les puede hacer que digan exactamente el qué, ¿verdad?

—Por lo general, no —dijo. El tono de su voz permaneció en calma. Su expresión era amable, pero sabía reconocer una cara de póquer cuando la tenía delante—. ¿Le importa si le pregunto qué está haciendo aquí?

Debía tener cuidado. La joven policía no tenía un pelo de tonta. Se olía algo.

Señalé tristemente al perro.

—Vivíamos juntos en un lugar diminuto. Cogimos un perro sin saber que iba a ponerse tan grande. Thomas se sentía agobiado, así que se mudó a su propio apartamento y... —Me encogí de hombros y traté de imitar el aspecto de Murphy cuando hablaba de sus ex—. Se supone que lo compartiríamos de mes en mes, pero él

siempre ponía una excusa. No quería que el perro metiera las zarpas en su mundo de maniático del orden. —Hice un gesto hacia el apartamento.

La poli miró a su alrededor y asintió con educación.

—Bonito apartamento. —Sin embargo, no la había convencido. No del todo. Noté que estaba pensando, haciéndose preguntas.

Ratón me sacó las castañas del fuego. Pasó las pezuñas por la puerta, mirando a la agente.

—Dios santo, es enorme —dijo la poli, y se apartó ligeramente de él.

—Oh, es un enorme pedacito de pan, ¿verdad? —Me abalancé sobre él y le rasqué las orejas.

Ratón le dedicó una gran sonrisa perruna, se sentó y le ofreció una de sus patas.

Ella se echó a reír y se la tomó. Dejó que Ratón le olisqueara la mano y luego le rascó las orejas.

—Se nota que entiende de perros —dije.

—Estoy entrenando para una de las unidades K9 —confirmó.

—Parece que le ha gustado —dije—. No es lo habitual. Por lo general es bastante asustadizo.

Sonrió.

—Oh, creo que los perros saben cuándo le gustan a alguien. Son más inteligentes de lo que la gente piensa.

—Dios sabe que parece ser más inteligente de lo que yo seré nunca —musité—. ¿Qué clase de perros usan en las unidades K9?

—Existe una gran variedad —dijo, y comenzó a hablar sobre la naturaleza de los candidatos a perro policía. La dejé hablar haciéndole un par de preguntas y asintiendo muchas veces con interés. Mientras, Ratón le mostró su habilidad para sentarse, tumbarse y rodar. Cuando el tipo de seguridad regresó con una expresión de disculpa, Ratón estaba tendido bocarriba agitando lánguidamente las pezuñas en el aire mientras la joven agente de policía le rascaba la barriga y me contaba una historia perruna bastante buena sobre un encuentro con un merodeador cuando era pequeña.

—Señor —dijo mientras me entregaba la llave y el carné intentando que no pareciera que estaba evitando tocarme—. Le pido disculpas por las molestias pero, al no ser usted residente del edificio, el procedimiento habitual para los visitantes es que se identifiquen ante el personal de seguridad de la entrada cuando llegan o se van del edificio.

—Es típico de él —dije—. Olvidar una cosa así. Debería haber llamado antes de venir para asegurarme de que se lo decía.

—Lo siento. Y siento tener que causarle más molestias, pero, hasta que tengamos una autorización por escrito del señor Raith permitiendo su acceso al apartamento, debo pedirle que se vaya. Soy consciente de que es un simple trámite, pero no hay

manera de evitarlo.

Suspiré.

—Típico. Muy típico. Y entiendo que usted solo está haciendo su trabajo, señor. Permítame ir al baño un momento y bajaré enseguida.

—No hay problema —me dijo—. Agente.

La poli dejó sus juegos con Ratón, se levantó y me miró un instante. Después asintió y ambos se marcharon por el pasillo.

Hice entrar de nuevo a Ratón, cerré la puerta casi por completo y escuché con mis sentidos de mago, limitando mi atención y concentración hasta que no existiera nada aparte de sonido y silencio.

—¿Está seguro? —le preguntó la poli al tipo de seguridad.

—Oh, del todo. Thomas —dijo enfatizando mi pronunciación, prestada de la mujer del contestador automático— es tan rarito como un billete de tres dólares.

—¿Ha traído otros hombres aquí?

—Uno o dos. Este alto es nuevo, pero tiene una de las llaves originales.

—Puede haberla robado —dijo la poli.

—¿Un ladrón de talla NBA que trabaja con un perro? —respondió el tipo de seguridad—. Nos aseguraremos de que no ha robado nada del frigorífico cuando haya salido. Si Raith echa algo en falta le hablaremos de este tipo. Lo tenemos grabado en vídeo, hay testigos oculares, lo hemos visto en el apartamento y tenemos una copia de su carné de conducir, por el amor de Dios.

—Pero, si tienen una relación —insistió la poli—, ¿cómo es que ese Raith no le ha dado permiso a su novio para entrar?

—Ya sabe cómo son estos maricas, se acuestan todos los unos con los otros —dijo el tipo de seguridad—. Solo se estaba cubriendo el culo.

—Por decirlo de alguna manera...

El de seguridad no captó la ironía en su tono y soltó una seca carcajada.

—Como le he dicho, lo vigilaremos.

—Hágalo —dijo la agente—. No me gusta, pero si está seguro...

—No quiero a una reinona despechada montando una escenita. Nadie quiere eso.

—Cielos, no —exclamó la poli en un tono plano.

Cerré la puerta poco a poco.

—Demos gracias a Dios por la intolerancia —le dije a Ratón.

El perro me miró ladeando la cabeza.

—Los intolerantes solo ven lo que esperan y, entonces, dejan de pensar en lo que tienen justo delante —le expliqué—. Es probable que sea así como empezaron a ser intolerantes.

Ratón parecía no entender mucho y se mostraba poco conmovido.

—Solo disponemos de un par de minutos si queremos que continúen complacidos

con esto —dije en voz baja. Miré alrededor del apartamento durante un minuto—. Nada de notas. Ahora mismo no es necesario.

Regresé a la habitación, encendí la luz y miré el enorme tablón de corcho con mapas, notas, fotos y diagramas. No había tiempo para buscarle algo de sentido.

Cerré los ojos un momento, bajé ciertas defensas mentales que había tenido levantadas desde hacía cierto tiempo y envié un pensamiento hacia las bodegas de mi cerebro: *Recuerda esto*.

Me acerqué a la pared e hice una pasada ocular sobre ella, sin detenerme a retener ninguna información concreta. Capté fugazmente cada foto y pedazo de papel. Tardé, quizás, un minuto. Entonces apagué las luces, cogí mis cosas y me marché.

Salí del ascensor y me detuve en el mostrador del tipo de seguridad. Me hizo un gesto con la cabeza y una señal para que me fuera. Ratón y yo abandonamos el edificio, completamente seguros de nuestra heterosexualidad.

Volví a mi coche y regresé a casa para pedirle consejo a un ángel caído.

Capítulo 9

Por el camino, pillé unas hamburguesas, cuatro para mí y cuatro para Ratón, y regresé a casa. También compré aros de cebolla, pero no le di ninguno a Ratón porque mi traje resistente a sustancias peligrosas de clase cuatro estaba en la lavandería.

A Míster sí le di uno, por supuesto, se lo merecía por antigüedad. Se comió un trozo, paseó el resto por el suelo de la cocina, y luego maulló para que le dejara salir a hacer su ronda nocturna. Cuando terminé de cenar eran ya pasadas las diez y estaba barajando la idea de aparcar la investigación hasta después de una buena noche de sueño. Pasar una noche en blanco era ahora más difícil que cuando tenía veinte años y estaba lleno de lo que mi viejo mentor Ebenezer McCoy denominaba «vinagre».

Permanecer despierto no era el problema. Me resultaba más fácil mantener la concentración e ignorar la fatiga. Recuperarme era otra historia. Después de estar un tiempo sin dormir, ya no recobraba las energías con la misma rapidez de antaño; una sola noche de sueño perdida me tenía atontado hasta un par de días después, cuando lo recuperaba. Además, mi cuerpo aún se estaba reponiendo de las muchas heridas sufridas en casos anteriores. Si fuera un ser humano normal, iría por ahí con una colección de cicatrices, dolores y articulaciones rígidas, como un jugador de la NFL al final de una carrera plagada de lesiones o un boxeador al que habían golpeado demasiadas veces.

Pero yo no soy normal. Lo que sea que me permite usar la magia también me concede una larga vida y la habilidad de recuperarme de heridas que dejarían permanentemente inútil a una persona corriente. Esto no es que sirviese de mucho desde un punto de vista cotidiano, en el día a día, pero si consideraba todo por lo que había pasado mi cuerpo, estoy contento de haberme podido recuperar a base de trabajo y tiempo. Perder una mano es malo para cualquiera. Vivir tres o cuatro siglos con una mano menos apestaba, como diría alguien de mi generación.

Unas horas de sueño me vendrían bien, pero Thomas necesitaba mi ayuda ahora. Ya dormiría cuando me muriera. Le eché un vistazo a mi mano impedida, cogí la vieja guitarra acústica y me senté en el sofá. Encendí varias velas y me puse a practicar, concentrándome en la mano izquierda. Primero escalas simples, luego otros ejercicios de calentamiento y, por fin, me dediqué a tocar tranquilamente. Mi mano no era funcional al cien por cien, ni de lejos, pero estaba mucho mejor que antes y había conseguido enseñar a mis dedos lo básico para tocar un poco.

Ratón levantó la cabeza y me miró. Soltó un suspiro muy bajito, se impulsó para ponerse de pie y se metió en mi dormitorio. Cerró la puerta con la nariz.

Todo el mundo se cree crítico.

—De acuerdo, Lash —dije sin parar de tocar—. Hablemos.

—¿Lash? —dijo una tranquila voz de mujer—. ¿Ahora merezco un apodo amistoso?

Un momento antes no había nadie en el asiento reclinable que tengo frente al sofá. Ahora lo ocupaba una mujer. Puf, magia. Era alta, puede que llegara al metro ochenta, y tenía la constitución de una atleta. Por lo general, cuando se me aparecía lo hacía con el aspecto de una joven de aspecto sano y la belleza de la vecinita de al lado, vestida con una túnica grecorromana que le caía hasta medio muslo. Además, calzaba sandalias de cuero con tiras que le cubrían los tobillos. En ocasiones cambiaba de color de pelo, pero su aspecto solía ser constante.

—Considerando el hecho de que eres un ángel caído, más antiguo que el tiempo y capaz de pensamiento y acción, no puedo acabar de comprenderlo, ya que para ti no soy más que un simple mortal con una diminuta porción adicional de poder respecto al resto. Me lo tomo como una poco disimulada muestra de insolencia. —Sonreí—. Lash.

Eché la cabeza hacia atrás para reírse, aparentemente muy divertida con todo aquello.

—Viniendo de ti es, tal vez, menos insultante que si viniera de cualquier otro mortal. Y, después de todo, no soy ese ser. Soy solo su sombra, su emisaria, un fragmento de tu propia percepción, una invitada en tu mente.

—A los invitados se los invita —dije—. Eres más bien como un vendedor de aspiradoras que se las ha arreglado para entrar con la excusa de hacer una demostración, y al que ya es imposible echar.

—*Touché*, mi anfitrión —admitió—. Aunque me gustaría pensar que soy más útil e infinitamente más cortés que un vendedor de aspiradoras.

—Concedido —dije—. Aunque eso no cambia el hecho de que no seas bienvenida.

—Pues deshazte de mí. Coge la moneda y recuperaré el resto de mi ser, seré completa de nuevo. Y tú te librarás de mí.

Solté un gruñido.

—Sí. Hasta que tu hermana mayor se meta en mi cabeza, me convierta en su juguete psicótico y acabe transformado en un monstruo como el resto de los Denarios.

Lasciel, el ángel caído cuyo ser al completo estaba encerrado en un viejo denario romano en mi sótano, me tendió una mano apaciguadora.

—¿Acaso no te he dado suficiente espacio? ¿Acaso no he hecho lo que me has pedido, permanecer en silencio y quietud? ¿Cuándo fue la última vez que me inmiscuí en algo, la última vez que hablamos, mi anfitrión?

Toqué mal un acorde, hice una mueca y detuve la vibración de la cuerda. Entonces comencé de nuevo.

—Nuevo México. Y fue elección mía.

—Por supuesto que lo fue —dijo—. Siempre es elección tuya.

Sacudí la cabeza.

—No hablo necrófago. Hasta donde yo sé, nadie lo habla.

—Ninguno de vosotros ha vivido en la antigua Sumeria —dijo Lasciel.

La ignoré.

—Tenía que sacarle información a ese necrófago para recuperar a esos chicos. No había tiempo para otra cosa. Eras mi última bala.

—¿Y esta noche? —me preguntó—. ¿Soy tu última bala esta noche?

Los dos acordes siguientes sonaron graves y altos.

—Se trata de Thomas.

Descansó los brazos en su regazo y contempló una de las velas cercanas.

—Ah, sí —dijo más tranquila—. Te importa mucho.

—Es de mi sangre.

—Permíteme que matice mi observación. Te importa hasta un punto irracional. —Ladeó la cabeza y me estudió—. ¿Por qué?

Hablé más despacio.

—Es de mi sangre —repetí.

—Entiendo tus palabras, pero no significan nada.

—No tienen significado. Para ti no.

Su expresión se volvió lejana y vacía. Su mirada retornó a la vela.

—No estés tan seguro, mi anfitrión. Yo también tuve hermanos y hermanas. Hace mucho tiempo.

La miré fijamente durante un instante. Dios, parecía sincera. *No lo es, Harry, me dije a mí mismo. Es una mentirosa. Está intentando engatusarte para caerte bien, o al menos para que confíes en ella. Una vez conseguido, el viaje hacia la oficina de reclutamiento de la Legión del Mal es muy corto.*

Me recordé con firmeza que lo que me ofrecía el ángel caído (conocimiento, poder, compañía) habría de pagarlo a un precio muy alto. Era estúpido por mi parte volver a caer en la tentación de pedirle ayuda, a pesar de que lo que hizo por mí salvó mi vida y la de muchos otros. Me volví a recordar que demasiada dependencia hacia ella sería algo muy, muy malo.

Sin embargo, parecía triste.

Me concentré un momento en mi música. Era difícil no experimentar un ocasional ataque de empatía hacia ella. El truco consistía en asegurarme de no olvidar su verdadero objetivo; la seducción, corrupción y subversión de mi libre albedrío. El único modo de evitarlo era resguardar mis decisiones y acciones al amparo de la razón, en lugar de dejarme llevar por mis emociones y que estas extrajeran lo mejor de mí. Si eso ocurría, sería fácil jugar bien al juego de la verdadera Lasciel.

Demonios, hasta podría ser divertido.

Me sacudí ese pensamiento y me redimí con *Every Breath You Take*, de *The Police*, y una versión acústica de *I Will Survive* que había arreglado yo mismo. Después de tocarlas, traté de pasar a una pequeña pieza que había escrito yo mismo y que se suponía que debía de sonar como una guitarra clásica española, al tiempo que me servía de terapia de ejercicios para los dedos entumecidos de la mano izquierda. La había tocado una y mil veces, y, aunque había mejorado con el tiempo, todavía era algo doloroso de escuchar.

Salvo esta vez.

Esta vez, y me di cuenta a la mitad, estaba tocando sin ningún fallo. Tocaba más rápido de lo habitual, con varios rasgados añadidos, vibratos, algunas transiciones elegantes... y sonaba bien. Igual que Santana.

Terminé la canción y me volví hacia Lasciel.

Me estaba mirando fijamente.

—¿Una ilusión? —le pregunté.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—Una ayudita. Yo... no sé escribir música original. No he hecho música en mucho tiempo. Yo solo... ayudé a la música que sonaba en tu cabeza a llegar a tus dedos. Le hice un cortocircuito a alguno de los nervios dañados. Por lo demás, es obra tuya, mi anfitrión.

Y era lo mejor que Lasciel había hecho por mí nunca. Que no se me malinterprete, las cosas que había hecho para salvar mi vida estuvieron bien, pero esto era tocar la guitarra. Me había ayudado a crear algo bello, y aquello satisfacía en mí una urgencia vital tan profundamente arraigada que no me había dado cuenta de que existía. De alguna forma, supe sin ninguna duda que jamás sería capaz de tocar tan bien por mí mismo. Nunca jamás.

¿Podía el mal, el Mal con mayúsculas, hacer tal cosa? ¿Ayudar a crear algo tan perfecto, completo y bello?

Cuidado, Harry. Cuidado.

—Esto no nos ayuda a ninguno de los dos —dije en voz baja—. Gracias, pero quiero aprender por mi cuenta. Lo lograré por mis propios medios. —Coloqué la guitarra en su pequeño soporte—. Además, hay trabajo que hacer. —Asintió una sola vez.

—Muy bien. ¿Sobre el apartamento de Thomas y su contenido?

—Sí. ¿Puedes mostrármelo?

Lasciel alzó una mano y la pared frente a la chimenea sufrió un cambio.

Técnicamente no había sucedido nada, pero Lasciel, que solo existía como una entidad en mi cabeza, era capaz de crear ilusiones con una sorprendente, e incluso épica, claridad, si bien yo era el único que podía percibir las. Ella sentía el mundo

físico a través de mí, y, además, poseía eones de conocimiento y experiencia. Su memoria y cuidado por los detalles eran casi intachables.

Por lo tanto, la recreación de la pared de la habitación de guerra de Thomas que hizo sobre la mía era perfecta. Incluso estaba iluminada de la misma manera que la del apartamento de mi hermano, cada detalle era idéntico a lo que yo había visto con mis propios ojos esa misma tarde.

Me acerqué a la pared y la examiné con meticulosidad. La letra de mi hermano era ilegible; las notas que había garabateado casi carecían de valor para arrojar luz sobre lo que estaba pasando.

—Mi anfitrión... —comenzó a decir Lasciel.

Alcé una mano para que se callara.

—Todavía no. Déjame que mire primero sin prejuicios. Luego me dirás lo que piensas tú.

—Como desees.

Contemplé todo aquel material durante una hora o así, concentrado. Más de una vez tuve que mirar un calendario para cotejar fechas. Cogí un cuaderno y anoté algunas conclusiones que fui sacando.

—De acuerdo —dije en voz baja al tiempo que volvía a sentarme en el sofá—. Thomas seguía a varias personas, a las mujeres muertas y, al menos, a una docena más, por diferentes zonas de la ciudad. Llevaba a cabo una vigilancia activa de ellas. Creo que probablemente contrató a un par de detectives privados para cubrir parte de la vigilancia, controlar adónde iban, buscar patrones de conducta, etcétera. —Levanté el cuaderno—. Estos son los nombres de las personas a las que estaba... —Me encogí de hombros—. Espiando, supongo. En teoría, las otras personas de la lista son las desaparecidas de las que nos hablaron las mujeres de Ordo Lebes.

—¿Crees que tu Thomas las cazó? —me preguntó Lasciel.

Al instante, comencé a negarlo firmemente, pero me detuve.

Razón. Juicio. Pensamiento racional.

—Podría ser —dije con calma—. Sin embargo, mi intuición me dice que no fue él.

—¿Por qué no iba a ser él? —preguntó—. ¿En qué basas tu razonamiento?

—En Thomas —contesté—. No es propio de él mezclarse en asesinatos y secuestros. De ninguna manera. No puede evitar ser un íncubo, claro está, pero no infligiría más dolor del necesario. No son sus formas.

—No voluntariamente —dijo Lasciel—. Aunque debo decir que...

La interrumpí agitando la mano.

—Lo sé. Su hermana puede haberlo implicado. Ya se apoderó de la voluntad de lord Raith. Puede haber trastocado también la mente de Thomas. Y si no ha sido Lara, hay otros muchos seres capaces de hacerlo. Thomas podría estar actuando en contra

de su voluntad. ¡Demonios!, puede que ni siquiera recuerde lo que hace.

—O puede que sí esté actuando por propia voluntad. Tiene otro punto débil — declaró Lasciel.

—¿Eh?

—Lara Raith tiene a Justine.

Esa era una circunstancia que no había considerado. Justine era... bueno, no sé si hay una palabra que defina lo que Justine era para mi hermano. Pero él la amaba, y ella a él. No era culpa de nadie que ella estuviera un poco loca y él fuera una criatura de la noche que consumía fuerza vital.

En mitad de una crisis ambos estuvieron dispuestos a renunciar a su vida el uno por el otro; el amor que se confirmó después de eso convirtió a Justine en algo mortal para mi hermano, venenoso. El amor funciona así en la Corte Blanca, es una agonía intolerable para ellos, del mismo modo que el agua bendita lo es para otras razas. Es imposible alimentarse de alguien tocado por un amor puro y honesto, y eso fue lo que terminó con la capacidad de Thomas para estar cerca de Justine.

Puede que fuera mejor así. La última vez que estuvieron juntos, Justine estuvo a punto de perder la vida. Cuando la vi después de aquello, la chica se había convertido en una cosa frágil y estropeada de pelo blanco que apenas podía juntar dos frases coherentes. A mi hermano le destrozó ver lo que le había hecho. Hasta donde yo sabía, no había intentado volver a ser parte de su vida. No podía culparlo.

Lara tenía bajo su cuidado a Justine, a pesar de que, al igual que Thomas, tampoco podía alimentarse de la chica.

No obstante, podía cortarle el cuello si se daba el caso.

Y mi hermano era capaz de hacer lo que fuera para proteger a Justine. Era evidente. Sería capaz de cualquier cosa si la chica estaba involucrada en la situación.

Medios. Motivación. Oportunidad. La ecuación del asesinato estaba equilibrada.

Volví a mirar la ilusoria pared. Allí las fotos, mapas y notas se agrupaban en una ancha banda en la parte superior que se iba estrechando a medida que descendía, de tal modo que terminaba formando una especie de uve en cuya parte de arriba se encontraba un único pósit cuadrado en el que se podía leer: «¿Ordo Lebes? Encontrarlas».

—Maldita sea, Thomas —murmuré por lo bajo. Me dirigí a Lasciel—: Quita esto de mi vista.

Lasciel asintió e hizo desaparecer la ilusión.

—Hay algo más que deberías saber, mi anfitrión.

La miré.

—¿El qué?

—Puede afectar a tu seguridad y al curso de la investigación. ¿Te lo muestro?

La palabra «no» me vino a la mente con fuerza, pero ya estaba curado de espanto,

por decirlo de alguna manera. Su inagotable inteligencia y experiencia convertían a Lasciel en una consejera extremadamente hábil.

—Que sea breve.

Asintió, se levantó y, de repente, me vi a mí mismo de pie en el apartamento de Anna Ash la tarde en que había estado allí.

—Mi anfitrión —dijo Lasciel—, ¿recuerdas a cuántas mujeres viste entrar en el edificio?

Fruncí el ceño.

—Claro. Vi a media docena que tenían el aspecto adecuado, aunque cualquiera que hubiera llegado antes que Murphy y yo podría estar ya dentro.

—Exacto —dijo Lasciel—. Aquí.

Agitó una mano y mi imagen apareció en la entrada del apartamento; Murphy estaba conmigo.

—Anna Ash —dijo Lasciel. Hizo un gesto de cabeza en mi dirección y la imagen de Anna apareció frente a mí—. ¿Puedes describir a las otras presentes?

—Helen Beckitt —comencé—. Con peor aspecto y más delgada que la última vez que la vi.

La imagen de Beckitt apareció en la posición que había ocupado aquella tarde, junto a la ventana.

Señalé la mecedora de madera.

—Abby y Totó estaban aquí. —La rolliza mujer y el perro aparecieron. Me froté la frente—. Ah, dos más en el sofá y una en el sillón. —Tres figuras aparecieron en dichos lugares.

Señalé al sofá.

—La guapa de las mallas de baile, la que se preocupaba por el tiempo. — Apareció. Señalé la sombreada figura a su lado—. La amargada y suspicaz Priscilla, la maleducada. —La sombra se convirtió en la figura de Priscilla.

—Y ya está —concluí.

Lasciel sacudió la cabeza, agitó una mano y las imágenes se desvanecieron.

Todas salvo la sombra que se sentaba en el sillón.

Parpadeé.

—¿Qué recuerdas sobre esta? —me preguntó Lasciel.

Me estrujé el cerebro. Suele ser útil para este tipo de cosas.

—Nada —contesté al cabo de un instante—. Ni un maldito detalle. Nada. — Deduje que había problemas—. Alguien estaba bajo un velo. Alguien lo bastante hábil como para pasar desapercibido. Era difícil saber que estaba allí; su presencia era aburrida y poco destacable, no invisible.

—A tu favor —dijo Lasciel—, debo destacar que cruzaste el umbral sin ser invitado, así que te encontrabas privado de gran parte de tu poder. En tales

circunstancias sería muy difícil que sintieras la presencia de un velo, y mucho menos que pudieras atravesarlo.

Asentí, mirando con gesto hosco la figura sombreada.

—Lo hizo adrede —dije—. Anna me hizo atravesar su umbral a propósito. Estaba tratando de ocultarme a la señorita misteriosa.

—Es muy posible —convino Lasciel—. O...

—O ellas tampoco sabían que había alguien más allí —aventuré—. Y si ese es el caso... —Solté la libreta con un gruñido y me levanté.

—¿Qué hacemos? —me preguntó.

Cogí el bastón y el guardapolvos y preparé a Ratón para irnos.

—Si la invitada misteriosa es alguien ajeno a la Ordo, está entre ellos y puede que todas se hallen en grave peligro. Si la Ordo sabía de ella, entonces jugaron conmigo, me mintieron. —Abrí la puerta con más fuerza de la habitual—. En cualquier caso, voy a ir allí a aclarar las cosas.

Capítulo 10

Registré de nuevo el Escarabajo para comprobar que no hubiera bombas y tuve la impresión de que me iba a cansar pronto de aquella tarea. Estaba limpio, así que nos fuimos.

Dejé el coche mal aparcado en una calle a una manzana de distancia del apartamento de Anna Ash y fui caminando el resto del trayecto. Pulsé varios timbres al azar hasta que alguien me abrió y subí por las escaleras hacia el apartamento de Anna.

Sin embargo, esta vez entré armado hasta los dientes. Mientras el ascensor subía, saqué mi bote de ungüento, un preparado marrón oscuro que dejaba la piel manchada durante un par de días. Metí un dedo en el bote y me lo pasé por los párpados y la base de los ojos. Su cometido original era el de contrarrestar los espejismos causados por las hadas, permitiendo a los que lo usaban distinguir la ilusión de la realidad. No era exactamente lo más adecuado para detectar un velo creado con magia mortal, pero sería lo bastante fuerte para mostrarme algo de lo que el velo escondía o, al menos, me serviría para detectar cualquier movimiento y darme una idea de hacia dónde mirar si las cosas se ponían feas.

Traje a Ratón conmigo por un motivo. Además de ser una pequeña montaña de músculos leales y feroces garras, Ratón sentía a la gente malvada y la magia negra cuando estaban cerca. No me había cruzado con ninguna criatura que pudiera pasar junto a Ratón sin ser detectada por su instinto, pero por si ese era el día, el ungüento era un buen plan alternativo.

Salí del ascensor y los pelillos de la nuca se me erizaron enseguida. Ratón levantó la cabeza para mirar al fondo del pasillo. Había sentido lo mismo que yo.

Una densa nube de magia se extendía por toda la planta.

La toqué con cuidado y me encontré con una sugestión al sueño; todo un clásico, sin duda. En cualquier caso, no era muy fuerte, si se tiene en cuenta lo que uno se va encontrando por ahí. Una vez me topé con un hechizo de sueño que dejó noqueado a un ala entera del hospital del condado de Cook. Y yo mismo utilicé otro para proteger la cordura de Murphy; la dejé fuera de combate casi dos días.

Pero este no era así. Era leve, apenas detectable y en absoluto una amenaza. Era delicado y fino, lo bastante para colarse en los umbrales de las casas, que de todas maneras no es que fueran demasiado poderosos. Un apartamento no suele disponer de tantas defensas como una casa. Si los otros hechizos eran una pastilla para dormir, este se podía comparar a un vaso de leche caliente. Alguien quería que los residentes de aquella planta permanecieran lo bastante insensibles para no notar algo, pero no tan atontados como para estar en peligro si se produjera una emergencia, un fuego en el edificio o algo por el estilo.

No me miren así. Es más común de lo que parece.

En cualquier caso, la sugestión era un hechizo bien urdido: delicado, preciso y sutil, como el velo que detectó Lasciel aquella misma tarde. La persona o cosa que lo había hecho era un profesional.

Me aseguré de que mi brazalete escudo estuviera listo para su uso y me dirigí a la puerta de Anna. Sentí el hechizo de protección, aún activo, así que di un golpe con el bastón en el suelo justo delante de la puerta.

—¡Señora Ash! —exclamé. No es que fuera a despertar a nadie—. Soy Harry Dresden. Tenemos que hablar.

Solo escuché el silencio. Repetí las mismas palabras. Oí un sonido, el de alguien que se esforzaba por moverse sin hacer ruido, un arrastre de pies o un crujido tan débil que no estaba seguro de que fuera real. Miré a Ratón. Tenía las orejas levantadas e inclinadas hacia delante. Él también lo había oído.

Alguien tiró de la cadena en la planta de arriba. Oí el sonido de una puerta que se abría y se cerraba y otro leve ruido, ambos procedentes de otra planta. En el apartamento de Anna reinaba el silencio.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando aquello.

—Atrás, amigo —le dije a Ratón. Lo hizo, retrocediendo de esa manera torpe y temblona que tienen los perros.

Volví mi atención al hechizo. Era como la casa de paja del cerdito. No duraría ni un segundo ante un lobo feroz.

—Y soplaré y soplaré —murmuré en voz baja. Reuní mi voluntad, tomé el bastón en ambas manos y presioné uno de los extremos contra la puerta.

—*Solvos* —murmuré—. *Solvos. Solvos.*

En cuanto el bastón tocó la puerta, envié una suave carga de energía por toda su extensión. Surcó visiblemente la madera y las runas talladas en ella se iluminaron brevemente desde dentro con una pálida luz azulada. Mi voluntad golpeó la puerta de Anna y se dispersó con una nube de chispas de luz blanca a medida que mi poder desmembraba los patrones del hechizo y los reducía a un simple caos.

—¡¿Anna?! —exclamé de nuevo—. ¿Señora Ash?

No hubo respuesta.

Probé con el picaporte. Estaba abierto.

—Esto no puede ser bueno —le dije a Ratón—. Vamos allá. —Abrí la puerta con cautela dándole un suave empujón para que se abriera lo bastante y me permitiera ver el interior del oscuro apartamento.

En aquel instante saltó la trampa.

Sin embargo, para que las trampas funcionen tienen que coger a su objetivo por sorpresa. Y yo tenía mi nuevo y mejorado brazalete escudo preparado cuando la luz verduzca surcó el oscuro apartamento y acudió rauda a mi encuentro. Alcé la mano

izquierda. En la muñeca llevaba una cadena trenzada con distintos metales, entre los que predominaba la plata. Los escudos de metal que colgaban del brazalete habían sido de plata pura en su anterior encarnación y ahora los había sustituido por una variedad de escudos de plata, hierro, cobre, níquel y hojalata.

El nuevo escudo no era como el anterior. Aquel proporcionaba una barrera intangible cuya función era rechazar materia sólida y energía cinética. No estaba preparado, por ejemplo, para detener el calor; por eso mi mano izquierda se quemó casi hasta los huesos. Su utilidad era también limitada contra otras formas de magia y energía. Si no hubiera habido una guerra en ciernes, y si no hubiera pasado tanto tiempo machacando a Molly con enseñanzas fundamentales (y, de paso, obteniendo todo tipo de entrenamiento extra para mí mismo), nunca hubiera considerado la idea de intentar crear una concentración tan compleja. Era bastante más complicado que cualquier otra cosa que hubiera intentado antes. Cinco años atrás habría estado totalmente fuera de mi alcance. Para ser más exactos, hace cinco años yo no tenía tanta experiencia ni estaba tan motivado.

Pero eso era entonces, y esto era ahora.

El escudo que se formó delante de mí ya no era una media cúpula translúcida de luz azul pálido. En lugar de eso, resplandeció con un remolino difuminado de colores que se solidificó en un instante y pasó a ser una curvada muralla de energía plateada. El nuevo escudo era mucho más elaborado que el viejo. No solo detenía las mismas amenazas que aquel, sino que, además, protegía del calor, el frío, la electricidad e incluso del sonido y la luz si era necesario. También fue diseñado para rechazar un amplio espectro de energías sobrenaturales. Y, en un momento así, era lo que importaba. Un globo de luz verde crepitó en el umbral del apartamento y se expandió abruptamente, salpicando arcos de electricidad verdosa interconectados por un patrón en forma de diamante, como una red de pescador.

El hechizo aterrizó en mi escudo y el encuentro entre ambas energías provocó un rabioso torrente de chispas amarillas que rebotó en la protección, se desperdigó por el pasillo y la puerta y regresó de nuevo al apartamento.

Solté el escudo al tiempo que alzaba mi bastón, enviaba una salvaje ráfaga de poder a través de mi brazo y exclamaba:

—*¡Forzare!*

Una fuerza invisible latigó hacia la puerta y atizó el umbral del apartamento. Gran parte del poder del hechizo se vino abajo y se disipó. El equivalente a menos de un uno por ciento del poder que había reunido traspasó la puerta, como sabía que haría. En lugar de crear un golpe de energía lo bastante fuerte para voltear un coche, la que utilicé solo tenía poder para derribar a un hombre adulto.

Oí el gemido de una mujer, causado por la fuerza del impacto, y objetos pesados que se precipitaban al suelo.

—¡Ratón! —grité.

El gran perro se lanzó hacia delante y entré detrás de él. De nuevo, el umbral del apartamento me dejó sin poder, casi incapaz de crear magia.

Por esa razón había traído mi revólver del 44 en el bolsillo del guardapolvos. Ya lo llevaba en la mano izquierda cuando atravesé la puerta y encendí la luz con el codo derecho al tiempo que vociferaba:

—¡No he tenido un buen día!

Ratón tenía a alguien inmovilizado en el suelo; le bastaba con sentarse encima para impedir que se moviera. Cien kilos de Ratón son una sujeción terriblemente efectiva, y, aunque había sacado los dientes, no estaba haciendo ningún esfuerzo ni emitía sonido alguno.

A mi derecha, Anna Ash estaba inmóvil como un conejito ante una linterna. De inmediato, la apunté con mi pistola.

—No se mueva —le advertí—. Ahora mismo no dispongo de mi magia, y eso siempre hace que esté muy, muy dispuesto a apretar el gatillo.

—Oh —gimió. Su voz era un ronco murmullo. Se chupó los labios, temblando visiblemente—. De acuerdo. De acuerdo. No me haga daño. No tiene que hacer esto.

Le ordené que se acercara a Ratón y su prisionera. Una vez se halló en un punto donde podía tenerlas controladas a las dos a la vez, me relajé un poco y, aunque no bajé la pistola, sí quité el dedo del gatillo.

—¿Hacer qué?

—Lo que le ha hecho a las otras —dijo Anna con un hilo de voz—. No tiene que hacer esto. A nadie.

—¿Las otras? —pregunté. Seguramente no soné ni la mitad de indignado de lo que lo estaba—. ¿Cree que he venido aquí a matarlas?

Parpadeó varias veces.

—Ha venido, ha roto la puerta y me está apuntando con un arma. ¿Qué se supone que debo pensar? —arguyó.

—¡No he roto ninguna puerta! ¡Estaba abierta!

—¡Ha roto mi hechizo!

—¡Porque pensaba que estaban en peligro, joder! —vociferé—. Pensé que el asesino ya estaba aquí.

Oí unos jadeos ahogados de mujer. Pasado un momento, me di cuenta de que era la persona que Ratón tenía retenida, riéndose apenas sin aliento.

Bajé la pistola y la aparté.

—Por el amor de Dios. ¿Pensaban que el asesino venía a por ustedes y le pusieron una trampa?

—Bueno, no justo así —dijo Anna, de nuevo confusa—. Quiero decir... Yo no lo hice. La Ordo... Nosotras... contratamos a una investigadora privada para atrapar al

asesino cuando viniera.

—¿Una investigadora privada? —Miré a la otra mujer y llamé a Ratón.

El perro retrocedió enseguida, meneando la cola con suavidad, trotó de regreso a mi lado, y la mujer a la que había estado reteniendo pudo al fin incorporarse.

Era pálida, aunque no se trataba de la enfermiza palidez de quien no se expone al sol sino de la vívida y saludable piel de un árbol bajo su corteza exterior. Su rostro, delgado, era intensamente atractivo, más intrigante que hermoso, con unos ojos rasgados y muy vivos sobre una expresiva y carnosa boca. Tenía un cuerpo esbelto, con piernas y brazos largos, y llevaba unos sencillos vaqueros, una camiseta negra de Aerosmith y zapatos Birkenstocks de cuero marrón. Se impulsó con los codos para levantarse y un mechón de cabello color trigo le cayó, casi insolente, para ocultarle un ojo. Me sonrió irónica.

—Hola, Harry. —Se pasó el dedo por una pequeña herida en el labio inferior e hizo una mueca, a pesar de que su tono de voz seguía siendo divertido—. ¿Es eso un nuevo bastón o es que te alegras de verme?

Y yo, después de que mi corazón dejara de latir un instante, parpadeé sorprendido.

—Hola, Elaine —saludé en voz muy baja a la primera mujer con la que había llegado hasta el final.

Capítulo 11

Me senté en el sillón mientras Anna Ash hacía café. Ratón, siempre ávido de sisar un bocado, siguió a Anna a la cocina y se sentó allí para desplegar su lenguaje corporal más dramático de perro hambriento y menear la cola.

Pocos minutos después nos sentamos todos a tomar café, como la gente civilizada.

—Señora Ash —dije al tiempo que cogía mi taza.

—Anna, por favor.

Asentí.

—Anna. Primero, me gustaría pedirle disculpas por haberla asustado. No era mi intención.

Le dio un sorbo a su café y asintió con sequedad.

—Supongo que puedo llegar a entender sus motivaciones.

—Gracias. Siento haber reventado su hechizo. Se lo sustituiré por otro sin ningún problema.

—Le dedicamos muchas horas —suspiró Anna—. Bueno, ya sé que no era un... trabajo de experto.

—¿Dedicamos? —pregunté.

—La Ordo —aclaró—. Trabajamos en equipo para proteger las casas de cada una de nosotras.

—Un trabajo comunitario —dije.

Asintió.

—Esa era la idea. —Se mordió el labio—. Sin embargo, éramos más cuando lo hicimos.

Durante un segundo, su caparazón exterior se resintió y Anna me pareció muy cansada y asustada. Al comprobarlo, sentí una pequeña punzada en mi interior. El auténtico miedo no es como el de las películas. Es algo muy feo, silencioso e inagotable, una especie de dolor, y no me gustaba verlo en el rostro de Anna.

Noté que Elaine me dirigía una mirada pensativa. Estaba sentada en el sofá, incorporada hacia delante de tal forma que los codos descansaban en las rodillas extendidas. Sostenía su taza en la mano, en un ángulo negligente y descuidado. En cualquier otra mujer hubiera parecido un gesto masculino; en Elaine transmitía relajación, fuerza y confianza.

—Es cierto que no quería hacerte ningún daño, Anna —intervino volviéndose hacia nuestra anfitriona—. Tiene la necesidad psicótica de cargar al rescate. Siempre pensé que eso le otorgaba cierto encanto desesperado.

—Creo que, de ahora en adelante, deberíamos centrarnos en el futuro —propuse—. Sería bueno poner en común la información de la que disponemos e intentar

trabajar juntos en esto.

Anna y Elaine intercambiaron una larga mirada. Después, Anna se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Estás segura? —le preguntó a Elaine.

Elaine asintió con firmeza, una sola vez.

—No es él quien quiere haceros daño, ahora estoy segura de ello.

—¿Ahora? —mascullé—. ¿Por eso te quedaste bajo el velo cuando estuve aquí esta tarde?

Las bonitas cejas de Elaine se alzaron a la vez.

—No te diste cuenta cuando estuviste aquí. ¿Cómo lo has sabido?

Me encogí de hombros.

—Tal vez me lo dijo un pajarito. ¿De verdad crees que soy capaz de algo así?

—No —contestó Elaine—. Pero tenía que asegurarme.

—¡Me conoces de sobra! —le dije en un tono acalorado que fui incapaz de controlar.

—Confío en ti —añadió Elaine sin rastro de disculpa—, pero puede que no fueras tú mismo. Harry, podía tratarse de un impostor. O puede que estuvieras actuando bajo coacción. La vida de varias personas estaba en juego. Tenía que averiguarlo.

Quería gritarle que, si de verdad pensaba que yo podía ser el asesino, es que no me conocía en absoluto. Si las cosas iban a ser así, sería mejor que me levantara y saliera de aquel apartamento antes de que...

Pero, entonces, suspiré.

Ah, dulce pájaro de la ironía.

—Es obvio que estaba esperando que el asesino se presentara —le dije a Anna—. El hechizo de suelo. La emboscada. ¿Qué le hacía pensar que iba a venir?

—Yo —dijo Elaine.

—¿Y qué te hacía pensar eso a ti?

Me dedicó una inocente sonrisa e imitó mi tono de voz.

—Tal vez me lo dijo un pajarito.

Gruñí.

Anna entornó los ojos.

—Ustedes han estado juntos. —Se volvió hacia Elaine—. Por eso se conocen.

—Fue hace mucho tiempo —aclaré.

Elaine me sonrió.

—Pero nunca se olvida la primera vez.

—Como tampoco se olvida el primer descarrilamiento —repliqué.

—Los descarrilamientos son excitantes. Incluso divertidos —repuso Elaine. No paró de sonreír, aunque había algo de tristeza en sus ojos—. Hasta casi el final.

Sentí que una sonrisa tiraba de un extremo de mi boca.

—Cierto —convine—. Sin embargo, te agradecería que no trataras de evitar mis preguntas lanzando una cortina de humo nostálgico.

Elaine dio un largo sorbo a su café y encogió un solo hombro.

—Te enseñaré mis cartas si tú me enseñas las tuyas.

Me crucé de brazos con gesto adusto.

—Hace sesenta segundos decías que confiabas en mí.

Arqueó una ceja.

—La confianza es una carretera de doble sentido, Harry.

Me eché hacia atrás y le di otro sorbo a mi café antes de contestar.

—Vale, puede que tengas razón. Lo supe después de darme cuenta de que, tras nuestra conversación, no podía recordar nada de la mujer sentada en el diván, algo que no suele pasarme. Entonces pensé que debía de tratarse de un velo. Así que he vuelto porque cabía la posibilidad de que quien estuviera bajo él fuera una amenaza para la Ordo.

Elaine frunció los labios, pensativa, durante un momento.

—Ya veo.

—Tu turno.

Asintió.

—He estado trabajando en distintos casos muy parecidos a este que me han encargado fuera de Los Ángeles. Chicago no es la única ciudad donde ha pasado algo así.

Parpadeé atónito.

—¿Qué?

—San Diego, San José, Austin y Seattle. Durante el pasado año, integrantes de pequeñas organizaciones como la Ordo Lebes han sido sistemáticamente perseguidas y asesinadas. La mayoría tenían la apariencia de suicidios. Contando Chicago, el asesino lleva treinta y seis víctimas.

—Treinta y seis... —Paseé el pulgar por el asa de la taza de café con cierto nerviosismo—. No había oído nada sobre esto. Nada de nada. ¿Un año?

Elaine asintió.

—Harry, tengo que saberlo, ¿es posible que los centinelas estén involucrados?

—No —negué en un tono firme—. De ninguna manera.

—¿Porque son gente abierta y tolerante? —me preguntó.

—No, porque conozco a Ramírez, el comandante regional de la mayoría de esas ciudades. No formaría parte de nada semejante. —Sacudí la cabeza—. Además, andamos cortos de personal. Los centinelas están sobrecargados. Y no hay motivo para que vayan por ahí matando gente.

—¿Estás seguro respecto a Ramírez? —dijo Elaine—. ¿Puedes decir lo mismo de todos los centinelas?

—¿Por qué?

—Porque —explicó Elaine—, en otras ciudades, un hombre con capa gris ha sido visto con dos de las víctimas.

Oh.

Solté la taza de café en una mesa y me crucé de brazos, tratando de reflexionar sobre lo que acababa de escuchar.

No era de dominio público, pero alguien del Consejo estaba filtrando información a los vampiros con mucha frecuencia. El traidor no había sido atrapado todavía. Peor aún. Habíamos encontrado pruebas de la existencia de otra organización que trabajaba de manera clandestina manipulando sucesos a gran escala, lo que indicaba que era un grupo poderoso, con fondos y extremadamente eficaz. Y sabíamos que algunos de ellos eran magos. Yo los había bautizado como el Consejo Negro, y estaba siempre con la oreja pegada al suelo en busca de indicadores de su presencia.

Acababa de encontrar uno.

—Lo que explica que no haya oído nada al respecto —argüí—. Si todo el mundo cree que los centinelas son los responsables, es lógico que no quieran llamar la atención exponiendo a los mismos centinelas el problema para solicitar ayuda. O llamando a un detective que también resulta ser centinela.

Elaine asintió.

—Empezaron a llamarme al mes de obtener mi licencia y abrir el negocio.

Gruñí.

—¿Porqué te avisaron a ti?

Sonrió.

—Estoy en el listín telefónico, en la sección de magos.

—Todos estos años he sabido que me estabas copiando.

—Si no está roto, no lo arregles. —Se echó un mechón de pelo hacia atrás; un gesto familiar que me provocó una punzada de deseo y una docena de pequeños recuerdos.

—La mayoría acudió a mí por referencias, realmente hago un buen trabajo. En cualquier caso, hay algo en todas las víctimas que se repite siempre: es gente que vive sola o aislada.

—Y yo soy el último miembro con vida de la Ordo que cumple ese requisito —dijo Anna en voz baja.

—En las otras ciudades —dije—, ¿dejó el asesino algo? ¿Algún mensaje? ¿Insultos?

—¿Cómo qué? —intervino Elaine.

—Versículos de la Biblia —dije—. Ocultos de manera que solo uno de nosotros pudiera verlos.

Sacudió la cabeza.

—No. Nada de eso. O, si los había, no llegué a encontrarlos.

Solté aire lentamente.

—Hasta el momento, en dos de las muertes había mensajes ocultos. Vuestra amiga Janine y una mujer llamada Jessica Blanche.

Elaine frunció el ceño.

—Me lo imaginaba, por lo que dijiste antes. No tiene ningún sentido.

—Sí, lo tiene —la contradije—. Solo que no sabemos cuál es. —Arrugué la frente—. ¿Puede atribuirse alguna de las otras muertes a la Corte Blanca?

Elaine hizo una mueca y se levantó. Llevó su taza de café a la cocina y volvió con un gesto pensativo.

—Yo... no puedo estar segura de que no sea así, supongo, si bien es cierto que no he visto nada encaminado en esa dirección. ¿Por qué?

—Disculpen —dijo Anna, con voz calmada pero insegura—. ¿Corte Blanca?

—La Corte Blanca de vampiros —le aclaré.

—¿Hay más de una clase? —me preguntó.

—Sí. Los de la Corte Roja son los que están en guerra con el Consejo Blanco —le expliqué—. Son esos monstruosos murciélagos que pueden parecer humanos y beben sangre. Los de la Corte Blanca son más parecidos a las personas. Son parásitos psíquicos, seducen a sus víctimas y se alimentan de energía vital humana.

Elaine asintió.

—Pero ¿qué tienen que ver ellos con esto, Harry?

Respiré hondo.

—Encontré pruebas que apuntan a que Jessica Blanche pudo morir como consecuencia de haber servido de alimento a alguna clase de depredador sexual.

Elaine me miró fijamente durante un momento.

—Los patrones se han roto. Algo ha cambiado.

Asentí.

—Hay algo más incluido en la ecuación.

—Algo o alguien.

—O alguien —convine.

Frunció el ceño.

—¿Tenemos por dónde empezar?

—Jessica Blanche —dije.

Sin previo aviso, Ratón se puso en pie para encarar la puerta del apartamento y soltó un gruñido bajo y estridente.

Me levanté, muy consciente de que mi poder estaba todavía anulado por el umbral del apartamento y no poseía suficiente magia ni para mover una bolsa de papel.

Se apagaron las luces. Ratón continuó gruñendo.

—Dios mío —exclamó Anna—. ¿Qué está pasando?

Apreté los dientes y cerré los ojos, esperando a que se adaptaran a la repentina oscuridad. Un olor agrio, muy tenue, me llegó a la nariz.

—¿Oléis eso? —pregunté.

—¿Oler qué? —dijo la voz tranquila y calmada de Elaine.

—Humo. Tenemos que salir de aquí, creo que el edificio está ardiendo.

Capítulo 12

—Luz —pedí.

Justo antes de que acabara de decir la palabra, Elaine murmuró algo con parsimonia y una luz verde y blanca comenzó a brillar en el pentáculo de su amuleto, casi idéntico al mío. Lo sostuvo en alto por la cadena de plata.

Gracias a su luz, llegué hasta la puerta y la palpé, tal y como esos dibujos animados de cuando era pequeño te explicaban que debías hacer. Su tacto era el de una puerta.

—No hay fuego en el pasillo —concluí.

—¿Hay escalera de incendios? —preguntó Elaine.

—No están lejos —dijo Anna.

Ratón continuaba mirando a la puerta, sin dejar de gruñir con un apagado pero estable temblor. El olor a humo era cada vez más intenso.

—Algo nos está esperando en el pasillo.

—¡¿Qué?! —exclamó Anna.

Elaine nos miró a mí y a Ratón alternativamente y se mordió el labio.

—¿Por la ventana?

Mi corazón latía demasiado deprisa. No me gusta el fuego. No me gusta quemarme. Duele y es horrible.

—Puede que soportáramos la caída —dije al tiempo que me esforzaba por respirar a un ritmo lento—. Pero estamos en un edificio lleno de gente y ninguna de las alarmas o aspersores ha saltado. Alguien debe de haberlos bloqueado. Tenemos que advertir a los residentes.

La cabeza de Ratón se revolvió hacia atrás y me miró con intensidad durante un segundo. Luego trotó formando un pequeño círculo, sacudió la cabeza, emitió un par de sonidos disonantes y comenzó a hacer algo que no le había oído hacer desde que era un cachorrito que cabía en el bolsillo de mi guardapolvos.

Se puso a ladrar.

Era un ladrido alto, continuado. «¡Guau, guau, guau!» Con la regularidad mecánica de un metrónomo.

El hecho de que estuviera ladrando daba idea de la naturaleza del asunto, pero no representaba su escala. Todo el mundo en Chicago sabe cómo suena una sirena de advertencia contra tormentas; se han hecho muy populares en los estados donde se producen tornados. Es el sonido típico de cualquier sirena. Sin embargo, una vez tuve un apartamento a treinta metros de una y puedo asegurar que el sonido adquiere un matiz totalmente diferente cuando estás cerca. No es solo un aullido estrepitoso, cuando estás tan cerca de la fuente es como una inundación, una sólida, viva y sónica cascada que te remueve el cerebro dentro de la cabeza.

Pues bien, el ladrido de Ratón era igual pero a lo bestia. Cada vez que ladraba, lo juro, se me tensaban distintos músculos del cuerpo y temblaban como si les hubieran inyectado un chute de adrenalina. No podría dormir ni con la mitad de ese jaleo, ni siquiera sin las extrañas y pequeñas sacudidas de energía que me apaleaban como cargas de energía independientes en cada ladrido. El ruido era ensordecedor en el pequeño apartamento, casi tan alto como el fuego de varias ametralladoras. Ratón ladró doce dolorosas veces antes de callarse. Después, en el repentino silencio que siguió, me pitaban los oídos.

A los pocos segundos, comencé a oír golpes secos en el piso de arriba: pies descalzos bajando de camas y aterrizando con fuerza en el suelo, casi al unísono; un sonido más propio de un cuartel que de otra cosa. Alguien gritó en el apartamento contiguo al de Anna. Otros perros ladraban. Lloraban niños. Se abrían puertas.

Ratón se volvió a sentar; inclinaba la cabeza a un lado y al otro, moviendo las orejas con cada sonido.

—Demonios, Harry —susurró Elaine con los ojos abiertos de par en par—. ¿De verdad es...? ¿Dónde has conseguido un verdadero perro del templo?

—Oh, en un lugar parecido a este, ahora que lo dices. —Acaricié a Ratón y dije—: Buen perro.

Ratón movió la cola y sonrió con el cumplido.

Abrí la puerta con la mano que no sostenía la pistola y eché un vistazo rápido al pasillo. Las luces de algunas linternas aparecían y barrían el lugar desde distintas zonas. Cada una de ellas producía un intenso halo de luz en la espesa cortina de humo. La gente no paraba de gritar.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Sacad a todo el mundo!

El pasillo era un caos. No identifiqué a nadie como una amenaza potencial, pero lo normal es que si yo no podía reparar en él, o ella, entre semejante confusión de cientos de personas escapando del edificio, ellos en mí tampoco.

—Anna, ¿dónde está la escalera de incendios?

—Por ahí, hacia donde está corriendo todo el mundo —dijo Anna—. A la derecha.

—Derecha —repetí—. De acuerdo, este es el plan. Vamos a seguir a toda esta gente inflamable fuera del edificio antes de arder hasta morir.

—Quiquiera que haya hecho esto, estará esperándonos fuera —advirtió Elaine.

—Y ese ya no es un lugar muy discreto para asesinar a nadie —dije—. Aun así, tendremos cuidado. Ratón y yo iremos primero. Detrás de nosotros, Anna; y después Elaine, cubriendo la retaguardia.

—¿Escudos? —me preguntó.

—Sí. ¿Puedes hacer tu mitad?

Enarcó una ceja.

—Por supuesto —repuso ofendida.

—¡En qué estaría yo pensando! —Cogí la correa de Ratón en una mano y miré mi bastón—. Trabajaremos en esto bajo el sistema de honor. —Ratón abrió la boca con tranquilidad y sostuvo su propia correa. Tomé el bastón en mi mano derecha y, con la izquierda, guardé la pistola en el bolsillo para ocultarla—. Bien. Ratón.

Ratón y yo salimos al pasillo, con Anna pisándonos los talones. Huimos; no soy lo bastante hombre como para negarlo. Salimos por patas. Nos retiramos. Ahuecamos el ala. Los edificios en llamas son terribles. Lo sé con conocimiento de causa.

De todos modos, era la primera vez que estaba en uno tan concurrido y esperaba más pánico del que sentí a mi alrededor. Tal vez fue la forma con la que Ratón despertó a todo el mundo. No vi a nadie trastabillado o con aspecto de haber despertado recientemente de un sueño profundo. Todo el mundo tenía los ojos brillantes y el rabo hacia arriba, metafóricamente hablando, y, aunque estaban visiblemente asustados, el miedo estaba contribuyendo a la evacuación, no estorbándola.

El humo ganaba densidad a medida que bajábamos los tramos de escalera. Empezaba a resultar difícil respirar, de hecho, estaba comenzando a ahogarme. Me entró el pánico. Es el humo lo que mata a la gente mucho antes de que el fuego los alcance. Sin embargo, no quedaba otra alternativa que seguir adelante.

Atravesamos el humo. El fuego se había originado tres plantas por debajo del apartamento de Anna, y la puerta de incendios de aquella planta estaba arrancada de sus goznes. Un espeso humo negro avanzaba por el aire desde el pasillo. Habíamos dejado atrás el fuego, pero había cuatro pisos encima de nosotros y el humo estaba subiendo por las escaleras como en una enorme chimenea. La gente sobre nosotros quedaría cegada por él, serían incapaces de respirar, y solo Dios sabe lo que les pasaría.

—¡Elaine! —dije medio asfixiado.

—¡Ya! —exclamó tosiendo. Entonces, se colocó junto a la puerta mientras el humo negro trataba de rodearla. Extendió la mano derecha en un gesto que de alguna manera parecía imperioso, y el humo desapareció de repente.

Bueno, no exactamente. Había un vago halo de luz sobre el umbral y, al otro lado, el humo se turbaba y se deformaba como si se topara con una lámina de cristal. La acústica de las escaleras se alteró, el rugido del fuego enmudeció de repente y el sonido de pasos y gente jadeando subió de volumen.

Elaine examinó la zona sobre la puerta durante un momento, asintió una sola vez y se volvió ágilmente para alcanzarnos, con aire profesional.

—¿Tienes que quedarte para que pase la gente? —le pregunté. Ratón apoyó la cabeza en mis piernas; estaba asustado y quería abandonar el edificio.

Elaine levantó una mano para pedir silencio.

—No. Es permeable para los seres vivos. Me estoy concentrando. Tenemos un minuto, tal vez dos.

¿Permeable? Vaya. Yo no hubiera podido hacer una cosa así sobre la marcha. En cualquier caso, Elaine siempre fue más hábil con las cosas complicadas.

—De acuerdo —dije. La tomé de la mano, se la coloqué en el hombro de Anna y dije—: Adelante, vamos.

A aquello siguieron escaleras, haces de linternas, ecos de voces y pasos. Corrí. No porque fuera bueno para mí, que lo era, sino porque quiero ser capaz de correr cuando algo me está persiguiendo. Me hizo un bien limitado, teniendo en cuenta que me pasé la mitad del tiempo tosiendo por culpa del humo que había quedado, pero al menos tuve suficiente presencia de ánimo para vigilar a Anna y a la distraída Elaine, al tiempo que tenía cuidado de no tropezarme con Ratón o evitar que me atropellaran por detrás.

Cuando llegamos a la segunda planta, preparé mi escudo.

—¡Elaine! —exclamé por encima del hombro.

Jadeó mientras inclinaba la cabeza hacia delante. Se tropezó y tuvo que aferrarse a la barandilla de las escaleras. Anna se movió enseguida para apoyarla y mantenerla en movimiento. Se produjo el sonido de un crujido encima de nosotros y varios gritos de terror descendieron por las escaleras.

—Moveos, moveos —les dije—. Elaine, ten preparado el escudo.

Asintió y giró un sencillo anillo de plata que llevaba en el dedo índice, revelando un escudo en forma de cometa no muy diferente a mis propios encantamientos.

Bajamos el último tramo de escaleras y llegamos a la puerta que daba a la calle.

Fuera no estaba oscuro. Aunque la farola más próxima al edificio estaba apagada, el resto de las que había en la calle funcionaban a la perfección. Además, también estaba el fuego del apartamento. No es que fuera cegador, se veía solo en las ventanas, que, si estaban abiertas o rotas, despedían humo negro. Así que la calle estaba lo suficientemente iluminada.

La gente salía del edificio como podía, tosiendo y jadeando. Alguien de fuera del edificio (o alguien con un teléfono móvil) había debido de llamar a los bomberos porque un impresionante número de vehículos de emergencias se estaba acercando. Casi todos los vecinos desfilaban hacia el otro lado de la calle, llegaban a una distancia que parecía segura y se daban la vuelta para mirar sus hogares. Algunos de ellos, como una mujer con un tipazo, en bata de satén y con unas uñas postizas de quince centímetros, habían debido de salir de la cama a toda prisa y no habían tenido tiempo de elegir la ropa apropiada. Al joven que iba con ella, ataviado con una sábana de seda roja amarrada a la cintura, se le veía comprensiblemente frustrado.

Pero solo yo lo noté ya que, como soy un investigador profesional, estoy entrenado para ser un aguzado observador.

Por eso, al mirar a mi alrededor para comprobar si las sábanas de seda roja y los tacones de aguja eran una nueva moda (por si alguna vez necesitaba algo de eso), vi al hombre alto con la capa gris.

Casi no se le veía, por el efecto de los faros de los camiones de bomberos que bajaban por la calle hacia nosotros, pero vi perfectamente el movimiento de la capa. Se dio la vuelta, como si hubiera percibido mi atención. Me fue imposible identificarlo por su silueta.

Supongo que él no lo entendió así. Se quedó congelado durante un segundo, de frente a mí, y luego se giró y salió corriendo a toda velocidad hasta doblar la esquina.

—¡Ratón! —espeté—. ¡Quédate con Anna!

Entonces salí detrás de Capa Gris.

Capítulo 13

Correr a toda prisa detrás de alguien en Chicago, solo y de noche, no suele ser una buena idea.

—Esto es estúpido —me dije entre jadeos—. Eres un capullo, Harry, por cosas como esta no paras de meterte en problemas.

Capa Gris se desplazaba con las largas, casi flotantes, zancadas de un atleta corriendo los mil quinientos metros, y giró hacia un callejón, donde las sombras eran más oscuras y estaría fuera de la vista de la poli o del personal de emergencias.

Tenía que pensar en los detalles para tratar de averiguar lo que el tipo pensaba hacer.

De acuerdo, soy Capa Gris, quiero cargarme a Anna Ash, provoqué un incendio y... no, un momento. Uso un explosivo con temporizador como el del Saturn de Murphy, lo pongo en una cocina un par de plantas por debajo de la casa de Anna, corto la electricidad del edificio, los teléfonos y las alarmas, y lo incendio todo. ¡Bum! Luego, espero junto a la puerta de Anna a que salga del piso presa del pánico, la mato, me voy, y dejo que las pruebas se quemen en el incendio. Todo parecerá un accidente. Pero claro, lo que no me espero es que a Anna la acompañen dos magos de clase mundial, y está claro que Ratón no entraba en mis planes para esta historia. El perro ladra y, de repente, todo el pasillo está lleno de gente que puede ser testigo de un asesinato; ya no hay manera de que parezca algo accidental. Casi seguro que alguien contacta con las autoridades y las luces de las sirenas aparecen al cabo de poco tiempo. Y mi noche se va al garete. Ya no sirve de nada intentarlo de manera sutil.

¿Qué hago ahora?

No quiero llamar la atención, eso seguro, si no, no me hubiera tomado tantas molestias en que el asesinato pareciera un accidente. Soy cauto, inteligente y paciente, de lo contrario me hubieran pillado en alguna de las otras cuatro ciudades. Así que hago lo que un depredador inteligente hace cuando la cosa se pone fea.

Me largo.

Tengo un coche cerca, un vehículo de huida.

Capa Gris llegó al final del callejón y giró a la izquierda; yo iba siete metros por detrás. Entonces, dobló una esquina y, a toda velocidad, corrió hacia el aparcamiento de un garaje.

No lo seguí.

Si soy un competente y metódico asesino, siempre asumo lo peor: que cualquiera que me persiga tenga la misma inteligencia y disponga de los mismos recursos que yo. Lo que hago es dirigir la persecución hacia un garaje, donde hay muchos ángulos que rompen la línea de visión. Pero mi coche no está aparcado allí; no puedo

detenerme a pagarle al empleado ni salir por la fuerza llamando la atención que trato de evitar. El plan es perder a quien me persigue en el amplio laberinto de sombras, puertas y coches aparcados que es el garaje, para luego llegar a mi coche cuando le haya dado esquinazo.

Seguí corriendo por la calle y giré una esquina. Luego me detuve, agachado y preparado para salir corriendo. La parte más lejana del garaje no tenía plazas de aparcamiento, tampoco el callejón, así que el coche de Capa Gris debía de estar en la calle de delante del garaje o en la perpendicular a esta. Desde mi esquina controlaba ambas.

Me agazapé junto a un contenedor de basura con la esperanza de ser tan listo como me creía. Pero de lo que estaba seguro era de que hubiera sido estúpido, y puede que letal, perseguir a Capa Gris en la oscuridad del garaje. Se me daba bien dar puñetazos, pero era tan frágil como cualquiera. Si arrinconaba a Capa Gris, podría incitar en él una reacción salvaje. Si me descuidaba y se me acercaba mucho, me dejaría como a un par de calcetines usados.

Y eso, asumiendo que no fuera un centinela, en cuyo caso bien podría lanzarme truenos, fuego o cualquier otro ataque despiadado. Este era un pensamiento que en realidad me resultaba... cómodo.

Me había pasado la mayor parte de mi vida adulta temiendo a los centinelas del Consejo. Habían sido mis perseguidores, mis bestias negras particulares, y, a pesar de que me había convertido en uno de ellos, sentía una alegría casi infantil ante la idea de que un centinela pudiera ser mi villano. Aquello me daría la oportunidad de repartir un poco de merecida, y por mucho tiempo reprimida, venganza con el aval de una justificación perfecta.

A menos, por supuesto, que fuera un centinela que cumplía órdenes. Hace tiempo hubiera dicho que el Consejo Blanco estaba formado por gente decente que valoraba la vida humana. Ahora lo tenía más claro. El Consejo rompía las leyes cuando le daba la gana. Era capaz de ejecutar a niños que, en su ignorancia, violaban aquellas mismas leyes. La guerra propiciaba también que el Consejo se moviera a la desesperada, que estuviera más dispuesto a tomar decisiones difíciles que derivaban en muertes mientras se cubría lo mejor que podía su huesudo culo colectivo.

No parecía razonable pensar que un centinela legítimo hubiera aceptado tales medidas, o que la capitana Luccio, la comandante de los centinelas, las aprobara. Sin embargo, ya estaba acostumbrado a decepcionarme por la falta de honor y sinceridad del Consejo en general y de los centinelas en particular. Así que tampoco es que esperara mucho raciocinio por parte de Capa Gris. Mi teoría para predecir su comportamiento era aceptable, racional, pero una persona racional no iría por ahí asesinando a gente y haciendo que pareciera un suicidio, ¿verdad? Es probable que estuviera perdiendo mi tiempo.

Una figura saltó desde el tejado del garaje, de seis pisos de alto, aterrizando en la acera. Capa Gris se quedó quieto durante un segundo, tal vez escuchando, y entonces se levantó y comenzó a andar, rápido pero sin perder la calma, hacia la calle y los coches aparcados en ella.

Pestañeé varias veces.

Maldita sea.

Supongo que, a veces, la lógica funciona.

Apreté los dientes, me aferré a mi bastón y me levanté para enfrentarme a Capa Gris y mandarlo al infierno.

Pero me detuve.

Si Capa Gris era parte del Consejo Negro, trabajaba para boicotear al Consejo Blanco y, en general, hacía todas las maldades que le vinieran en gana. Mandarlo al infierno no sería la mejor opción. El Consejo Negro había sido hasta ahora, si me perdonan la forma de decirlo, una amenaza fantasma. Estaba seguro de que sus intenciones no eran nada buenas; sus métodos hasta aquel momento parecían indicar que carecían de inhibiciones a la hora de acabar con vidas inocentes. Esta idea se veía reforzada por la voluntad de Capa Gris de hacer arder un edificio lleno de gente para encubrir el asesinato de un único objetivo. Encajaba en el patrón: sombrío, nebuloso, sin dejar pruebas directas o evidentes de quiénes eran o qué querían.

Si es que existían. De momento, solo eran una teoría.

El coche preparado para la huida de Capa Gris era también una teoría hace un rato, y allí estaba.

Esta podía ser una buena oportunidad para saber algo más sobre el Consejo Negro. El conocimiento es la mejor arma. Siempre lo ha sido.

Podía dejar que Capa Gris se escapara, seguirlo y ver qué podía averiguar antes de dar mi último golpe. Tal vez consiguiera algún tipo de información vital, algo tan importante como fue el descubrimiento de Enigma para los aliados durante la segunda guerra mundial. Pero también puede que no me llevara a ninguna parte. Ninguna organización encubierta merecedora de tal apelativo enviaría a uno de sus efectivos a por un objetivo sin tener planeada una estrategia ante la posibilidad de que dicho efectivo se viera en algún momento comprometido. Demonios, incluso si Capa Gris revelaba todo lo que sabía, todavía quedarían cabos sueltos.

Todo eso asumiendo que Capa Gris formara parte del Consejo Negro. Una gran suposición. Y, si asumes demasiado, puedes acabar quedando como un imbécil. Si no lo detenía ahora que tenía una oportunidad, Capa Gris atacaría de nuevo. Moriría más gente.

Sí, Harry. ¿Y cuánta gente moriría si el Consejo Negro continuaba su ascenso al poder?

Maldita sea. Mis entrañas me decían que tenía que atrapar a Capa Gris. Los

rostros de las fotos de la policía pasaron rápidamente por mi cabeza y, en mi imaginación, las mujeres asesinadas aparecían a mi lado, detrás de mí, con sus vidriosos ojos muertos mirando a su asesino y expresando su deseo de ser vengadas. Ansiaba con una pasión casi apocalíptica salir de allí y hacer picadillo a aquel malnacido.

Sin embargo, la razón me decía otra cosa. Decía que me parara a pensar y considerara la forma de hacer un mayor bien a mucha más gente.

¿Acaso no me había estado asegurando a mí mismo, unas horas atrás, que la razón debía de guiar mis actos y mis decisiones si quería ser capaz de controlarme?

Era difícil. De verdad, lo era. Me resistí contra la adrenalina y el ansia de luchar. Me eché hacia atrás esforzándome por pensar con claridad. Mientras, Capa Gris se metía en un turismo verde, lo arrancaba y se iba. Me agaché entre dos coches aparcados y esperé, fuera de la vista, hasta que Capa Gris pasó a mi lado.

Apunté el extremo de mi bastón al panel trasero del coche, reuní mi voluntad y susurré:

—*Forzare.*

Una fuerza primitiva salió disparada, se concentró en la zona más pequeña que pude encuadrar e impactó en el coche con un pequeño golpe no más ruidoso que el de los pequeños fragmentos de gravilla que saltaban a los bajos del vehículo. El coche pasó a mi lado sin ralentizar la marcha y me fijé en el número de la matrícula.

—*Tractis* —murmuré una vez se hubo ido. Mantuve mi voluntad fija en el bastón y lo eché hacia atrás para iluminarme con la luz de una farola y vislumbrar el otro extremo del cayado de roble. Una mota de pintura verde del tamaño de la mitad de una moneda de diez centavos se había adherido a la punta del bastón. Me chupé la punta del dedo y lo pegué a la pintura para despegarla del bastón. Tenía una pequeña caja de cerillas impermeables en un bolsillo del guardapolvos. La abrí con una mano, tiré las cerillas y deposité con cuidado la mota de pintura dentro.

—Te tengo —murmuré.

Capa Gris, con toda probabilidad, abandonaría el coche más pronto que tarde, así que no me quedaba demasiado tiempo. Si lo malgastaba, cualquier daño que hiciera a partir de entonces caería sobre mi conciencia. Me negué a dejar que aquello pasara.

Guardé la caja de cerillas en el bolsillo, me di la vuelta y volví corriendo junto a Elaine y Anna. Cuando llegué, toda la manzana estaba tan iluminada que parecía de día. Las llamaradas del edificio y las sirenas de emergencia causaban un estruendo que resonaba por toda la calle. Divisé a Elaine, Anna y Ratón y me acerqué a ellos.

—¡Harry! —dijo Elaine con una expresión de alivio—. Eh, ¿lo has cogido?

—Todavía no —respondí—. Tengo que hacer un trabajo de seguimiento. ¿Tienes algún lugar seguro al que acudir?

—Imagino que mi habitación de hotel se puede considerar segura. No creo que

nadie de por aquí sepa quién soy. Me alojo en el Amber Inn.

—Bien. Lleva allí a Anna. Te llamaré.

—No —dijo Anna con firmeza.

Eché un vistazo al edificio en llamas y escudriñé a Anna.

—Supongo que preferiría pasar una noche tranquila en casa, ¿verdad?

—Lo que me gustaría es asegurarme de que el resto de la Ordo está bien. ¿Y si el asesino decide ir tras alguna de ellas?

—Elaine —dije, buscando su apoyo.

Elaine se encogió de hombros.

—Trabajo para ella, Harry.

Murmuré una maldición por lo bajo y sacudí la cabeza.

—Bien. Habla con todas y que se protejan. Te llamaré por la mañana.

Elaine asintió.

—Vamos, Ratón —dije.

Tomé su correa y nos dirigimos a casa. Y a Pequeño Chicago.

Capítulo 14

Cuando volvimos al apartamento, Ratón fue directo a su bol de plástico a acabar con todas sus croquetas de pienso con una hambrienta determinación. Luego vació el cuenco de agua, se acercó a su habitual lugar para la siesta y se tumbó sin ni siquiera dar primero una vuelta sobre sí mismo. Se durmió casi antes de tocar el suelo.

Me agaché junto a él, le rasqué las orejas y examiné su nariz, que estaba fría y húmeda, justo como debía. Su cola dio un respingo distraído cuando lo acaricié, pero estaba claramente exhausto. Fuera lo que fuera, la fuerza de aquellos ladridos que desempeñaron la tarea imposible de despertar a un edificio entero había drenado gran parte de sus energías. Me quité el guardapolvos, lo tapé con él y le dejé dormir.

Llamé otra vez a casa de Thomas, pero me saltó el contestador automático. Me puse mi pesada bata de franela para mantener el calor en el gélido laboratorio del sótano, tan profundo que siempre hacía frío. Moví la alfombra que cubre la portezuela en el suelo de la sala de estar y bajé por las escaleras plegables al tiempo que murmuraba unas palabras y encendía velas con un esfuerzo de voluntad.

Mi laboratorio siempre estaba abarrotado de cosas, y más desde que estaba enseñando a Molly. Se trataba de una caja rectangular de cemento con las paredes cubiertas de estanterías donde se amontonaban libros y recipientes con distintos ingredientes (como la gruesa caja sellada que contenía cuarenta y cinco gramos de uranio empobrecido), varios objetos de significación arcana (como la calavera blanqueada que ocupaba su propio estante junto a varias novelas románticas de bolsillo) y artículos curiosos (como la colección de colmillos de vampiros reunidos por los centinelas de Estados Unidos, sobre todo Ramírez y yo, durante las diversas contiendas contra ellos del último año).

Al fondo, en la pared libre, me las había arreglado para que cupieran en el laboratorio un diminuto escritorio y una silla. Molly estudiaba a veces allí, escribía su diario, aprendía cálculos de poder y leía libros que le recomendaba. Habíamos empezado a trabajar en algunas pociones básicas. Los quemadores y las cubetas ocupaban casi toda la superficie del escritorio, lo cual no era tan malo si teníamos en cuenta las manchas que habían quedado tras nuestra primera y desastrosa lección. En el suelo, junto al escritorio, había un simple círculo plateado que utilizaba para las invocaciones.

La mesa en el centro de la habitación solía ser mi zona de trabajo. Ya no. Ahora estaba ocupada por Pequeño Chicago.

Pequeño Chicago era un modelo a escala de la propia ciudad de Chicago (o al menos del corazón de esta) que yo había expandido a partir de su diseño original para cubrir seis kilómetros alrededor de Burnham Harbor. Cada edificio, calle y árbol tenían sus correspondientes en maquetas de estaño a escala. Cada una contenía una

parte de la realidad que representaba: un trozo del tronco de cada árbol, diminutas lascas de asfalto de las calles o pedacitos de ladrillo arrancados de los edificios con un martillo. El modelo me permitía utilizar la magia de nuevas e interesantes maneras, y debería ayudarme a averiguar muchas más cosas sobre Capa Gris de las que hubiera tenido oportunidad en el pasado.

O podía explotar. Ya saben. Una de dos.

Todavía era un mago joven y Pequeño Chicago era un juguete complejo que contenía una enorme cantidad de energía mágica. Tenía que trabajar duro para mantenerla actualizada, igual que el Chicago real, o no funcionaría correctamente; es decir, fallaría, y posiblemente de manera espectacular. Liberar tal cantidad de energía en los confines, en teoría delimitados, del laboratorio me podría dejar en un estado extracrujiente. Era una herramienta elaborada y cara; ni siquiera hubiera considerado la idea de crearla si no contara con un experto consejero.

Saqué la caja de cerillas del bolsillo, la puse en el filo de la mesa y levanté la vista hacia la calavera del estante.

—Bob, arriba, vamos a ello —dije.

La calavera tembló un poco en su repisa de madera y unas diminutas y nebulosas luces anaranjadas aparecieron en las cuencas de sus ojos. Se produjo un sonido similar a un bostezo humano y la calavera se giró ligeramente hacia mí.

—¿Qué pasa, jefe? —me preguntó.

—El mal anda suelto.

—Va a pie, claro está —dijo Bob—, porque se niega a aprender el sistema métrico. De no ser así, iría en metro.

—Te veo de buen humor —apunté.

—Estoy contento. Voy a conocer a la galletita, ¿verdad?

Miré a la calavera sin pestañear.

—No es una galletita, ni siquiera un pastelito, un bizcochito, un bombón o algo por el estilo. Es mi aprendiz.

—Lo que sea —dijo Bob—. Voy a conocerla ahora, ¿verdad?

—No —negué con firmeza.

—Oh —exclamó Bob con el tono decepcionado y petulante de un niño de seis años al que se le acaba de decir que es hora de acostarse—. ¿Por qué no?

—Porque todavía no tiene mucha idea de cómo manejar con destreza su poder —expliqué.

—¡Yo podría ayudarla! —aseguró Bob—. Podría hacer mucho más con mi ayuda.

—Exacto —dije—. Estás bajo vigilancia hasta que yo diga lo contrario. No llates su atención. No reveles tu naturaleza. Cuando Molly esté cerca, serás un adorno inanimado a no ser que yo te diga lo contrario.

—Um... —dijo Bob—. A este paso, no voy a verla nunca desnuda en su mejor

momento.

—¿En su mejor momento de qué?

—En su momento de juvenil, núbil y vital gloria. Para cuando me dejes hablar con ella, ya habrá empezado a caérsele todo.

—Estoy casi seguro de que sobrevivirás al trauma —afirmé.

—La vida es algo más que supervivencia, Harry.

—Cierto —convine—. También es trabajo.

Bob puso sus luces en blanco dentro de las cuencas de los ojos.

—Hermano, la tienes enclaustrada, y a mí me haces trabajar como a un perro. No es justo.

Comencé a sacar las cosas que necesitaba para activar Pequeño Chicago.

—Un perro, claro. Por cierto, ha pasado algo raro esta noche. —Le conté a Bob todo lo referente a Ratón y sus ladridos—. ¿Qué sabes tú de los perros del templo?

—Más que tú —dijo Bob—. Pero no mucho. Casi todo son habladurías y folclore.

—¿Y qué hay de cierto?

—Algo. Varios puntos de confluencia donde múltiples fuentes están de acuerdo.

—Dispara.

—Bueno, no son enteramente mortales —dijo Bob—. Son los vástagos de un ser celestial, un perro llamado Foo, y un canino mortal. Son muy inteligentes, duros, muy leales, y pueden dar mucha caña si es necesario. Pero sobre todo son vigías. Vigilan a los espíritus y las energías oscuras, guardan a la gente o los lugares que se supone que deben guardar y alertan a otros de la presencia de peligros.

—Eso explica por qué Antigua Mai hizo esas estatuas de perros del templo para ayudar a los centinelas a mantener la seguridad, supongo. —Cogí un plumero de mango corto confeccionado con una vara de serbal y un puñado de plumas de búho y comencé a limpiar con cuidado el polvo de la maqueta de la ciudad—. ¿Y qué me dices de los ladridos?

—Sus ladridos poseen una especie de poder espiritual —dijo Bob—. Muchas historias cuentan que se pueden hacer oír a ochenta o cien kilómetros de distancia. No es una cuestión física. Llegan hasta el Más Allá, las entidades no corpóreas los oyen con claridad. A la mayoría les sorprende y espanta; y si alguno decide quedarse, Ratón puede sacarle los dientes, aunque sean espíritus. Supongo que ese ladrido de alarma es parte de su poder protector para alertar a otros del peligro.

Gruñí.

—Superperro.

—Pero no a prueba de balas. Se les puede matar, como a cualquier cosa viva.

Me pregunté si podría encontrar a alguien que le fabricara a Ratón un chaleco antibalas.

—De acuerdo, Bob —dije—. Actívalo y échale un primer vistazo.

—De acuerdo, jefe. Espero que notes que hago esto sin quejarme ni una vez de la injusticia que supone que tú hayas visto desnuda al bomboncito y yo no.

—Tomo nota. —Cogí el cráneo y lo coloqué en el plástico azul translúcido y rugoso que representaba al lago Míchigan—. Compruébalo mientras preparo el hechizo.

La calavera se dio la vuelta para ponerse de cara a la ciudad mientras yo me colocaba en el suelo, con las piernas cruzadas y las manos descansando sobre las rodillas. Cerré los ojos para concentrarme en conducir mis pensamientos a una cierta quietud y aminorar la marcha de mi corazón. Respiré lenta y profundamente, rechazando las preocupaciones, emociones y todo lo que no fuera útil para mi propósito.

Una vez, hablando sobre artes marciales, Murphy me dijo que, llegado un punto, nadie puede enseñarte nada más sobre ellas. Si alcanzas un determinado estado de conocimiento, la única manera de aprender y aumentar tus propias habilidades es enseñar a otros. Por eso, ella imparte clases a niños y un curso de defensa antiviolación cada primavera y otoño en el centro cívico de su barrio.

En su momento, aquello me sonó un poco zen, pero, demonios, Murphy tenía razón. Hace tiempo hubiera tardado una hora, si no más, en llegar al estado mental adecuado. Sin embargo, en el transcurso de mis clases con Molly, volví a repasar lo básico por primera vez en años y lo entendí con una perspectiva más profunda y rica que cuando tenía su edad. Estaba logrando tanta comprensión y valoración de mi propio conocimiento enseñando a Molly como ella aprendiendo de mí.

Tardé diez minutos, doce como mucho, en preparar mis pensamientos y mi voluntad. Para cuando me volví a levantar, no había nada más en el mundo salvo yo, Pequeño Chicago y mi necesidad de encontrar al asesino.

—¿Bob? —susurré.

—Todo en orden. Adelante, capitán —dijo imitando el acento escocés.

Asentí sin hablar. Entonces, invoqué mi voluntad y los ojos de la calavera se redujeron al tamaño de dos alfileres. Lo mismo le pasó a las velas. Las sombras recién creadas comenzaron a extenderse entre los edificios de estaño, cerniéndose sobre las calles de la maqueta. La temperatura bajó un grado o dos en el laboratorio, a medida que extraía energía de todo lo que me rodeaba y mi piel se encendía a causa del aumento de la temperatura de mi cuerpo. Cuando espiré lentamente, mi acalorada respiración formó vapor alrededor de mi nariz y mi boca.

Me desplacé lentamente, con precisión, y cogí la caja de cerillas. La abrí y me incorporé hacia delante para colocar con cuidado la pintura en la diminuta maqueta del edificio de mi apartamento. Me quedé ante la mesa, tocando con una mano la pintura y el mapa, y liberé mi voluntad repitiendo en un murmullo:

—*Reperios. Invenios.*

Mis sentidos se nublaron un momento y, entonces, Pequeño Chicago se precipitó hacia mí, sus edificios crecieron y me encontré de pie delante de una réplica en estaño y a tamaño natural de mi edificio de apartamentos.

Me tomé un momento para mirar a mi alrededor. Se parecía a Chicago. Varios fogonazos de movimiento me rodearon. Vagos trazos de hojas se agitaban en los árboles de estaño, imágenes fantasmales de las hojas del mundo real, de los árboles del Chicago real. Unas luces tenues se proyectaban desde los marcos vacíos de las ventanas. Coches fantasmales pasaban como suspiros por las calles. Oía los sonidos enmudecidos de la ciudad, atrapaba débiles esencias en el aire.

De manera desconcertante, si miraba hacia arriba me veía a mí mismo, a mi cuerpo real, físico, por encima de la maqueta de la ciudad; un primo gigante de Godzilla. En el cielo sobre Pequeño Chicago había estrellas brillantes, los débiles destellos de las velas del laboratorio, y los ojos de Bob, demasiado grandes para ser estrellas, eran del mismo tamaño que tenía el Sol visto desde los planetas exteriores.

Alcé la caja de cerillas al tiempo que la voluntad me recorría el brazo. Tocó la pequeña esquirra de pintura, que explotó en una luz verde viridiana y se elevó en el aire por encima de mi mano, se demoró un momento y salió disparada hacia el norte como un cometa en miniatura.

—Tal vez saliste indemne de esta mierda en otras ciudades, Capa Gris —murmuré—. Pero Chicago es mía.

Mi propia carne se difuminó en una parpadeante luz plateada. Sentí que aceleraba impulsado por la energía del hechizo de seguimiento, surcaba las imágenes fantasmales de la vida nocturna de Chicago y me convertía en una sombra más entre otras muchas.

El hechizo de seguimiento se detuvo a una manzana y media al sur de Goudy Square Park, una pequeña parcela verde que la ciudad se permitía colar entre tanta arquitectura. La brillante mota de luz se fundió con la imagen espectral de un coche en movimiento, y la imagen se convirtió de repente en sólida y visible.

—Te tengo —murmuré. Me acerqué al coche flotando sobre el parachoques trasero y me concentré en el conductor.

Maldita sea, la imagen seguía apareciendo borrosa. Mi magia se había adherido al coche; no iba a ser fácil conseguir una visión del conductor mejor que aquella. Podía verter más energía en el hechizo para aumentar su nitidez, si bien quería guardar tal posibilidad como último recurso. Demasiada energía podría hacer que la cosa explotara y el esfuerzo me dejaría demasiado exhausto para mantener la conexión. De momento sería mejor merodear por allí y tratar de escuchar algo. Captar el sonido era fácil, gracias a la resonancia del coche contra la ciudad que había modelado para el hechizo.

El vehículo se detuvo muy cerca del parque. Se trataba de una pequeña

bifurcación que intentaba albergar simultáneamente un jardín de diseño y un parque infantil; cada vez que la miraba me parecía que los niños salían ganando. Bien por ellos. Nadie de cuatro, seis u ocho años debería padecer el conflicto resultante de que su espacio de juegos chocara con las sensibilidades renacentistas de un paisajista. Vamos, yo tenía más o menos la misma madurez que ellos y estaba bastante seguro de que tampoco lo necesitaba.

Me concentré en el hechizo. Los sonidos nocturnos de la ciudad cobraron vida a mi alrededor y subieron de volumen, alzándose desde un distante y fantasmal murmullo a simple sonido ambiente, como si me encontrara allí mismo. Una sirena lejana. El ruido apenas perceptible de unas ruedas surcando la autopista a un kilómetro de allí. Una alarma que sonaba como un grillo. Para mí, aquello era la orquesta afinando y calentando antes de la obertura.

Unos pasos decididos se acercaron. El telón se estaba abriendo.

Se abrió la puerta del pasajero del coche verde y una segunda figura sombría se unió a la primera. Cerró la puerta más fuerte de lo necesario.

—¿Estás loco? ¿Encontrarnos aquí? —dijo el Pasajero.

—¿Qué tiene de malo este sitio? —preguntó Capa Gris. Su voz era la de un tenor ligero, aunque sonaba distante, brumosa, como una transmisión de radio parcialmente cubierta. ¿El acento? Tal vez de Europa del Este. Era difícil captar los detalles.

—Es un jodido barrio de clase alta —espetó el Pasajero. Su voz era más profunda, igual de oscurecida, y no estaba teñida con ningún acento extranjero. Sonaba como un presentador de informativos; el acento típico del Medio Oeste americano—. Hay seguridad privada. Policía. Si alguien da la voz de alarma va a atraer mucha atención en poco tiempo.

Capa Gris soltó una breve carcajada.

—Por eso mismo estamos a salvo. Es tarde. Todos los pequeñines están durmiendo el sueño de los justos. Nadie va a vernos aquí.

El otro dijo algo rudo. Había una luz intermitente en el asiento del Pasajero; tardé un segundo en reparar en que había encendido un cigarrillo.

—¿Y bien?

—No.

—¿No? —repitió el Pasajero—. ¿No a las mujeres, a los magos o a qué?

—A las dos cosas —dijo Capa Gris. Su tono se volvió frío—. Me dijiste que le asustaba el fuego.

—Así es —dijo el Pasajero—. Deberías ver su maldita mano.

Sentí que mi mano izquierda se cerraba con fuerza y el crujido de los nudillos en mi laboratorio fluía por la simulación mágica de la ciudad.

Capa Gris dio un respingo y miró a su alrededor.

—¿Qué? —preguntó el Pasajero.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—Algo... —dijo Capa Gris.

Aguanté la respiración, deseando que mis dedos dejaran de apretarse.

El Pasajero echó un vistazo a su alrededor.

—El tipo te pone nervioso. Eso es todo. Has fallado y estás nervioso.

—No estoy nervioso —dijo Capa Gris—, soy precavido. Tiene más recursos y es más versátil de lo que tu gente cree. Es bastante posible que me esté rastreando de alguna manera.

—Lo dudo. Se requiere de un practicante sutil del Arte para hacer eso. Él no lo es.

—¿No? —preguntó Capa Gris—. Logró sentir el fuego antes de que le cortara el camino de salida, despertó a todo el edificio al mismo tiempo y me siguió cuando me marché.

El Pasajero se puso tenso.

—¿Has venido aquí con él persiguiéndote?

—No, le di esquinazo antes. Pero eso no descarta que haya continuado la persecución por medios más sutiles.

—Es un matón —dijo el Pasajero—. Simple y llanamente. Sus talentos sirven para destruir y poco más. Es una bestia de la que tirar y a la que dar órdenes.

Se produjo un momentáneo silencio.

—Me sorprende —dijo Capa Gris— que un idiota como tú sobreviviera a un encuentro con ese mago.

¡Ajá! Interesante. El Pasajero, al menos, era alguien a quien había visto antes. Y se había librado. La mayoría de los individuos con los que me había cruzado no lo habían hecho (lo cual a veces me molestaba soberanamente), sin embargo, eran más de dos, y el Pasajero bien podía ser cualquiera de ellos. Por otra parte, aquello reducía de forma considerable la lista de varios billones de posibilidades que tenía hacía un rato.

Las palabras de Capa Gris me produjeron un escalofrío. Era más consciente que cualquier persona con cinco sentidos, y, además, pensaba. Aquella no era una buena cualidad para un enemigo. Un adversario inteligente no tiene que ser más inteligente que tú, ni más rápido; en realidad, ni siquiera debería existir y ser una amenaza letal. Demonios, si la bomba del coche no hubiera explotado antes de tiempo, nos hubiera calcinado a Murphy y a mí. Hubiera muerto sin saber siquiera de su existencia.

—Para ser honestos, me sorprende que el mago haya salido vivo de esta noche —dijo el Pasajero—. En cualquier caso, no importa. Si lo hubiéramos matado, nos hubiéramos responsabilizado de su muerte y nuestro propósito se habría cumplido. Nos ayudará que arme alboroto con lo del Skavis.

—A menos que arme alboroto también con nosotros —agregó Capa Gris con

amargura.

Se quedaron callados un momento.

—Por lo menos hemos conseguido algo: le interesa detener el sacrificio — reflexionó el Pasajero.

—Oh, sí —dijo Capa Gris—. Has llamado su atención. La cuestión, por supuesto, es si va a ser tan cooperativo como crees.

—¿Tratándose de una congregación de brujas en peligro? Oh, sí. Será incapaz de contenerse. Ahora que sabe lo que trama el Skavis, Dresden hará lo que haga falta para protegerle.

Ajá. Un Skavis. Estaban manipulándome para que me lo cargara.

Al fin, algo útil.

—¿Atacará pronto a esas mujeres? —preguntó Capa Gris, refiriéndose al Skavis, supongo.

—Todavía no. No es su estilo. Esperará un día o dos antes de hacer otro movimiento. Quiere que sufran con la espera.

—Um... Normalmente pienso que los gustos de los Skavis son repulsivos, pero en este caso particular sospecho que podrían coincidir con los míos. La anticipación hace que el sabor sea luego más dulce.

—Oh, por supuesto, sin duda alguna —dijo el Pasajero con amargura—. Tira a la basura todo lo que podríamos conseguir solo para satisfacer tus ansias de dulce.

Capa Gris soltó una breve risita.

—En cualquier caso, todavía no. No creo que el Círculo reaccione bien ante una situación así. Hablando de eso, ¿cómo va tu misión?

—Menos que bien —confesó el Pasajero—. No habla conmigo.

—¿De verdad esperabas que lo hiciera?

El Pasajero se encogió de hombros.

—Es de la familia. Pero eso no importa. Lo encontraré a su debido tiempo, quiera cooperar o no.

—Por tu bien, espero que así sea —dijo Capa Gris—. El Círculo me ha pedido un informe de los progresos.

El Pasajero se removió incómodo en su asiento.

—¿En serio? ¿Qué vas a decirles?

—La verdad.

—No puedes decirlo en serio.

—Al contrario —dijo Capa Gris.

—Reaccionan mal ante la incompetencia. Y al engaño responden con el asesinato. —El Pasajero dio otra larga calada a su cigarrillo y soltó otra maldición—. Es inevitable entonces.

—No hace falta que te machaques. Todavía tenemos margen de tiempo, no

destruyen las herramientas que todavía son útiles.

El Pasajero se rió con malicia.

—¡Son duros pero justos!

—Son duros —replicó Capa Gris.

—Si es necesario —dijo el Pasajero—, podemos eliminarlo. Tenemos los recursos para hacerlo. Siempre se puede...

—Creo que es una decisión prematura, a menos que demuestre ser una amenaza mayor de lo que ha sido hasta ahora —opinó Capa Gris—. Espero que el Círculo esté de acuerdo.

—¿Cuándo me veré con ellos? —preguntó el Pasajero—. Cara a cara.

—No es decisión mía. Yo soy un contacto. Nada más. —Se encogió de hombros—. No obstante, si el proyecto sigue adelante, sospecho que querrán concertar una entrevista.

—Tendré éxito en mi empresa —dijo sombrío el Pasajero—. No puede habérselas llevado muy lejos.

—Entonces te aconsejo que te muevas rápido —dijo Capa Gris—. Antes de que el Skavis se te adelante.

—Se nos adelante —corrigió el Pasajero.

Oí una leve sonrisa coloreando el tono de Capa Gris.

—Por supuesto.

Se produjo un silencio evidente y, a continuación, el Pasajero abrió la puerta, salió del coche y se fue sin decir una palabra más.

Capa Gris lo observó hasta que hubo desaparecido en la noche, entonces se bajó del vehículo. Yo utilicé mi voluntad para colocarme en la parte delantera del coche y echar un vistazo. La dirección había sido manipulada; el coche tenía hecho un puente.

Dudé acerca de a cuál de los dos seguir. El Pasajero estaba tratando de obtener información de alguien. Aquello podría significar que había un prisionero que estaba siendo interrogado en algún lugar. Por otro lado, también existía la posibilidad de que se refiriera a que un informante no le suministraba la información que le pedía sobre un tema determinado, por mucho que le insistiera. También sabía que me había enfrentado antes con él en algún momento, lo cual era mucho más de lo que sabía de Capa Gris.

Era muy diferente. Ya había tratado de matarme un par de veces y, por lo visto, era responsable de algunas de las últimas muertes. Era inteligente y estaba conectado a una especie de oscuro grupo llamado el Círculo. ¿Podría ser ese el nombre real de mi teórico Consejo Negro?

Se estaba alejando del coche, el ancla de mi hechizo, y se difuminaba a medida que lo iba dejando atrás. Si no lo perseguía de cerca, se desvanecería en la vastedad de la ciudad. Quiquiera que fuese el Pasajero, ya lo había hecho huir en una

ocasión. Si era así, podía hacerlo otra vez.

Elegí.

Alcancé a Capa Gris, me concentré en fijar claramente el hechizo, y lo seguí. Caminó varias manzanas, giró en un estrecho callejón y descendió por unas escaleras que terminaban en una puerta con tablas que una vez fue un apartamento en un sótano, igual que el mío. Echó un vistazo a su alrededor, tiró de una cadena oxidada que se apoyaba en la pared junto a la puerta, la abrió y desapareció en el interior.

Mierda. Si aquel lugar tenía umbral no podría seguirlo dentro; me golpearía mi cabeza metafórica contra la puerta como un pájaro que se estrella contra un parabrisas. Si tenía los hechizos de protección adecuados, aquello era lo de menos: podría infligirme un daño psíquico bastante horrible o, lo que es peor, desintegrar mi ser espiritual. Acabaría en el suelo de mi laboratorio, babeando, transformado de mago profesional a vegetal desempleado.

A la mierda. No se hace un trabajo como el mío si se abandona a la primera de cambio.

Me armé de voluntad y continué adelante para seguir a Capa Gris.

Capítulo 15

Nada de umbral, lo cual era bueno. Ni de hechizos, lo que era incluso mejor. Capa Gris no había entrado en una zona habitada, sino en la ciudad subterránea.

Chicago es una ciudad vieja, al menos para el estándar americano. Llevaba en pie, de una forma u otra, desde las guerras francesas e indias, antes de que existieran siquiera los Estados Unidos. Siendo Chicago lo que es desde un punto de vista estrictamente geográfico, un gigantesco pantano, los edificios tendían a fijarse a la tierra pasados muchos años. A las viejas calles de madera les pasaba lo mismo, así que tuvieron que construirse otras nuevas sobre capas sucesivas.

Donde la tierra no está formada por un barro que se desplaza a cámara lenta, hay roca sólida. Los túneles y las cuevas convierten el lugar en un acertijo. El Proyecto Manhattan estuvo ubicado durante un breve periodo de tiempo en aquellos túneles, antes de ser reubicado en la mitad de ninguna parte. Alguien del Gobierno mostró un incalculable buen juicio al considerar la obviedad de que era muy mala idea desarrollar una maldita arma nuclear en medio de la segunda ciudad más grande de América.

Todo aquello había dejado un enorme laberinto de pasajes, cuevas, viejos edificios medio derruidos y túneles en ruinas que parecían a punto de venirse abajo. Estaba oscuro, los seres humanos casi nunca iban allí, y, a raíz de ello, Subciudad se había convertido en hogar, refugio y escondite de todo tipo de criaturas depravadas, seres que ningún mortal, ni siquiera un mago, habían visto nunca. Algunos de esos seres, a su vez, habían expandido varios de los túneles y cuevas, estableciendo así territorios celosamente protegidos que nunca veían la luz del sol ni oían los susurros del viento. Allí abajo está oscuro, hace frío, huele a cerrado y las sensaciones que se despiertan son terribles. El hecho de estar habitada por seres que no tienen ningún aprecio por la humanidad y la potencial existencia de radioactividad no hacían mucho por impulsar la industria turística de aquel lugar.

Capa Gris se introdujo en una grieta de la pared trasera del edificio para dirigirse hacia los túneles de Subciudad. Cuando lo hizo, su figura se tornó más difusa. Tenía que acercarme a él y me costaba un esfuerzo de voluntad cada vez mayor poder hacerlo. Pequeño Chicago no tenía modelada con precisión Subciudad, en parte porque no había mapas de allí, y aventurarse a tomar muestras para incorporarlas al modelo habría sido un acto cercano al suicidio. En realidad, nunca había pensado en hacerlo, por eso no había ocurrido.

Todavía podía ver a mi verdadero yo de pie junto a la ciudad, a través del velo translúcido de tierra, piedra y ladrillo. Mi mano seguía extendida, pero me temblaban los dedos y el sudor me cubría la frente. Era extraño que no sintiera la tensión en mi cuerpo. No lo tenía previsto. Era muy posible que pudiera haber seguido adelante sin

ser jamás consciente del esfuerzo que me estaba costando. Podría matar a mi cuerpo físico y terminar...

No sé cómo. Puede que eso acabara conmigo directamente. O que mi cuerpo físico muriera mientras mi mente se quedaba varada aquí. Puede que mi conciencia se convirtiera en una especie de patético fantasma.

Sé duro, Dresden. No empezaste en esta carrera para salir huyendo al primer indicio de fatiga.

Seguí adelante, pero miraba hacia arriba tan a menudo como podía para comprobar mi estado.

Capa Gris no tardó mucho en alcanzar su meta. Encontró una estrecha hendidura en una pared de roca, se deslizó dentro y apoyó las manos y los pies contra la pared del interior de la grieta y escaló con veloz precisión. A dos o tres metros de altura se llegaba a una habitación con tres paredes de ladrillo y una de tierra; un sótano parcialmente derrumbado, supuse. Contaba con algunas comodidades: un colchón hinchable, un saco de dormir, una linterna, una barbacoa en miniatura junto a una bolsa de papel con carbón y varias cajas de cartón que contenían víveres.

Capa Gris colocó una pesada caja delante del agujero por el que acababa de subir y la fijó con varias piedras del tamaño de bloques de cemento. Después abrió un paquete, le quitó el envoltorio a un par de esas barritas sustitutivas de comida que la gente utiliza para castigarse cuando cree que tiene sobrepeso, se las comió y se bebió de un trago un botellín de agua. Era una información de valor incalculable. Me alegré de arriesgar mi cuello metafísico para reunir pistas tan vitales como aquellas.

Miré por encima del hombro. Mi rostro se había puesto blanco y estaba cubierto de sudor.

Supuse que Capa Gris se acostaría, sin embargo, lo que hizo fue bajar la linterna, abrir un segundo paquete, sacar una placa del tamaño de un plato de comida y ponerla en el suelo. Se trataba de una simple base de madera con un anillo de un metal rojizo incrustado, probablemente cobre.

Hundió una uña en su propia encía superior. Cuando la retiró, en la punta del dedo destacaba una gota de sangre que parecía mucho más sólida y real que la persona de la que provenía. Tocó el círculo con aquel mismo dedo y empezó a entonar un canto que no reconocí.

Una leve bruma se arremolinó en el círculo de cobre y, a través del hechizo, logré ver el patrón formado por la magia bruta; un vórtice que desapareció debajo de la placa.

Un segundo más tarde, la niebla se resolvió en una figura en miniatura, una forma apenas humanoide que ocultaba todo posible detalle de su apariencia bajo una pesada túnica.

Excepto por el hecho de que ya lo había visto antes, o a alguien que vestía

exactamente como él.

La última vez que vi a Cowl estaba reaccionando de manera salvaje al enorme e increíble poder provocado por un hechizo llamado Darkhallow. Era imposible que aquel hombre hubiera sobrevivido a semejante hechizo. No podía ser, ni por todos los demonios del infierno. Era imposible que siguiera vivo después de aquello. No podía tratarse de la misma persona.

¿No?

Seguro que era otro tipo. La apariencia de nazgul no es que fuera demasiado rara entre aquellos que se las daban de magos oscuros, de un tipo o de otro. Bien podría tratarse de alguien completamente diferente sin ninguna conexión con Cowl o mi teórico Consejo Negro.

Por otro lado, las acciones de Cowl fueron lo primero que me hizo pensar en la existencia del hipotético Consejo Negro. ¿Formaba parte del Círculo que Capa Gris había mencionado? Después de todo, cuando le tiré un coche a la cabeza apenas parpadeó. Si estaba tan bien protegido, ¿pudo haber sobrevivido a las salvajes energías de aquel desintegrador Darkhallow?

Peor aún, ¿y si no lo había hecho? ¿Y si este personaje formaba parte de un grupo de personas tan dementes y peligrosas como aquel?

Comencé a ponerme más nervioso todavía.

—Mi señor —dijo Capa Gris al tiempo que hacía una reverencia y mantenía la cabeza inclinada.

Se produjo un largo silencio antes de que Cowl hablara.

—Has fallado —sentenció.

—El éxito no ha llegado todavía —respondió Capa Gris, mostrándose en educado desacuerdo—. El telón no ha caído.

—¿Y el imbécil que te acompaña?

—Puedo mantenerle con vida o deshacerme de él, como crea oportuno. —Capa Gris respiró hondo y continuó—: Ha involucrado al mago. Parece ser que existe una especie de *vendetta* entre ellos.

La pequeña figura nebulosa emitió un sonido seseante.

—Idiota. La muerte de Dresden no supone el suficiente beneficio para que merezca la pena arriesgar la operación.

—No me consultó sobre ello, mi señor —dijo Capa Gris con otra reverencia—. Si lo hubiera hecho, lo hubiera disuadido.

—¿Y qué pasó después?

—Traté de eliminarlo, junto a la última pieza del sacrificio.

—¿Dresden interfirió?

—Sí.

Cowl seseó.

—Eso cambia las cosas. ¿Qué precauciones has tomado?

—No me ha seguido físicamente, mi señor, de eso estoy seguro.

Cowl alzó una mano en miniatura para pedir silencio; un gesto que parecía, de alguna manera, tenso y dolido. Su capucha escrutó la habitación.

La mirada de la figura se encontró con la mía y fue como un golpe literal y físico, un certero puñetazo en el pecho.

—¡Está ahí! —espetó Cowl. La nebulosa figura se dio la vuelta para colocarse frente a mí y levantó ambas manos.

Una extraña y fría presión me impactó con la fuerza de una ola y me impulsó varios metros hacia atrás antes de que pudiera reunir mi voluntad y contrarrestarla. Me detuve a poca distancia de Capa Gris y Cowl.

Las manos de Cowl se convirtieron en garras.

—Chico insolente. Voy a destrozarte la mente.

—¡Vamos, Darth Albornoz! —exclamé, casi desgañitándome, al tiempo que plantaba mis etéreos pies en el ficticio suelo.

Cowl me gritó algo. Dijo una palabra que retumbó en mi cabeza y en los brumosos confines del escondite de Capa Gris. Aunque me había protegido para reunir mi voluntad y aislarme contra la suya, su siguiente impacto me golpeó como un tren de mercancías. No tuve ninguna posibilidad de resistirme, era como luchar contra la marea de un océano, y sentí que volaba.

En aquel último segundo antes de ser expulsado de allí, reuní toda la fuerza que me quedaba y la concentré en Capa Gris para intentar conseguir una visión nítida de su rostro. Lo conseguí, aunque fuera durante un mísero instante: vi el rostro de un hombre en la treintena, alto, esbelto y de semblante lobuno.

Entonces me sobrevino un géiser de dolor escarlata, como si alguien me hubiera agarrado de ambas mitades del cráneo para abrírmelo en dos.

Lo siguiente fue oscuridad.

Capítulo 16

Me desperté cuando alguien me sacudió el hombro mientras otra persona me sostenía la nuca contra una sierra de talar.

—Harry —dijo Molly. Hablaba a través de una especie de megáfono presionado directamente contra un lateral de mi cabeza al tiempo que la golpeaba con una especie de martillo—. Eh, jefe. ¿Me oyes?

—Oh —exclamé.

—¿Qué ha pasado?

—Oh —repetí contrariado, como si la interjección explicara algo.

Molly soltó un sonido exasperado y nervioso.

—¿Te llevo al hospital?

—No —mascullé—. Aspirina. Un poco de agua. Y deja de gritar.

—Estoy susurrando —dijo, y se levantó. Cuando subió por las escaleras, sus botas de combate aporrearón el suelo como si fueran las pezuñas de Godzilla.

—Bob —dije en cuanto se hubo ido—. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro —dijo Bob con voz queda—. O ha estado haciendo ejercicio o usa alguna loción milagrosa en los brazos. Todavía tenía algo de grasilla cuando se hizo los tatuajes, eso siempre provoca que los cambios sean más notables, y...

—Con ella no —gruñí mientras una serie de imágenes apocalípticas rondaban mi cerebro agonizante—. Conmigo.

—Ah —dijo Bob—. Algo golpeó con fuerza la maqueta. Una ráfaga de energía. ¡Bum! La reacción psíquica fundió tus fusibles mentales.

—¿Es grave?

—Es difícil de decir. ¿Cuántos dedos tengo levantados?

Suspiré.

—¿Es grave lo de Pequeño Chicago, Bob?

—Tienes que ser más concreto con estas cosas, Harry. Podría ser peor. Una semana para arreglarlo, a lo sumo.

Gruñí.

—Todo parece demasiado claro y brillante. —Probé mis brazos y piernas. Me dolían al moverlos. Era un dolor extraño, pero al menos se movían—. ¿Qué sucedió exactamente?

—Tuviste suerte. Algo con lo que te encontraste allí te lanzó una gran carga de energía psíquica. Sin embargo, tenía que traspasar tu umbral y la maqueta. El umbral lo debilitó y Pequeño Chicago hizo un cortocircuito en el momento del impacto, si no...

—¿Si no qué? —pregunté.

—Si no, no tendrías ese dolor de cabeza —dijo Bob. Las luces de sus ojos se

apagaron.

Las botas de Molly bajaron ruidosamente por las escaleras. Colocó en la mesa un par de velas nuevas que había traído, respiró hondo, cerró los ojos un momento y murmuró el mismo hechizo que usaba yo para encenderlas.

La luz penetró en mi cerebro y me dolió. Mucho. Di un respingo y me puse un brazo en la cara.

—Lo siento —dijo—. No he pensado. Ni siquiera te he visto ahí abajo, y...

—La próxima vez méteme un lápiz en cada ojo —murmuré un momento después.

—Lo siento, Harry —dijo—. La aspirina.

Extendí una mano. Me colocó un bote de aspirinas en ella y un vaso de agua fría en la otra. Abrí el bote con los dientes, me eché varias en la boca y las empujé con el agua. Exhausto por aquel esfuerzo monumental, me tendí en el suelo para compadecerme de mí mismo, hasta que después de varios crueles minutos la medicina comenzó a funcionar.

—Molly, ¿teníamos clase hoy?

—No, pero la sargento Murphy te llamó a casa. Me dijo que no respondías al teléfono. Pensé en venir para ver si pasaba algo.

Gruñí.

—Bien hecho. ¿Has tenido problemas para traspasar los hechizos de protección?

—No, esta vez no.

—Bien. —Con cuidado, comencé a abrir los ojos hasta que se acostumbraron a la luz de las velas.

—Ratón. Es probable que Ratón necesite que lo saques.

Oí un sonido seco y miré al hueco de las escaleras. Ratón estaba allí agachado, arreglándoselas para parecer preocupado.

—Estoy bien, nenaza —lo increpé—. Vamos.

Molly subió las escaleras y luego se quedó quieta, con la vista fija en Pequeño Chicago.

La miré, me incorporé un poco y escudriñé la mesa.

Había un agujero en mitad de la maqueta, no muy lejos del punto donde Capa Gris había entrado en Subciudad. Uno de los edificios estaba medio derruido; el estaño se había derretido y se derramaba por el agujero como cera líquida.

Si la mesa no hubiera absorbido el golpe mágico, sería mi cabeza la que tendría aquel agujero ardiente. Ese era parte del propósito de Pequeño Chicago, una herramienta y una medida de seguridad para trabajar con dicha clase de magia. En cualquier caso, ver algo así era desconcertante.

Tragué saliva. Cowl. Había sido Cowl. Percibí el odio y el veneno en su voz, la familiaridad... el abrumador poder de su magia era inconfundible. Había sobrevivido al Darkhallow. Estaba trabajando para el Círculo, que sin duda era el Consejo Negro;

había un mal suelto en Chicago más grande de lo que creía.

Oh, sí. Esta situación estaba comenzando a ponerme nervioso.

Me giré hacia Molly.

—Como he dicho, esta mesa es peligrosa, pequeño saltamontes. Así que no juegues con ella hasta que yo te lo diga, ¿de acuerdo?

Molly tragó saliva.

—De acuerdo.

—Vamos, encárgate de Ratón. Hazme un favor, llama a Murphy al móvil. Dile que venga.

—¿Necesitas que te ayude hoy? —me preguntó—. ¿Qué vaya contigo y eso?

La miré. Luego a la mesa. Otra vez a ella.

—Solo preguntaba —dijo Molly concluyente, y se apresuró a subir las escaleras.

Después de haberme duchado, afeitado y haberme puesto ropa limpia, me sentí casi humano, a pesar de que seguía teniendo un terrible dolor de cabeza. Murphy llegó poco después.

—¿Qué demonios te ha pasado? —dijo a modo de saludo.

—Recibí un puñetazo psíquico de Cowl —le expliqué.

Murphy saludó a Ratón rascándole el mentón con ambas manos.

—¿Quién es Cowl?

Gruñí.

—Claro, lo olvidada. Cuando conocí a Cowl tú estabas en Hawái con tu chico objeto.

Murphy me dedicó una sonrisa pícaro.

—Kincaid no es un chico objeto, es un hombre objeto. Sin duda.

A Molly, que estaba tendida en el suelo con los pies apoyados en la pared leyendo, se le cayó el libro sobre la cara. Lo recuperó torpemente con ambas manos y trató de mostrar desinterés por nuestra conversación. Hubiera sido mucho más convincente de no haber sostenido el libro al revés.

—Resumiendo —le dije—. Cowl es un mago.

—¿Humano? —preguntó Murphy.

—Estoy casi seguro, pero nunca le he visto la cara. Lo único que sé sobre él es que es más fuerte que yo. Es mejor que yo. Me enfrenté a él en una batalla justa y tuve la suerte de sobrevivir.

Murphy frunció el ceño.

—¿Y cómo es que lo venciste?

—Dejé de luchar siguiendo las reglas y le moví el codo mientras estaba manejando potentes explosivos sobrenaturales. ¡Bum! Creía que estaba muerto.

Murphy se sentó en una silla, expectante.

—Vale —dijo—. Será mejor que me lo cuentes todo.

Me froté mi dolorida cabeza y puse al día a Murphy, desde el momento en el que la dejé el día anterior hasta mi confrontación con Cowl. Omití algunos detalles sobre Elaine y todo lo referente al Círculo. Era una información demasiado peligrosa para ir soltándola por ahí. Demonios, ojalá yo mismo no supiera nada del tema.

—Skavis —musitó Murphy—. He oído eso en alguna parte.

—Es una de las grandes Casas de la Corte Blanca —dije asintiendo—. Raith, Skavis y Malvora son las tres mayores.

—De acuerdo —dijo Murphy—. Vampiros psíquicos. Raith se alimenta de la lujuria, Malvora del miedo, ¿qué hacen estos de Skavis?

—Les gusta el dolor —expuse—. O la desesperación, depende de cómo traduzcas algunos de los textos que el Consejo ha reunido sobre ellos.

—Y el suicidio —argumentó Murphy— es la última muestra de desesperación.

—Con una mente así —apunté—, deberías ser detective.

Nos quedamos callados un minuto.

—Veamos si lo he entendido —dijo Murphy—. Este Skavis está en la ciudad. Según tu ex, la investigadora privada contratada por Anna Ash, ha matado a mujeres en otras ciudades y ahora lo está haciendo aquí... De momento cuatro, y Anna está destinada a ser la quinta.

—Sí —confirmé.

—Entretanto, este Capa Gris que trabaja para Cowl se encuentra en la ciudad haciendo más o menos lo mismo, pero no crees que haya venido a ayudar al Skavis, quienquiera que sea. Crees que trabaja contra el asesino, junto al Pasajero, quienquiera que sea. Crees que estos dos dejaron pistas en los cuerpos para involucrarte en la investigación y que llegaras al Skavis.

—Mejor aún —dije—. Creo que sé quién es el Pasajero.

—¿Quién? —preguntó Murphy.

—Beckitt —dije—. Tiene sentido. Su esposa está infiltrada entre las mujeres, es su fuente de información. Se ha puesto varias veces en mi contra y ha salido airoso; además, le costé varios años de su vida y una lucrativa porción de un imperio criminal. Cuenta con muchas razones para que yo no le guste. Era con él con quien hablaba Capa Gris, el Malvora.

—¿Capa Gris es un Malvora? ¿De dónde sacas eso?

—Habló de sus gustos comunes con los Skavis, en lo que se refiere a dejar que la presa viera venir lo que se le venía encima antes de la muerte. Los Malvora lo hacen para que la presa sienta miedo. Los Skavis, para que estén más cansados, listos para rendirse a la desesperación.

Murphy asintió con los labios fruncidos.

—Y a la Corte Blanca le gusta manipularlo todo indirectamente. Se sirven de otros para que les hagan el trabajo sucio.

—Como por ejemplo de mí, para eliminar la competencia del Skavis.

—Lo cual tiene sentido, ya que Malvora y Skavis son rivales.

—De acuerdo —convine—. Y confío bastante en mi suposición. Igual que pienso que Beckitt es nuestro Pasajero.

—Es una teoría creíble, Dresden —opinó Murphy.

—Gracias, lo sé.

—Pero Beckitt murió hace siete años. Lo mataron en la cárcel.

—Supongo que Beckitt hizo un trato con los Malvora y... —Parpadeé—. ¿Qué?!

—Murió —repitió Murphy—. Hubo un altercado. Murieron tres presos, varios resultaron heridos. Él fue uno de ellos; estaba en el peor lugar en el peor momento. Un preso estaba forcejeando para controlar el arma de un guardia. Se disparó y mató a Beckitt al instante.

—¡Ag! —protesté. Detesto cuando el mundo real ignora una suposición lógica y racional—. ¿Y si lo fingió todo?

Sacudió la cabeza.

—Lo he investigado, hablé con el guardia. Se realizó una autopsia, la familia identificó el cuerpo, se celebró un funeral. Todo. Está muerto, Harry.

—Vaya, maldita sea —dije frotándome la cabeza—. Tenía sentido.

—Así es la vida —dijo Murphy—. Entonces, ese escondrijo que encontraste...

—A estas alturas no existe —dije.

—Podría valer la pena ir de todas maneras, si te llevas a Krypto contigo. —Se agachó y le plantó un beso a Ratón en la cabeza. Vaya, mi perro disfruta de más acción que yo—. Tal vez Capa Gris, el supuesto Malvora, dejó algún rastro.

—Merece la pena mirar, supongo —dudé—. Aunque estoy casi seguro de que es bastante meticuloso para borrar también eso.

—¿Quién va por ahí borrando su olor de los sitios? —preguntó Murphy.

—Los vampiros. Siguen el rastro de esa manera, como Ratón.

—Ah, vale —suspiró Murphy—. Otro edificio quemado.

—No... —comencé.

—¡No es su culpa! —dijo Molly.

—No es tu culpa —convino Murphy—. Lo sé. Pero va a parecer muy raro. Mi coche explota y un edificio a una manzana de distancia también, a las pocas horas.

Gruñí.

—¿El mismo dispositivo?

—¿Tú qué crees?

—El mismo dispositivo.

Murphy asintió.

—Estoy seguro de que será así. Les va a costar un tiempo averiguarlo de todas maneras. ¿Te vio alguien?

—A mí y a otro millón de personas. Pero mucha gente va a empezar a hacer preguntas dentro de poco. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Hice una mueca.

—Anoche no debería haber optado por la maniobra sutil. Debería haberle hecho pedazos allí mismo. Ahora no tengo modo de encontrarlo y, además, es consciente de que lo estamos buscando.

—Sí, pero Capa Gris no es nuestro problema principal —dijo Murphy—. Es un actor secundario. El Skavis es el verdadero asesino, ¿no?

—Sí —dije con cautela—. Eso es cierto. Y no tenemos ninguna pista sobre quién es o dónde se encuentra.

Murphy frunció el ceño.

—Pero es un vampiro, ¿no? Puedes detectar a un vampiro, ¿verdad?

—No es tan simple con los de la Corte Blanca —expliqué—. Se esconden mejor que cualquier otra raza. No tenía ni idea de lo que era Thomas cuando lo conocí. Y recuerda aquella vez que hablaste con Darby Crane.

—Sí.

—¿Te pareció un vampiro?

—Más bien me pareció un ligón —dijo Murphy—. No obstante, tú sabías que era Madrigal Raith.

—Lo supuse —la corregí—. Es probable que reconociera inconscientemente el parecido familiar con lord Raith. Por eso impedí que te tocara. No fue un chivatazo mágico ni nada parecido. —Fruncí el ceño—. Demonios, no me extrañaría que tuvieran la habilidad oculta de nublar el entendimiento de su presa. Cuando Inari Raith trató de alimentarse de mí, a pesar de que estaba en su maldita casa, aunque sabía que era una súcuba y estaba en mi habitación, nunca se me ocurrió pensar que pudiera suponer una amenaza; hasta que fue demasiado tarde.

—Lo mismo me pasó con Crane —dijo Murphy—. Entonces el Skavis... podría ser cualquiera.

—Estoy bastante seguro de que no soy yo —argumenté—. Estoy casi igual de seguro de que no eres tú.

—¿Estás seguro de ser un investigador privado profesional?

—A veces me lo pregunto.

—¿Qué pasa con Thomas? —preguntó Murphy.

—Es más un matón contratado que un investigador.

Murphy me miró de soslayo.

Me dedicó una pequeña sonrisa, pero se difuminó pronto bajo el prisma de la realidad.

—He dejado mensajes. De momento nada.

—Tampoco era eso lo que quería decir —dijo Murphy sin perder la calma—.

¿Podría seguir involucrado? ¿Es posible que fuera el Pasajero?

—No era él.

De nuevo, alzó una mano.

—Harry, ¿es posible?

—Mira, sabemos que el asesino es un Skavis.

—Sabemos lo que piensa Capa Gris —me corrigió Murphy—. Pero se te olvida algo.

—¿Qué?

—Que una de las mujeres murió en los estertores de una pasión sobrenatural. Ni por miedo ni por desesperación.

La miré resentido.

—¿Es físicamente posible? Posible. Es lo único que pregunto.

—Supongo —dije con calma—. Pero Thomas no es el socio de Capa Gris. ¿Y si...? —No pude finalizar la frase.

—¿Y si tu Pasajero lo tiene secuestrado? —preguntó Murphy—. ¿Y si la misión de la que habla consiste en presionar a Thomas para sacarle cierta información?

Hice una mueca.

—Thomas ya se hubiera puesto en contacto conmigo.

—Tenemos poco tiempo. Capa Gris pensaba que pasaría un día o dos antes de que el Skavis se moviera, ¿no es así?

—Sí.

—Hasta el momento, tú crees que el tipo ha actuado con inteligencia. Tal vez también lo haga respecto a esto.

—Podemos conservar un hálito de esperanza —argüí—. ¿Qué has averiguado acerca de Jessica Blanche?

—Todavía sigo trabajando en ello. He mandado a varios agentes a preguntar por ahí, pero voy a necesitar trabajo de campo. —Solté un suspiro.

—Yo tengo que ponerme en contacto con Elaine y la Ordo. Puedo intentar hacer hablar a Helen Beckitt. Y también puedo hacer algunas llamadas a otros centinelas. A lo mejor alguien ha oído algo sobre las últimas actividades de la Corte Blanca.

Murphy se levantó de la silla.

—Parece que tenemos un plan.

—Si lo repetimos varias veces, puede que hasta lleguemos a creérnoslo —dije—. Vamos.

Capítulo 17

El número de contacto de Ramírez era el de un restaurante que regentaba su familia al este de Los Ángeles. Le dejé un mensaje a alguien para quien el inglés parecía su segunda o tercera lengua. Ramírez no tardó más de diez minutos en devolverme la llamada.

—¿La Corte Blanca? —dijo mi compañero centinela—. No puedo decir que haya oído nada sobre ellos últimamente, Harry.

—¿Y qué me dices de una bruja, investigadora profesional? —le pregunté—. Trabaja en la zona de Los Ángeles.

—¿Elaine Mallory? —me preguntó—. ¿Alta, guapa, lista y casi tan encantadora como un servidor?

—Esa misma —dije—. ¿Qué sabes de ella?

—Por lo que sé, está en el bando de los buenos —dijo—. Se mudó a la ciudad hace cinco o seis años. Fue a la universidad en San Diego y está trabajando para una agencia de investigación de aquí. Tiene una base decente en taumaturgia, sacada de no sé dónde, pero cuando le hice las pruebas no puntuó lo bastante alto como para formar parte del Consejo. —Se quedó callado un momento, antes de añadir en un tono de forzada alegría—: A menos que sigamos perdiendo gente a manos de los vampiros, en cuyo caso podríamos bajar el listón.

—Ya —dije—. Pero ¿crees que sabe lo que está haciendo?

—Bueno —dijo Ramírez arrastrando la palabra—. Creo que tarde o temprano tendrá que dejar de anunciarse en la sección de magos. Si tuviéramos tiempo para centrar la atención en otra cosa que no fuera la guerra, algún dinosaurio retrógrado podría molestarse porque alguien le haya copiado la idea.

Gruñí.

—No me llames dinosaurio. ¡No es justo para los dinosaurios! ¿Te han hecho algo los pobres?

—¿Aparte de traerme junto a este largo y escuálido lunático? Mallory no es nada incompetente, ha hecho favores a varias personas —dijo Ramírez—. A chicos perdidos, sobre todo. También un par de exorcismos para los que yo no tuve tiempo. Puede que te sirva de ayuda. Aunque la tengo reservada.

—¿Y eso? —pregunté.

—Su gusto para los hombres... No paro de invitarla a salir y me ha rechazado una docena de veces.

—Sorprendente —dije.

—Lo sé —respondió Ramírez—. Me hace preguntarme si de verdad es tan inteligente. ¿Por qué será?

Le hice un resumen de lo que sabía sobre los asesinatos y lo que me había

contado Elaine sobre las otras ciudades.

—Alguien está conspirando contra los centinelas —concluyó.

—Eso parece. Siembran semillas de desconfianza y ese tipo de cosas.

—Cinco ciudades. Bastardos. —Hizo una pausa para decir algo lejos del auricular del teléfono y, a continuación, añadió—: Espera, estoy sacando el archivo de los últimos informes sobre la Corte Blanca.

Esperé unos minutos hasta que volviera.

—Según hemos oído por aquí, el rey Blanco se ha reunido con emisarios del Consejo bajo una bandera de tregua y ha declarado un alto el fuego temporal. Ha consentido acercarse a los Rojos para incitarlos a negociar el final de la guerra.

—Lo conozco —dije—. No es Kissinger. Tampoco Gandhi.

—Sí. Siembra dudas sobre qué sacaría él del posible final de la guerra, ¿verdad? Gruñí.

—No hay muchas rencillas entre los Rojos y los Blancos. Un alto el fuego no le costará nada. De todas formas, su gente no se mete en líos si la cosa se complica un poco.

Ramírez suspiró pensativo.

—Por la forma en que lo dices, parece que no todo el mundo en la Corte Blanca está de acuerdo con su forma de actuar en esta guerra.

—Son muy partidistas. Hay un triunvirato de las Casas mayores. Raith está ahora en la cima. Si ellos quieren la paz, lo lógico es que las otras se opongan.

—Qué difícil es no querer a estos vampiros, son tan arbitrariamente contradictorios...

—Repite eso cinco veces seguidas —lo reté.

Lo hizo, sin un solo fallo, haciendo hincapié en las erres.

—¿Ves? —dijo—. Por eso las damas me adoran.

—No es amor, Carlos. Es pena.

—Mientras se quiten la ropa interior... —dijo alegremente. Luego, su voz se volvió más sobria—. Dresden, quería llamarte uno de estos días. Para saber cómo estabas. Ya sabes, después de lo de Nuevo México.

—Estoy bien —le dije—. Estoy bien.

—Ya —replicó Ramírez con tono escéptico.

—Mira —dije—. Olvídate de Nuevo México. Yo ya lo he olvidado. Tenemos que pasar página, concentrarnos en lo que tenemos delante de nuestras narices.

—Claro —dijo sin demasiada convicción—. ¿Quieres informar a la capitana o lo hago yo?

—Adelante.

—Lo haré —convino—. ¿Necesitas un poco de apoyo por ahí?

—¿Y eso? —pregunté—. ¿Acaso no tienes nada de lo que preocuparte donde

estás ahora?

Suspiró.

—Sí, bueno. Igualmente. Si los Blancos están intentando acabar con las conversaciones de paz, podría hacer que algunos de los chicos fueran a ayudarte a patear culos.

—Salvo por el pequeño detalle de que no sé de quién es el culo o cómo pateárselo —dije.

—Ya. Pero si necesitas ayuda, estoy aquí.

—Gracias.

—Vigila tu culo, Dresden.

—Te diría que hicieras lo mismo, pero seguro que te pasas el día admirándotelo.

—¿Un culo como el mío? ¿Quién no lo haría? —dijo Ramírez—. Vaya con Dios.

—Feliz rastreo.

Colgué el teléfono y me recliné en el asiento, frotándome mi todavía dolorida cabeza. Cerré los ojos y traté de pensar un rato.

Pensé en cuánto me dolía la cabeza, lo cual no era muy productivo.

—¿Harry? —me interrumpió Molly.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Eh... —Se quedó callada un momento, como si tuviera que elegir las palabras antes de hablar. Aquello llamó mi atención—. Me estaba preguntando por qué le has preguntado al centinela Ramírez sobre Elaine Mallory.

Cerré los ojos y volví a tratar de pensar.

—Quiero decir, la sargento Murphy dijo que era tu ex, pero has preguntado sobre ella como si no la conocieras.

Musité algo entre dientes.

—Así que me imagino que eso significa que la conoces. Pero querías saber lo que el centinela Ramírez sabía sobre ella sin que él supiera que ya la conocías. —Respiró hondo—. Estás ocultando secretos a los centinelas.

Suspiré.

—Desde hace años, pequeña. Años y años.

—Pero... yo estoy bajo el destino de Damocles, y eso significa que tú también. Este es el tipo de cosas que haría que lo invocaran. Entonces... ¿por qué lo haces?

—¿Importa? —pregunté.

—Bueno —dijo en un tono apocado y confuso—, considerando que pueden cortarme la cabeza y a ti también, sí, me importa. Y creo que merezco saberlo.

Comencé a quejarme, pero no continué haciéndolo porque la chica tenía razón, maldita sea. A pesar de lo inconveniente que a mí me pareciera, tenía el derecho

innegable de preguntarme sobre ello.

—Yo soy huérfano —le conté—. Poco tiempo después de que adquiriera mi magia, me adoptó un hombre llamado DuMorne. Fue él quien me entrenó, en gran medida. También adoptó a Elaine. Crecimos juntos. Fue el primer amor para ambos.

Molly dejó su libro a un lado y se incorporó para escucharme.

—DuMorne era un hechicero. Un mago negro tan malvado como cualquiera. Su plan era entrenarnos para ser sus esbirros. Unos magos entrenados y fuertes con la compulsión de ser fieles. A Elaine la convenció. Yo tuve sospechas y luché. Y acabé matándolo.

Molly parpadeó.

—Pero la primera ley...

—Exacto —dije—. Por eso acabé bajo el destino de Damocles. Ebenezer McCoy fue mi mentor. Salvó mi vida.

—Del mismo modo que tú hiciste conmigo —dijo en voz baja.

—Sí. —Fijé la vista en la chimenea apagada—. Justin ardió, y pensé que Elaine también. Años después me enteré de que había sobrevivido y estaba escondida.

—¿Y en todo este tiempo nunca tuviste noticias tuyas? —preguntó Molly—. Menuda zorra.

Miré a mi aprendiz con una sonrisa torcida.

—La última vez que me vio yo acababa de asesinar a lo más parecido a un padre real que había tenido, e intenté matarla a ella, supuestamente. No es tan sencillo, Molly.

—Todavía no entiendo por qué has mentido.

—Porque lo pasé mal a causa de aquello, al salir de debajo del cadáver de DuMorne de la forma en que lo hice. Si los centinelas supieran que ella también estuvo allí y huyó del Consejo en lugar de acudir a ellos... —Me encogí de hombros—. Parece que ha convencido a Ramírez de que no posee poder suficiente para ser admitida en el Consejo.

—¿Y lo tiene? —preguntó Molly.

—Es casi tan fuerte como yo —expliqué—. Lo compensa con su gracia. No estoy seguro de lo que pasaría si los centinelas descubrieran que DuMorne tuvo una segunda aprendiz, pero acarrearía problemas. No voy a tomar esa decisión por ella.

—Por si acaso no te lo he dicho antes —dijo Molly—, los centinelas son un puñado de gilipollas, respetando lo presente.

—No hay un modo fácil de hacer su trabajo —dije, aunque enseguida cambié el posesivo—, nuestro trabajo. Como te he dicho, pequeña, nada es simple. —Me puse de pie lentamente y busqué las llaves y la correa de Ratón.

—Vamos —le dije—. Te dejaré en casa.

—¿Adónde vas?

—A hablar con la Ordo. Anna las tiene a todas escondidas junto con Elaine.

—¿Por qué no las llamas y ya está?

—Se trata de una visita sorpresa. No quiero advertirle a Helen Beckitt de que voy de camino. Estoy seguro de que tiene algo que ver con todo esto, y es más fácil hacer hablar a la gente si la coges desprevenida.

Molly me miró muy seria.

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda?

Hice una pausa para mirarla y fijé la vista en la pulsera de cuentas de su muñeca.

Apretó la mandíbula, se quitó la pulsera y la levantó con una desafiante determinación, mirando las cuentas con intensidad. Tres minutos y dos cuentas después se rindió, jadeando y sudando por el esfuerzo. Parecía frustrada y decepcionada, llena de amargura.

—No hay nada simple —le repetí en voz baja mientras se volvía a poner la pulsera en la muñeca—. Y pocas cosas son fáciles. Sé paciente. Date tiempo.

—Eso es fácil de decir para ti —me acusó, y se dirigió a grandes zancadas hacia el coche, tirando de Ratón.

Estaba equivocada. No lo era.

Lo que realmente quería hacer era comer algo e irme a la cama hasta que me sintiera mejor de la cabeza. Sin embargo, aquello no era una opción.

Quienquiera que fuera el Skavis, y tramara lo que tramara, no disponía de mucho tiempo para averiguarlo y para detenerlo antes de que añadiera otra víctima a su cuenta particular.

Capítulo 18

El Amber Inn es una rareza en el centro de Chicago: un hotel a un precio razonable. No es grande ni especialmente bonito, y no fue diseñado por un arquitecto con tres nombres. Ningún personaje famoso ha sido su propietario, ha vivido en él o ha muerto acribillado allí. Así, sin ningún reclamo para atraer a sus clientes, uno no necesita acudir a un prestamista para hacer una reserva, a pesar de que el Amber Inn está bastante cerca del centro de Chicago.

Era la clase de lugar que siempre intentaba encontrar en las ciudades a las que tenía que viajar por asuntos relacionados con algún cliente. En esos casos, mi trabajo consiste en investigar, no en hospedarme en hoteles de cuatro estrellas. El hotel debía de estar cerca de donde iba a trabajar, y no engordar demasiado la factura. Hay investigadores privados que insisten en alojarse en sitios buenos a expensas del cliente, pero a mí siempre me ha parecido un detalle poco profesional, una mala manera de afrontar los negocios a largo plazo. Tenía sentido que Elaine lo hubiera elegido por el mismo motivo.

No pregunté por ella en recepción. No hacía falta. Me limité a decirle a Ratón que las encontrara.

Ratón husmeó el aire y comenzamos a andar por los pasillos con aire confiado. Eso es siempre importante, tener confianza. Si es así, la gente no sospecha de nada ni se pregunta qué haces dando vueltas por el edificio e, incluso cuando no están convencidos, actúan con mayor cautela.

Ratón se detuvo finalmente junto a una puerta. Extendí la mano y entorné los ojos buscando la presencia de magia. Había un hechizo de protección sobre ella. No era espectacular ni sólido (no podía serlo sin un umbral que lo soportara), pero estaba muy bien constituido. Era, a buen seguro, obra de Elaine. El fin del hechizo era liberar solo una pequeña cantidad de energía, probablemente un halo de luz o algún tipo de sonido que avisara de que había un intruso.

Durante un momento me debatí entre hacer una entrada a lo lobo feroz o no, pero decidí no hacerlo. Sería una falta de respeto hacia Elaine, y a la única persona a la que quería asustar era a Helen Beckitt, si es que estaba allí. Además, si disparaba la señal de alarma, y ante el miedo de la presencia del asesino, Elaine podría mandar un rayo de energía a través de la puerta antes de comprobar quién era. Llamé con los nudillos.

No sucedió nada, pero mi instinto me alertó de que había alguien al otro lado de la puerta. No se trataba de magia, era más bien la ausencia repentina de esa sensación de soledad que uno siente cuando se encuentra en una casa vacía.

Sentí una agitación en la magia del hechizo. Entonces la puerta vibró, se abrió hacia dentro y reveló la presencia de Elaine al otro lado, con una esquina de la boca

torcida en una mueca divertida.

—Ah, ahora lo entiendo —dije—. No es un hechizo de protección, es una mirilla.

—A veces una chica tiene que improvisar —dijo—. Tienes un aspecto horrible.

—Ha sido una noche larga.

—Debe de haberlo sido. Pensaba que ibas a llamar.

—Estaba en el barrio.

Frunció los labios tratando de averiguar si decía la verdad.

—¿Ah, sí? —Noté los mecanismos moviéndose en su cabeza. Entonces asintió y bajó la voz—. ¿Quién?

—Beckitt —murmuré.

—Está aquí.

Abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para permitirme entrar enérgicamente en la habitación. Estaba limpia y era sencilla; una especie de minisuite con una enorme cama, un sofá y una mesita de café.

Priscilla, con un jersey verde guisante de cuello vuelto y una falda de lana gruesa, estaba sentada en el sofá. Me miró con una expresión circunspecta de proporciones dickensianas. Abby y Totó se encontraban en el suelo, donde el perrito se afanaba en un combate mortal contra el calcetín deportivo del pie de su rolliza propietaria. Anna se hallaba en el borde de la cama, con los ojos cansados, inyectados en sangre, serios. Helen estaba, de nuevo, junto a la ventana, con la cortina apartada lo justo para poder mirar fuera.

Al ver a Ratón, Totó abandonó enseguida el campo de batalla y giró en un pequeño y nervioso círculo a pocos centímetros del regazo de Abby. Ratón se acercó para intercambiar olores con el perrito y pronto se sentó a darle una capa de largos lametones.

—Señoras —dije, y, tras una breve pausa, añadí—: Señora Beckitt.

No me miró. Se limitó a sonreír y seguir mirando por la ventana.

—¿Sí, señor Dresden?

—¿Qué es lo que sabe? —le pregunté.

—¿Disculpe?

—Usted sabe algo sobre este asunto y no lo ha dicho. Escupa.

—No entiendo adónde quiere llegar —dijo.

Anna Ash se levantó, consternada.

—Señor Dresden, ¿no estará acusando a Helen de estar involucrada en este asunto?

—Por supuesto que la estoy acusando. ¿Conocen ustedes la historia de la primera vez que nos encontramos? ¿Se la ha contado, Helen?

Todos en la habitación la miraron.

—¿Helen? —dijo Abby pasado un momento—. ¿De qué está hablando?

—Adelante, señor Dresden —me instó Helen con un gesto de vaga y seca diversión coloreando levemente su tono monocorde—. No voy a privarle de la satisfacción de ningunear a alguien menos honrado que usted.

—¿De qué está hablando? —quiso saber Priscilla. Me miró, tal vez con una idea ya predefinida de lo que iba a pensar de mí, sin importar lo que yo dijera.

Es bueno saber que algunas cosas en la vida son persistentes, porque Beckitt me estaba volviendo a decepcionar. Sus compañeras no conocían su pasado. Si yo lo revelaba, iba a destruir la vida que se había construido desde que recuperó la libertad; lo cual era un golpe terrible para la mayoría de las personas bajo esas circunstancias. Hace años perdió a su hija, poco después a su marido y, por si fuera poco, fue enviada a prisión y quedó marcada para siempre con la culpa de sus crímenes.

Esperaba que me tratara con evasivas, que se declarara inocente o me acusara de mentir. Al no ser así, pensé que la siguiente reacción sería que le entrara el pánico y tratara de huir, o simplemente que guardara silencio. Dependiendo de cuánto daño pudiera causarle a su nueva vida, era incluso posible que sacara un arma para asesinarme.

En lugar de todo esto, se quedó allí, sin miedo aparente, con una sonrisa tranquila dibujada en los labios, sin arrugarse, como una santa delante del hombre que la iba a convertir en una mártir.

Nada encajaba. Odio cuando las cosas no encajan. Sin embargo, ahora que había forzado un enfrentamiento delante de toda la Ordo, destruiría mi credibilidad si me rajaba, y de eso iba todo aquel embrollo, de alguien que intentaba destruir la credibilidad del Consejo.

Me contuve un poco con la agresividad e intenté sonar educado y compasivo, aunque serio.

—¿Sabía alguna de ustedes que la señora Beckitt es una delincuente?

Priscilla abrió los ojos de par en par detrás de sus gafas. Me miró, luego a Helen y después a Anna. Helen no dejó de mirar por la ventana, ni de sonreír de aquella manera tan peculiar.

Anna fue la primera en hablar.

—No —dijo compungida—. No nos lo ha contado.

Beckitt bien podría haber sido sorda, teniendo en cuenta su falta de reacción.

—Formaba parte de un culto liderado por un hechicero con el que tuve que acabar hace unos años —relaté en un tono plano, sin ningún énfasis—. Participó en una magia ritual que creaba una droga nociva para mucha gente, y colaboró en diversos ritos destinados a matar a los rivales del hechicero.

A mi relato le siguió un sorprendido silencio.

—Pe... pero... —tartamudeó Abby—. Pero esa es la primera ley... la primera ley.

—¿Helen? ¿Es eso cierto?

—No del todo —dijo Helen—. No ha mencionado que dichos rituales eran de naturaleza sexual. —Se tocó el labio superior con la lengua—. Que quede claro. De una naturaleza sexual depravada e indiscriminada.

Priscilla miró a Helen atónita.

—Por el amor de Dios, Helen. ¿Por qué?

Beckitt apartó la vista de la ventana por primera vez desde que llegué y el vacío en sus ojos fue reemplazado por una furia fría y nada remota. Su voz descendió formando un murmullo tan plano y duro como una placa de hielo glacial.

—Tenía mis motivos.

No me enfrenté a aquella mirada helada. No quería ver lo que había detrás de ella.

—Tiene antecedentes, señora Beckitt. En el pasado ha ayudado a perpetrar crímenes sobrenaturales. Tal vez lo esté haciendo de nuevo.

Se encogió de hombros, recuperando aquella expresión sin vida en el rostro.

—O tal vez no.

—¿Y bien? —insistí.

Volvió la cabeza de nuevo hacia la ventana.

—¿Qué sentido tiene responder, centinela? Es obvio que ya me ha juzgado y condenado. Si le digo que estoy involucrada, creerá que soy culpable. Si le digo que no lo estoy, también. Lo único que puedo hacer es negarle su preciada justificación moral. —Se llevó una mano a los labios e hizo la pantomima de cerrarse la boca con una llave imaginaria.

Cayó un manto de silencio sobre la habitación. Anna se levantó y caminó hacia Beckitt. Le puso una mano en el hombro y lo sacudió suavemente hasta que se volvió.

—No respondas —dijo Anna con calma—. Por lo que a mí respecta, no hace falta.

—Lo mismo digo —intervino Priscilla.

—Por supuesto que no estás involucrada —dijo Abby.

Beckitt las miró a todas una a una. Su boca tembló un instante y le brillaron los ojos. Parpadeó varias veces, pero solo una lágrima se le escapó y le recorrió la mejilla. Asintió hacia la Ordo una vez y volvió la vista hacia la ventana.

El instinto me decía que aquella no era la reacción de una mujer culpable; nadie sería capaz de hacer una actuación tan buena.

Beckitt no estaba involucrada, ahora estaba seguro de ello.

Maldita sea.

Se supone que los detectives averiguan cosas. Lo que había hecho hasta entonces era dejar de averiguarlas, y el reloj seguía corriendo.

Priscilla se giró hacia mí con los ojos entornados.

—¿Hay algo más de lo que quiera acusarnos? ¿Algún otro fanatismo que quiera compartir? —La rabia en sus ojos alcanzó cotas de teravatio. Y era solo para mí.

Me sentí especial.

—Miren —me defendí—, yo solo trato de ayudar.

—¡¿Eh?! —dijo Priscilla con desdén—. ¿Por eso han desaparecido todas esas mujeres en compañía de hombres que coinciden con su descripción? —Iba a responder, pero me interrumpió—. No es que espere que usted diga la verdad, a menos que sirva al propósito que tiene en mente en realidad.

Tuve cuidado de no perder el control y hacer una barbacoa con su cara allí mismo.

—Los ángeles lloran cuando alguien tan perceptiva y con un corazón tan puro y amoroso se vuelve cínica, Priscilla.

—Harry —susurró Elaine a mi lado. La miré. Nuestros ojos se encontraron y, aunque sus labios no se movieron, oí perfectamente su voz.

—Dios sabe que es un blanco fácil, pero dar rienda suelta a tu lengua no está siendo de ayuda.

Parpadeé un par de veces y sonreí ligeramente. El hechizo de comunión era antiguo, pero hubo un tiempo en el que lo usábamos a diario; el colegio era muy aburrido y aquello era mejor que pasarse notas. También nos era muy útil cuando nos quedábamos despiertos después de la hora estipulada y no queríamos que DuMorne se enterara.

Apliqué un suave esfuerzo de voluntad a mis palabras y se las envié a Elaine.

—Dios. Había olvidado esto. No lo hacía desde que tenía dieciséis años.

Elaine me dedicó una de sus características sonrisas: repentina, rara, amplia, de dientes blancos y brillantes, con un brillo dorado en sus ojos.

—Yo tampoco. —Su expresión ganó en sobriedad cuando miró a Priscilla y, luego, de nuevo a mí—. Sé amable, Harry. Lo están pasando mal.

La miré ceñudo.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza.

—Mira a tu alrededor.

Lo hice, esta vez con detenimiento. Mi concentración a la hora de enfrentarme a Beckitt me había impedido fijarme en qué más estaba sucediendo. La rezumaba tensión y algo pesado y amargo. ¿Pena?

Entonces, noté la pieza que faltaba.

—¿Dónde está la pequeña morena?

—Su nombre era Olivia —espetó Priscilla.

Arqueé una ceja y miré a Elaine.

—¿Era?

—Estaba bien cuando la llamamos anoche —me dijo—. Cuando fuimos a recogerla, nadie nos abrió la puerta y no había nadie en su apartamento.

—Entonces, ¿cómo saben que...?

Elaine se cruzó de brazos, con expresión neutral.

—Hay varias cámaras de seguridad en el edificio y en el exterior. En una de ellas se la veía marcharse con un hombre muy pálido de cabello oscuro.

Gruñí.

—¿Cómo tuviste acceso a las grabaciones de seguridad?

Elaine me sonrió mostrando una gratuita cantidad de dientes.

—Lo pedí por favor.

Asentí, comprendiendo.

—Puedes conseguir más con una palabra amable y una buena dosis de quinetomancia que solo con una palabra amable, ¿verdad?

—El guardia de seguridad era un pequeño imbécil —dijo—. Los moratones desaparecerán con el tiempo.

Sacó un par de hojas de papel que contenían imágenes granuladas en blanco y negro. De hecho, reconocí a Olivia con sus leotardos de bailarina incluso por detrás; era un ángulo que le sentaba bien. Un hombre caminaba a su lado. No llegaría al metro ochenta, tenía una cabellera oscura y lustrosa que le llegaba por los hombros e iba vestido con vaqueros y una corbata negra. En una de las fotografías se le veía de perfil, con la cabeza hacia Olivia.

Era mi hermano.

Era Thomas.

Capítulo 19

—¿Estás segura? —le preguntó Anna Ash a Elaine—. ¿No estaríamos mejor en uno de nuestros apartamentos? Todos tienen hechizos de protección...

Elaine sacudió la cabeza con firmeza.

—El asesino sabe dónde vivís cada una de vosotras. No sabe nada de este lugar. Quedaos aquí, no hagáis ruido, permaneced juntas. Nuestro asesino no ha atacado a nadie que estuviese sola.

—Y si hay algo de lo que tengáis que preocuparos, mi perro os avisará —añadí—. Probablemente se siente encima de cualquiera que intente haceros daño, pero si se las da de Lassie y quiere que os marchéis, seguidlo todas y permaneced juntas hasta llegar a un lugar público.

Ratón empujó la mano de Anna con la cabeza y meneó la cola. Totó lo imitó, rodeó los tobillos de Anna y miró hacia arriba hasta que ella lo acarició también a él. Al menos aquello le arrancó una sonrisa.

—Si nos vamos, ¿cómo nos ponemos en contacto con usted?

—Os encontraré.

—¿Igual que ha encontrado al asesino? —espetó Priscilla.

La ignoré conservando una noble dignidad.

Elaine no.

Se acercó a Priscilla y se puso frente a ella.

—Desagradecida, impertinente y venenosa estúpida. Cierre la boca. Este hombre trata de protegerlas, igual que yo. Le agradecería que se ahorrara la ironía mientras hacemos nuestro trabajo.

El rostro de Priscilla se encendió.

—Disculpe, pero no le estamos pagando para que nos insulte o nos sermonee.

—Pero tampoco me pagan lo bastante para tolerar su brusquedad —dijo Elaine—. Siga así y no tendrá que preocuparse por mi factura. De hecho, no hará falta que se preocupe de nada más.

—¿Es una amenaza? —espetó Priscilla.

Elaine se puso un puño en la cadera.

—Es un hecho, imbécil.

Anna intercedió.

—Priscilla, por favor. Tú no eres la que paga. Soy yo. La necesitamos. Ella es la profesional. Si cree que hay que cooperar con el señor Dresden, eso es lo que vamos a hacer. La seguiremos tratando con respeto. Si no puedes ser amable, prueba a practicar el silencio.

Priscilla miró a Anna con los ojos entornados, luego se cruzó de brazos y firmó la capitulación apartando la mirada.

Elaine hizo un gesto de cabeza hacia Anna.

—No estoy segura de cuánto tiempo estaremos fuera. Se lo haré saber en cuanto lo tenga más claro —le informó.

—Gracias, señorita Mallory. —Pasado un momento se apresuró a añadir—: Y gracias, señor Dresden.

—Permanezcan juntas —insistí, y Elaine y yo nos marchamos.

Caminamos juntos hasta el aparcamiento.

—Dime que tienes un coche nuevo, por favor —me dijo Elaine por el camino.

Doblamos la esquina y allí estaba el Escarabajo en todo su esplendor guerrero.

—Me gusta este —dije al tiempo que abría la puerta para que entrara.

—Has cambiado el interior —me dijo cuando entré y arranqué el coche.

—Unos demonios se merendaron el viejo.

Elaine comenzó a reírse, pero luego parpadeó.

—¿Literalmente?

—Demonios fúngicos. Hasta el metal.

—Vaya, tienes una vida muy glamurosa —comentó.

—Elaine —dije—, creí haberte entendido que ibas a pasar desapercibida hasta que estuvieras preparada para enfrentarte al Consejo.

La expresión amistosa y burlona de su rostro se fundió con una de neutralidad.

—¿Es eso relevante ahora?

—Sí —dije—. Si vamos a ir ambos tras él, sí. Necesito saberlo.

Me miró con el ceño fruncido y se encogió de hombros.

—Tenía que hacer algo. Había gente a mi alrededor que estaba resultando herida. Estaban siendo utilizadas. Vivían con miedo. Así que tomé prestada tu profesión.

—Y le mentiste al centinela que fue a visitarte.

—Lo dices como si tú hubieras dicho siempre la verdad a los centinelas.

—Elaine... —comencé.

Sacudió la cabeza.

—Harry, te conozco, confío en ti. Pero no me fío del Consejo y dudo que lo haga nunca. Y, desde luego, no tengo intención de prestar servicio como soldado raso en su lucha contra los vampiros, que es como habría acabado si hubiera puesto todo mi empeño en las pruebas de Ramírez.

Nos miramos un momento.

—Por favor. Iré contigo. Te apoyaré ante el Consejo.

Puso una mano cálida y suave sobre la mía y me habló con voz calmada y firme.

—No, Harry. No permitiré que esos hombres dirijan mi vida. No permitiré que decidan si voy a vivir o no, o que elijan cómo debo hacerlo.

Suspiré.

—Podrías hacer mucho bien.

—Creía que eso era lo que estaba haciendo aquí —apuntó—. Ayudar a la gente. Hacer el bien.

Tenía razón.

—De todos modos, los centinelas se volverían locos si acudieras a ellos ahora y revelaras que les ocultaste tus talentos —consideré.

—Sí —convino—. Se volverían locos.

—Maldita sea —me lamenté—. Tu ayuda sería muy valiosa.

—No lo dudo —dijo. Su mirada se volvió dura y su voz, fría—. Pero no dejaré que me utilicen. Nadie lo hará. Nunca más.

Parpadeé y me volví hacia ella.

Alzó ligeramente la barbilla, sus ojos verdes brillaban a causa de las lágrimas que no caían.

—No, Harry.

Puse una mano debajo de las suyas y entrelazamos los dedos por el descuido de un viejo hábito.

—Elaine, lo siento. No quería presionarte. No me había dado cuenta...

Mantuvo los ojos cerrados y apartó la mirada.

—No, soy yo la que debería disculparse. Me he puesto neurótica contigo. No quiero eso. —Miró la ciudad por la ventanilla.

—Después de que mataras a DuMorne, me pasé un año con la misma pesadilla. La misma todas las noches. Estaba segura de que era cierto. Que seguía vivo. Que venía a por mí.

—No era así —le dije.

—Lo sé. Lo vi morir, igual que tú. Pero tenía tanto miedo... —Sacudió la cabeza—. Huí a la Corte del Verano por ese motivo. Huí, Harry. No podía enfrentarme a ello.

—¿Eso es lo que estás haciendo? ¿Saliendo a la luz? —pregunté—. ¿Enfrentándote al pasado?

—Tengo que hacerlo —dijo. Su voz fue ganando firmeza—. Me asusta una barbaridad. Y estos años... he tenido problemas con las multitudes. Con los espacios cerrados. Con las alturas. Con los espacios abiertos. Terrores nocturnos. Ataques de pánico. Paranoia. Dios, a veces pienso que he tenido todo lo que acaba en fobia.

Lo que Elaine me describió era lo esperable en alguien cuya mente había sido invadida por una voluntad externa. Puedes meterte en la cabeza de la gente con magia, pero si decides empezar a redecorarla a tu gusto, no hay forma de evitar infligir daños a la psique. Dependiendo de varios factores, alguien que haya estado sometido a esa clase de control puede, en el mejor de los casos, quedar conmocionado y errático; en el peor, totalmente catatónico o disfuncional.

Y había que considerar también un elemento tan corriente como el dolor

emocional. Elaine había perdido en una misma noche todo aquello que amaba: su novio, su padre adoptivo y su hogar.

Perder un hogar significa mucho más para un huérfano que para la mayoría de la gente. Sé de lo que hablo. Como yo, Elaine había pasado la mayor parte de su infancia de un orfanato a otro. El hecho de encontrar un hogar real, una casa de verdad, una figura paterna real, era la consecución de un sueño casi desesperado. Fue una terrible pérdida para mí, y eso que Justin no se había metido en mi cabeza. Para Elaine, aquella sucesión de eventos había sido infinitamente más poderosa y terrorífica.

—Dejé que el miedo controlara parte de mi vida —dijo Elaine—, se enraizó y comenzó a crecer. Pero tengo que involucrarme, Harry. Tengo que utilizar lo que sé para cambiar las cosas. Si no lo hago, lo único que habré sido en mi vida es un títere acobardado de DuMorne. Su pequeña arma. No volveré a permitir que nadie me arrebatara el control de mi vida. No puedo. —Se encogió de hombros—. Y tampoco puedo quedarme quieta sin hacer nada. Fallé en las pruebas y no me arrepiento. No voy a disculparme por ello, ni ante ti ni ante nadie.

Gruñí.

—¿Y bien? —me preguntó.

—Creo que lo pillo —dije.

—Entonces, ¿estás dispuesto a trabajar conmigo?

Le apreté un poco la mano.

—Por supuesto.

La tensión en sus hombros se relajó y me devolvió el apretón.

—Es mi turno —dijo cambiando el tono.

—¿Tu turno?

Asintió.

—Reconociste al asesino cuando miraste la foto.

—¿Qué? —dije—. No, no es así.

Puso los ojos en blanco.

—Vamos, Harry. Soy yo...

Suspiré.

—Sí, bueno.

—¿Quién es? —me preguntó.

—Thomas Raith —dije—. Corte Blanca.

—¿De qué lo conoces?

—Es... —No había mucha gente que supiera que Thomas era mi hermano. Era más seguro para los dos mantener esa información controlada—. Es un amigo. Alguien en quien confío.

—¿Confías? —dijo Elaine en voz baja—. ¿En presente?

—Thomas no le está haciendo daño a nadie —aseguré.

—Es un vampiro, Harry. Le hace daño a la gente cada vez que se alimenta de ellos.

Últimamente estaba muy ocupado con eso.

—Conozco a Thomas —dije obcecado—. No es un asesino.

Elaine frunció el ceño.

—La traición duele, Harry. Créeme, lo sé.

—No hay pruebas de que Thomas esté detrás de esos asesinatos —insistí—. Podría ser otra persona u otra cosa disfrazada de él. No es que andemos escasos de metamorfos que puedan hacerlo.

—Un poco enrevesado, ¿no crees? —dijo Elaine. Señaló con la cabeza las fotos que descansaban en el salpicadero—. La explicación más sencilla suele ser la correcta.

—Tarde o temprano me encontraré con un caso en el que todo sea sencillo. No creo que este lo sea.

Elaine exhaló lentamente, estudiando mi rostro.

—Él te importa mucho, ¿verdad?

No había razón para negar aquello.

—Sí.

—Y él también confía en ti, supongo.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no te ha dado una explicación? —me preguntó—. ¿Por qué no se ha puesto en contacto contigo?

—No lo sé. Pero sé que no es un asesino.

Asintió de forma pausada.

—Pero ahí lo tienes, con Olivia.

—Sí.

—Entonces, estarás de acuerdo conmigo en que debemos encontrarlo.

—Sí.

—¿Puedes?

—Sí.

—Pues estupendo —dijo al tiempo que se ponía el cinturón de seguridad—. Lo encontraremos. Hablaremos con él. Trataré de tener la mente abierta. —Me miró—. Pero si resulta ser él, Harry, hay que detenerlo... y espero que me ayudes.

—Si resulta que es él —sentencié—, Thomas querría que lo hiciera.

Capítulo 20

Llevo trabajando de detective en Chicago desde hace ya algún tiempo, y hay algo que uno hace más que cualquier otra cosa: encontrar cosas que se pierden. Diseñé mi hechizo de seguimiento cuando tenía catorce años y no paraba de perder las llaves de casa. Desde entonces, lo he utilizado miles de veces. En ocasiones me ha ayudado a dar con cosas que no quería encontrar y, sobre todo, me ha metido en problemas.

En esta ocasión, estaba seguro de que se darían las dos circunstancias.

Podría haber utilizado mi propia sangre para rastrear a Thomas, pero el pentáculo de plata también me servía. Mi madre me había dado uno, que casi siempre llevaba encima, y le había dado otro a Thomas. Sabía que él lo usaba con la misma frecuencia que yo y que, a menos que se lo hubieran robado, lo llevaría encima en aquel momento.

Preparé el hechizo, colgué el amuleto en el espejo retrovisor del Escarabajo azul y me puse en marcha por las calles de Chicago. Le eché un vistazo; oscilaba ligeramente atraído hacia el de Thomas, como si de un campo magnético se tratara. No era la mejor manera de seguir un rastro (el hechizo no tenía en cuenta las calles y el tráfico, por ejemplo), pero llevaba mucho tiempo encontrando cosas así, y conduje el Escarabajo sin esfuerzo por el laberinto de edificios y calles de un solo sentido que componían la ciudad.

Elaine me observó en silencio durante todo el camino. Sabía que se estaba preguntando qué era lo que estaba usando para localizar al presunto secuestrador/asesino. No me lo preguntó. Se quedó donde estaba y confió en mí.

Cuando aparqué el coche y salí de él, cogí el amuleto y lo miré con gesto sombrío. Seguía inclinado hacia el este, apuntando a los muelles de Burnham Harbor que se extendían por el lago Míchigan. Una de las orillas del lago estaba provista de una serie de muelles para decenas y decenas de pequeñas embarcaciones comerciales, de recreo y yates.

—Barcos —murmuré—. ¿Por qué tenían que ser barcos?

—¿Qué tienen de malo los barcos? —me preguntó Elaine.

—No me lo he pasado muy bien cerca de ellos —expliqué—. De hecho, nunca he disfrutado cerca del lago.

—Huele a pez muerto y aceite de motor —apuntó Elaine.

—Nunca te gustó mi colonia. —Saqué mi bastón del coche—. Necesitas un palo grande.

Elaine me sonrió con dulzura y sacó una pesada cadena del bolso. Sostuvo ambos extremos en un puño, dejando en el aire una extensión de pesados eslabones de metal de medio metro de largo; brillaban con vetas de lo que podía ser cobre y formaban un texto sinuoso.

—Eres un prisionero de la tradición, grandullón. Deberías aprender a ser un poco más flexible.

—Cuidado. Si me dices que tienes por ahí unas esposas y un lazo mágico, puede que pierda el control de mis impulsos sexuales.

Elaine gruñó.

—No puedes perder lo que nunca has tenido. —Levantó la vista hacia mí—. Escudo nuevo, por cierto.

—Sí, sexi, ¿eh?

—Complejo —respondió—. Equilibrado, fuerte, sofisticado. No estoy segura de que pudiera concentrarme para crear algo así. Se requiere una gran habilidad, Harry.

Sentí que me ruborizaba, absurdamente contento por el cumplido.

—Bueno, no es perfecto. Requiere más energía que el viejo escudo. No obstante, pensé que cansarse antes era mejor que morir.

—Suena razonable —dijo, y escudriñó los muelles—. ¿Podrías distinguir el bote?

—Todavía no. Una vez que te internas doscientos o trescientos metros en el agua, el hechizo se bloquea. Por lo tanto, sabemos que está en uno de estos muelles.

Elaine asintió.

—¿Quieres ir delante?

—Sí. Esto va a ser rápido. Quédate tres o cuatro metros por detrás de mí.

Elaine frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Si estamos cerca el uno del otro seremos un blanco fácil; podrían eliminarnos a los dos con una sola ráfaga de ametralladora.

Se puso un poco pálida.

—Creía que confiabas en él.

—Así es —dije—. Pero no sé con quién está.

—¿Y has aprendido ese tipo de cosas en este trabajo? ¿Ametralladoras?

Me picó la mano izquierda.

—En realidad, esta lección la aprendí gracias a un lanzallamas, pero se puede aplicar también a las ametralladoras.

Respiró hondo, sus ojos brillaban con la luz procedente de los muelles y los barcos.

—Entiendo. Después de ti.

Preparé mi brazalete escudo, agarré bien el bastón y enrollé la cadena de mi amuleto a los primeros dedos de mi mano derecha, haciéndolo sobresalir un poco por arriba y hacia fuera para que quedara colgando e indicara la dirección correcta. Me adentré en los muelles y seguí al hechizo hacia la fila exterior de botes varados. Era muy consciente de los pasos ligeros y rítmicos de Elaine a mi espalda y de los leves susurros del agua cuando golpeaba los cascos de las embarcaciones.

El cielo de verano era plomizo y, de vez en cuando, retumbaba algún trueno en el aire. Los muelles no estaban tan llenos de gente como podrían, pero había más de una docena de personas merodeando, caminando hacia y desde los barcos, trabajando en las cubiertas, a punto de zarpar o simplemente por allí. Yo era el único que llevaba un abrigo de cuero y tenía una apariencia extraña.

El amuleto me condujo a la zona del muelle más alejada de la costa. El barco que había allí atracado era bastante grande, al menos para aquellos muelles, y bien podría haber sido una réplica del de la película *Tiburón*. Era viejo y destartado; la pintura blanca, descolorida y descamada, tiraba al gris, y las planchas del casco habían sido parcheadas muchas veces. Las ventanas de la cabina de mando estaban cubiertas de polvo y manchas de grasa. Necesitaba que lo pintasen de nuevo, a excepción del letrero en la popa, que parecía un añadido reciente, de gruesos caracteres negros que decían: «Escarabajo de Agua».

Me alejé unos metros y volví a comprobar el amuleto con una triangulación. El Escarabajo de Agua era el bote correcto.

—¡Eh! —grité—. Eh... ¡Ha del barco! ¡Thomas!

El silencio fue la única respuesta que obtuve.

Miré por encima del hombro. Elaine se había desplazado a una posición desde la que podía ver toda la cubierta del barco desde el muelle, a unos seis metros de mí. ¿Cuál era la palabra exacta para eso? ¿Establecer un fuego cruzado? ¿Crear una desenfilada? Es igual, lo importante era que, si algo salía de la bodega del barco, lo destrozaríamos entre los dos en menos que canta un gallo.

Por supuesto, si en el barco tenían intenciones hostiles y dos dedos de frente, también se darían cuenta de eso.

—¡Thomas! —volví a gritar—. ¡Soy Harry Dresden!

Si alguien del bote quería hacerme daño, lo más inteligente sería quedarse quieto y aguardar a que subiera. Aquello evitaría un ataque y les otorgaría una buena oportunidad de eliminarme a toda prisa, que es la mejor manera de hacerlo cuando se trata de un mago. Si se nos concede tiempo para recuperar el aliento, podemos llegar a convertirnos un auténtico dolor de cabeza.

—De acuerdo —le dije a Elaine sin apartar los ojos del barco—. Voy a subir a bordo.

—¿Estás seguro?

—No. —La miré un momento—. ¿Tienes una idea mejor?

—No —admitió.

—Cúbreme.

—Cubrirte... —dijo Elaine sacudiendo la cabeza. Soltó un extremo de la cadena y lo cogió con la otra mano, dejando un metro colgando de su mano izquierda. Unas diminutas chispas de luz recorrieron la cadena, tan sutiles que dudo que nadie que no

se fijara expresamente fuera capaz de reparar en ellas.

—Creía que estaba aquí para hacer un trabajo. Ahora resulta que estoy en mitad de una película de policías.

—Así es. Yo soy el loco adorable. Tú, la inteligente conservadora.

—¿Y si quiero ser yo la loca?

—Entonces tendrás que saltar tú al barco.

—Deja de pasarte las reglas por el forro —dijo como si recitara una lista de la compra memorizada a toda prisa—. Se supone que debemos atrapar a los maníacos, no convertirnos en ellos. No hagas nada estúpido, solo me quedan dos segundos y medio para retirarme.

—¡Ese es el espíritu! —dije, y salté a la cubierta del Escarabajo de Agua desde el muelle.

Me agaché, listo para encontrarme con problemas, pero nadie vino corriendo hacia mí. Uno de los botes, al final del mismo muelle, encendió un motor que era imposible que hubiera pasado un control de emisiones, incluidas las de ruido. A pesar de ello, oí un golpe seco bajo la cubierta. Me quedé quieto, sin embargo no oí ningún ruido más procedente del motor cercano, que, por cómo olía, estaba quemando un montón de aceite.

Traté de moverme en silencio mientras rodeaba la cabina de mando por un estrecho espacio que me impedía hacerlo con soltura. Me dirigí hacia el pequeño tramo de escaleras que conducía a la bodega. Percibí algo: no era nada en concreto, más bien, una certeza repentina e intuitiva de que alguien estaba allí y al tanto de mi presencia.

Probablemente podría haber seguido dando vueltas, al acecho, con la esperanza de encontrar algún otro indicio de lo que había allá abajo, pero no por mucho tiempo. La gente se terminaría percatando de mis paseos en cuclillas y se darían cuenta de que me estaba ocultando en el barco sin razón aparente. Otros lo ignorarían. Demonios, la mayoría de ellos lo haría. Pero, de manera inevitable, a alguien le podía parecer extraño y llamaría a la policía.

—A la mierda —murmuré. Me aseguré de que el guardapolvos me cubría la espalda, coloqué el escudo delante de mí y bajé rápidamente por las escaleras hacia la bodega.

No dispuse de más de medio segundo de preaviso antes de que alguien se acercara balanceándose por las escaleras, detrás de mí. Debía de haber estado fuera de la vista, encima de la cabina de mando. Comencé a girarme, pero dos talones me golpearon el hombro derecho; una patada doble que me impulsó con fuerza al interior de la bodega.

El guardapolvos era genial a la hora de detener garras y balas, pero no servía de mucho ante el contundente impacto de una patada. Me dolió. Puse el escudo delante

de mí mientras caía, pero tuve que apartarlo de nuevo, ya que impactar en un plano de fuerza rígida sería similar a golpearme contra una pared de ladrillos. El aleteo de energía del escudo me frenó lo suficiente como para poder controlar la caída y rodar. Me puse de rodillas frente a la escalera al tiempo que Thomas se precipitaba hacia abajo con intenciones evidentemente desagradables.

En la mano derecha llevaba una de esas navajas curvadas que los gurkhas se enganchan a los puños. En la izquierda, una escopeta de dos cañones recortados de doce centímetros que me apuntaba directamente a la cabeza. Mi hermano medía algo menos de un metro ochenta, era delgado y estaba hecho de tralla y cable de acero. Sus ojos brillaban furiosos en su pálido rostro; su habitual tono gris de nube de tormenta había dejado paso a un azul metalizado que indicaba que estaba usando sus poderes de vampiro. La melena oscura estaba escondida bajo un pañuelo rojo, pero, aun así, su peinado era mucho más elegante que el mío.

—¡Thomas! —vociferé—. ¡Eh! ¿Puede saberse qué te pasa?

—Te doy la oportunidad de rendirte, gilipollas. Deja los hechizos y ponte de cara a la pared.

—Thomas, no seas capullo. Creo que esto no es necesario ahora mismo.

Thomas se rió burlón.

—Ríndete. Ha sido una buena actuación, pero sé que no eres Harry Dresden. Es imposible que el verdadero Dresden haya venido aquí con una mujer así y no con su perro.

Pestañeeé y solté mi escudo.

—Eh, ¿qué se supone que quiere decir eso? —Lo miré con odio y añadí en voz baja—: Demonios, si no fueras mi hermano te daría una paliza.

Thomas bajó el arma con expresión de sorpresa.

—¿Harry?

Una sombra se movió detrás de Thomas.

—¡Espera! —grité.

Un fragmento de cadena se enrolló en la garganta de mi hermano. Se produjo un resplandor de luz verde y una explosión tan fuerte como un disparo. Thomas se retorció en un arco agónico y, cuando quedó liberado de la cadena, se impulsó contra mí. Cayó sobre mí con todo su peso por segunda vez en apenas sesenta segundos y acabé de nuevo por los suelos. Entonces, mi nariz se llenó de un fuerte olor a ozono y pelo quemado.

—¿Harry? —dijo la voz de Elaine, alto y claro—. ¿Harry?

—Te dije que esperaras —protesté en un resuello.

Se acercó a mí a toda prisa desde las escaleras.

—¿Te ha hecho daño?

—No, hasta que me lo has tirado encima —espeté. No era verdad, pero que me

sacudan todo el tiempo me pone de mal humor. Me toqué el labio palpitante con el dedo y lo noté húmedo por la sangre—. Ay.

—Lo siento, pensaba que tenías problemas —se disculpó Elaine.

Sacudí la cabeza para aclarar las ideas y miré a Thomas. Tenía los ojos abiertos y parecía sorprendido. Respiraba, pero sus brazos y piernas estaban inertes. Los labios se le movieron un poco. Me acerqué a él.

—¿Qué? —le pregunté.

—Au... —susurró.

Me incorporé aliviado; si podía quejarse es que no estaba tan mal.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté a Elaine.

—Un táser.

—¿Electricidad almacenada?

—Sí.

—¿Cómo lo recargas?

—Cuando hay tormenta. O lo conecto a cualquier enchufe.

—Mola —dije—. Tal vez debería agenciarme uno igual.

Thomas movió la cabeza y comenzó a agitar una pierna.

Elaine se volvió hacia él con la cadena suelta entre las manos; a través del metal decorado de los eslabones chispeaban pequeños resplandores de luz.

—Tranquila —dije con firmeza—. Atrás. Hemos venido a hablar, ¿recuerdas?

—Harry, al menos deberíamos atarlo.

—No va a hacernos daño —la tranquilicé.

—¿Por qué no te escuchas durante un momento? —dijo en un tono crecientemente tenso—. Harry, a pesar de las pruebas que indican lo contrario, me estás diciendo que confías en una criatura cuya especialidad es someter las mentes de sus víctimas. Es lo que todo el mundo dice de los vampiros de la Corte Blanca y lo sabes.

—Eso no es lo que ha pasado.

—También dicen eso —insistió Elaine—. No estoy diciendo que sea tu culpa, Harry. Si esta cosa ha entrado en ti de alguna manera, así es exactamente como responderías.

—No es una cosa —bramé—. Es Thomas.

Thomas respiró hondo y se las arregló para hablar con una voz muy débil.

—Está bien. Ya podéis salir.

La pared frontal de la cabina crujió y se movió de repente, revelando una puerta tras la cual había una pequeña zona confinada no más grande que un armario. En ese espacio tan reducido había varias mujeres y dos o tres niños muy pequeños apelotonados. Salieron con cautela a la cabina.

Una de ellas era Olivia, la bailarina.

—Mira —dijo Thomas con calma, y volvió la cabeza hacia Elaine—. Ahí están, y se encuentran bien. Compradlo vosotros mismos.

Cuando me puse de pie me crujieron las articulaciones. Estudié a las mujeres.

—Olivia —dije.

—Centinela —respondió ella.

—¿Estás bien?

Sonrió.

—Sí, sin contar la tortícolis que me ha dado por estar aquí dentro. Estamos un poco apretados.

Elaine miró alternativamente a la mujer y a Thomas.

—¿Te ha hecho daño?

Olivia parpadeó.

—No —dijo—. No, por supuesto que no. Nos ha traído a un lugar seguro.

—¿Seguro? —pregunté.

—Harry, son algunas de las mujeres que habían desaparecido —observó Elaine.

Traté de digerir aquello y me volví hacia Thomas.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué no me has contado lo que estaba ocurriendo?

Sacudió la cabeza, todavía algo aturdido.

—Tenía mis motivos. No quería involucrarte en esto.

—Bueno, pues ahora ya lo estoy. Así que, ¿qué te parece si me cuentas lo que está pasando?

—Estuviste en mi apartamento —dijo Thomas—. Viste la pared de mi habitación de invitados.

—Sí.

—Estaban desapareciendo. Tenía que averiguar quién iba tras ellas y por qué. Descubrí a quién tenían planeado matar. Se convirtió en una carrera entre nosotros.

—Miró a las mujeres y a los niños—. Quité de en medio a todas las que pude, las traje aquí. —Hizo una mueca de dolor al tratar de mover la cabeza—. Hay otra docena en una cabaña de una isla a treinta kilómetros al norte de aquí.

—Un sitio seguro —musité—. Las estabas llevando a un sitio seguro.

—Sí.

Elaine se limitó a mirar a las mujeres un buen rato, luego hizo lo propio con Thomas.

—Olivia —preguntó—. ¿Está diciendo la verdad?

—Hasta el momento ha sido un auténtico caballero —respondió la chica.

Estoy seguro de que nadie excepto yo se dio cuenta, pero, cuando dijo aquellas palabras, los ojos de Thomas resplandecieron con una fría y furiosa hambre. Puede que hubiera tratado a las mujeres con delicadeza y educación, sin embargo, yo sabía que una parte de él no había querido hacerlo. Cerró los ojos con fuerza y comenzó a

tomar largas bocanadas de aire. Reconocí el ritual que utilizaba para controlar su naturaleza oscura y no dije nada.

Elaine hablaba en voz baja con Olivia, que comenzó a hacer las presentaciones. Yo me apoyé contra una pared (o un mamparo, ya que estábamos en un barco) y me empecé a frotar el punto entre los ojos, donde afluía ya un incipiente dolor de cabeza. El maldito olor a aceite de motor de un barco cercano tampoco ayudaba demasiado y...

Mi cabeza se proyectó hacia arriba como un resorte. Subí a toda prisa a la cubierta por las escaleras.

El barco grande y feo había soltado amarras y ahora flotaba junto al Escarabajo de Agua, bloqueando su salida a lago abierto. El motor estaba soltando tanto humo negro azulado que no podía más que ser algo deliberado. Una asfixiante neblina envolvía ya al Escarabajo de Agua y no se veía más allá de la siguiente fila de muelles.

Una figura se precipitó desde la cubierta del barco al muelle, cayó en cuclillas, como un gato, y se detuvo en la pequeña zona expuesta de la parte trasera de la cubierta del Escarabajo de Agua. Ante mis ojos, sus rasgos, los de un hombre corriente en mitad de la treintena, comenzaron a cambiar. La mandíbula se le desencajó, el rostro se retorció formando una especie de hocico y los antebrazos se extendieron para formar unas garras de aspecto sucio acabadas en uñas.

Se situó delante de mí, con los hombros deformados por los nudos encorvados de sus poderosos músculos, me enseñó los dientes y soltó un rugido.

Un necrófago. Un rival duro, peligroso, pero no imposible de superar.

A continuación, aparecieron varias figuras más en la cubierta de la otra embarcación, casi velada por el espeso humo. Sus miembros crujían y se retorcían. Una docena más de necrófagos abrieron la boca y crearon un ensordecedor eco del rugido del primero.

—¡Thomas! —grité, medio ahogado por el humo—. ¡Tenemos un problema!

Trece necrófagos se lanzaron directamente hacia mí, abriendo sus fauces babeantes y esgrimiendo sus garras, con los ojos inyectados en rabia y una primitiva ansia de sangre.

Mierda de barcos.

Capítulo 21

En general, no es que haya sido muy divertido desempeñar mi labor de centinela del Consejo Blanco. No he disfrutado demasiado como un soldado en la guerra contra las Cortes Vampíricas. En la batalla contra las fuerzas del...

Iba a decir «mal», pero cada vez estoy menos seguro de dónde encuadrar a los que me rodean en la escala Jedi/Sith.

Luchar contra las fuerzas que tratan de matarme a mí, a mis amigos o a gente que no puede protegerse por sí misma no es como en las películas de acción veraniegas. Es una pesadilla. Todo es violencia y confusión, miedo y rabia, dolor y regocijo. Todo pasa muy deprisa, nunca hay tiempo para pensar ni estar seguro de nada.

Es terrible, de verdad, aunque debo admitir que he sacado algo positivo de esta situación: he adquirido un montón de práctica en combates mágicos.

Y, desde lo de Nuevo México, no tengo ningún reparo a la hora de destrozárlos con mi magia. El más cercano era la mayor amenaza, pero no la mejor oportunidad. No obstante, si no le daba lo suyo enseguida, me arrancarían la cabeza, o me entretendría lo bastante para que sus colegas me atacaran. En circunstancias normales, le haría tragarse una descarga de fuerza telequinética del anillo de plata que llevaba en la mano derecha, ese que recogía un poco de energía cada vez que movía el brazo y quedaba inútil tras su uso.

Pero no podía hacerlo porque había sustituido aquel único anillo de plata por otros tres soldados en una única banda, también de plata, cada uno con la misma energía potencial que el anillo original.

¡Ah!, y tenía una de aquellas nuevas bandas en cada dedo de mi mano derecha.

Alcé mi bastón colocando el puño hacia fuera, apuntando los anillos hacia el necrófago.

—¡Nos vemos! —bramé mientras liberaba la energía del primer anillo.

La fuerza bruta golpeó al necrófago, lo lanzó por la borda del Escarabajo de Agua y le hizo impactar contra el frontal del barco que nos bloqueaba con la fuerza suficiente para romperle la espalda. Se oyó un crac; el grito de batalla del necrófago se convirtió en un agónico lamento de dolor, y desapareció en las frías aguas del lago Michigan.

El primero de sus colegas estaba ya en el aire, abordando el Escarabajo igual que hizo el otro. Esperé medio segundo para tener en cuenta el arco del salto y, antes de que sus pies tocaran el barco, repetí mi ataque. Esta vez el necrófago salió volando hacia atrás y chocó contra dos de sus compañeros, que estaban ya en el aire. Los tres cayeron al lago. Cinco o seis de los necrófagos eran hembras, cosa que no me importaba lo más mínimo. Los puse a remojo en el lago con otras dos descargas.

Aquel fue su final.

De repente, cuatro de ellos saltaron a la vez (probablemente por casualidad, no creo que lo planearan) y solo pude derribar a dos. Los otros dos llegaron a la cubierta y se lanzaron hacia mí con las garras extendidas.

No había tiempo para trucos. Giré mi bastón en el aire, planté el extremo inferior contra la pared de la cabina de mando y apunté con el otro extremo hacia los dientes del necrófago que estaba más cerca. Impactó en el monstruo con el tremendo poder suministrado por su propia fuerza y velocidad sobrenatural. La cubierta quedó salpicada con los pedazos rotos de sus colmillos amarillentos cuando el necrófago cayó abatido. El segundo saltó sobre su compañero y se encontró en primer plano el revólver del 44 que había sacado del bolsillo de mi guardapolvos con la mano izquierda. El cañón rugió, impulsó la cabeza del necrófago hacia atrás y la inercia del disparo hizo lo propio con todo mi cuerpo. Me golpeé la espalda contra la pared de la cabina con tal fuerza que me quedé sin aliento, pero el necrófago había caído a la cubierta y se retorció gritando como loco.

Le disparé dos veces más desde medio metro de distancia y vacié el resto de balas en el cráneo de la hembra que había dejado atontada antes con mi bastón. Una sangre marrón acuosa salpicó la cubierta.

Para entonces, otros tres necrófagos estaban ya en el barco. Oí unos sonidos en el costado del buque; dos de los demonios que había tirado al agua habían clavado sus garras en los tablones del Escarabajo de Agua y comenzaban a escalar hacia la cubierta.

Lancé al necrófago más cercano otra descarga procedente de mis anillos, que lo envió volando hacia sus compañeros, lo cual solo me consiguió el tiempo suficiente para elevar mi escudo y formar un brillante cuarto de cúpula plateada. Dos demonios se estrellaron contra ella rastrillando sus garras y rebotaron hacia atrás.

En ese instante, los necrófagos que subían por los laterales del barco llegaron a la cubierta, desde detrás del límite de mi escudo, y me golpearon por los flancos. Unas garras me arañaron. Sentí un dolor caliente en la barbilla y varios impactos cuando las garras alcanzaron mi guardapolvos. No podían perforarlo, pero ejercían una fuerza considerable. Era como si me clavaran con fuerza los extremos redondeados de varios palos de escoba.

Me agaché y pateé una rodilla. Se quebró, crujió y se dislocó, arrancando un grito de rabia al necrófago, pero su compañero cayó sobre mí y me obligó a protegerme la garganta con el brazo izquierdo para evitar que me la destrozara. Mi escudo parpadeó y se apagó, y los demonios reaccionaron emitiendo alaridos de hambriento júbilo.

Una voz de mujer sonó como un grito desafiante. Se produjo un estruendo de luz y sonido y un poderoso destello de luz verde. El necrófago que tenía encima se retorció cuando su cabeza desapareció de sus hombros salpicando sangre marrón y maloliente hacia todas partes. Me quité de encima como pude su aún espasmódico

cuerpo y me puse en pie, al tiempo que Elaine se situaba delante de mí y empezaba a dar vueltas a aquella cadena suya en el aire, sobre su cabeza.

—¡Aerios!

Algo que parecía un tornado en miniatura, iluminado desde el interior por una luz verde y un poco torcido hacia un lado, se formó en el aire frente a ella. El pequeño tornado comenzó a desplazarse en el aire con tal rapidez que tuve que apartarme de la potente succión del hechizo.

El extremo más alejado del tornado convirtió el aire en una gimiente columna de viento tan fuerte que, al desplazarse adelante y atrás por la cubierta del barco, dispersó a los necrófagos como si fueran trozos de palomitas de maíz frente a un ventilador. También tuvo el efecto de despejar el asfixiante y denso humo de las escaleras que conducían a la parte inferior de la cubierta. No me había dado cuenta de lo mareado que estaba.

—¡No podré aguantar esto mucho tiempo! —gritó Elaine.

Los demonios comenzaron a tratar de rodear el hechizo. Algunos de ellos escalaban por los lados del barco después de haber sido lanzados de nuevo al lago. Yo no podía usar mi fuego allí, entre tantos barcos de madera fina, muelles y depósitos llenos de combustible, además de las personas que andaban rondando por la zona. Así que tuve que conformarme con usar mi bastón, sin magia. Esa es la belleza de llevar encima un palo grande y pesado. Cada vez que hace falta, tienes a mano un arma para romper cabezas lista para su uso.

Empecé a jugar al béisbol con las cabezas y las manos de los demonios que trataban de regresar al barco; los sacudía en cuanto aparecían por la borda.

—¡Thomas! —grité—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Apenas podía ver nada a través del humo, pero distinguí las formas de algunos de los demonios trepando al muelle para cortarnos el paso a la orilla.

—¡Suelta el barco! —gritó Elaine.

El humeante barco de los demonios se empotró contra la parte trasera del Escarabajo de Agua y el impacto me obligó a aferrarme a la cabina de mando para mantenerme en pie... pero me tambaleé hacia el otro lado un segundo después, cuando el Escarabajo se estrelló contra el muelle.

—¡Imposible! ¡Está muy cerca!

—¡Agáchate! —gritó Thomas, y sentí que su mano me empujaba el hombro hacia abajo con fuerza. Me agaché y vi el acero azulado de su escopeta recortada pasar junto a mi cara. La cosa rugió, el sonido fue dolorosamente audible, y tuve la certeza de que no escucharía nada por ese oído durante un largo periodo de tiempo. La ráfaga alcanzó a un necrófago que había conseguido encaramarse al tejado de la cabina de mando y estaba a punto de saltarme sobre los hombros.

—¡Uf! —le grité a Thomas—. ¡Gracias!

—¡Harry! —gritó Elaine aún más alto, desesperada.

Miré tras ella y comprobé que su ciclón mascota estaba aminorando la velocidad. Varios de los necrófagos se las habían arreglado para clavar sus garras en la cubierta y aguantar el remolino, evitando salir despedidos.

—Esto es malo, esto es malo, esto es malo —dijo Thomas.

—¡Lo sé! —le grité. Una mirada por encima del hombro fue suficiente para ver el pálido rostro de Olivia en las escaleras y a las otras mujeres y niños detrás de ella—. No podremos sacarlos de aquí a pie. Tienen cortados los muelles.

Thomas miró alrededor del barco.

—¡Tampoco podemos zarpar! —declaró.

—¡Harry! —jadeó Elaine. La luz de su hechizo comenzó a menguar, el aullido del viento a disminuir y el negro y denso humo a recuperar terreno.

Los necrófagos no son fáciles de matar. Yo me había encargado de un par, Elaine de un tercero, pero los que quedaban estaban bastante enfadados; habían recibido unos cuantos azotes de energía en el culo seguidos de chapuzones en el lago.

El gélido lago.

Un plan.

—¡Toma esto! —grité, y le pasé mi bastón a Thomas—. ¡Gana unos cuantos segundos! —Me giré hacia Olivia y grité—: ¡Qué todo el mundo esté preparado para seguirme de cerca!

Olivia le transmitió mi orden a las mujeres que tenía detrás mientras yo soltaba los nudos que aseguraban mi vara al interior del guardapolvos. La saqué y miré por el costado del barco más alejado de la orilla. Lo único que me separaba de la vaga silueta de la cercana fila de muelles eran diez metros de agua.

Thomas vio la vara y farfulló algo, pero giró en el aire mi bastón con gracia y estilo (como todo lo que hace prácticamente) y dejó atrás el moribundo hechizo de Elaine para comenzar a batear necrófagos.

A veces es difícil para mí recordar que Thomas no es humano, da igual que lo parezca y que, además, sea mi hermano. Otras veces, como esta, recuerdo forzosamente su verdadera naturaleza.

Los necrófagos son fuertes y asquerosamente rápidos (con énfasis en lo de asquerosos). Thomas, sin embargo, gracias a su naturaleza oscura, los hace parecer unos extras sin cara de una peli de Arnold Schwarzenegger. Se movía entre ellos como el humo. Mi pesado bastón de roble volteaba, bajaba, golpeaba y volvía a girar en el aire, cerniéndose sobre los atacantes con un poder sobrehumano. Quería luchar a su lado, pero hacerlo no nos libraría de aquella emboscada, y esa era nuestra única oportunidad de sobrevivir.

Así que, en lugar de precipitarme en su ayuda, me aferré a mi vara, concentré mi voluntad y comencé a invocar toda la energía que podía. Aquel hechizo iba a

necesitar de una enorme cantidad, pero, si funcionaba, estaríamos a salvo. Me recordé aquello mientras estaba allí de pie, quieto, con los ojos entornados, mientras mi hermano luchaba por salvar nuestras vidas.

Thomas superaba a cualquier necrófago al que se enfrentaba, pero, a pesar de que podía causarles mucho daño, una herramienta contundente no era, en realidad, el mejor arma para matarlos. Era necesario que les rompiera varias vértebras o el cráneo para conseguirlo. Si se concentraba en acabar con un solo necrófago temporalmente indefenso, el resto se le echarían encima. Él lo sabía. Ellos también. Luchaban con la eficiencia inconsciente y sin sentido de una manada, con la certeza de que en algún momento la presa se acabaría cansando.

No había ni que contar con aquello. No haría falta tanto tiempo. Cuando el humo recuperara su lugar, aguantaríamos apenas dos o tres minutos, cansados y exhaustos como estábamos ya. Los disparos y los gritos habrían causado una docena de llamadas a las autoridades. Estaba seguro de que se oirían sirenas en cualquier momento, si es que el oído que mi hermano me había dejado sano apuntaba en aquella dirección. Entonces, reparé en algo.

Alguien permanecía aún en el otro bote, bloqueando al Escarabajo contra el muelle. Alguien que había traído a los necrófagos, que había estado esperando cerca de Thomas. A los necrófagos les encanta la violencia, pero no son muy buenos haciendo planes sin un líder que les dé las órdenes. Desde luego, no se toman la molestia de ser sutiles. Así que quienquiera que estuviese conduciendo el otro bote no era un necrófago.

¿Capa Gris, tal vez? ¿O su colega, el Pasajero?

Entonces me di cuenta. Ni siquiera teníamos aquellos dos minutos que el humo necesitaba para rodearnos. Una vez llegaran las autoridades mortales, quien estuviera al mando de los necrófagos los incitaría a un ataque más coordinado, y así acabaría todo.

La garra de un necrófago rompió los vaqueros de Thomas y le desgarró la piel por debajo de la rodilla. Perdió el equilibrio durante un segundo, lo volvió a recuperar y siguió luchando como si nada hubiera pasado. Sin embargo, su sangre, demasiado pálida para ser humana, caía en un flujo constante a la cubierta del Escarabajo.

Apreté los dientes cuando el poder aumentó dentro de mí y se me erizó el vello del brazo. En el interior de mis tímpanos sentía una especie de zumbido causado por la presión. Se me estaban tensando los músculos hasta tal punto que sentía calambres por todo el cuerpo. Cuando alcé la vara, multitud de estrellas atravesaron mi campo de visión.

—¡Harry! —masculló Elaine casi sin aliento—. ¡No seas estúpido! ¡Vas a matarnos a todos!

La oí, pero el hechizo estaba ya demasiado avanzado para poder responder. Tenía

que funcionar. Es decir, había funcionado antes. En teoría, debería funcionar de nuevo si lograba hacerlo un poco más grande.

Levanté la cara y la vara hacia el cielo,forcé la garganta y con un estentóreo alarido grité:

—¡Fuego!

Una columna de fuego de un rojo vivo salió de la punta de mi vara; una llama del grosor de mis caderas. Subió hacia el humo, apartándolo a su paso, y formó una fuente de fuego que ascendió hasta una altura de unos veinte pisos.

La magia obedece siempre a ciertos principios, y muchos de ellos se aplican a todo el espectro de la realidad, ya sea científica, arcana o de cualquier otro tipo. En lo que respecta a los hechizos, lo más importante es el principio de conservación de la energía. La energía no puede simplemente crearse; si uno quiere hacer una columna de fuego de veinte pisos lo bastante caliente como para vaporizar un tubo de acero de gran calibre, la energía de todo ese fuego tiene que venir de alguna parte. La mayoría de mis hechizos hacen uso de mi propia energía, lo que puede describirse como pura fuerza de voluntad. Sin embargo, la energía para tales fines también puede provenir de otras fuentes externas al poder del mago; este hechizo, por ejemplo, estaba elaborado a partir de la energía térmica absorbida de las aguas del lago Míchigan.

El fuego rugió con la repentina y ensordecedora detonación del aire, y la onda expansiva sorprendió a todo el mundo, causando un silencio sepulcral. El lago dejó escapar un repentino gruñido, crepitó enfadado. En un instante, las aguas entre la posición donde yo estaba y el muelle contiguo se congelaron, formando una repentina placa de hielo duro y blanco.

La fatiga me empujaba hacia abajo. Canalizar tanta energía a través de mi cuerpo era un acto que invitaba al trauma y al cansancio. Una repentina debilidad en los miembros me hizo tambalearme.

—¡Vamos! —le grité a Olivia—. ¡Sobre el hielo! ¡Corred hasta el próximo muelle! ¡Las mujeres y los niños primero!

—¡Matadlos! —gritó una voz de hombre procedente del barco enemigo.

Los necrófagos aullaron y saltaron hacia adelante, enfurecidos al ver a su presa dándose a la fuga.

Me apoyé en la barandilla y observé la huida de Olivia y compañía. Corrían por el hielo, resbalando aquí y allá. El hielo crujía a veces a sus pies a modo de protesta. Varias fracturas en forma de tela de araña comenzaron a extenderse por el suelo, de manera lenta pero implacable.

Apreté los dientes. A pesar de que el lago Míchigan es de agua fría, estábamos en pleno verano, e incluso en el espacio limitado que yo había congelado existía una enorme cantidad de agua que había de ser enfriada. Imaginad la cantidad de fuego que se necesita para calentar una tetera hasta que hierva y recordad que esto funciona

igual pero a la inversa; hay que eliminar el calor del agua de la tetera si queremos que se congele. Ahora, multipliquemos esa cantidad de energía por, aproximadamente, un trillón, pues esa era la masa de agua que estaba tratando de congelar.

Olivia, las demás mujeres y los niños llegaron al muelle opuesto y huyeron en un apropiado y muy bien asesorado estado de pánico.

—¡Harry! —gritó Elaine. Su cadena arremetió contra un necrófago que se había deslizado junto a Thomas.

—¡Están a salvo! —exclamé—. ¡Vamos, vamos, vamos! ¡Thomas, salgamos de aquí!

Me estiré y preparé mi brazalete escudo.

—Vamos —dijo Elaine agarrándome del brazo.

Negué con la cabeza.

—Soy el más pesado —le dije—. Iré el último.

Elaine parpadeó y abrió la boca para protestar, pero se puso muy pálida y asintió. Saltó la barandilla y corrió hacia los muelles.

—¡Thomas! —grité—. ¡Abajo!

Thomas llegó a la cubierta sin mirar atrás. Los necrófagos se estaban acercando.

Activé el resto de los anillos cinéticos, todos a la vez.

Los necrófagos volaron por los aires y cayeron. Pero aquello solo nos hizo ganar un poco de tiempo.

Thomas se dio la vuelta y saltó por la borda. Comprobé que Elaine había llegado al otro muelle. Thomas saltó sobre el hielo como uno de esos dibujos animados japoneses de artes marciales; incluso dio una voltereta en el aire antes de aterrizar de pie.

Yo no quería caer con demasiada fuerza sobre el hielo, pero tampoco quería esperar y servir de cena a un necrófago. Hice todo lo posible para minimizar el impacto y comencé a correr a través de la crujiente capa de hielo. Al dar el segundo paso, se abrió una grieta tras el pie que tenía menos adelantado. Mierda. Tal vez había subestimado la energía necesaria para hacer aquello. Tal vez eran dos trillones de trillones.

Di un paso más y sentí el hielo crujiendo bajo mis pies. Aparecieron más grietas. Estaba a tan solo seis metros del muelle, pero, de repente, me parecían kilómetros de distancia.

Oí la carga de los necrófagos detrás de mí, arrojándose temerariamente sobre el hielo al verme de espaldas.

—Esto es malo, esto es malo, esto es malo —balbuceé para mis adentros. Detrás de mí, el hielo se quejó de repente y uno de los demonios se desvaneció en el agua con un grito de protesta.

Más grietas, y cada vez más grandes, comenzaron a abrirse delante de mí.

—¡Harry! —gritó Thomas al tiempo que señalaba por encima de mi hombro.

Volví la cabeza y vi a Madrigal Raith en la cubierta del Escarabajo de Agua, a no más de tres metros de distancia. Me dedicó una placentera sonrisa.

Entonces, levantó un pesado rifle de asalto y abrió fuego.

Capítulo 22

Grité con todas mis fuerzas con la intención de intimidar a Madrigal para que fallara el tiro, no porque estuviera aterrorizado. Mientras descargaba mi iniciativa sónica, me agaché para cubrirme. Para un ojo desentrenado, hubiera parecido que estaba cubriéndome la cabeza con el guardapolvos, pero en realidad se trataba de un elaborado plan maestro para sobrevivir a los próximos tres o cuatro segundos.

Madrigal Raith era el primo de Thomas, y su constitución era similar: delgado, pelo oscuro, pálido y guapo, aunque no tanto como mi hermano. Por desgracia, era tan engañosamente fuerte y veloz como él, y si podía disparar la mitad de bien, no existía ninguna posibilidad de que fallara, al menos a aquella distancia.

Y no falló.

Los conjuros que había desplegado sobre mi guardapolvos me habían sido de ayuda en más de una ocasión. Habían detenido garras, uñas y colmillos, y una vez evitaron que un cristal roto me partiera por la mitad. Aquella prenda había conseguido reducir el impacto de distintos objetos punzantes que habían querido clavarme y, en general, me había salvado la vida siempre que me había expuesto a todo tipo de daños corporales potencialmente dolorosos. No obstante, no había diseñado el abrigo para soportar una cosa como aquella.

Hay una enorme diferencia entre las armas y la munición empleadas por un criminal cualquiera de Chicago y el armamento del ejército. Las balas militares, recubiertas totalmente de metal, no se deforman ni se aplastan tan fácilmente como las balas de una sola capa. Se trata de proyectiles pesados que se desplazan mucho más rápido que los de las pequeñas armas de un civil, y su peso se equilibra con una punta capaz de perforar chalecos antibalas. Todo aquello significaba que, aunque los proyectiles militares no se fracturaban por el impacto y no causaban daños terribles en el cuerpo humano, sí atravesaban todo lo que encontraban a su paso. Los chalecos antibalas, por avanzados que sean, tienen una funcionalidad muy limitada contra un fuego militar bien dirigido, sobre todo si este se realiza a tres metros de distancia.

Los disparos no me alcanzaron como una serie de impactos separados, tal como yo esperaba, sino que se produjo una tremenda explosión de ruido, presión y dolor. Todo empezó a girar a mi alrededor; salí volando sobre el hielo fracturado, dando vueltas en el aire. El sol encontró un resquicio entre el humo y me dio de lleno en los ojos. El resplandor de luz fue una agonía infernal; sentí que me invadía una nauseabunda ola de mareantes sensaciones. De repente me sentí débil, exhausto, y, aunque sabía que debería estar haciendo algo, no podía recordar de qué se trataba.

Si la maldita luz no me quemara los ojos de aquella manera...

—No sería para tanto —le gruñí a Ramírez. Alcé una mano para protegerme los ojos del sol de Nuevo México—. Es como si alguien me clavara agujas en los ojos

todas las mañanas.

Ramírez, vestido con unos pantalones militares, camiseta suelta de algodón, un sombrero australiano caqui doblado hacia un lado y unas gafas de sol anchas, sacudió la cabeza con su habitual sonrisa chulesca.

—Por el amor de Dios. ¿Por qué no te has traído unas gafas de sol?

—No me gusta ponerme nada en los ojos, me molesta —dije.

—¿Y no te molesta más quedarte ciego? —replicó Ramírez.

Bajé la mano a medida que mis ojos se ajustaban a la luz; entornarlos me hacía más fácil soportar la claridad.

—¿Te quieres callar ya, Carlos?

—¿Quién es mi mago gruñón mañanero? —me preguntó Carlos en el mismo tono que uno reserva para su mascota favorita.

—Espera que pasen un par de años y todas esas cervezas nocturnas te darán dolor de cabeza a ti también, niño. —Refunfuñé algo y luego sacudí la cabeza y me recompuse para adoptar la actitud que uno espera de un mago maestro; es decir, dejé de quejarme y me conformé con la mueca de disgusto—. ¿Con quién podemos contar?

Ramírez sacó una pequeña libreta del bolsillo y la abrió.

—El dúo del terror —respondió—. Los gemelos Trailman.

—Estás de broma, tienen doce años.

—Dieciséis —me contradijo Thomas.

—Doce, dieciséis... —Tanto daba—. Son bebés.

La sonrisa de Ramírez se desvaneció.

—No tienen tiempo de ser bebés, tío. Tienen el don de la evocación. Los necesitamos.

—Dieciséis —murmuré—. Demonios. De acuerdo, desayunemos algo antes.

Fui a desayunar con Ramírez. El lugar elegido por la capitana Luccio para entrenar a los jóvenes centinelas fue una vez una ciudad minera, construida alrededor de una veta de cobre que se agotó tras un año o dos de extracción. Estaba bastante alto, en las montañas, y aunque nos hallábamos a menos de ciento cincuenta kilómetros de Albuquerque, bien podría decirse que aquello era la superficie de la luna. Las únicas muestras de humanidad en quince o veinte kilómetros a la redonda éramos nosotros, los restos de la derruida ciudad y la mina montaña arriba.

Ramírez y yo habíamos presionado para llamarlo campamento Kabum, teniendo en cuenta que era una ciudad minera y que enseñábamos magia que tenía bastantes explosiones, pero Luccio no quiso que fuera así. Sin embargo, cuando los chicos lo oyeron al final del segundo día allí, el campamento Kabum se ganó aquel apelativo a pesar de la desaprobación de los poderes fácticos.

Los cuarenta y tantos aprendices tenían sus tiendas clavadas entre los muros de

una iglesia que alguien había construido en un intento por aportar algo de estabilidad al caos general de las ciudades mineras del Viejo Oeste. Luccio se hospedaba con ellos, pero Ramírez, yo y otros dos jóvenes centinelas que estábamos ayudando en la enseñanza nos acomodamos en los restos de un antiguo bar, burdel o ambas cosas. Dábamos clase durante todo el día y parte de la noche, y, cuando refrescaba y los alumnos estaban durmiendo, jugábamos al póquer y bebíamos cerveza. Si me apetecía, incluso tocaba la guitarra.

Ramírez y sus adláteres se levantaban al día siguiente tan frescos como una lechuga, como si hubieran dormido toda la noche. Eran unos gallitos. El desayuno lo servían los alumnos cada mañana, con la ayuda de varias parrillas portátiles y mesas desplegadas situadas cerca de un pozo del que todavía salía agua fresca si se le imprimía la suficiente fuerza a la vieja bomba. El desayuno consistía en un cuenco de cereales y poco más, aunque por suerte había café, la única cosa que me permitía sobrevivir sin matar a nadie. El desayuno me concedía un tiempo precioso para poder superar mis malhumorados despertares antes de empezar a relacionarme con nadie.

Cogí mis cereales, una manzana y una gran taza de sagrado moca, caminé hacia un lugar apartado y me senté en una roca, bajo la cegadora luz de la mañana en las desérticas montañas. La capitana Luccio se sentó a mi lado.

—Buenos días —dijo. Luccio era uno de los magos del Consejo Blanco, contaba con dos siglos de edad y era uno de sus miembros más peligrosos. Aunque no lo parecía; su aspecto era el de una chica más joven que Ramírez, con el pelo largo, castaño y rizado, una cara dulce y bonita y unos hoyuelos arrebatadores. Cuando la conocí era una esbelta dama de piel arrugada y pelo grisáceo, pero un mago negro llamado el habitacadáveres la venció en un duelo. El habitacadáveres, por aquel entonces en el cuerpo de Luccio, dejó que ella le atravesara con un arma. En ese momento, el mago negro hizo lo que mejor sabía y cambió sendas mentes de cuerpo.

Logré darme cuenta antes de que el habitacadáveres tuviera tiempo de aprovecharse de la credibilidad de Luccio, pero tras meterle una bala en la cabeza, no hubo manera de que Luccio recuperara su cuerpo original. Quedó atrapada en aquel joven y bonito envoltorio. Por mi culpa. A partir de entonces dejó de participar en los combates y delegó sus tareas en su segundo, Morgan, mientras ella se encargaba del campamento de instrucción de los nuevos centinelas, donde les enseñaba a matar cosas antes de que las cosas los mataran a ellos.

—Buenos días —contesté.

—Llegó una carta para ti esta mañana —dijo al tiempo que la sacaba del bolsillo. La cogí, miré el sobre y la abrí.

—Uh.

—¿De quién es? —inquirió con el tono de alguien que pregunta por preguntar, para dar conversación.

—Centinela Yoshimo —dije—. Le hice varias preguntas sobre su árbol genealógico para ver si tiene parentesco con un hombre que conozco.

—¿Y es así? —preguntó Luccio.

—Lejanamente —dije mientras leía—. Interesante. —Como respuesta a su educado sonido interrogante, agregué—: Mi amigo es un descendiente de Sho Tai.

—Me temo que no sé quién es —confesó Luccio.

—Era el rey de Okinawa —respondí ceñudo, pensando—. Apuesto a que significa algo.

—¿Significa algo?

Miré a la capitana Luccio y sacudí la cabeza.

—Lo siento, es uno de mis proyectos, algo sobre lo que siento curiosidad. —Sacudí la cabeza, doblé la carta de Yoshimo y me la guardé en el bolsillo de los pantalones—. No es relevante para nuestro cometido de enseñarles magia de combate a los aprendices, así que debería tener la cabeza en esto, no en otros proyectos.

—Ah —dijo Luccio sin insistir en conocer los detalles—. Dresden, hay algo de lo que llevo tiempo queriendo hablar contigo.

Gruñí interrogante.

Levantó las cejas.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué no tienes una espada?

Los centinelas portaban una espada de plata siempre que había una batalla. Las había visto desplegar magias complejas y poderosas a la orden de sus portadores, lo cual era una gran ventaja al enfrentarse a alguien que utiliza la magia como arma.

—No —contesté, y le di un sorbo al café—. De hecho, nunca me lo he preguntado. Asumí que no confiabais plenamente en mí.

Me miró atenta.

—Ya veo —dijo—. No, no es eso. Si no confiara en ti, ten por seguro que no permitiría que siguieras llevando la capa.

—¿Y hay algo que pueda hacer para que no confíe en mí? —pregunté—. Porque no quiero llevar la capa, sin ánimo de ofender.

—No me ofendo. Te necesitamos, así que seguirás con la capa.

—Mierda.

Sonrió un poco. La expresión tenía demasiado peso y sutileza en un rostro tan joven.

—El hecho es que las espadas que usan los centinelas han de ser diseñadas específicamente para cada uno de ellos, de manera individual. Eran artículos de mi creación... pero yo ya no soy capaz de crearlas.

Fruncí el ceño y bebí algo más de café.

—Porque... —La señalé vagamente.

Asintió.

—Este cuerpo no posee el mismo potencial y las mismas aptitudes para la magia que el que era mío. Recobrar mis antiguas habilidades será difícil y no sucederá pronto. —Se encogió de hombros desplegando una expresión neutral, pero me dio la sensación de que estaba ocultando mucha frustración y amargura—. Hasta que alguien sea capaz de adaptar mi diseño a sus propios talentos o hasta que yo misma me controle, me temo que no se forjarán más espadas.

Mastiqué los cereales y bebí algo de café antes de hablar.

—Debe de ser duro para usted. Un cuerpo nuevo. Un gran cambio tras pasar tanto tiempo en el antiguo.

Parpadeó y me lanzó una fugaz mirada con los ojos muy abiertos.

—Yo... sí, lo es.

—¿Y cómo lo lleva?

Miró los cereales, pensativa.

—Dolores de cabeza —respondió—. Recuerdos que no son míos; creo que pertenecen a la poseedora original de este cuerpo. Me vienen sobre todo en sueños. Se hace difícil dormir. —Suspiró—. Y, por supuesto, hacía ciento cuarenta años que no tenía deseos sexuales o un ciclo menstrual.

Tragué los cereales con cuidado de no atragantarme con ellos.

—Suenan eh... extraño. Y desagradable.

—Mucho —dijo en un tono de voz calmado. Entonces, sus mejillas se sonrojaron—. Gracias por preguntar. —Respiró hondo, exhaló el aire y se levantó, de nuevo con su pose seria—. En cualquier caso, creí que te debía una explicación.

—No era necesario —dije—. Pero gra...

La estrepitosa repetición de armas automáticas cortó el aire bañado en rocío de la mañana.

Luccio ya estaba corriendo a toda velocidad antes de que yo levantara el culo de la roca. Y no es que yo fuera lento. He estado metido en suficientes líos como para no quedarme congelado ante la aparición de violencia y muerte. La capitana Luccio, sin embargo, había estado en muchos más que yo. Mientras corríamos, no paraba de oírse el continuo traqueteo de las armas de fuego, los gritos y, acto seguido, un par de explosiones descomunales y un aullido inhumano. Alcancé a la capitana de los centinelas cuando teníamos a la vista la zona de desayuno. Dejé que ella asumiera el mando.

Soy caballeroso, no estúpido.

Toda la zona estaba destrozada. La sangre y los cereales se esparcían por el suelo rocoso junto con las mesas. Vi a dos chicos en el suelo; uno gritaba, otro yacía en posición fetal, temblando. Otros estaban en el suelo con la cara pegada a la tierra. A unos treinta metros de allí, en las ruinas de lo que había sido la casa del herrero, la única pared de ladrillos aún en pie tenía un enorme boquete; el resto, simplemente

había desaparecido, probablemente a causa de aquellas descargas verdes y silenciosas que tanto le gustaban a Ramírez. Vi un casquillo de armamento pesado en el suelo, separado limpiamente de la punta por treinta centímetros. Lo que lo sostenía se había evaporado junto con los ladrillos de la pared.

La cabeza de Ramírez asomó por el agujero. Le caía un fluido marrón oscuro por un lado de la cara.

—¡Capitana, agáchese!

Las balas pasaron treinta centímetros a la derecha de Luccio con un desfase sonoro de medio segundo. Silbaron de manera audible tras levantar el polvo del terreno.

Luccio no se conmovió ni aminoró el paso. Levantó la mano derecha con los dedos extendidos. Ni siquiera vi lo que había hecho, pero, en el espacio que había entre nosotros y la pendiente de la montaña, surgió una neblina acuosa.

—¿Dónde? —gritó.

—¡Tengo aquí a dos necrófagos heridos! —gritó Ramírez—. ¡Hay dos más montaña arriba, a unos cien metros!

Mientras hablaba, uno de los otros centinelas salió de detrás del muro roto, apuntó su bastón montaña arriba y escupió una palabra que sonaba violenta. Se produjo un leve murmullo, un repentino destello, y un relámpago blanquiazul ascendió la falda de la montaña en dirección a los disparos, impactó en una roca con un rugido y la hizo gravilla. La visión era difícil a través de la neblina conjurada por Luccio.

—¡Cuidado! —gritó Ramírez—. ¡Han dado a dos de los chicos!

El otro centinela lo miró aterrado y, acto seguido, saltó para ponerse a cubierto cuando sobrevinieron más disparos desde la montaña. Soltó un grito con los dientes apretados y se agarró la pierna. No muy lejos de él, uno de los chicos jadeaba tocándose la mejilla.

—Maldita sea —refunfuñó Luccio, y derrapó en la tierra un momento antes de detenerse y alzar la otra mano. La neblina se convirtió en una onda brumosa de colores que asemejó la montaña a una especie de enorme lámpara de lava desértica.

Sonaron disparos aislados; parecía que el atacante disparaba hacia la neblina sin ton ni son. Con cada estruendo, los alumnos se encogían y jadeaban.

—¡Chicos, quedaos en el suelo! —vociferó Luccio—. Quedaos quietos. No reveléis vuestra posición por hacer ruido o moveros.

Varias balas impactaron en el suelo junto a sus pies mientras hablaba, pero no movió un músculo, a pesar de que su rostro estaba bañado en sudor por la tensión de mantener el amplio hechizo de oscurecimiento.

—Dresden —dijo entre dientes—, solo una de esas cosas está disparándonos. Nos está entreteniéndolos mientras el otro escapa con los rehenes. Nuestra prioridad debe ser protegerlos, no podemos ayudar a los heridos si nos están disparando.

—Mantenga la neblina para que sigan ocultos —dije, atrayendo un disparo y un salpicón de tierra hacia mí. Me hice a un lado—. El francotirador es mío.

Asintió, aunque en sus ojos se veía una pizca de orgullo herido.

—Harry, no podré aguantar mucho —admitió.

Le hice un gesto tranquilizador y, después, activé mi vista.

Enseguida pude ver con total claridad a través de la potente neblina de Luccio, como si nunca hubiera existido. Vislumbré la falda de la montaña con todo detalle a pesar de que, por momentos, estaba un poco borrosa; los detalles que proporcionaba mi vista y los restos de magia que habían permanecido allí la enturbiaban un poco. Eso incluía docenas de huellas de los últimos días y cientos de fotogramas fantasmales, imágenes particularmente emocionales que quedaron impresas en la zona durante su época de esplendor. Vi el lugar donde la chica que ahora yacía temblando en el suelo con una bala en el cuerpo había invocado fuego primitivo por primera vez, cerca de una marca quemada en el suelo. Vi el lugar donde un hombre canoso, adicto al opio y arruinado, se había pegado un tiro hace más de cien años y donde su sombra permanecía por las noches, dejando huellas frescas a su paso.

Y vi la pequeña nube enhebrada de oscuridad que formaba la energía inhumana del necrófago atacante, acalorado por las emociones de la batalla.

Marqué la ubicación del demonio necrófago, bajé la vista y me lancé a una carrera mortal, saltando por la pendiente y rebotando de roca en roca en un trazado oscilante. Es condenadamente difícil alcanzar un objetivo de esa manera, no importaba que se estuviera acercando o contara con la niebla de Luccio para cubrirme, no quería recibir un disparo, si es que podía evitarlo. Era difícil avanzar, el terreno era cuesta arriba, difícil. Sin embargo, todavía no era una hora calurosa y yo estaba habituado a correr, si bien es cierto que lo hacía para tener mejores opciones de huir de los malos, no para lanzarme hacia ellos.

Se oyeron más disparos, pero ninguno parecía cercano. Mantuve la vista fija en el punto de la ladera desde donde el necrófago estaba disparando, seguramente a cubierto. No se veía nada a través de la bruma pero, en cuanto empezara a despejarse, el necrófago sería un claro objetivo, ya fuera porque yo la atravesara o porque la energía de Luccio vacilara y el hechizo cayera. Tenía que acercarme. No tenía la vara ni el bastón y, sin su ayuda para enfocar mi magia, se reducía drásticamente la distancia y la precisión con la que podía usar cualquier hechizo contra el necrófago. Por esa razón, tenía que acercarme para intentarlo con garantías. No podía usar mi escudo para detener las balas al mismo tiempo que atacaba; el necrófago tenía que ser eliminado con rapidez. Disponía de un solo tiro y, si lo fallaba, me convertiría en un blanco fácil.

Corrí mientras observaba y comenzaba a reunir el poder que le arrojaría al necrófago.

La neblina se aclaró abruptamente cuando salté por encima de un tramo de maleza.

El necrófago estaba agazapado tras una roca, veinte metros montaña arriba. Su rostro tenía una apariencia casi humana; después de todo, estaba empleando un maldito Kaláshnikov, un arma humana. Gracias a Dios. El arma era dura y útil, pero no era exactamente la mejor opción para un francotirador. Si hubiera utilizado un arma más precisa, probablemente habría causado mucho más daño.

Avancé por un lado mientras el necrófago escudriñaba con esfuerzo por la mirilla del rifle, así que yo solo era un destello de movimiento en la periferia de su enfoque. Tardó un segundo en reconocer la amenaza y girar el arma hacia mí.

Me sobró tiempo. Extendí la mano e invoqué mi voluntad.

—¡Fuego! —gruñí.

Y fuego fue lo que salió de mi mano derecha. No un haz estrecho, sino un chorro de energía fuertemente concentrado; un rugiente flujo que se derramaba de mis manos como el agua de una manguera de jardín. Era mucho, mucho más de lo que había previsto. El fuego alcanzó al necrófago y a todo lo que había en un radio de seis metros, si bien afectó más a la zona ascendente del terreno. El rugido de las llamas dio paso a un grito horrible y, posteriormente, a un prolongado silencio envuelto en humo negro. Una brisa leve, heraldo de la llegada del calor diurno, dispersó el humo durante un momento.

El necrófago, ahora en su verdadera forma, yacía tendido sobre la tierra quemada. Había ardidado hasta quedar en poco más que un esqueleto terriblemente ennegrecido, aunque una pierna conservaba músculo suficiente como para continuar teniendo espasmos y temblores. Incluso entonces, la criatura no estaba del todo muerta. No me sorprendió. Según mi experiencia, los demonios nunca habían hecho nada que no fuera asqueroso. No había razones para esperar que murieran limpiamente.

Cuando estuve seguro de que no vendrían refuerzos, examiné la ladera de la montaña en busca de cualquier otro signo de movimiento, pero no encontré nada. Luego me di la vuelta y me apresuré a regresar por la pendiente hacia el campamento.

Luccio estaba ocupada tratando a los heridos. Tres habían sido alcanzados por disparos y varios otros, entre ellos uno de los centinelas adultos, habían sido heridos por fragmentos de roca o esquirlas provenientes de las mesas y sillas plegables.

Ramírez vino a toda prisa a mi encuentro.

—¿Te lo has cargado? —Sus ojos miraban detrás de mí, hacia la enorme área ennegrecida por el humo y a la media docena de montones de maleza que todavía ardían. Se contestó a sí mismo—: Sí, supongo que sí.

—Supongo —convine—. ¿Has dicho que tenían a dos de los chicos?

Asintió con gesto sombrío.

—El dúo del terror. Subieron la pendiente en busca de un lugar para practicar sus

lecciones. Querían presumir, imagino.

—Dieciséis años —murmuré—. Dios mío.

Ramírez hizo una mueca.

—Estaba gritándoles que volvieran cuando los necrófagos salieron de entre los arbustos y los derribaron, y los tres gilipollas que se habían colado en la vieja herrería abrieron la puerta.

—¿Cómo se te da seguir un rastro? —le pregunté.

—Creía que a todos los anglos os enseñaban esa mierda de los *boy scout*. Yo crecí en Los Ángeles.

Solté un suspiro, tratando de pensar a toda velocidad.

—Luccio está ocupada. Pedirá ayuda para los heridos. Quedamos tú y yo para ir a por los gemelos.

—Eso haremos —accedió—. ¿Cómo?

—¿Tienes prisioneros?

—Los dos que no he reventado, sí.

—Les preguntaremos.

—¿Crees que traicionarán a su colega?

—¿Si creen que eso salvará sus vidas? —pregunté—. Al instante. Tal vez antes.

—Sabandijas —murmuró Ramírez.

—Son lo que son, tío —dije—. No sirve de nada odiarlos por ello. Solo alégrate de que podamos usar su naturaleza en nuestro beneficio. Vamos.

Capítulo 23

Los necrófagos yacían cubiertos de un polvo blanco y gris tan fino como el de talco, los restos de la pared derribada por Ramírez, el arma, el brazo y la pierna derecha de uno de los dos necrófagos capturados y de su otro compañero. El demonio herido mantenía su forma natural debido a la tensión de la herida, escupía polvo y jadeaba allí tendido. El segundo necrófago todavía parecía humano; llevaba un atuendo arrugado color arena que parecía sacado de *Lawrence de Arabia*. A pocos metros había otro Kaláshnikov tirado en el suelo, detrás de Bill Meyers, el joven centinela que apuntaba con una escopeta de doble cañón al que no estaba herido de los dos.

—Cuidado —advirtió Meyers con el deje típico de cualquier ciudad al oeste del Misisipi a una hora de la capital, aunque él era texano—. No los he registrado y no parecen entender el idioma.

—¿Qué? —dijo Ramírez—. Tonterías. ¿Quién iba a molestarse en introducir necrófagos camuflados si no pueden pasar por lugareños?

—Alguien que no ha de preocuparse por aduanas, guardias de frontera, testigos o policías —dije en voz baja—. Alguien que los lleva de vuelta al Más Allá desde dondequiera que estén. —Miré a Ramírez—. ¿Cómo crees, si no, que han evitado los hechizos de protección exteriores y han aparecido directamente en el campamento?

Ramírez gruñó.

—Pensaba que también teníamos protegidas esas entradas.

—El Más Allá es un lugar lleno de sorpresas —apunté—. Es impredecible. Alguien ha sido más listo que nosotros.

—¿Vampiros? —preguntó Ramírez.

Me cuidé de decir nada sobre la existencia de un Consejo Negro.

—¿Quién iba a ser si no?

Ramírez les dijo algo en su español natal.

—Claro —masculló Meyers—. ¿Crees que no lo he intentado ya?

—Eh —dije al tiempo que me acercaba al necrófago ileso y llamaba su atención con una patada—. ¿Qué lengua hablas?

El hombre de aspecto no del todo humano me echó una mirada rápida y furtiva, y luego hizo lo propio con su compañero. Espetó algo rápido y que sonaba líquido. Su compañero le respondió algo similar moviendo el hocico y las garras.

Los segundos pasaban y teníamos a un par de chicos en manos de aquellas cosas. Dirigí mis pensamientos hacia mi interior, al rincón de mi cerebro donde vivía la sombra de Lasciel, y le pregunté:

—¿Has entendido algo?

La presencia de Lasciel respondió de inmediato.

—El primero le ha preguntado al segundo si comprendía lo que estábamos diciendo. El segundo ha dicho que no, que probablemente estabais decidiendo cuál de vosotros los mataría.

—Tengo que hablar con ellos. ¿Podrías traducir lo que diga?

Tuve la repentina sensación de que alguien se ponía a mi lado; la sensación física y tangible de que una figura esbelta y femenina se apretaba contra mi espalda, colocaba los brazos alrededor de mis caderas y su respiración acariciaba mi oreja. Era raro, pero en absoluto desagradable. Estaba disfrutando; tuve que ponerme firme y recordarme el peligro que me suponía permitir que el ángel hiciera aquello.

—Con tu permiso, solo hará falta que hables con ellos en tu idioma, mi anfitrión —dijo Lasciel—. Lo traduciré de tu mente a tu boca y ellos escucharán su lengua saliendo de tus labios.

—De verdad, no necesitaba ninguna imagen que mezclara su lengua y mis labios —respondí.

Lasciel se echó a reír con una sonrisa maravillosa que provocó un borboteo en mi mente. Yo aún estaba sonriendo un poco cuando me puse delante del necrófago.

—De acuerdo, gilipollas. Tengo a dos chicos perdidos y la única opción que tenéis de salir de esta con vida es que los recupere. ¿Me entendéis?

Ambos necrófagos levantaron la vista con una expresión de sorpresa evidente, incluso en su rostro inhumano. Ramírez y Meyers me miraron de la misma manera.

—¿Me entendéis? —le pregunté de nuevo a los necrófagos sin perder la calma.

—Sí —masculló el herido, aparentemente en inglés.

Las cejas gruesas y oscuras de Ramírez se arquearon con exageración.

Me tuve que recordar a mí mismo que esto no molaba tanto como parecía. Estaba usando un arma peligrosa que algún día se volvería contra mí. No importaba que me hiciera parecer seguro y duro delante de los demás centinelas.

Los chicos, Harry. Céntrate en los chicos.

—¿Por qué os habéis llevado a esos chicos? —interrogué al necrófago.

—Debieron de acercarse demasiado a la posición de Murzhek —dijo el necrófago casi humano—. No hemos venido a hacer prisioneros. Era un ataque. Nuestra misión consistía en hacer daño y desaparecer.

—¿Desaparecer dónde?

Los necrófagos se quedaron congelados y se miraron.

Le di una patada con mis botas de escalada al necrófago casi humano. Soltó un agudo chillido, no de rabia o dolor, sino el tipo de sonido que hace un perro cuando trata de someterse a su atacante.

—¿Dónde? —exigí.

—Nuestras vidas —siseó el necrófago herido—. Prométenos nuestras vidas y nuestra libertad, gran señor. Danos tu palabra de honor.

—Renunciasteis a vuestra libertad en el momento en que derramasteis nuestra sangre —espeté—. Sin embargo, si los chicos regresan, conservaréis la vida —le prometí—. Os doy mi palabra.

Los necrófagos volvieron a mirarse y el más humano de los dos habló.

—Las profundas cuevas sobre esta aldea. El primer cañón por donde sale el sol. En las piedras cercanas hay un paso al reino de las Sombras.

—¿Se refiere al Más Allá? —le pregunté con el pensamiento a mi intérprete.

—A una región de allí, sí, mí anfitrión.

—Quedaos aquí —les ordené—. No os mováis. Tratad de escapar o dad alguna señal de desobediencia o traición y moriréis.

—Gran señor —dijeron ambos al tiempo que pegaban la cara al polvo gris del terreno arenoso y rocoso—. Gran señor.

—Están en las minas —informé a Ramírez—. Vamos. —Me dirigí hacia el otro centinela—. Meyers, se han rendido. No apartes los ojos de ellos y, si hacen algún movimiento extraño, mátalos. Si no, déjalos estar.

—De acuerdo —convino—. Voy a por algunos de los alumnos. Iré con vosotros.

—Son alumnos —dijo Ramírez en un tono hosco—. Tú eres el centinela.

Meyers parpadeó, pero dejó escapar algo de aire y asintió.

—De acuerdo. Tened cuidado, no os alejéis demasiado.

—¡Vamos! —le dije a Ramírez, y ambos salimos de las ruinas y corrimos hacia nuestra tienda. Cogimos nuestro equipo: los bastones, la espada de plata y la capa gris de Ramírez, mi revólver, la vara y el guardapolvos.

Subí la colina lo más rápido que pude. Ramírez poseía la constitución de un atleta, pero estaba mejor preparado para hacer carreras cortas y acometer súbitas descargas de energía. Era probable que dedicara más tiempo a levantar pesas que a correr, al contrario que yo. A mitad de camino, su respiración era muy pesada y ya iba cincuenta metros por detrás de mí cuando llegamos, aunque tampoco es que mis pulmones anduvieran holgados. Sentí el principio de unas náuseas subiéndome por el estómago, y parecía que habían vertido una garrafa de isopropil sobre mis piernas y luego les habían prendido fuego. No obstante, no disponíamos de tiempo para recuperarnos del esfuerzo.

Los necrófagos no habían venido a hacer prisioneros. Este puede que fuera lo bastante inteligente como para mantenerlos con vida y utilizarlos como rehenes, pero aquellos seres no destacaban por su inteligencia, y la única constante inquebrantable que había notado en ellos era la incapacidad para contener sus apetitos durante mucho tiempo.

Golpeé mi bastón a toda prisa contra la tierra, invocando mi voluntad y reforzándola con fuego infernal, una fuente de energía mística que la presencia de Lasciel me daba la oportunidad de utilizar. Ya estaba cansado por el esfuerzo del

torpe hechizo de fuego anterior y de tanta carrera, así que no me quedaba otra opción que tirar de aquella energía con olor a azufre y esperar lo mejor.

Las runas de mi bastón se llenaron de luz. Con un poco de esfuerzo de mi voluntad incrementé el efecto hasta que el fulgor escarlata creció formando un ancho círculo a mi alrededor. La entrada a la mina estaba cubierta de maleza y, a tres metros de la entrada, uno de los pilares se había venido abajo y había aislado la entrada del exterior. Tuve que entrar de lado y, una vez dentro, la tenue luz procedente de la entrada y el fulgor escarlata de mi bastón fueron mi única iluminación.

Me precipité hacia el interior, sabiendo que Ramírez me alcanzaría pronto pero sin querer detenerme a esperarlo. El aire se enfrió en cuanto di una docena de pasos, mis jadeos se convertían en diminutas nubecillas al salir de mi boca. El túnel se iba ensanchando y adoptaba una pronunciada pendiente. Apoyé mi costado izquierdo contra la pared, mientras sostenía el bastón con la mano derecha con la intención de conservar la iluminación y asegurarme de que tenía el arma lista para interponerla entre mi cuerpo y cualquier cosa que pudiera salir reptando de entre las sombras.

Un túnel se abría a mi izquierda y, al pasar junto a él, oí un gruñido sibilante subiendo desde el fondo.

Al girarme y bajar por él, me topé con una vieja vía construida en el suelo para los vagones que transportaban el mineral desde el lugar de su extracción hasta la salida. Los sonidos, una amplia variedad de aquellos mismos gruñidos sibilantes, subían de volumen a medida que avanzaba.

Y también se oía un débil quejido.

Probablemente debí de haber sido precavido en aquel momento. Debería haberme quedado quieto, haber tapado la luz y avanzado con sigilo para ver lo que podía averiguar sobre aquellas cosas. Consideré la idea de un reconocimiento cauto durante un cuarto de segundo.

A la mierda. Había chicos en peligro.

Atravesé los restos de una valla de madera con el hombro. Un necrófago, en su forma completamente inhumana y vestido con la misma túnica color arena que los otros, estaba de espaldas a mí y arañaba con sus garras la dura y rugosa pared de un túnel. Tenía las manos llenas de sangre, se había roto un par de uñas y gruñía entre jadeos. Lasciel continuó haciendo su trabajo.

—Traicionado —refunfuñó el necrófago—. Traicionado. Ajuste de cuentas, oh, sí... equilibrio de la balanza... ¡Dejadme entrar!

El mundo aminoró la marcha y los pensamientos surcaron mi mente a una velocidad tremenda. De repente, lo vi todo con claridad; todo parecía tan brillante y organizado como el pupitre de un niño de tercer grado el primer día de clase.

Los Trailman eran mellizos. Terry, el chico, era unos cinco centímetros más bajo que su hermana, pero sobresalía de tal manera de su camisa y sus pantalones que

parecía estar a punto de revertir aquella situación. Ya nunca lo haría. Su cuerpo estaba en el suelo de la cueva, con el rostro cubierto por una máscara de sangre y la carne desgarrada. El necrófago le había destrozado la garganta y le había seccionado la arteria femoral a la altura del muslo. Terry tenía la boca abierta y distinguí la sangre del repugnante necrófago en sus dientes. Además, tenía desgarrados los nudillos. Murió luchando.

Un metro más adelante estaba la fuente de su motivación: Tina Trailman yacía sobre la piedra, mirando hacia arriba con los ojos vidriosos. Estaba desnuda de cintura para abajo. Los músculos de la garganta y el trapecio ya no existían, se los habían arrancado, al igual que sus modestos pechos. Tampoco quedaba nada del cuádriceps de la pierna derecha, la piel a su alrededor evidenciaba la acción de las garras del necrófago. Un charco pegajoso la rodeaba. Había sangre por todas partes.

Se movió un poco. Un leve sonido escapó de su silueta inmóvil.

Pero ya estaba muerta, lo sabía. Lo había visto más de una vez. Su corazón todavía latía, pero el tiempo que le quedaba era una mera formalidad.

Mi vista se enrojeció por la rabia. O tal vez a causa del fuego infernal. Invoqué una cantidad aún mayor de la oscura energía al tiempo que levantaba el bastón con ambas manos y le clavaba la punta al necrófago en la rabadilla.

—¡Fuego!

Proyecté en el golpe todo mi peso, poder y velocidad, tanto que seguramente le rompí un par de vértebras al necrófago. El hechizo de fuego salió del bastón al mismo tiempo, llenando el túnel de luz y provocando un sonido atronador.

Un tremendo calor floreció ante mí, penetró en el necrófago y lo partió en dos por la cintura.

La misma explosión térmica llegó a la pared de piedra detrás de la criatura y rebotó. Levanté un brazo para protegerme la cara, no sin antes tirar el bastón para meter las manos dentro de las mangas del guardapolvos. Conseguí que gran parte de la piel no quedara expuesta al fuego, aunque de todos modos me dolió bastante. Es algo que recordé después, en aquel momento me importó una mierda.

Pateé salvajemente la mitad inferior del cuerpo para arrojarla a la negrura de la mina. Entonces me giré hacia el tronco.

La sangre del necrófago no era roja, así que al quemarse adoptaba tonos negros y marrones, como una hamburguesa que se cae en la barbacoa cuando está a punto de acabarse de cocinar. Chilló y gritó, y se las arregló de alguna manera para darse la vuelta sobre la espalda. Levantó las manos con los dedos extendidos por la desesperación.

—¡Compasión, gran señor! ¡Compasión!

Dieciséis años.

Dios mío.

Bajé la vista un momento. No quería matar al necrófago. No era suficiente para cubrir la deuda. Quería hacerlo pedazos. Quería comerme su corazón. Quería fijarlo al suelo y hundirle los ojos hasta el cerebro con los pulgares. Quería desgarrarlo con las uñas y los dientes y escupirle sus propios trozos de piel putrefacta mientras moría lentamente y con agonía.

Harry no conocía la palabra compasión.

Invocué de nuevo fuego infernal y, con otro grito, conjuré el hechizo simple que usaba para encender las velas. Respaldado por fuego infernal y dirigido por mi furia, azotó al necrófago, penetró bajo su piel y prendió grasa, nervios y tendones. El necrófago hizo las veces de sebo, comenzó a arder y se volvió loco de dolor.

Me agaché y levanté al demonio por los restos de su túnica, a la altura de mis ojos, ignorando las llamas ocasionales que sobresalían del infierno bajo su piel. Lo miré a la cara. Luego, lo obligué a mirar a los cuerpos y de nuevo lo volví hacia mí. La voz me salió del cuerpo como un berrido inhumano que hasta a mí mismo me costaba comprender.

—Nunca —le dije—. Nunca más.

Y lo tiré por el agujero.

La velocidad de la caída alimentó el fuego en su carne y el diabólico ser estalló en llamas un segundo después. Observé cómo se volatilizaba, lo oí gritar de terror y dolor. Entonces, impactó con algo, muy abajo. La llama floreció y ganó brillo durante un segundo. Luego empezó a morir lentamente. No distinguí ningún detalle del necrófago, pero nada se movió.

Levanté la vista justo a tiempo para ver a Ramírez aparecer de entre las ruinas de la valla de madera. Me miró un segundo, en mi posición sobre el túnel minero, con mi abrigo despidiendo humo, la luz roja brillando desde abajo, la peste a azufre espesando el aire.

Ramírez pocas veces se queda sin palabras.

Continuó observándome durante un momento. Luego su vista fue a parar a los chicos muertos. Se le escapó un breve y dificultoso gemido. Se le hundieron los hombros y cayó al suelo sobre una rodilla, apartando la cabeza de aquel espectáculo.

—¡Dios!

Recogí el bastón y caminé de vuelta al campamento.

Ramírez me alcanzó a los pocos pasos.

—Dresden —dijo.

Lo ignoré.

—¡Harry!

—Dieciséis años, Carlos —dije—. Dieciséis. Los retuvo menos de ocho minutos.

—Harry, espera.

—¿En qué demonios estaba pensando? —grité al tiempo que salía a la luz del sol

—. Dejar el bastón y la vara en la maldita tienda. Estamos en guerra.

—Este lugar era seguro —dijo Ramírez—. Llevábamos aquí dos días. No había manera de que supieras que esto iba a suceder.

—Somos centinelas, Carlos. Se supone que protegemos a la gente. Podría haber hecho más para prepararme.

Se puso delante de mí y se quedó quieto. Me detuve y entorné los ojos.

—Tienes razón —admitió—. Esto es la guerra. Le pasan cosas malas a la gente, incluso si no cometes errores.

No recuerdo haberlo hecho de manera consciente, pero las runas de mi bastón comenzaron a arder de nuevo con fuego infernal.

—Carlos —dije en voz baja—, quítate de mi camino.

Apretó los dientes y apartó los ojos de mí. No se quitó de en medio, pero tampoco trató de detenerme cuando pasé junto a él.

Ya en el campamento, vi fugazmente a Luccio ayudando a transportar a un alumno en una camilla. Se adentró en una línea brillante en el aire, un portal hacia el Más Allá, y desapareció. Los refuerzos habían llegado. Centinelas con equipo médico, camillas y todo lo necesario para tratar de estabilizar a los heridos y que recibieran ayuda. Los alumnos parecían sorprendidos; estaban atontados, miraban a su alrededor... y a dos siluetas inertes tendidas juntas de lado en el suelo, cubiertas de la cabeza a los pies por un saco de dormir abierto.

Entré como una exhalación en la casa del herrero.

—*Forzare!* —vociferé concentrando toda mi rabia y voluntad en una columna de fuerza dirigida hacia los necrófagos capturados.

El hechizo tiró abajo lo que quedaba de la pared del herrero y lanzó a los dos necrófagos quince metros volando por el aire hasta una zona relativamente despejada de la calle. Caminé tras ellos. No me di prisa. De hecho, cogí una jarra de zumo de naranja de una de las mesas de desayuno y bebí un poco por el camino.

La ladera de la montaña estaba sumida en un inquietante silencio.

Cuando los alcancé, otra descarga abrió un cráter de dos metros en la tierra arenosa. Empujé a patadas al necrófago medio humano al hoyo y, con algunas descargas más, derrumbé el cráter sobre él y lo enterré hasta el cuello.

Invocé fuego y derretí la arena alrededor de la cabeza expuesta del necrófago formando una placa de cristal.

Gritaba y gritaba, lo que no me importaba lo más mínimo. El calor abrasador de la arena derretida quemó sus rasgos, sus ojos, labios y lengua, aunque el inmenso dolor hacía que el necrófago recuperara su verdadera forma. Apuré la jarra de zumo. Derramé un poco sobre la cabeza del necrófago. Otro poco en la estrecha banda de cristal que se había formado a su alrededor. Caminé con calma, vertiendo zumo sobre el terreno en una línea continua de unos tres metros de largo. Llegué al enorme nido

de hormigas rojas con el que se había tropezado uno de los alumnos el primer día que llegamos al campamento Kabum.

Al poco, las primeras exploradoras siguieron el rastro hacia el necrófago.

Me volví hacia el segundo demonio.

Se encogió y se quedó quieto. Lo único que se escuchaba eran los gritos susurrantes del otro necrófago.

—No voy a matarte —le dije al monstruo con la voz muy calmada—. Vas a transmitirle un mensaje a tu gente. —Le puse la punta de mi bastón en el pecho y lo miré fijamente. Varias volutas de humo sulfuroso bajaron por la longitud del bastón de madera hasta llegar al demonio—. Diles esto. —Me incorporé hacia él—. Diles que nunca más. Díselo. Nunca más. O no podréis esconderos ni en el mismísimo infierno.

El necrófago aulló.

—Gran señor. Gran señor.

Bramé de nuevo y comencé a patear al demonio con toda la fuerza que pude. Seguí así hasta que se alejó de mí, solo con una pierna y un brazo, haciendo movimientos extraños y aterrados.

Observé cómo se alejaba el mermado necrófago.

Para entonces, las hormigas ya habían encontrado a su colega. Me quedé de pie delante de él, observando mi obra.

Sentí la presencia de Ramírez detrás de mí.

—Dios —susurró en español.

No dije nada.

—¿Qué ha sido de aquello de no odiarlos? —me dijo momentos después.

—Las cosas cambian.

Ramírez no se movió. Hablaba tan bajo que apenas podía oírlo.

—¿Cuántas lecciones crees que les harán falta a los chicos para recordar esta?

La rabia empezó a dominarme de nuevo.

—Una batalla es una cosa —continuó Ramírez—. Esto es otra. Míralos.

De repente sentí el peso de docenas de ojos fijos en mí. Al volverme me encontré con los alumnos, todos ellos pálidos, en silencio, mirándome sorprendidos. Parecían aterrorizados.

Traté de controlar la frustración y la rabia. Ramírez tenía razón. Por supuesto que la tenía. Maldita sea.

Saqué la pistola y ejecuté al necrófago.

—Dios —repitió. Me miró muy fijamente durante un momento—. Nunca te había visto así.

Comencé a sentir las quemaduras. El sol empezaba a convertir el campamento Kabum en una enorme sartén que derretiría cualquier cosa.

—¿Cómo?

—Frío —dijo finalmente.

—Esta es la única manera de hacerlo. Frío.

Frío.

Frío.

Recuperé la conciencia. Ya no estaba en Nuevo México. Oscuridad. Frío, tanto que quemaba. Sentía tensión en el pecho.

Estaba en el agua.

Me dolía el pecho. Miré hacia arriba.

El sol brillaba a través de la capa de hielo fracturado de unos veinte centímetros de espesor. La batalla a bordo del Escarabajo de Agua. Los necrófagos. El lago. El hielo se había partido y me había caído debajo.

A mi alrededor no se veía casi nada. Cuando el necrófago vino hacia mí nadando como un cocodrilo, con los brazos pegados al cuerpo, quedó al alcance de mi mano. Me vio en el mismo momento en que yo lo vi a él, y, entonces, se dio la vuelta.

Nunca más.

Alargué la mano y me agarré a la parte trasera de los vaqueros que el necrófago llevaba todavía puestos. Le entró el pánico, nadó más deprisa y se zambulló en el frío y la oscuridad para intentar obligarme a que lo soltara.

Yo era consciente de que tarde o temprano tendría que respirar y ya estaba empezando a perder el sentido. No consideré ninguno de aquellos importantes detalles. El necrófago no iba a hacerle daño a nadie más, jamás, aunque tuviera que morir para asegurarme de ello. Todo empezó a oscurecerse.

Entonces, apareció otra figura pálida en el agua. Esta vez era Thomas, sin camiseta, sosteniendo aquel cuchillo curvado entre los dientes. Se acercó al necrófago, que se agitó y contorsionó con tal miedo y desesperación que se zafó del débil agarre de mis dedos.

Me dejé llevar. Sentí que algo frío me cogía la muñeca derecha. Sentí una luz acercarse; era dolorosamente brillante.

Mi rostro salió del agua helada y tomé una violenta bocanada de aire. Un brazo delgado se deslizó bajo mi barbilla y me sacó del agua. Elaine; reconocería el roce de su piel en cualquier parte.

Soltó un jadeo cuando llegamos a la superficie y me condujo hacia el muelle. Se las arregló para sacarme del lago, con la ayuda de Olivia y las otras mujeres. Caí de lado y me quedé allí, temblando de manera violenta y cogiendo todo el aire que podía. El mundo volvió lentamente a recuperar su forma habitual, pero estaba demasiado cansado como para hacer nada al respecto.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero las sirenas se oían cerca cuando Thomas apareció y se impulsó fuera del agua.

—Vamos —dijo Thomas—. ¿Puede andar? ¿Le han disparado?

—No —observó Elaine—. Puede ser el *shock*. No lo sé. Creo que se golpeó la cabeza o algo.

—No podemos quedarnos aquí —espetó Thomas. Sentí que me cogía y me cargaba al hombro con toda la suavidad con que puede hacerse una cosa así.

—De acuerdo —convino Elaine—. Vamos. Todos, sin parar, y no os separéis. Sentí movimiento. Me dolía la cabeza. Mucho.

—Te tengo —me dijo Thomas al empezar a andar—. Están bien, Harry —murmuró—. Están a salvo. Las hemos salvado a todas. Te tengo.

Mi hermano era muy bueno conmigo.

Cerré los ojos y dejé de intentar estar pendiente de todo lo que ocurría a mi alrededor.

Capítulo 24

Me despertó el roce de unos dedos cálidos y amables. Me dolía la cabeza, incluso más que cuando Cowl me la sacudió la noche anterior, si es que eso era posible. Si iba a tener que soportar algo así, no quería recuperar la conciencia.

Pero esos dedos me tocaron, tersos, calientes, exquisitamente femeninos, y el dolor comenzó a desaparecer. Aquello tuvo el efecto de siempre. Cuando el dolor desaparece, su mera ausencia es un placer casi narcótico en sí mismo.

Pero era más que eso. Existe un alivio, casi primitivo, en el hecho de que te toquen, en saber que alguien cerca de ti desea hacerlo. Es una seguridad profunda que acompaña al movimiento de la mano humana, una garantía silenciosa, un reflejo de que alguien está allí para ti, de que le importas a una persona.

Parecía que hacía mucho que no me tocaban.

—Maldita sea, Lash —murmuré—. Te dije que dejaras de hacer eso.

Los dedos se tensaron durante un momento.

—¿Qué dices, Harry?

Parpadeé y abrí los ojos.

Estaba tendido en la cama de una habitación de hotel débilmente iluminada. Los azulejos eran viejos y parecían manchados de humedad. El mobiliario estaba deteriorado por el uso continuado y descuidado y un escaso mantenimiento.

Elaine estaba sentada junto al cabecero de la cama con las piernas cruzadas. Mi cabeza, apoyada cómodamente en sus pantorrillas, como tantas otras veces. Las piernas me colgaban del borde del colchón, también igual que otras muchas veces; hacía demasiado tiempo, en una casa que apenas recordaba salvo en sueños.

—¿Te he hecho daño, Harry? —insistió Elaine. No podía verle la cara sin mover el cuello, y aquello no parecía una buena idea, pero sonaba preocupada.

—No. No, solo estoy adormilado. Lo siento.

—Ah —repuso—. ¿Quién es Lash?

—Nadie de quien quiera hablar en este momento.

—De acuerdo —me concedió. Su tono estaba desprovisto de cualquier emoción—. Pues sigue durmiendo y déjame acabar. Tu amigo el vampiro dijo que estarían vigilando los hospitales.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Reiki.

—¿Imposición de manos? ¿Funciona de verdad?

—Los principios parecen buenos —afirmó, y sentí que algo sedoso acariciaba mi frente. Su pelo. Reconocí el tacto y el olor. Había inclinado la cabeza para concentrarse. Su voz parecía distraída—. He logrado combinarlo con algunos principios básicos de flujo de energías. No he hallado la manera de curar traumas

críticos o controlar infecciones, pero es sorprendentemente efectivo con contusiones, esguinces y golpes en la cabeza.

No estaba de broma. El dolor de cabeza había desaparecido casi por completo. Y la tensión en la cabeza y el cuello se estaba también desvaneciendo, al igual que las punzadas en la zona superior de la espalda y los hombros.

Y una mujer preciosa me estaba tocando.

Elaine me estaba tocando.

No hubiera hecho nada para detenerla ni aunque mi cuerpo tuviera mil cortes y sus manos estuvieran empapadas en zumo de limón.

Nos quedamos así durante un rato. De vez en cuando movía las manos; sus palmas recorrían mis mejillas, cuello y pecho con suavidad. Sus manos se movían con lentos movimientos repetitivos, tocándome apenas la piel. En algún momento había debido de quitarme la camisa. Todos aquellos dolores y el cansancio del combate desaparecieron y dejaron paso a una feliz nube de endorfinas. Sus manos eran calientes, lentas, infinitamente pacientes y confiadas.

Era un auténtico placer.

Me dejé llevar por las sensaciones, relajado y satisfecho.

—Muy bien —dijo en voz baja, pasado un tiempo indefinido—. ¿Cómo te sientes?

—Increíble —admití.

Su sonrisa era audible.

—Siempre dices eso cuando te toco.

—No es culpa mía si siempre es así —respondí.

—Adulador —dijo, y me dio un tierno golpecito en los hombros—. Deja que me levante, grandullón.

—¿Y si no quiero? —dije arrastrando las palabras.

—Hombres. Te presto una mínima atención y te pones como un troglodita.

—Ag... —respondí al tiempo que me incorporaba con cuidado, temiendo sentirme mareado y con náuseas cuando me subiera la sangre a la cabeza. No fue así.

Fruncí el ceño y me pasé ambas manos por la cabeza. Tenía un bulto en un lateral de mi cráneo; debía de doler horrores. En lugar de eso, solo estaba un poco blando. No era la primera vez que me pegaban en la azotea, así que sabía cómo era la resaca de esos golpes. Este parecía haber sido fuerte, sin embargo, parecía que hubiera pasado ya una semana desde que lo recibiera.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—¿Unas ocho horas? —Se levantó de la cama y se estiró; era tan intrigante y agradable mirarla como recordaba—. Pierdo la noción del tiempo cuando estoy concentrada en algo.

—Lo sé —murmuré.

Elaine se quedó quieta donde estaba; sus ojos verdes brillaron en la penumbra cuando nuestras miradas se encontraron en una especie de relajado e insolente silencio. Entonces, una pequeña sonrisa asomó a sus labios.

—No me extraña.

Mi corazón se aceleró y empecé a tener ideas.

Ninguna de ellas podía ser desarrollada en aquel momento.

Noté que Elaine llegaba a la misma conclusión que yo y al mismo tiempo. Bajó los brazos y volvió a sonreír.

—Disculpa. He estado ahí sentada un buen rato. —Y se dirigió al baño.

Me acerqué a la ventana y subí un poco las persianas. Nos encontrábamos en algún sitio al sur de la ciudad. Estaba anocheciendo, las farolas ya se estaban encendiendo una a una, al tiempo que las sombras reptaban desde detrás de los edificios y ascendían por los postes de luz. No vi aletas de tiburones merodeando ni buitres volando en círculos, y menos aún necrófagos o vampiros acechando para saltar sobre mí. Aunque eso no quería decir que no estuvieran allí.

Me acerqué a la puerta y la toqué ligeramente con la mano izquierda. Elaine había armado otro hechizo sobre ella, uno sólido y sutil que liberaría la suficiente carga de energía cinética como para lanzar a cualquiera que tratara de abrirla a unos cinco o seis metros de distancia. Era lo más adecuado para una huida rápida; si esperabas problemas y querías estar listo para afrontarlos cuando llegaran. Bastaba con aguardar a que el tipo del bando malo se diera el trompazo en el aparcamiento y, entonces, echabas a correr antes de que se pusiera de nuevo en pie.

Percibí a Elaine, que había salido del baño, detrás de mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¿Qué recuerdas?

—Apareció Madrigal con un rifle de asalto. Un resplandor de luz. Luego estaba en el agua.

Elaine se puso a mi lado y miró fuera también. Su mano acarició la mía y, sin pensarlo siquiera, entrelacé mis dedos con los suyos. Era una sensación dolorosamente familiar. Otra punzada de melancolía hizo que me doliera el pecho durante un instante al revivir recuerdos que creía haber olvidado.

Elaine se estremeció un poco y cerró los ojos. Sus dedos apretaron los míos con delicadeza.

—Creímos que te había matado —relató—. Te agachaste y las balas destrozaron el hielo a tu alrededor. Caíste al agua y el vampiro... ¿Madrigal has dicho que se llama, no? Ordenó a los necrófagos que te siguieran. Mandé a Olivia y las demás a la orilla, y Thomas y yo nos metimos en el agua a por ti.

—¿Quién me golpeó la cabeza? —pregunté.

Elaine se encogió de hombros.

—O una bala impactó en tu guardapolvos cuando te agachaste y luego rebotó en tu dura cabezota o te golpeaste con algún trozo de hielo al caer al agua.

Oír que una bala podía haber rebotado en mi cabeza gracias a los hechizos de mi abrigo era tranquilizador incluso para mí.

—Gracias —dije—. Por sacarme.

Elaine arqueó una ceja y puso los ojos en blanco.

—Ya ves, estaba aburrída y no tenía otra cosa mejor que hacer —ironizó.

—Me lo imaginaba —bromeé—. ¿Y Thomas?

—Está bien. Tenía su coche cerca de los muelles. Yo conduje el tuyo y salimos todos de allí. Con un poco de suerte, puede que Madrigal no tuviera tanta suerte como nosotros evitando a la policía.

—Bah —dije con total convicción—. Demasiado fácil. Escapó. ¿Dónde está Thomas?

—Me dijo que iba a hacer guardia fuera. —Elaine frunció el ceño—. Estaba muy... pálido. Se negó a quedarse en la habitación con las refugiadas. O conmigo incluso.

Gruñí. Thomas se había puesto su capa de supervampiro en el puerto. En circunstancias normales era sorprendentemente fuerte para un hombre de su tamaño y constitución. No obstante, ni siquiera los hombres de fuerza inusual se enfrentan cara a cara con varios necrófagos armados solo con un palo grande y salen ilesos. Thomas podía volverse más fuerte (mucho más) pero no hasta el infinito. La parte demoniaca del alma de mi hermano podía convertirlo en una especie de semidios, pero también incrementaba su hambre por la fuerza vital de los mortales, agotando todas sus reservas a cambio del mejorado rendimiento.

Tras el combate, Thomas debía de estar hambriento. Tanto que no confiaba lo bastante en sí mismo como para quedarse en una habitación con nadie que considerara, digamos, comestible. En nuestro grupo de huida cualquiera lo era, excepto yo y las niñas.

Tenía que estar sufriendo.

—¿Qué pasa con la Ordo? —le pregunté.

—No quiero ir hasta que pueda garantizar que nadie me va a seguir. He estado llamando cada dos horas para asegurarme de que estaban bien. Debería hacerlo de nuevo. —Cogió el teléfono antes de acabar la frase y marcó un número. Esperé en silencio. Pasado un momento, colgó el teléfono.

—¿No contestan? —pregunté.

—No —me confirmó. Se volvió hacia una cómoda que había en la habitación, cogió su cadena y se la enrolló en los pantalones como si se tratara de un cinturón; la fijó con una pieza de madera oscura levemente curvada y atada con varias tiras de cuero que deslizó entre dos eslabones.

Abrí la puerta y saqué la cabeza al crepúsculo para echar un vistazo. No vi a Thomas por ninguna parte, así que silbé con fuerza, agité un brazo y volví dentro cerrando la puerta tras de mí.

No pasó mucho tiempo antes de que los pasos de Thomas aparecieran en la puerta.

—Harry —dijo Elaine algo alarmada—. El hechizo.

Levanté un dedo para pedirle amablemente que me concediera un segundo. Me crucé de brazos, fijé los ojos en la puerta y esperé. El picaporte se agitó, se produjo un golpe seco, un gemido de sorpresa y, a continuación, el escándalo de varios cubos de basura.

Abrí la puerta y encontré a mi hermano tendido bocarriba en el aparcamiento, entre una cantidad moderada de desperdicios. Miró al cielo un momento, soltó un sonoro suspiro y se incorporó refunfuñando.

—Oh, Thomas, lo siento —le dije con la misma sinceridad de un niño de tres años que asegura no haber robado la galleta que tiene en la mano—. Tal vez debería haberte avisado de una situación potencialmente peligrosa, ¿eh? Me refiero a que hubiera sido educado advertirte, ¿verdad? Y sensato. E inteligente. Y respetuoso. Y...

—Lo pillo, lo pillo —masculló, y se levantó haciendo un sonoro esfuerzo por quitarse varios restos de desagradable materia orgánica de la ropa—. Dios, Harry. Hay días en que eres un auténtico capullo.

—¡Y tú eres un completo imbécil durante semanas enteras!

Elaine se colocó a mi lado.

—Como a cualquier mujer, me encanta ver una buena pelea entre machos alfa llenos de testosterona, pero ¿no creéis que sería más inteligente hacerlo donde no pueda vernos media ciudad?

La miré irritado, aunque tenía razón. Salí de la habitación y le ofrecí mi mano a Thomas.

Él me miró resentido, y, acto seguido, restregó la mano por la porquería y me la dio sin limpiársela. Puse los ojos en blanco y lo ayudé a levantarse, tras lo cual volvimos los tres a la habitación.

Thomas apoyó la espalda en la puerta, se cruzó de brazos y fijó la vista en el suelo mientras yo iba a lavarme las manos. Mi guardapolvos descansaba en una de las perchas que había junto al lavabo, al igual que mi camisa. El bastón reposaba en un rincón, junto al interruptor de la luz, y el resto de mi equipo estaba en la encimera. Me sequé las manos y comencé a vestirme.

—Está bien, Thomas —dije—. Ahora en serio, ¿por qué tanto secretismo? Deberías haber contactado conmigo.

—No podía —me dijo.

—¿Por qué no?

—Le prometí a alguien que no lo haría.

Al oír aquello, fruncí el ceño al tiempo que cubría mi desfigurada mano izquierda con el maldito guante de cuero negro y trataba de pensar. Thomas y yo éramos hermanos. Él se lo tomaba tan en serio como yo, pero se tomaba del mismo modo las promesas. Si había hecho una así, tenía que tener un buen motivo.

—¿Hasta dónde puedes contarme?

Elaine me miró con intensidad.

—Ya he dicho más de lo que debería —me esquivó Thomas.

—No seas idiota. Es evidente que tenemos un enemigo común.

Thomas hizo una mueca y me miró dubitativo.

—Tenemos varios —puntualizó.

Intercambié una mirada con Elaine, que a su vez miró a Thomas y se encogió de hombros.

—¿Y unos cuantos moratones? —sugirió.

—No —dije—. Si no habla es porque tiene un buen motivo para no hacerlo. Darle una paliza no cambiará eso.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo —dijo Elaine.

Thomas nos miró a ambos alternativamente.

—¿Qué sucede?

—Hemos perdido el contacto con las mujeres que protege Elaine —le informé.

—Maldita sea. —Thomas se pasó la mano por el pelo—. Eso significa...

Me ajusté el enganche de mi nuevo brazalete escudo.

—¿Qué?

—Mira, ya sabes que Madrigal está implicado —dijo Thomas.

—Y que siempre trata de complacer a la Casa Malvora —añadí con el ceño fruncido—. Por el amor de Dios, él es el Pasajero. Él es quien trabaja para Capa Gris, el Malvora.

—Yo no he dicho eso —apuntó Thomas de inmediato.

—Ni falta que hace —gruñí—. No es casualidad que se haya presentado para ajustar cuentas en mitad de un asunto como este. Y todo encaja. Pasajero le estaba diciendo a Capa Gris algo sobre disponer de recursos para eliminarme. Es obvio que decidió intentarlo con un puñado de necrófagos y una ametralladora.

—Suenan razonable —dijo Thomas—. Ya sabes de la existencia del Skavis.

—Sí.

—Haz las cuentas, Harry.

—Madrigal y Capa Gris son Malvora —murmuré—. La extraña pareja genocida. Ninguno de los dos es un Skavis.

Elaine respiró sonoramente.

—Significa que no estamos hablando de un solo asesino —dijo al tiempo que yo

llegaba a la misma conclusión.

Completé el pensamiento.

—Estamos hablando de tres. Capa Gris Malvora, Pasajero Madrigal y Asesino en serie Skavis. —Miré ceñudo a Thomas—. Espera, ¿estás diciendo que...?

La expresión de mi hermano se puso tensa.

—No estoy diciendo nada —replicó—. Son cosas que ya sabes.

Elaine parecía suspicaz.

—¿Por qué sigues negándote a desvelarnos ninguna información?

—Para poder negar haberos dicho algo, claro —espetó Thomas. De repente sus ojos disminuyeron varios tonos de gris al mirar a Elaine.

Elaine respiró con dificultad. Acto seguido, entornó los ojos y se soltó el enganche de la cadena.

—Detente, vampiro. ¡Ahora! —le ordenó.

Thomas apretó los labios, pero apartó la cara y cerró los ojos.

Me coloqué entre ellos al tiempo que me ponía mi guardapolvos de cuero.

—Elaine, atrás. El enemigo de mi enemigo... ya sabes cómo acaba, ¿verdad?

—No me gusta esto —dijo Elaine—. Sabes lo que es, Harry. ¿Cómo estás seguro de que puedes confiar en él?

—Hemos trabajado antes juntos —dije—. Él es diferente.

—¿En qué? Muchos vampiros sienten remordimientos por sus víctimas y eso no les impide matar de nuevo, una y otra vez. Es lo que son.

—Le he visto el alma. Trata de alzarse sobre el asesino que hay dentro de él.

Elaine arqueó las cejas al oír aquello y me dedicó un reticente y lento gesto de cabeza.

—Igual que todos nosotros —murmuró—. Sigo sin sentirme cómoda ante la idea de que esté cerca de mis clientes. Y tenemos que movernos.

—Necesitas comer —le dije a mi hermano sin mirarlo.

—Tal vez luego —dijo Thomas—. No puedo dejar a las mujeres y los niños sin protección.

Cogí un cuaderno de papel con el logo del hotel y saqué un lápiz de uno de mis bolsillos. Escribí un número y se lo pasé a Thomas.

—Llama a Murphy. No podrás proteger a nadie si estás tan débil, y podrías matar a alguien si pierdes el control de tu apetito.

Thomas apretó los dientes, frustrado, pero cogió el papel que le ofrecía solo un poco más bruscamente de lo necesario.

Elaine lo estudió al tiempo que salía por la puerta, detrás de mí.

—Eres diferente a la mayoría de ellos, ¿verdad? —le preguntó.

—Tal vez soy más ingenuo —respondió Thomas—. Buena suerte, Harry.

—Sí —dije sintiéndome algo extraño—. Oye, cuando todo esto acabe... tenemos

que hablar.

—No hay nada de qué hablar —dijo mi hermano.

Cerré la puerta al marcharnos.

Llevamos el Escarabajo azul de vuelta al Amber Inn y subimos a la habitación de Elaine. Las luces estaban apagadas y la habitación vacía.

Había un terrible olor a podrido en el aire.

—Maldita sea —susurró Elaine. De repente se echó contra el umbral, hundida. Pasé junto a ella y encendí la luz del baño.

El cadáver de Anna Ash estaba en la ducha; su cuerpo inerte se apoyaba en el soporte vertical con la ayuda del cable del secador, atado con un nudo al aplique de la ducha y, por el otro extremo, al cuello de Anna. No había tenido espacio suficiente para suspenderse en el aire sin apoyar los pies en el suelo. Unas horribles marcas, moradas y cortantes, eran visibles en el cuello, alrededor del cable.

Obviamente parecía un suicidio.

Obviamente no lo era.

Habíamos llegado demasiado tarde.

Capítulo 25

—Esta vez tenemos que llamar a la policía —le dije en voz baja a Elaine.

—No —contestó—. Querrán interrogarnos. Nos llevará horas.

—Querrán interrogarnos durante mucho más tiempo si otra persona encuentra el cuerpo y tienen que venir a buscarnos.

—Y mientras cooperamos con las autoridades, ¿qué les pasará a Abby, Helen y Priscilla?

Me miró fijamente.

—Si nos ponemos así, ¿qué le pasará a Ratón?

Era un pensamiento que había tratado de evitar. Si Ratón estaba sano y salvo, no había posibilidad alguna de que hubiera dejado que las mujeres sufrieran daño. Un tipo malvado capaz de desintegrar cualquier cosa que se cruzara en su camino no se andaría con pies de plomo como los tarados de la Corte Blanca.

Ratón no estaba aquí. No había signos de lucha y, créanme, ese perro sabe luchar, tal y como comprobaron los veterinarios que archivaron mal su historial y trataron de castrarlo en lugar de dormirlo para hacerle una radiografía de un hombro que se había dañado al saltar de una furgoneta en marcha. Tuve suerte de que me dejaran pagar los desperfectos y no me denunciaran.

Tenía que significar otra cosa. Tal vez mi perro se había ido con el resto de las mujeres y Anna se había quedado atrás, o había regresado a por algo olvidado.

O tal vez Ratón había actuado según la idea que todo el mundo tenía de él; que solo era un perro. A veces había dado muestras de ser capaz de tales subterfugios; esa fue una de las primeras cosas que me revelaron que su inteligencia era superior a la de un can normal. ¿Y si Ratón había seguido aquel juego para permanecer cerca de las mujeres?

¿Y por qué lo habría hecho?

Porque Ratón sabía que yo podía encontrarlo. A menos que los malos lo llevaran al Más Allá o conjuraran algún hechizo diseñado para bloquear esa clase de magia, mi hechizo de seguimiento podría encontrarlo en cualquier parte.

Aquel era el camino que debía seguir, incluso si Ratón no sabía que algo iba mal. Seguro que se quedó con los miembros de la Ordo que pudo, así que yo tendría que planear las cosas con mayor antelación de la que solía. Utilizaría mi brazalete escudo para localizar el único y pequeño escudo encantado que había colgado de su collar para este tipo de emergencias.

—¿Puedes encontrar al perro? —preguntó Elaine.

—Sí. No obstante, deberíamos probar a llamar a sus casas antes de irnos.

Elaine frunció el ceño.

—Les dijiste que se quedaran aquí o en algún lugar concurrido.

—Lo más probable es que estén asustadas. Y cuando estás asustado...

—Te quieres ir a casa —finalizó Elaine.

—Si están allí, será la manera más rápida de ponerse en contacto con ellas. Si no, no habremos perdido más de un minuto o dos.

Elaine asintió.

—Anna tiene todos los números en una agenda en el bolso. —Encontramos el bolso tras una breve búsqueda, pero la agenda no estaba en él.

No quedaba otra que comprobar si Anna se la había metido en un bolsillo antes de morir. Lo hice tratando de no dejar huellas, casi con la misma pericia con la que trataba de no mirar su violáceo rostro muerto y sus ojos vidriosos. No había sido una muerte limpia, y, aunque Anna no llevaba muerta lo suficiente como para que hubiera comenzado la descomposición, el olor era patente. Traté de ignorarlo.

Más difícil era ignorar su rostro. La piel parecía dura, de cera, la propia de un cadáver. Y, lo que era peor, había una distintiva e incuantificable cualidad de... ausencia. Anna Ash era una persona muy viva, con una voluntad férrea, protectora, decidida. Conozco a muchos magos que no poseen tanta personalidad como tenía ella. Era la que pensaba y actuaba cuando todos a su alrededor estaban asustados. Eso conlleva una rara clase de coraje.

Nada de aquello significaba algo ahora, ya que el asesino, a pesar de mis esfuerzos, se la había llevado por delante.

Sacudí la cabeza y me aparté del cadáver sin haber encontrado ninguna agenda. Su voluntad de enfrentarse al peligro en nombre de sus amigas no podía desvanecerse en el olvido. Si seguía viva alguna persona de las que ella quería proteger, su sacrificio y muerte todavía significarían algo. Ya me lamentaría luego. Le haría una grave afrenta a aquella mujer si su muerte no me motivaba a impedir que los asesinos siguieran haciendo su trabajo.

Me puse junto a Elaine, que estaba en la puerta mirando el cuerpo de Anna. No había expresión en su rostro, ninguna en absoluto. Sin embargo, las lágrimas le habían enrojecido los ojos y le caían por las mejillas y la nariz. Aunque algunas mujeres están guapas cuando lloran, Elaine se pone toda enrojecida, con esos círculos oscuros debajo de los ojos.

No estaba guapa. Estaba sufriendo.

Habló, y su voz era ronca y temblorosa.

—Le dije que la protegería.

—A veces solo puedes intentarlo —dije en voz baja—. Nada más. Solo intentarlo. Así funciona el juego.

—El juego —repitió. Aquella simple palabra fue lo bastante corrosiva como para abrir varios agujeros en el suelo—. ¿Te ha pasado alguna vez? ¿Qué alguien acudiera a ti en busca de ayuda y acabara muerto?

Asentí.

—Un par de veces. La primera fue Kim Delaney, una chica a la que entrené para mantener sus talentos bajo control. Sería algo más poderosa que las mujeres de la Ordo, pero tampoco mucho más. Se metió en un lío. Le superaba. Pensé que podría advertirle, que me escucharía. Debería haber sido más listo.

—¿Qué sucedió?

Ladeé la cabeza hacia el cuerpo que había detrás de mí, sin mirarlo realmente.

—Algo se la comió. A veces voy a su tumba.

—¿Por qué?

—Para llevarle flores y apartar las hojas. Para recordarme las bazas que juego, que nadie las gana todas.

—¿Y después? —me preguntó Elaine en voz baja. No apartó la mirada del cadáver un solo segundo—. ¿Qué pasó con la cosa que la mató?

Era una respuesta complicada, y no era lo que Elaine necesitaba escuchar en aquel momento.

—La maté.

Asintió.

—Cuando cojamos al Skavis lo quiero para mí.

Le puse una mano en el hombro.

—No va a hacer que te sientas mejor —le advertí con mucha suavidad.

Sacudió la cabeza.

—No quiero hacerlo por eso. Es mi trabajo. Tengo que acabarlo. Se lo debo.

No creo que la propia Elaine pensara que aquella sentencia no era cierta, pero he pasado por cosas así antes y pueden desequilibrarte con mucha rapidez. Sin embargo, no había lugar para discutirlo con ella racionalmente. La razón había abandonado el edificio.

—Lo atraparás —le aseguré—. Y yo te ayudaré.

Dejó escapar un gemido roto, como un graznido, y se apretó contra mi pecho. La agarré, su cuerpo era cálido y esbelto, y sentí la terrible frustración, pena y remordimiento que la embargaban. La acerqué más a mí, la rodeé con los brazos y sentí su cuerpo temblar a causa de sus silenciosos sollozos. En ese momento lo único que deseaba, más que cualquier otra cosa, era poder quitarle aquel tormento.

No podía. Ser mago te da más poder que a la mayoría, pero no cambia tu corazón. Todos somos humanos.

Todos estamos igual de desnudos ante las fauces del dolor.

Capítulo 26

No había pasado ni un minuto cuando sentí que Elaine comenzaba a esforzarse por controlar su respiración. Los métodos de enseñanza de DuMorne para dominar nuestras emociones no fueron blandos, pero funcionaron. Antes de que pasara otro minuto, la respiración de Elaine se había estabilizado. Apoyó la cabeza un momento sobre mi clavícula, en un silencioso gesto de gratitud, y después se incorporó e inclinó la cabeza hacia el cadáver de Anna, en señal de respeto y adiós.

Cuando se dio la vuelta, yo la estaba esperando con un pañuelo húmedo y fresco.

—Espera —le dije, y le pasé el pañuelo por la cara con delicadeza—. Así no tienes mucha pinta de detective. No puedes salir así de roja. La gente creerá que no somos duros de pelar, y ya sabes lo importante que es parecer duro de pelar.

Ella me observaba mientras le enjugaba las últimas lágrimas y le hablaba, sus ojos parecían enormes. Una sonrisa muy débil se asomó a ellos entre la tristeza.

—Me alegro de que estés aquí para decirme esas cosas —dijo con la voz de nuevo estable, antes de empezar a imitar a Humphrey Bogart corrompido por el burbon y con la mandíbula apretada—. Ahora deja de mover la sin hueso y comienza a caminar.

Mi hechizo de seguimiento nos condujo a un edificio de apartamentos.

—Es el edificio de Abby —dijo Elaine cuando detuve el coche. El único lugar cercano para aparcar estaba delante de una boca de riego. Dudaba que algún diligente funcionario público anduviera poniendo multas a esas horas, pero incluso si era así, sería un precio relativamente bajo en comparación con la larga caminata en la oscuridad.

—¿Qué apartamento es? —pregunté.

—Novena planta —respondió Elaine. Cerró la puerta del Escarabajo con mayor fuerza de la esperable.

—Digo yo que si hay por ahí un tipo malvado que quiere eliminar a un par de intrépidos magos duros de pelar, estará vigilando un lugar como este —apunté.

—Digo yo —replicó Elaine en un tono crispado— que sería una enorme tontería por su parte intentarlo.

Caminamos juntos, con celeridad. Elaine era lo bastante alta como para mantener mi paso sin que tuviera que aminorar la marcha. Se había colocado media docena de brazaletes de cobre en cada muñeca, todos delgados, todos colgando más pesadamente de lo que deberían. Débiles atisbos de energía dorada jugueteaban entre ellos, bajo el aspecto de leves destellos de luz en el metal que se veían mejor cuando los brazaletes surcaban las densas sombras.

Por acuerdo tácito, pasamos de los ascensores. Tenía mi brazalete escudo listo para su uso, y mi bastón comenzó a temblar debido a la energía acumulada de una

manera incongruente con su peso y la forma en la que me movía. Aquella magia tan elaborada podría tener desafortunadas consecuencias para el equipamiento eléctrico, como por ejemplo el del panel de control de un ascensor.

Las puertas que comunicaban con las escaleras se abrían solo desde dentro, así que conjuré un rápido hechizo para empujar la barra de presión al otro lado usando mi bastón y la abrí sin problemas. Subimos por las escaleras. Cualquiera que nos estuviera esperando vigilaría primero las escaleras. Y si alguien nos seguía tendría dificultades con las puertas cerradas y haría ruido al desplazarse por las escaleras de cemento.

Comprobé mi arma con la mano izquierda, a salvo en el bolsillo de mi abrigo. La magia está muy bien, pero, cuando hay peligro de muerte, las armas tradicionales pueden resultar igual de útiles.

Subir nueve pisos era suficiente para acelerar el ritmo de mi respiración, aunque no tanto como en otra época. El vago espejismo de un dolor de cabeza acompañó al aumento de mi pulso. Demonios, debieron de hacerme más daño del que pensaba allí en el puerto. Elaine parecía también un poco tensa. Si había suavizado una herida tan grande, tenía más habilidad de la que decía. Tal clase de sanación no requiere un esfuerzo trivial. Puede que fuera más frágil de lo que aparentaba.

Abrí la puerta de incendios de la novena planta y dejé que Elaine entrara primero. Llegó a la mitad del pasillo en completo silencio, con las manos ligeramente extendidas, y me dio la sensación de que estaba al tanto de todo lo que sucedía a su alrededor, no solo de lo que sus sentidos humanos le indicaban. Las pulseras de sus muñecas brillaron con mayor intensidad. Un método de defensa basado en una conciencia superior, en lugar de mi aproximación más directa de poder contra poder y de parar las cosas en seco. Era su estilo, nada más.

Pero una conciencia avezada o una fuerza irresistible no eran lo que hacía falta. Elaine llegó a una puerta y alzó la mano para llamar. Antes de que la volviera a bajar, la puerta se abrió y Abby, con aspecto tenso, nos hizo un rápido gesto de cabeza.

—Bien, un poco pronto, eso está bien. Entrad, sí, entrad.

Hice ademán de cruzar el umbral, pero Elaine, con la mirada distraída, levantó una mano para detenerme.

—Déjame comprobar algo antes. Otra mujer dentro. Dos perros. —Me miró y bajó la mano—. Uno de ellos es el tuyo.

—¿Ratón? —exclamé.

El suelo tembló un poco y el gran perro gris oscuro se deslizó con delicadeza junto a Abby y vino a saludarme. Me empujó el estómago con la cabeza hasta que me puse de rodillas para recibir uno o dos húmedos lametones en la cara.

Le di unas palmaditas en el lomo porque, ante todo, soy un hombre y no estaría bien visto que se me escaparan las lágrimas solo por comprobar que mi amigo más

fiel se encontraba en perfecto estado y conservaba su collar.

—Me alegro de verte, bola de pelo.

Totó apareció detrás de Ratón y le dirigió un desconfiado gruñido. Entonces se dirigió hacia mí y no cesó de olisquearme hasta que pareció evidente que me otorgaba su aprobación, a pesar del hedor que debía de despedir por el agua del lago. Entonces volvió a toda prisa hacia su dueña, se giró y me dedicó un último gruñido para asegurarse de que yo había aprendido la lección, y comenzó a rodear los pies de su dueña hasta que esta lo recogió del suelo.

La pequeña y rolliza rubia acomodó a su perro entre sus brazos y me miró preocupada.

—¿Qué sucede? Quiero decir, ¿qué ha pasado desde que os fuisteis, adónde... y Olivia...?

—Vamos dentro —dije al tiempo que recuperaba la verticalidad. Intercambié una mirada con Elaine y entramos al apartamento de Abby. Ratón no dejó de tener contacto físico conmigo un solo segundo; no se despegaba de mi pierna. Fui el último en entrar, así que cerré la puerta.

El piso de Abby era pequeño y desordenado, separado en áreas prácticamente compartimentadas. Tenía un escritorio con una máquina de escribir, una mesa con una vieja máquina de coser, una silla junto a un soporte musical donde descansaba un violín (o tal vez fuera una viola), una zona de lectura con un sofá y estanterías repletas de novelas románticas, y lo que parecía un santuario dedicado a adorar a sus ancestros, solo que al contrario: los santos eran niños de mejillas redondeadas y rubios tirabuzones.

Priscilla estaba allí, sentada cómodamente en la zona de lectura. Su rostro tenía un aspecto algo demacrado y parecía hundida. Una taza de té reposaba en la mesita, pero se había enfriado sin que apenas la hubiera tocado. Me miró con ojos cansados y ausentes.

—Olivia está bien —dije en voz baja.

El rostro de Abby se encendió y soltó una profunda respiración antes de comenzar a hablar. El pequeño perro en sus brazos captó su buen humor y comenzó a mover la cola.

—¿Sí?

—Un... socio eventual, el hombre de las fotos, ha estado llevándose fuera de la ciudad a las mujeres que corrían el riesgo de ser atacadas por los asesinos. Supo que Olivia estaba en peligro y la llevó a una casa segura donde tenía alojadas a varias mujeres.

Priscilla me miró un momento con dureza.

—¿Y? —dijo.

Esta vez habló Elaine, con una voz tranquila e imperturbable.

—Anna ha muerto. En la habitación del hotel. En apariencia, un suicidio.

Abby emitió un pequeño sonido ahogado y se sentó muy rápido en la silla junto al violín. Totó soltó unos pequeños e intranquilos sonidos.

—¿Qué?! —exclamó Abby.

Priscilla se estremeció y bajó la cabeza.

—Oh. Oh, no. No, Anna no.

—Tengo que saberlo, señoras —dije en voz baja—. ¿Por qué no hicieron lo que les dijimos? ¿Por qué abandonaron el hotel?

—Fu... —comenzó a decir Abby. Las lágrimas no paraban de caer por sus mejillas—. Fu... fue...

—Ella dijo... —intercedió Priscilla en voz baja y plana—. Dijo que teníamos que irnos. Que tenía que ir a trabajar.

Maldita sea. Lo sabía.

Elaine iba medio segundo detrás de mí.

—¿Quién?

—He... Helen —sollozó Abby—. Fue Helen.

Capítulo 27

Yo echaba humo mientras Elaine presionaba a Abby y a Priscilla para que le contaran el resto de lo sucedido.

—Fue solo una hora o así después de que ustedes se fueran —le relató Abby a Elaine—. Helen recibió una llamada al móvil.

—¿Móvil? —interrumpí—. ¿Tenía uno que funcionara?

—Su talento no llega a inutilizarlo —dijo Abby—. El de ninguna de nosotras, de hecho. Mi móvil funciona casi todo el tiempo.

Gruñí.

—Eso significa que no estaba ocultando ningún gran talento. Algo es algo.

—¡Harry! —dijo Elaine por lo bajo. Se trataba, obviamente, de un reproche—. Por favor, Abby, continúa.

Cerré la boca.

—La llamaron y se fue a hablar al cuarto de baño. No oí lo que decía, pero al salir dijo que se marchaba, que tenía que ir a trabajar.

Alcé las cejas.

—Tiene que ser un buen trabajo, si se arriesga a exponerse a un asesino para no perder el puesto.

—Es lo que yo le dije —insistió Priscilla con un tono más ácido, si es que eso era posible—. Era una estupidez. Ni se me ocurrió sospechar.

—Anna discutió con ella —continuó Abby—, pero Helen se negó a quedarse. Así que Anna decidió que fuéramos todas con ella.

—Helen no quería, por supuesto —dijo Priscilla—. En aquel momento pensé que, tal vez, le avergonzaba la idea de que la viéramos trabajando en un restaurante de comida rápida o algo así.

—Nunca llegamos a saber a qué se dedicaba —dijo Abby con un tono adormilado y compungido—. No le gustaba hablar de ello, así que pensábamos que era una cuestión de orgullo. —Acarició distraída al perrito que tenía en los brazos—. Mencionó algo de separarnos del resto de su vida... algo así. Anna la metió en un taxi y le hizo prometer que se pondría en contacto con nosotras, que nos llamaría cuando estuviera a salvo entre otra gente.

—¿La dejaron irse? —intervine.

—Es una hermana de la Ordo —argumentó Priscilla—. No es una criminal de la que haya que desconfiar y tenga que ser vigilada.

—Lo cierto —repuse— es que sí es una criminal de la que hay que desconfiar y que debe ser vigilada. Si no, pregúntenle a su agente de la condicional.

Elaine me miró crispada.

—Maldita sea, Harry. No estás ayudando.

Murmuré algo entre dientes, me crucé de nuevo de brazos y me agaché para rascarle a Ratón las orejas y el cuello. Tal vez eso me ayudara a mantener la boca cerrada. Quién sabe. Siempre hay una primera vez para todo.

—Helen me llamó hará unos veinte minutos —continuó Priscilla— dijo que la habían seguido desde el hotel. Que nuestro escondite había sido descubierto, que teníamos que irnos. Así que lo hicimos, tal como usted nos sugirió. Helen dijo que se encontraría con nosotras aquí.

—¡Les dije que fueran a un lugar público...! —comencé a vociferar.

—¡Harry! —me cortó Elaine.

Me calmé.

Se produjo un extraño momento de silencio.

—Cuando llegamos, Helen no estaba —prosiguió Abby.

—No —dijo Priscilla con los brazos cruzados bajo el pecho; su aspecto era frío, a pesar del cuello vuelto—. Nos volvió a llamar, rogando que fuéramos a su apartamento.

—Yo me quedé aquí con los perros —relató Abby. Totó levantó la vista hacia ella, ladeando la cabeza y meneando la cola.

—Cuando Anna y yo la recogimos —continuó Priscilla—, volvimos al hotel... pero Helen tenía un aspecto horrible. Se había quedado sin insulina con tanto lío y no había podido inyectarse su dosis. Anna me dejó y se fue con ella a la farmacia. Fue la última vez que la vimos.

Abby se frotó los labios.

—No es culpa tuya —le dijo a Priscilla.

La mujer del jersey de cuello vuelto se encogió de hombros.

—Nunca nos había dicho que fuera diabética. Debería haberlo imaginado, debí...

—No es culpa tuya —insistió Abby con un halo de compasión en la voz—. Todas la creímos. Todas. Sin embargo, estaba manejando los hilos todo el tiempo. El asesino estaba entre nosotras. —Sacudió la cabeza—. Debimos haberle escuchado, centinela Dresden.

—Eso debimos hacer —dijo Priscilla en voz baja—. Si lo hubiéramos hecho, Anna estaría viva.

No se me ocurrió ninguna respuesta para aquello. Bueno, tenía varias, pero todas eran una variante de «os lo dije». No había necesidad de verter sal sobre una herida tan reciente, así que cerré la boca.

Además, estaba procesando lo que Abby y Priscilla nos acababan de contar.

Elaine y yo intercambiamos una mirada.

—¿Crees que Helen es el Skavis?

Me encogí de hombros.

—Lo dudo, pero técnicamente es posible. Los vampiros de la Corte Blanca

pueden pasar fácilmente por humanos, si quieren.

—¿Y por qué lo dudas?

—Porque el pequeño tarado de Madrigal se refirió al Skavis como «él» —dijo—. Helen no es «él».

—¿Un topo, entonces? —preguntó Elaine.

—Eso parece.

Abby nos miró a ambos alternativamente.

—Disculpen, pero ¿qué es un topo?

—Es alguien que trabaja para un criminal pero finge no tener nada que ver con él —expliqué—. Ayuda a los malos mientras aparenta ser vuestra amiga e incluso hace sugerencias. Por ejemplo, que abandonen un lugar seguro y el grupo se divida.

Silencio. Totó soltó un gemido bajo y contrariado.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Priscilla apretando los dedos contra sus mejillas y cerrando los ojos.

—La conocemos desde hace años —intervino Abby, con una expresión tan triste y confusa como la de un niño perdido—. ¿Cómo ha podido mentirnos de esa manera y durante tanto tiempo?

Hice una mueca. No me gusta ver sufrir a nadie, pero es mucho peor cuando se trata de una mujer. Puede que esto sea algo machista por mi parte, pero me importa bien poco si es así.

—De acuerdo —dije—. Seguimos teniendo muchas más preguntas que respuestas, pero al menos sabemos por dónde comenzar.

Elaine asintió.

—Por poner a estas dos a salvo y encontrar a Helen.

—A salvo —dije—. Thomas sabrá dónde.

—Sí.

Miré a Abby y a Priscilla.

—Señoras, nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó Priscilla. Esperaba una protesta, un comentario sarcástico o, como mínimo, un poco de pura y dura mala uva. Su voz, por el contrario, sonaba asustada—. ¿Adónde vamos?

—Con Olivia —le dije—. Y otras cinco o seis mujeres que mi socio está protegiendo.

—¿Necesitan algo? —preguntó Abby.

—Tienen a varios niños —dije—. La mayoría muy pequeños.

—Llevaré algo de comida y cereales —dijo Abby antes de que yo acabara de hablar. Priscilla se quedó sentada, hundida en la silla y en sus propios pensamientos. Abby metió la mitad del contenido de su cocina en una gran maleta con ruedas en la base, cerró la cremallera y ancló a la maleta lo que parecía una pequeña jaula de

plástico. Le hizo un gesto a Totó y el perrito se metió dentro, dio tres vueltas sobre sí mismo y se tumbó en el suelo de la jaula con una pequeña sonrisa perruna—. Buen perro.

Ratón miró a Totó. Luego me miró a mí.

—Tienes que estar de broma —le dije—. Tendría que anclar un vagón de tren a la maleta y contratar a Hulk para que la transportara. Eres joven y saludable. A andar.

Ratón observó el regio transporte de Totó y suspiró. De camino al coche, se puso en primera línea. Me habían multado a pesar de la hora que era. Me metí el tique en el bolsillo. *Piensa en positivo, Harry. Al menos no se lo ha llevado la grúa.*

Meter a todo el mundo en el Escarabajo fue una aventura, pero lo logramos y regresamos al pequeño y destartalado motel al sur de la ciudad.

Veinte segundos después de que aparcáramos, la Harley Davidson de Murphy apareció por un callejón al otro lado de la calle, donde estaba montando guardia por ser un punto desde el que controlaba las ventanas y puertas de las dos habitaciones alquiladas por Thomas. Iba en vaqueros, con una camiseta sin mangas y una blusa negra de hombre con las mangas subidas que le caía sobre el cuerpo como una trenca; su finalidad era ocultar la cartuchera de hombro donde portaba la Glock a un lado y la SIG al otro. Llevaba el pelo recogido en una coleta, y la placa que en este tipo de situaciones colgaba de su cuello en una cadena destacaba por su conspicua ausencia.

Esperó con un aire ligeramente divertido a que todos saliéramos del Escarabajo. Elaine llevó a las dos mujeres a las habitaciones a toda prisa para que no estuvieran demasiado tiempo expuestas.

—Ni un comentario acerca de coches de payasos —le pedí a la detective—. Ni uno.

—No iba a decir nada —se defendió Murphy—. Dios, Harry, ¿qué te ha pasado?

—¿Has oído algo de lo que ha pasado en el puerto?

—Oh —dijo Murphy. Ratón se acercó para saludarla y ella le chocó la mano con un gesto grave.

—Thomas no fue muy claro en sus explicaciones. Salió de aquí a toda prisa.

—Tenía hambre —dije.

Murphy frunció el ceño.

—Sí, eso dijo. ¿Le va a hacer daño a alguien?

Consideré la pregunta y, acto seguido, sacudí la cabeza.

—En circunstancias normales, diría que no. Ahora mismo... no estoy seguro. Iría contra su forma de ser hacer algo así, pero ha estado actuando de manera extraña durante todo este embrollo.

Murphy se cruzó de brazos.

—Esa palabra define muy bien esta situación. ¿Vas a contarme lo que está pasando?

Le conté a Murphy la versión corta de lo que habíamos averiguado desde la última vez que nos vimos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Murphy—. Entonces era Beckitt.

—Parece que era un topo del Skavis, quienquiera que sea este. Y Capa Gris y ese canijo del primo de Thomas causaron algunas muertes para atraer mi atención.

—Eso no ayuda a los intereses del Skavis, si estaba intentando evitarlo.

—Lo sé, ¿y?

—Todos son vampiros, ¿no? —Murphy se encogió de hombros—. Imaginaba que estarían trabajando juntos.

—Son de la Corte Blanca. Viven para darse puñaladas en la espalda. Les gusta ser sutiles. Tal vez pensaron que yo averiguaría lo de los asesinatos y les haría el favor de eliminar al Skavis. Luego se felicitarían por lo listos que habían sido.

Murphy asintió.

—Entonces, ahora que tienes a tus clientas a salvo, ¿qué es lo siguiente?

—Eliminaré a más gente de la que ellos pensaban —sentencié—. Voy a encontrar a Beckitt, le pediré amablemente que no mate a nadie más y que me indique dónde está el Skavis. Acto seguido, tendré una educada conversación con él. Y, después, arreglaré las cuentas con Capa Gris y Pasajero Madrigal.

—¿Cómo vas a encontrar a Beckitt?

—Um —dije—. Seguro que se me ocurre algo. Este asunto sigue resultándome demasiado confuso.

—Sí —dijo Murphy—. Todos estos asesinatos... Sigue sin tener ningún sentido.

—Tiene sentido —la contradije—. Lo que pasa es que no sabemos cuál. —Hice una mueca—. Se nos está escapando algo.

—Tal vez no —dijo Murphy.

Arqueé una ceja.

—¿Recuerdas nuestro extraño cadáver?

—Jessica Blanche —apunté—. El que vio Molly.

—Ese —confirmó Murphy—. He averiguado algo más sobre ella.

—¿Formaba parte de algún tipo de culto o algo así?

—O algo así. Según un amigo de antivicio, trabajaba en el Velvet Room.

—¿Velvet Room? Pensaba que había incendiado ese lo... eh, es decir, que pensaba que alguien todavía sin identificar había incendiado aquel local hasta los cimientos.

—Volvió a abrir —dijo Murphy—. Con nuevos dueños.

Clic. Ahora algunas piezas comenzaban a encajar.

—¿Marcone? —pregunté.

—Marcone.

El caballero Johnnie Marcone era el mayor y más aterrador gánster de una ciudad

famosa por sus gánsteres. Una vez que las viejas familias cayeron a causa de sus disputas internas, Marcone hizo una gran imitación de Alejandro Magno y levantó uno de los mayores imperios criminales del mundo, si no se contaba a los gobiernos. La tasa de crímenes violentos en Chicago había bajado gracias al dominio draconiano de la ciudad por parte de Marcone, sin menospreciar la dedicación de las fuerzas policiales. La economía criminal se había doblado y el poder de Marcone no paraba de crecer.

Era un hombre inteligente, duro y peligroso, y no le tenía miedo a nada. Una mortífera combinación. Yo evitaba cruzarme con él siempre que podía.

Por el cariz que estaban tomando las cosas, parece que esta vez no iba a poder ser así.

—¿Sabes, por casualidad, dónde está ese nuevo Velvet Room? —le pregunté a Murphy.

Me miró de soslayo.

—Vale, vale. Lo siento. —Solté aire—. Me parecía una buena idea charlar con algunas de las compañeras de trabajo de la chica. Apostaría a que están dispuestas a hablar a cambio de evitar problemas con la ley.

Me enseñó los dientes, adornados con una salvaje sonrisa.

—Puede que sea así. Y si no, es posible que Marcone quisiera hablar contigo.

—A Marcone no le gusta —dije—. Y es mutuo.

—A Marcone no le gusta nadie —replicó Murphy—. Pero a ti te respeta.

—¡Cómo si eso dijera mucho de mí!

Murphy se encogió de hombros.

—Tal vez, o tal vez no. Marcone es basura, pero no es tonto y hace lo que dice que va a hacer.

—Hablaré con Elaine cuando tenga a todo el mundo instalado —repuse—. Le pediré que se quede aquí con Ratón para controlar el asunto.

Murphy asintió.

—Elaine, ¿eh? Tu ex.

—Sí.

—La que trabajó en contra de tus intereses la última vez que estuvo en la ciudad.

—Sí.

—¿Confías en ella?

Miré a Murphy un momento y luego levanté la vista hacia la habitación del hotel.

—Quiero hacerlo.

Soltó el aire lentamente.

—Tengo la sensación de que las cosas se van a poner feas. Necesitas a alguien que te cubra las espaldas.

—Lo pillo —dije alzando un puño—. Tú.

Murphy pasó sus nudillos suavemente por los míos y soltó un gruñido.

—Te estás poniendo meloso conmigo, Dresden.

—Si lloviera, me derretiría —convine.

—Era de esperar —dijo—. Con eso de que eres gay y tal.

—Que soy... ¿qué? —Parpadeé—. Oh, lo del apartamento de Thomas. Demonios, los polis sois todos unos cotillas.

—Sí. Rawlins oyó la historia en la máquina de café y se vio en la obligación de llamarme para contarme todo el asunto de la pelea con tu novio. Me preguntó si debería regalarte la banda sonora del musical de *Los miserables* o la de *El fantasma de la ópera* para Navidad. A Varetti y a Farrel les hacen descuento en la tienda del cuñado de Malone; quieren comprarte una de esas lámparas con cristales multicolores.

—¿No tenéis vida o qué? —inquirí. Ante su inamovible sonrisa, le pregunté con cautela—: ¿Y qué me vas a regalar tú?

Su sonrisa acompañó al brillo de sus ojos azules.

—Stallings y yo hemos encontrado una foto con autógrafo de Julie Newmar en eBay.

—¿Nunca vais a olvidaros de esto, verdad? —Suspiré.

—Somos polis —dijo Murphy—. Por supuesto que no.

Ambos reímos durante un breve instante. Nos volvimos hacia la calle, en alerta ante cualquier compañía inesperada. Permanecimos en silencio un rato. Pasaron coches. Se oyeron ruidos de motor y de bocinas en la ciudad. La alarma de un vehículo saltó a una manzana de allí. Sombras oscuras donde las farolas no llegaban. Sirenas lejanas. Focos giratorios procedentes de un teatro que destacaban en la oscura noche de verano.

—Demonios —dije pasado un rato—. Marccone.

—Sí —dijo Murphy—. Eso cambia las cosas.

Marccone estaba involucrado.

Todo se había vuelto mucho más complicado.

Capítulo 28

El nuevo Velvet Room no tenía nada que ver con el antiguo.

—¿Un gimnasio? —le pregunté a Murphy—. Tienes que estar de broma.

Murphy pegó la Harley al Escarabajo. Solo había una plaza de aparcamiento, pero en ella cabían nuestros dos vehículos, más o menos. Tampoco es que me preocuparan unas cuantas abolladuras más en la colección que ya tenía mi coche.

—Es una progresión —dijo Murphy—. Te puedes poner en forma, generar testosterona y encontrar una salida para ella en el mismo edificio.

Sacudí la cabeza. En un discreto cartel de la segunda planta, sobre una hilera de pequeñas tiendas, se proclamaba: «Gimnasio para ejecutivos». Al parecer, ocupaba la mayor parte de la segunda planta, si bien no contaba con esos grandes ventanales bien iluminados tan propios de la mayoría de los gimnasios.

—Espera un momento —dije—. ¿No es este el hotel donde asesinaron a Tommy Tomm?

—Mmmm —asintió Murphy—. El Madison. Una compañía que no tiene ninguna conexión aparente con John Marcone lo ha comprado hace muy poco y lo está reformando.

—Tienes que admitir que era un tanto... excesivo —argüí.

—Parecía el escenario de un espectáculo de variedades que trate sobre el harén de un señor del opio —dijo Murphy.

—Y ahora lo es —apunté.

—Pero no lo parecerá —concluyó Murphy.

—A esto lo llaman progreso —me quejé—. ¿Crees que esta gente nos dará problemas?

—Serán educados.

—Marcone es la clase de tipo que se disculpa por la necesidad de que uno de sus esbirros te tenga que meter una bala en el cuerpo.

Murphy asintió. Antes de venir se había recolocado las cartucheras y se había puesto un chaleco antibalas. Por esa razón llevaba la amplia blusa abotonada hasta arriba.

—Lo que he dicho. Educado.

—En serio —dije—. ¿Crees que va a pasar algo?

—Depende de lo grande que sea la colmena a la que vamos a darle la patada —respondió.

Solté un suspiro.

—Bueno. Vamos a ver.

Entramos. La puerta conducía a un vestíbulo separado de la entrada del hotel por una puerta de seguridad y un panel de botones. Los de la fila de abajo estaban

etiquetados con los nombres de las tiendas de la primera planta. Los otros no tenían ninguna indicación.

Murphy abrió su libreta, miró algo que tenía escrito y pulsó un botón en mitad de la fila de arriba. Lo mantuvo apretado durante un momento y luego lo soltó.

—Gimnasio para ejecutivos —dijo la voz de una joven a través de un altavoz junto al panel—. Soy Bonnie, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me gustaría hablar con el encargado, por favor —dijo Murphy.

—Lo siento mucho, señora —respondió—. Los encargados solo están en la oficina durante las horas habituales, pero puede dejar un mensaje.

—No —respondió Murphy con calma—. Sé que la señorita Demeter está ahí, quiero hablar con ella, por favor.

—Lo siento mucho, señora —respondió la remilgada voz de Bonnie—. No obstante, no es usted un miembro de este club y se encuentra en una propiedad privada. Debo pedirle que se marche inmediatamente o informaré a la seguridad del edificio del problema y llamaré a las autoridades.

—Bueno, eso puede resultar divertido —intervine—. Adelante, llama a la poli.

Murphy gruñó con sarcasmo.

—Estoy segura de que les encantará tener una excusa para entrar y armar un poco de ruido.

—Yo... —vaciló Bonnie. Estaba claro que no la habían entrenado para esta clase de respuestas. O a lo mejor es que no tenía muchas luces.

Le hice un gesto a Murphy para que me dejara a mí. Sacudió la cabeza y se hizo a un lado para que pudiera acercarme al portero electrónico.

—Mira, Bonnie —dije—. No queremos problemas. Solo queremos hablar con tu jefa. Si quiere, puede venir a hablar por aquí. Si no, puedo subir y hablar con ella en persona. Solo hay una cosa que debes tener en cuenta en este asunto: ¿vas a ser razonable y educada o vas a comportarte como un pedazo de escoria más?

—Oh, bueno...

—Ve a decírselo a tu jefa, Bonnie. No es culpa tuya que no nos hayamos tragado el rollo de «solo en horas de oficina». Que ella decida lo que tiene que hacer, así tú no te meterás en problemas.

Tras una breve pausa, Bonnie se dio cuenta del valor profesional de pasarle el marrón a otro.

—Muy bien, señor. ¿Me permite que le pregunte su nombre?

—Estoy con la sargento Karrin Murphy, del Departamento de Policía de Chicago —repuse—. Me llamo Harry Dresden.

—¡Oh! —dijo Bonnie—. ¡Oh, señor Dresden, discúlpeme, por favor! No sabía que era usted.

Parpadeé sorprendido.

—Es el último de nuestros miembros del Club Platino que nos visita, señor. Por favor, acepte mis disculpas. Haré que alguien los reciba a usted y a su invitada en el ascensor para entregarle su regalo de bienvenida, señor. Se lo notificaré a la señorita Demeter de inmediato.

La puerta zumbó, chasqueó y se abrió.

Murphy me miró esperando una explicación.

—¿De qué va esto?

—A mí no me preguntes —le repliqué—. Ahora soy gay.

Entramos. La primera planta del edificio parecía un centro comercial en miniatura, sus paredes estaban totalmente cubiertas de pequeñas tiendas que vendían componentes de ordenadores, libros, videojuegos, velas, cosas para el baño, joyas y ropa de diferentes estilos. Estaban todas cerradas y con las persianas bajadas. Se encendió una fila de lucecitas a ambos lados de la moqueta roja para iluminar nuestro camino hacia los ascensores. Uno de ellos estaba abierto. Esperando.

Pulsé el botón para subir a la segunda planta y el ascensor se puso enseguida en movimiento.

—Como haya un comité de bienvenida del gremio de la piruleta cuando se abra la puerta, me voy. Esto es surrealista.

—Me he dado cuenta —dijo Murphy.

—Señorita Demeter —dije—. ¿Será un pseudónimo?

Una de las comisuras de la boca de Murphy se torció.

—Creo que encontraremos todo tipo de falsificaciones y modificaciones por aquí.

El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas.

Tres mujeres nos esperaban. Iban vestidas... bueno, decir que eran uniformes no sería adecuado. Su atuendo era parecido al de las camareras de Hooters, solo que más ajustado. Todas rondaban la mayoría de edad y habían pasado por un intenso periodo de pruebas que las certificaba para llevar ropa como aquella. También eran guapas: una rubia, una morena y otra pelirroja. Y tenían bonitas... sonrisas.

—Bienvenido, señor —dijo la pelirroja—. ¿Me permite su abrigo y su... palo?

—Esto es lo más cercano a una proposición que me han hecho en años —suspiré—. Pero no, me quedaré con ellos de momento.

—Muy bien, señor.

La rubia sostenía una bandeja de plata con dos vasos alargados que contenían un líquido anaranjado. Nos sonrió. El reflejo del brillo de sus dientes podría haber dejado cicatrices en mis retinas.

—¿Mimosas, señor, señora?

Murphy las miró a las tres con una expresión vacua. Entonces, sin decir palabra, cogió una de las bebidas, derramó su contenido y puso el vaso de nuevo en la bandeja murmurando algo por lo bajo.

—Para mí no —dijo—. Tengo que conducir.

La rubia dio un paso atrás, y la morena, en cuya camiseta tenía una placa que decía «Bonnie», se acercó con una bolsa de gimnasio de cuero que probablemente costaba tanto como el chaleco antibalas de Murphy. Bonnie me dio primero la bolsa y luego una carpeta amarilla y un gran sobre color mostaza.

—Por cortesía del local, señor, para todos nuestros miembros platino. Contiene varias prendas de vestuario deportivo, unas deportivas de su número, una PDA para ayudarlo a monitorizar sus avances y varios artículos básicos de aseo. —Le dio un golpecito al sobre—. Aquí tiene una copia de los documentos, la tarjeta del club y su código de acceso.

Si era una trampa, estaba funcionando. Hice malabares con mis regalos y mi equipo. Si tuviera que huir de allí de repente, de aquella guisa, era probable que me tropezara y me rompiera el cuello.

—Uh —dije—. Gracias, Bonnie.

—No hay de qué, señor —canturreó—. Si hace el favor de acompañarme, lo llevaré a la oficina de la señorita Demeter.

—Estupendo —dije. La bolsa tenía un asa. Me la puse al hombro y doblé los sobres para meterlos en uno de los amplios bolsillos de mi guardapolvos.

Bonnie esperó a que estuviera listo antes de cogerme del brazo de una manera completamente confiada y familiar para guiarme. Olía bien, a algo parecido a la madreSelva, y tenía una amigable sonrisa en la cara. Sus manos, por el contrario, tenían un tacto frío y parecía nerviosa.

Tutelados por Bonnie y sus manos pegajosas, caminamos por el edificio, cruzamos un largo espacio abierto repleto de máquinas de ejercicios, pesas, tipos con pinta de ricos y jóvenes atractivas. Bonnie comenzó a hablar sobre lo modernas que eran las máquinas, cómo usaban las últimas técnicas y teorías sobre *fitness* y los entrenadores personales que se asignaban a los miembros platino cada vez que visitaban el gimnasio.

—Y, por supuesto, nuestro local ofrece otra buena cantidad de servicios.

—Ah —dije—, como masajes, baños, pedicuras y esa clase de cosas.

—Sí, señor.

—¿Y sexo?

La sonrisa de Bonnie no se inmutó, aunque desentonaba un poco con la cauta mirada de soslayo que le dedicó a Murphy. No respondió la pregunta, se detuvo junto a una puerta abierta.

—Ya hemos llegado —dijo sonriendo—. Si hay algo que pueda hacer por usted, utilice el teléfono que hay en el escritorio de la señorita Demeter y responderé de inmediato.

—Gracias, Bonnie —dije.

—No hay de qué, señor —respondió.

—¿Hay que darte propina o algo?

—No es necesario, señor. —Me volvió a sonreír e hizo un gesto con la cabeza antes de marcharse a toda prisa.

La observé mientras bajaba por el pasillo con los labios fruncidos, pensativa, y llegué a la conclusión de que Bonnie estaba muy bien dotada para darse prisa.

—Nos dejan aquí solos —le pregunté a Murphy—. ¿Te huele esto a trampa?

—Han soltado mucho anzuelo, desde luego —respondió mirando a su alrededor—. Pero la escalera de incendios está al otro lado del pasillo y hay otra salida de emergencias en el exterior de la ventana de la oficina. Sin mencionar que, a pocos metros, hay una docena de clientes a los que les resultaría difícil no oír ningún ruido.

—Sí. Pero ¿cuántos de ellos crees que testificarían ante un jurado lo que vieron u oyeron mientras estaban en un burdel de lujo?

Murphy sacudió la cabeza.

—Rawlins sabe que estoy aquí. Si pasa algo, pondrán el lugar patas arriba. Marcone lo sabe.

—¿Cómo es que no lo habéis hecho ya? Es decir, esto es ilegal, ¿no?

—Claro que lo es —dijo Murphy—. Y muy organizado. En establecimientos como este, por lo general las mujeres son contratadas voluntariamente y están muy bien pagadas. Se someten a revisiones médicas periódicas y el uso de drogas es limitado, casi nunca se las pretende controlar por medio de adicciones o coacciones.

—¿Un crimen sin víctimas?

Murphy se encogió de hombros.

—La policía no siempre dispone de todos los recursos que necesita. En circunstancias normales no se suelen malgastar en operaciones como esta. El personal de antivicio es necesario en otros lugares donde hay mucho más en juego.

Gruñí.

—Y el hecho de que se trate de un club para ricos tampoco facilita las cosas.

—No, no las facilita en absoluto —dijo Murphy—. Demasiada gente con demasiada influencia en el gobierno de la ciudad tiene que proteger su reputación. El local está generando dinero muy rápido y, mientras que no aireen su negocio, los policías toleran lo que pasa salvo por algún gesto ocasional. Marcone no va a arriesgar todo esto matándonos aquí mismo cuando puede hacerlo mañana con la misma facilidad en un lugar menos arriesgado.

—Depende del tamaño de la colmena.

—Exacto —convino Murphy—. Deberíamos sentarnos.

Entramos al despacho. Era semejante a cualquiera de las oficinas de ejecutivos que había visto: sombría, minimalista y cara. Nos sentamos en unas cómodas sillas de cuero. Murphy vigiló la puerta; yo, la ventana. Esperamos.

Veinte minutos después, unos pasos se aproximaron.

Un hombre enorme entró por la puerta. Tenía la constitución de un *bulldozer* dotado de los robustos músculos de un obrero, con los huesos anchos y grandes tendones. El cuello era tan grueso como la cintura de Murphy, su pelo corto y rojo, los ojos pequeños y brillantes bajo las densas cejas. Su expresión parecía haber sido congelada justo en el momento en el que alguien había tirado por la ventana a su cachorrito de una patada.

—Hendricks —saludé alegremente al principal ejecutor de Marcone—. ¿Cómo va eso?

Sus pequeños ojos se fijaron en mí un segundo. Hendricks emitió un sonido áspero, examinó el resto de la habitación y echó una mirada por encima de sus cuadrados hombros.

—Despejado —dijo.

Marcone hizo acto de presencia.

Llevaba un traje de Armani gris oscuro, zapatos italianos de piel y una camisa con el último botón abierto. Era unos centímetros más alto que la media y, desde que lo conocí hacía años, conservaba el mismo aspecto de cuarentón en muy buena forma. Su corte de pelo era perfecto, su planta inmaculada y los ojos del color de un billete gastado de dólar. Asintió complacido y rodeó el gran escritorio de caoba para sentarse.

—Vaya, vaya —dije—. Señorita Demeter, tiene prácticamente el mismo aspecto que una criminal de mierda a la que conocí en una ocasión.

Marcone apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos y me contempló con una fría e imperturbable sonrisa.

—Y buenas noches a usted también, señor Dresden. Es en cierta manera tranquilizador que el tiempo no haya erosionado sus inmaduras sensibilidades. —Sus ojos fueron a parar a Murphy—. Sargento.

Murphy apretó los labios e hizo un gesto con la cabeza entornando los ojos. Hendricks contemplaba la escena desde la puerta con los ojos fijos en Murphy.

—¿Dónde está Amazon Gard? —le pregunté—. ¿Ha perdido a su consultora?

—La señorita Gard —dijo enfatizando lo de «señorita»— se encuentra en este momento desempeñando sus tareas en otro lugar. Y nuestra relación laboral es bastante segura.

—¿Será que no le agrada mucho esta rama del negocio en particular? —sugerí.

Me mostró los dientes.

—Veo que ha recibido el regalo de bienvenida.

—Me estoy conteniendo para no agradecerse de manera demasiado efusiva —le confesé—, pero, oh, ¡es tan difícil!

Aquella boca abierta y esos brillantes dientes blancos no se parecían en nada a

una sonrisa.

—En realidad, tengo instrucciones de tratarlo de igual manera en todos mis negocios, en caso de que aparezca.

Alcé las cejas.

—No puede, en serio, estar tratando de comprarme.

—No crea. Soy consciente de que su opinión sobre mí y mi negocio es la que es, no me engaño. Lo considero una medida preventiva. A buen juicio, creo que mis edificios tienen una posibilidad considerablemente menor de salir ardiendo tras una visita suya si lo trato como a un sultán. No se me ha olvidado la suerte que corrió el anterior Velvet Room.

Murphy gruñó sin apartar su cautelosa mirada de Marcone.

—Tiene sentido, Dresden.

—Eso solo ocurrió una vez... —murmuré. Algo en uno de los sobres reclamó mi atención y eché mano al bolsillo del guardapolvos para sacarlo.

Hendricks era grande, pero no lento. Tenía su arma en la mano antes de que yo hubiera llegado siquiera a tocar el sobre.

Murphy buscó la suya bajo la ancha camisa.

—Quietos. Los tres. —La voz de Marcone fue como un látigo.

Obedecemos; era la respuesta automática a la completa autoridad de su tono de voz. Por algo Marcone era el dueño de Chicago.

Él no se había movido; de hecho, ni siquiera había parpadeado.

—Señor Hendricks —intercedió—, agradezco su recelo, pero si el mago quisiera hacerme daño no necesitaría un arma oculta para ello. Por favor.

Hendricks emitió otro gruñido y guardó el arma.

—Gracias. —Marcone se volvió hacia mí—. Confío en que sabrá perdonar la sensibilidad del señor Hendricks. Como buen guardaespaldas, es muy consciente de que cada vez que usted se involucra en mis negocios, Dresden, las cosas se ponen mucho más peligrosas.

Los miré a ambos con gesto hosco. Saqué los sobres doblados del bolsillo de mi guardapolvos y los solté junto a la bolsa del gimnasio.

—No pasa nada, ¿vale, Murph?

Murphy permaneció quieta un momento, con la mano bajo la camisa el tiempo suficiente para dejar claro que nadie le ordenaba nada. Luego, la volvió a poner en su regazo.

—Gracias —dijo Marcone—. Bien, ¿vamos a seguir peleando o vamos a pasar a tratar el motivo de su visita, Dresden?

—Necesito información sobre una mujer que trabajó aquí.

Marcone parpadeó una sola vez.

—Continúe.

—Se llamaba Jessica Blanche. Encontraron su cuerpo hace unos días. En la autopsia no hallaron una causa de la muerte. Yo sí lo hice. Tengo otros cuerpos. Creo que las muertes están relacionadas. Necesito encontrar la conexión entre Jessica y las otras víctimas para averiguar qué demonios está pasando.

—Es una información muy específica —dijo Marcone—. Mi conocimiento de las operaciones del local es solo general. La encargada estará más familiarizada que yo con esos detalles.

—La señorita Demeter, supongo.

—Sí. Estará aquí en breve.

—O incluso antes —intervino una voz femenina.

Me volví hacia la puerta.

Una mujer entró por ella, vestida con un sombrero conjunto de chaqueta y falda negra, blusa blanca, zapatos bajos también negros y un collar de perlas. Cruzó con calma la oficina, se colocó detrás de Marcone y apoyó la mano izquierda en su hombro derecho.

—Vaya, Dresden —murmuró Helen Beckitt—. Ha tardado mucho.

Capítulo 29

Contemplé la escena en silencio. Marccone enseñó nuevamente los dientes.

—No creo que sea de buena educación regodearse —le murmuró Helen.

—Si conocieras al tipo, te darías cuenta de lo preciado de este momento —respondió—. Lo estoy saboreando.

Murphy miró a Helen, luego me miró a mí y, de nuevo, volvió la vista hacia ella.

—¿Harry?

—Espera —dije levantando una mano. Cerré los ojos un segundo, persiguiendo una docena de intrincados caminos de furibunda lógica y motivación para tratar de encajarlos con los hechos.

Los hechos, tío. Solo los hechos.

Hecho n.º 1: Los operativos de la Casa Skavis y la Casa Malvora habían cometido una serie de asesinatos que trataban de inculpar a los centinelas.

Hecho n.º 2: La Casa Raith, su enemigo más fuerte, liderada por el rey Blanco (o algo así), había seguido una política de armisticio con el Consejo Blanco.

Hecho n.º 3: Aquel zopenco de Madrigal entró en el juego para apoyar a Malvora ocupándose de uno o dos asesinatos, evidentemente para llamar mi atención.

Hecho n.º 4: Thomas, aun sabiendo las letales intenciones de sus colegas vampiros de la Corte Blanca, no compartió nada de información conmigo.

Hecho n.º 5: Las víctimas eran, por norma, mujeres con talento mágico.

Hecho n.º 6: Los vampiros viven mucho, mucho tiempo.

Hecho n.º 7: En este cementerio lleno de cadáveres de menores practicantes de magia, una chica normal, la joven llamada Jessica Blanche, había sido asesinada. Su única conexión con las demás era Helen Beckitt.

Hecho n.º 8: Helen Beckitt trabajaba para Marccone.

Hecho n.º 9: No me gusta Marccone. No confío en él. No creo nada de lo que dice. Nunca lo he disimulado. Marccone lo sabe.

—Maldita sea —susurré sacudiendo la cabeza. Las cosas se ponían siempre feas cuando aparecía Marccone. Y yo que pensaba que los niveles de peligro ya habían superado la cota máxima.

Estaba equivocado. Muy, muy equivocado.

Necesitaba la respuesta a una pregunta para estar seguro de lo que estaba pasando, aunque creía conocer cuál era; el problema era si aquella respuesta sería sincera o no.

No podía permitirme equivocarme.

—Helen —dije—. Si no le importa, me gustaría hablar con usted a solas.

Una pequeña sonrisa congració su boca. Respiró hondo y expulsó el aire lentamente, satisfecha.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dijo Marcone—. No reacciono bien cuando alguien amenaza o hace daño a mis empleados. Dresden lo sabe.

—No, está bien —me concedió Helen.

Miré a mi lado.

—Murph...

No parecía muy contenta, pero asintió.

—Estaré fuera.

—Gracias.

Murphy salió bajo la atenta mirada de los pequeños ojos de Hendricks. Marcone también se levantó y se marchó sin mirarme. Hendricks fue el último en salir, cerrando la puerta al hacerlo.

Helen pasó ligeramente un dedo por las perlas de su collar y se acomodó en la silla al otro lado del escritorio. Parecía muy cómoda y confiada en ella.

—¿Y bien?

Me senté en una de las sillas delante del escritorio y sacudí la cabeza.

—Jessica Blanche trabajaba para usted —dijo.

—Jessie... —La ojos muertos de Helen se pasearon un momento por sus manos, entrelazadas en la mesa—. Sí. Vivíamos cerca, por cierto. La traía al trabajo varios días a la semana.

Fue entonces cuando Madrigal las vio juntas en público, seguramente sin su atuendo profesional, y el muy imbécil supuso que la señorita Blanche era otra integrante de la Ordo. A partir de ahí, no debió de resultarle difícil acercarse a la chica con su dinámica de íncubo y llevársela a una habitación de hotel en busca de un poco de diversión y una muerte extática.

—Usted y Marcone —continué—. Es algo que no puedo llegar a entender, pensaba que lo odiaba. Demonios, traficó usted con poderes oscuros, ayudó a crear una droga muy adictiva, colaboró con la Sombra para matar gente y hacerle daño...

—No existe una gran diferencia entre el odio y el amor —apuntó—. Ambos están enfocados hacia otra persona. Ambos son intensos, apasionados.

—Y no hay mucha diferencia entre matar y catar, si solo te fijas en las letras. —Me encogí de hombros—. Y aquí está, trabajando para Marcone. Convertida en una madame.

—Soy una exconvicta, señor Dresden —respondió—. Manejaba cuentas con un valor total de cientos de millones de dólares. No era apropiado que trabajara de camarera en un restaurante.

—Haber estado en la cárcel no mejoró su currículum, ¿verdad?

—Ni las referencias —respondió, y sacudió la cabeza—. Mis razones para estar aquí no son asunto suyo, Dresden, y no tienen nada que ver con el problema que tenemos entre manos. Pregunte lo que tenga que preguntar o salga de aquí.

—Tras separarse de las otras mujeres de la Ordo esta misma noche —comencé—, ¿las llamó por teléfono?

—De nuevo —dijo en voz baja—, seguimos en punto muerto, exactamente igual que antes. No importa lo que diga, ya que tiene la clara intención de no creerme.

—¿Las llamó o no? —pregunté de nuevo.

Me miró fijamente, con los ojos tan vacuos e inexpresivos que su elegante atuendo negro adquirió un cariz fúnebre. No sabría decir si era más propio de una viuda o un cadáver. Entonces, entornó los ojos y asintió.

—Ya veo. Quiere mirarme a los ojos. El concepto es un poco melodramático, pero creo que se llama visión del alma, ¿no?

—Sí —dijo.

—No sabía que era un detector de mentiras.

—No lo es —dije—. Pero me revelará qué clase de persona es usted.

—Sé la clase de persona que soy —contestó—. Estoy al borde de ser una psicópata funcional. No tengo corazón, soy calculadora, vacía y siento muy poca empatía por los demás seres humanos. De todas maneras no me cree, ¿verdad?

La observé un instante.

—No —dije en voz muy baja—. No creo que pueda.

—No tengo intención de probarle nada. No me someteré a semejante invasión.

—¿Aunque suponga la muerte de otras de sus amigas de la Ordo?

Albergó una mínima duda antes de responder.

—No he sido capaz de protegerlas hasta ahora. A pesar de todo... —Se calló y sacudió una sola vez la cabeza. La confianza retornó a sus facciones y a su voz—. Anna cuidará de ellas.

La miré fijamente un segundo y ella hizo lo propio, con frialdad, centrándose en un punto sobre mis cejas, evitando así un contacto ocular directo.

—¿Anna es importante para usted? —le pregunté.

—Más que nadie en este momento —respondió—. Fue amable conmigo sin tener un motivo para ello. No obtenía ningún beneficio. Es una persona de gran valía.

La observé con detenimiento. He trabajado mucho, tanto de mago como de investigador profesional. La magia es muy intrigante y útil, pero no necesariamente te enseña cosas sobre la gente. Es mejor para aprender de uno mismo.

El negocio de la investigación, por el contrario, se basa en la gente. Consiste en hablar con ellos, hacer preguntas y escuchar sus mentiras. La mayoría de los casos por los que son contratados los investigadores tienen que ver con la mentira. He visto mentirosos de todas las formas, tamaños y estilos. Mentiras gordas, mentirijillas, mentiras inocentes, mentiras piadosas. Las peores mentiras casi siempre tienen que ver con el silencio, o con una verdad tan manchada de engaño que ha podrido su núcleo.

Helen no me estaba mintiendo. Puede que en el pasado fuera peligrosa, que tuviera intención de practicar magia negra en busca de venganza, que fuera fría y distante... pero ni por un segundo trató de ocultar nada ni negó que hubiera ocurrido.

—Oh, Dios —dije con calma—. No lo sabe, ¿verdad?

Me miró ceñuda durante un momento, entonces su rostro cambió y se volvió más pálido.

—¡Oh! —Cerró los ojos y dijo—: Oh, Anna, pobre tonta. —Los volvió a abrir un momento después. Se aclaró la garganta y me preguntó—: ¿Cuándo?

—Hace unas horas. En la habitación del hotel. Suicidio.

—¿Y las demás?

—A salvo. Escondidas y bajo vigilancia. —Respiré hondo—. Tengo que estar seguro, Helen. Si de verdad le importan algo, tiene que cooperar. Tiene que ayudarme.

Asintió una sola vez, con la mirada distante.

—Por ellas —dijo, y me miró a los ojos.

El fenómeno conocido como visión del alma es bastante misterioso. Nadie ha sido nunca capaz de entender cómo funciona realmente. Las mejores descripciones que se han hecho sobre él han sido siempre más poéticas que otra cosa.

Los ojos son la ventana del alma.

Al mirar fijamente a un mago, la esencia de quién y qué eres queda al descubierto. Cada persona lo percibe de diferente manera. Ramírez me contó una vez que él oía una especie de tema musical que acompañaba a la persona a la que miraba. Otros veían el alma como una serie de imágenes congeladas. Mi interpretación de la visión del alma era, tal vez de forma inevitable, una de las más azarosas y confusas de las que había oído hablar. Veo a la persona como un símbolo o una metáfora, a veces en vista panorámica y con sonido envolvente, otras, detrás de una neblina translúcida y unos obsesivos susurros.

Y quien era sometido a una visión del alma también le podía echar un vistazo al otro. Cualesquiera que fueran los poderes universales que gobernaban ese tipo de cosas, no contemplaron la posibilidad de que las ventanas del alma estuvieran tintadas por uno de los lados. Ves y te ven, y a los dos que se miran se les queda todo grabado de manera permanente.

Para mí es arriesgado mirar a alguien a los ojos. Cualquier ser humano sabe de lo que estoy hablando. Inténtenlo. Acérquense a alguien de buenas a primeras y mírenlo a los ojos. Al principio se siente una ligera sensación de ir a la deriva, durante los primeros dos o tres segundos. Acto seguido, una inconfundible sensación de repentino contacto, de intimidad. Ahí es cuando la gente corriente empieza a toser y aparta la mirada. Los magos, por el contrario, realizamos el trayecto completo de una visión del alma.

Pensándolo bien, no debería sorprenderme que al mirar a los ojos de Helen la cosa se pusiera incómodamente íntima antes de que pasara un segundo y...

...Y estuviera en Chicago, en uno de los parques del lago Míchigan. ¿Calumet, quizás? Desde donde estaba no podía ver bien los rascacielos, así que era difícil estar seguro.

Lo que vi fue a la familia Beckitt: marido, mujer e hija, una pequeña de unos diez u once años. Se parecía a su madre, una mujer con pequeñas arrugas en los ojos y una sonrisa de dientes blancos que poco tenía que ver con la Helen Beckitt que yo conocía. En cualquier caso, era ella.

Estaban haciendo un pícnic familiar. El sol se estaba poniendo en la tarde de verano y la dorada puesta de sol daba paso al crepúsculo en su paseo de vuelta al coche. La madre y el padre balanceaban a la niña en el aire, cada uno la cogía de una mano.

No quería ver lo que estaba a punto de pasar. No tenía elección.

Un aparcamiento. El sonido de un coche a toda prisa. Maldiciones amortiguadas, comprimidas por el miedo, y luego un coche virando en la carretera y disparos de pistola saliendo de la ventanilla del pasajero. Gritos. Alguna gente se lanzó al suelo. La mayoría, incluidos los Beckitt, se quedaron petrificados por la sorpresa. Más sonidos, un estruendoso traqueteo a tres metros de distancia.

Al mirar por encima del hombro vi a Marcone. Parecía muy, muy joven.

No vestía traje, sino vaqueros y una chaqueta negra de cuero. Llevaba el cabello algo más largo, un poco alborotado, y la barba de dos días que le gustaría a la típica chica que fantasea con tener una aventura con un chico malo.

Tenía los ojos verdes, claro, pero de un tono distinto al actual; eran brillantes, inteligentes y depredadores, pero estaban tocados por algo... diferente. Humor, tal vez. Vida. Y estaba más delgado, aunque no mucho más, pero me sorprendía el aspecto tan juvenil que le conferían aquellos detalles.

Marcone se agachó junto a otro joven, un matón ya fallecido al que hace unos años bauticé como Spike. El matón había sacado la pistola y estaba disparando al coche en movimiento. El cañón de la Colt modelo 1911 seguía al vehículo y la familia Beckitt se interpuso en su recorrido.

Marcone gritó algo y apartó el cañón de la familia. El disparo de Spike se desvió y acabó en el lago. Se produjo una última ráfaga de disparos procedente del coche en movimiento antes de que este se alejara. Marcone y Spike se metieron en su propio coche y huyeron de la escena. Spike conducía.

Marcone miró hacia atrás.

Dejaron a su espalda el cuerpo roto de la pequeña, inerte y cubierto de sangre.

Helen fue la primera en darse cuenta de lo que había pasado, al mirarse la mano que sostenía a su hija. Se volvió hacia su pequeña, gritando.

Tras los disparos, el silencio era ensordecedor.

No quería presenciar aquello pero, de nuevo, no tenía elección.

La niña no estaba inconsciente. Había mucha sangre. El padre también gritaba, arrodillado junto a Helen, tratando de detener la hemorragia. Se quitó la camisa para presionar con ella el tronco de la chica. Le dijo algo a Helen y fue a buscar un teléfono.

La chica resistía a duras penas; la camisa blanca se llenaba de sangre en las manos de Helen.

Aquella fue la peor parte.

La niña estaba sufriendo. Gritaba. Tenía la esperanza de que el sonido resultara horrible e inhumano, pero no era así. Era el sonido de cualquier persona joven que de repente se enfrentaba por primera vez a un dolor real y profundo.

—Owie —decía una y otra vez con voz ronca—. Owie, owie, owie.

—Nena —dijo Helen. Las lágrimas le bloqueaban la vista—. Estoy aquí, estoy aquí.

—Mamá, mamá, mamá —dijo la niña—. Owie, owie, owie.

Eso decía.

Una y otra vez.

Lo dijo durante tal vez un minuto.

Entonces cayó el silencio.

—No —dijo Helen—. No, no, no. —Bajó la mano y palpó el cuello de su hija, acto seguido apoyó la oreja en su pecho—. ¡No, no, no!

Reparé en que sus voces sonaban casi idénticas. Estaban envueltas en la misma angustia, la misma incredulidad.

Contemplé a Helen haciéndose pedazos, balanceándose adelante y atrás, tratando de hacerle la respiración boca a boca a la pequeña figura silente mientras las lágrimas la cegaban. El resto eran imágenes difusas, sin importancia. Las figuras fantasmales de su marido, policías y paramédicos. Tenues ecos de sirenas y voces, el órgano de una iglesia.

Yo ya sabía que los Beckitt querían destrozar a Marccone en venganza por lo que aquellos gánsteres le habían hecho a su hija, pero conocer la historia era una cosa, y ver la desgarradora agonía que la muerte de la pequeña le había infligido a la indefensa madre era otra. Y de repente, todo volvió a ser feliz de nuevo. Helen y su familia estaban riendo de nuevo. En un momento, volverían a caminar hacia el aparcamiento; ya se oía el motor del coche cuyos matones fallarían el tiro destinado a Marccone y matarían a la niña.

Aparté los ojos de aquello y luché para que la visión del alma terminara.

No podía soportarlo otra vez, no quería revivir aquel terrible momento que había convertido a Helen en lo que era ahora.

Volví en mí. Estaba girado hacia un lado, apoyado en el bastón y con la cabeza hacia el suelo.

Transcurrió un prolongado silencio antes de que Helen hablara.

—No llamé a nadie de la Ordo, Dresden.

No lo había hecho. Ahora estaba seguro.

Si Helen no había hecho a la Ordo dar vueltas por toda la ciudad, exponiendo su vulnerabilidad y aumentando el riesgo de que el Skavis las encontrara, alguien tenía que ser el responsable.

Priscilla.

Fue ella quien recibió las llamadas e informó a las demás de las conversaciones con Helen. Eso significaba que trabajaba para el asesino, engañando a Anna y a las otras en su nombre, separando a una de las mujeres de la seguridad del grupo para que el asesino la eliminara.

En ese preciso momento levanté la cabeza y abrí los ojos de par en par.

Hecho n.º 10: En mitad del verano de Chicago, Priscilla, una mujer nada guapa, iba siempre con cuello vuelto.

Priscilla no estaba trabajando para el Skavis.

Priscilla era el Skavis.

Y yo la había dejado con Olivia, Abby y todas aquellas mujeres y niños.

Depredadores. Los de la Corte Blanca eran depredadores. El Skavis sabía que me estaba acercando, que pronto encontraría a Helen y esta me contaría la verdad, o que yo la descubriría por mí mismo. Ante la posibilidad de lo primero, arreciaron sus instintos de supervivencia.

Me mandó tras Helen a propósito, lo planeó. El Skavis pretendía quedarse a solas con sus objetivos.

No. No, aquellas mujeres no eran su objetivo. No suponían una amenaza para él. El Skavis había decidido luchar. Había aislado a un objetivo, igual que cuando cazaba a mujeres indefensas. Se trataba de una que podía resultar una amenaza mortal para él si llegaba a averiguar su verdadera identidad. Una que sería vulnerable si se acercaba a ella con aquel disfraz.

—Oh, Dios —me oí decir—. Elaine.

Capítulo 30

Murphy salió del edificio diez segundos después que yo.

—Thomas ha respondido al teléfono, dice que va de camino. En realidad sonaba un poco ido. He llamado a las dos habitaciones, pero las llamadas se desvían al buzón de voz del hotel —me informó, guardándose el móvil al tiempo que se acercaba a mí.

—¿Las llamadas se desvían solas?

—No, tienes que llamar a recepción y pedir el servicio.

—Maldita sea —dije, y le tiré mis llaves—. El Skavis lo tenía todo planeado. Conduce tú.

Murphy parpadeó sorprendida, pero se metió rápidamente en el Escarabajo.

—¿Por qué?

—Voy a intentar llegar hasta Elaine a mi manera. —Abrí la puerta del pasajero precipitadamente, quería entrar enseguida—. Tenemos que llegar lo antes posible.

—¿Magia en el coche? ¿No te lo cargarás?

—¿Este coche? Seguro que no —dije—. Espero que no. —Arrojé el bastón al asiento de atrás.

—¡Ay! —se quejó una voz.

La pistola de Murphy apareció tan rápido como mi vara; su punta brillaba con una incandescencia escarlata.

—¡No dispaes, no dispaes! —berreó una voz invadida por el pánico. Un instante después, Molly apareció en el asiento de atrás, con las piernas pegadas al pecho, los ojos muy abiertos y el rostro muy pálido.

—¿Molly? —grité—. Maldita sea, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—He venido a ayudar. He sido lo bastante hábil para seguir tu coche, ¿no lo ves?

—¡Te dije que te quedaras en casa!

—¿Por lo de esa estúpida pulsera? —me preguntó—. Es la mayor estafa de la historia. Yoda no le dio nunca una a...

—¡Fuego! —exclamé por pura frustración.

Mi inclemente ansiedad salió disparada de la punta de mi vara, unida a mi rabia, en forma de una lanza de fuego escarlata. Impactó en un cubo de basura frente al edificio de Marcone y... bueno, si dijera que se vaporizó estaría presumiendo. Hasta para mí era difícil hacer algo así. Lo que provocó fue una lluvia de metal derretido que bañó el exterior del edificio al tiempo que el contenedor se hundía en un socavón de medio metro en la acera. Se rompieron cristales, varias paredes se agujerearon y algunos marcos de madera empezaron a arder. El impacto hizo vibrar todas las ventanas a cien metros a la redonda y destrozó la cubierta de la farola más cercana, de modo que ahora proyectaba una iluminación fracturada. También saltaron media docena de alarmas de incendios.

Me volví hacia Molly y la encontré mirándome con la boca abierta. Mi sombra, proyectada por los pequeños incendios y la farola rota, se cernía sobre ella.

—¡Yo no soy Yoda, joder! —estallé.

Me quité el guante de la mano izquierda y lo sostuve en alto, con los dedos extendidos. Su aspecto no era tan horroroso como antes, pero todavía era lo bastante desagradable como para causar impresión en una chica de diecinueve años.

—¡Esto no es una maldita película, Molly! Si la cagas, no desapareces y dejas atrás una capa vacía. No te congelan en carbonita. A estas alturas, ya deberías saberlo.

Parecía sorprendida. Podía maldecir algunas veces, pero no solía blasfemar; al menos estando cerca de Michael y su familia. No creo que Dios se moleste mucho por que se me vaya un poco la lengua de vez en cuando, pero le debo bastante a Michael como para respetar sus deseos respecto a aquella particular faceta de la profanidad. Casi siempre.

Demonios, la injuria se creó para dar un énfasis adicional a las palabras cuando su mero significado no era suficiente. Y en ese momento me sentía bastante enfático.

Vociferando, ahuequé la mano izquierda, concentré mi rabia, y una esfera de luz y calor floreció a la vida. No era grande, tendría el diámetro de una moneda de diez centavos, sin embargo brillaba como un sol pequeño.

—Harry —dijo Murphy. Le temblaba un poco la voz—. No tenemos tiempo para esto.

—¿Crees que estás preparada? —le dije a Molly—. Muéstramelo.

Soplé la esfera y esta voló hacia el rostro de Molly desde mi mano.

—¿Qué?

—Páralo —dije con voz fría—. Si puedes.

Tragó saliva y levantó una mano. Noté que trataba de controlar la respiración y concentrar su voluntad. Sus labios murmuraban los pasos que yo le había enseñado.

La esfera no dejó de acercarse a ella.

—Será mejor que te des prisa —añadí. No hice nada por ocultar la rabia o el desprecio en mi voz.

Aparecieron pequeñas gotas de sudor en su piel. La esfera redujo la velocidad, pero no se detuvo.

—Está a noventa grados de temperatura —apostillé—, convertiría la arena en cristal. No creo que le sienta muy bien a tu piel.

Molly alzó la mano izquierda y tartamudeó una sola palabra, pero su voluntad dudó y falló, creando apenas un puñado de chispas.

—Los malos no te van a dar tanto tiempo —espeté.

Molly siseó (hay que reconocerle que no se pusiera a gritar) y se alejó todo lo que pudo del fuego. Levantó un brazo para protegerse los ojos.

Durante un segundo, sentí el loco impulso de dejar que el fuego se acercara un poco más. *No hay nada más pedagógico que una mano chamuscada*, susurró una parte oscura en mi interior. Que me lo digan a mí.

No obstante, flexioné los dedos, usé mi voluntad para finalizar el hechizo y la esfera desapareció.

Murphy, de pie al otro lado del coche, me miraba fijamente.

Molly bajó la mano, moviendo el brazo como si le dieran pequeñas descargas. Se quedó allí sentada, temblando y mirándome. El pirsin de su lengua entrechocaba una y otra vez con sus dientes.

Las miré a los dos y sacudí la cabeza. Recuperé el control de mi temple. Me agaché, metí la cabeza en el coche y miré a Molly a los ojos.

—Esto va en serio, pequeña —dije en voz baja—. Ya te lo he dicho otras veces. La magia no es la solución a todos los problemas. Sigues sin escuchar.

Los ojos de Molly, asustados y enfadados, se llenaron de lágrimas. Apartó la cabeza y no dijo nada. Trató de no hacer ningún ruido, pero es difícil quitarse la cara de póquer cuando un loco gritón ha estado a punto de quemártela. No había tiempo que perder, pero le concedí a la chica unos segundos mientras se me enfriaba la cabeza.

La puerta del edificio de Marcone se abrió y salió Hendricks.

Marcone le siguió un momento después. Observó los daños. Luego me miró. Sacudió la cabeza, sacó un móvil del bolsillo de la chaqueta y volvió dentro mientras Hendricks me mantenía clavado donde estaba con sus diminutos ojos brillantes.

Los hechos de los que había sido testigo durante la visión del alma de Helen Beckitt continuaban rabiosamente frescos en mi memoria, así seguirían siempre. Marcone me había parecido mucho más joven con el pelo largo y alborotado y la ropa informal. O tal vez perdió la juventud al ver morir a la hija de Helen.

Aquel pensamiento se dio de bruces con la rabia que sentía en mi interior y me controlé ahora que aún podía. Respiré hondo. No le haría ningún favor a nadie si actuaba guiado por la rabia y sin usar la cabeza. Volví a respirar hondo y, al girarme, vi que Murphy estaba en movimiento.

Rodeó el coche y se puso delante de mí.

—¿Has acabado ya? —me preguntó con gesto grave—. ¿Quieres hornear un pavo, prenderle fuego a un parque infantil o algo así? El bis podría ser aterrorizar a un grupo de *boy scout*.

—Y luego quizás pueda decirte cómo hacer tu trabajo —proferí—, justo después de enterrar a la gente que haya muerto por quedarnos aquí de pie sin hacer nada en vez de movernos.

Entornó los ojos. Ninguno de los dos nos miramos ni nos movimos siquiera un centímetro. El desplante no fue largo, pero fue bastante intenso.

—Ahora no —dijo—. Ya hablaremos. Esto no ha acabado.

Asentí.

—Luego.

Nos subimos al Escarabajo, Murphy lo arrancó y nos pusimos en marcha.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas por el camino?

Calculé las distancias en mi cabeza. El hechizo de comunión con Elaine fue creado para utilizarse a una distancia de dos metros como máximo. Lo habíamos usado sobre todo, ejem, a bastante menos. Supongo que podría ampliar el alcance alrededor de kilómetro y medio, tal vez. No era tan simple como verter más poder en el hechizo, pero tampoco era demasiado complicado. Aquello me concedió unos minutos para tranquilizar la respiración mientras Murphy conducía. Entretanto podía hablar, de hecho, me ayudaría a mantener la mente alejada del temor que me causaba la situación de Elaine. Ah, la razón, ese supresor del miedo... o un buen lugar para meter la cabeza en la arena.

—Adelante —le dije. No presté atención a Molly, prefería dar a la pequeña tiempo para pensar en su lección y recuperarse. No le gustaba que nadie la mirara cuando estaba nerviosa.

—¿Por qué crees que tu ex está en peligro? —preguntó Murphy—. ¿No debería ese Skavis salir huyendo ahora que sabe que tú estás involucrado?

—Si estuviera trabajando solo, sí —dije—. Eso sería lo más inteligente. Pero no va a huir, va a pelear.

—¿Entonces qué? ¿Tiene ayuda?

—Tiene rivales —repuse.

—Sí. Capa Gris y Madrigal Raith. —Murphy sacudió la cabeza—. ¿Qué significa eso?

—Considéralos depredadores —expliqué—. Un depredador ha clavado los dientes en algo bueno para comer.

—Carroñeros entonces —dijo Murphy—. ¿Tratan de arrebatarle la presa?

—Sí —afirmé—. Creo que eso es lo que están haciendo.

—¿Te refieres a Elaine? —dijo Murphy.

Sacudí la cabeza.

—No, no. Es algo más abstracto. El Skavis es metódico, mata a mujeres con talento mágico. No tendría por qué hacer eso para sobrevivir, puede alimentarse de seres humanos.

—Entonces, ¿por qué ha escogido esos objetivos? —preguntó Murphy.

—Exacto —convine—. ¿Por qué ellas? No es una cuestión de alimento, Murphy. Es un juego de poder.

—¿Poder? —irrumpió Molly desde el asiento trasero.

Me giré y le dediqué una mirada que reprimió al instante su interés. Se volvió a

hundir en su asiento.

—La Corte Blanca —concluí—. Todo este asunto, de principio a fin, es una lucha de poder de la Corte Blanca.

Murph se quedó callada un segundo, absorbiendo aquello.

—Entonces... es mucho más complicado que unas muertes en varias ciudades.

—Si estoy en lo cierto —dije asintiendo—, sí.

—Adelante.

—De acuerdo. Y recuerda que a los vampiros de la Corte Blanca no les gusta pelear en público. Arreglan sus asuntos con sutileza. Van con pies de plomo, tiran de los hilos. La confrontación es para los perdedores.

—Lo pillo.

Asentí.

—El rey Blanco apoya las conversaciones de paz entre el Consejo y la Corte Roja. Creo que el Skavis intenta demostrar que no hacen falta conversaciones de paz, que nos tienen al borde del colapso y lo que deben hacer ahora es aguantar.

Murphy me miró con el ceño fruncido y abrió los ojos de par en par.

—Me dijiste en una ocasión que la magia se hereda, sobre todo por vía familiar.

—La ley sálica —apunté—. Fundamentalmente por la línea materna. Yo la heredé de mi madre.

Murphy asintió y devolvió la mirada a la carretera.

—¿Y cómo pueden empezar...? Desde su punto de vista, menguando el rebaño, imagino. Eliminando a las mujeres que tienen potencial para crear otros magos.

—Sí. El Skavis recorre una docena de ciudades de la nación más peligrosa para sus intereses y mata mujeres a discreción —argumenté—. Demuestra lo fácil que es. Identifica y caza a los mejores objetivos. De paso, crea desconfianza hacia el Consejo, provocando que las presas potenciales no se fíen de las únicas personas que pueden ayudarlas.

—Pero ¿qué espera conseguir? —dijo Murphy—. Es un solo tipo.

—Es exactamente lo que quiere que se diga —repuse—. Mira lo que un único vampiro ha conseguido trabajando solo. Mira qué fácil es. Raith es débil. Ha llegado el momento de extender la operación, ahora que el Consejo está debilitado, y a la mierda las conversaciones de paz. Cambio de guardia. Que la Casa Skavis lidere a partir de ahora.

—Y Capa Gris y Madrigal se han dado cuenta de que es un buen plan y están tratando de apuntarse en el último momento, de hacer a un lado al Skavis y llevarse el mérito del plan delante de la Corte —finalizó Murphy.

—Sí. Cantan al mismo son, solo tienes que sustituir Malvora por Skavis. —Sacudí la cabeza—. Lo peor de todo es que si Madrigal no tuviera una disputa personal conmigo, yo no me hubiera visto involucrado. Le hice quedar muy mal

cuando trató de subastarme en eBay, el Espantapájaros se acabó comiendo a su djinn y él se fue huyendo como una niña.

—¿Cómo una qué? —dijo Murphy, claramente ofendida.

—Ahora no es momento de ponerte quisquillosa —farfullé—. El orgullo herido de Madrigal le incita a dejar pistas que me implican; cree que Capa Gris o nuestro asesino Skavis le ayudarán a lidiar conmigo, pero se encuentran con otro problema.

—Thomas —dijo Murphy sin dudarlo.

—Thomas —confirmé—. Les arrebató sus objetivos para protegerlos.

—¿Y cómo las encuentra?

—Del mismo modo que ellos —dije—. Es un vampiro. Sabe los recursos que tienen y cómo piensan. Además, interviene a una escala tal que está arruinándoles el final del espectáculo a todos los involucrados en la trama.

Murphy asintió al entenderlo.

—Entonces Madrigal se agencia una banda de necrófagos con la intención de cargarse a su propio primo, pero se topa contigo y con Elaine.

—Eso es —acepté—. Madrigal es un perdedor, pero todavía puede dar algún golpe bajo y piensa: «Qué demonios, si el plan me sale bien recupero la hombría que el mago me arrebató».

—Todavía no entiendo por qué Thomas no dijo nada —admitió Murphy—. A ti, me refiero. Nunca creí que fuera capaz de ese secretismo.

—Eso es lo que me dio la pista —dije—. No hay muchas cosas que puedan hacer que Thomas se comporte así. De hecho, creo que él contaba con ello. Sabía que me enteraría.

Murphy sacudió la cabeza.

—Una llamada de teléfono hubiera sido más fácil.

—Si lo estaban vigilando, no. Y si había hecho una promesa, menos todavía.

—¿Vigilando? —dijo Murphy—. ¿Quién?

—Alguien que tiene más de una forma de controlarlo —expliqué—. Alguien de su familia que protege a la mujer que ama y que posee la clase de recursos necesarios para vigilarlo y la suficiente malicia para saber cuándo miente.

—Lara Raith —dijo Murphy.

—Su hermana mayor es una de las precursoras de las conversaciones de paz —dije—. Todos creen que es papá Raith, pero él es ahora una simple marioneta. El problema es que no mucha gente lo sabe.

—Si la autoridad de Raith es desafiada sin miramientos por el Skavis —concluyó Murphy atando cabos—, quedará al descubierto el hecho de que no tiene ningún poder. Y Lara tendría que luchar abiertamente.

—Un vampiro de la Corte Blanca al descubierto está perdido —dije—. Lara no podrá mantener el control sobre la Corte una vez se haya demostrado que ostenta el

poder del trono en la sombra. No solo le falta la fuerza necesaria para mantenerlo, sino que, a ojos del resto de la Corte Blanca, el simple hecho de que todo se descubra la convierte en una manipuladora incompetente y, por lo tanto, inapropiada para el liderazgo.

Murphy se mordió un labio.

—Si papá Raith cae, Lara cae. Y si Lara cae...

—Justine cae con ella... —dije, asintiendo—. Ya no podrá protegerla en nombre de Thomas.

—Por eso le pidió a Thomas que no acudiera a ti, ¿verdad? —dijo Murphy.

—No puede permitir que se sepa que le pidió ayuda al equipo rival, Murph. Incluso entre sus propios seguidores, eso supondría un desastre. Pero no olvides que sabe mover los hilos, tal vez mejor que nadie en activo ahora mismo. No le importaría que yo me involucrara y me topara con los agentes de Skavis y Malvora.

Murphy gruñó.

—Entonces le prohíbe a Thomas que hable contigo del tema.

—Es demasiado inteligente para eso; Thomas se pone tozudo cuando alguien pretende darle órdenes. Lara le hace prometer que guardará silencio, así consigue, de paso, lo único que sabe que le hará desafiar el espíritu de la promesa. No puede venir a hablar conmigo porque lo ha prometido, pero desea atraer mi atención.

—Ya veo —dijo Murphy—. Entonces le da la vuelta a la tortilla. Actúa descuidadamente a propósito. Se deja ver repetidas veces con las mujeres que está rondando.

—Y deja un montón de pruebas en una pared de su apartamento para que yo las vea, sabiendo que, cuando me involucre, voy a querer saber por qué ha sido visto con las mujeres desaparecidas cuando ni siquiera me coge el teléfono. No puede hablar conmigo del tema, pero me deja un mapa. —Me di cuenta de que mis pies estaban pisando un acelerador y un embrague imaginarios.

—Deja de moverte —dijo Murphy. El Escarabajo se sacudió al pasar sobre las vías del tren, marcando oficialmente nuestro paso al lado equivocado—. De todas formas, conduzco mejor que tú.

Hice una mueca, pues era cierto.

—Entonces, ahora mismo —continuó Murphy— crees que Priscilla es el topo del agente Skavis.

—No, ella es el agente Skavis.

—Creía que pensabas que era un hombre —dijo Murphy.

—¿No te parece raro que Priscilla lleve cuello vuelto en pleno verano?

Murphy dijo una palabra que no debería pronunciarse delante de niños pequeños.

—Si estás en lo cierto, va a cargarse a Elaine y a todas las madres.

—Y a los niños también —dije—. Y a cualquiera que se interponga.

—Ratón —dijo Molly en tono preocupado.

No le grité que se callara. Yo también estaba preocupado por él.

—El Skavis sabe que Ratón es especial. Vio la demostración. Es lo único que le ha impedido actuar antes. Si el vampiro hubiera utilizado sus poderes, Ratón lo habría notado y habría sido descubierto. Ratón es el primero de su lista.

Murphy asintió.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Llegar al motel —dije. Ya estábamos lo bastante cerca para comenzar a probar el hechizo.

—Voy a tratar de comunicarme con Elaine.

—¿Y luego?

—No puedo darle uso a ninguna cosa que haga lo que hace esta cosa —dije—. ¿Tú sí?

Sus ojos azules brillaron cuando el coche pasó bajo una solitaria farola.

—No.

—Y, según tengo entendido, ahora mismo estás de vacaciones.

—Y pasándolo requetebién —gruñó.

—Entonces no nos vamos a preocupar demasiado de reservarnos nada para después —concluí. Me volví y llamé Molly.

Casi pude oír cómo giraba la cabeza hacia mí.

—¿Eh? ¿Qué?

—¿Sabes conducir?

Guardó silencio un momento, luego asintió con un movimiento brusco de cabeza.

—Cuando salgamos, quiero que te pongas al volante y dejes el motor en marcha —le pedí—. Si ves venir a alguien, toca el claxon. Pero si ves a una mujer con un jersey de cuello vuelto salir corriendo, quiero que le pases el coche por encima.

—¿Yo? Pero... pero...

—Querías ayudar, ¿no? Pues vas a ayudar. —Me di la vuelta—. Hazlo.

Su respuesta llegó con la velocidad y el automatismo de un reflejo.

—Sí, señor.

—¿Y qué pasa con Capa Gris y Madrigal? —me preguntó Murphy—. Aunque eliminemos al Skavis, pueden aparecer en cualquier momento.

—De uno en uno —dije—. Conduce.

Entonces cerré los ojos, acudí a mi voluntad y esperé ser capaz de llamar a Elaine... y que estuviera viva para oírme.

Capítulo 31

Cerré los ojos y bloqueé mis sentidos, uno por uno. El olor del coche y del desodorante de Murphy fueron lo primero en desaparecer. Al menos, Molly había aprendido de la experiencia y prescindido de cualquier fragancia al tratar de usar el truco del velo por segunda vez. El sonido fue lo siguiente. El viejo y esforzado motor del Escarabajo, el ruido de los neumáticos en los baches de la carretera y la fuerza del viento, todo se desvaneció. Las luces de la noche de Chicago cesaron su irregular presión sobre mis párpados cerrados. Y el amargo sabor que el miedo dejaba en mi boca dejó simplemente de existir en cuanto me concentré en aquella improvisada variación del viejo y familiar hechizo.

Elaine.

Me apoyé en la misma imagen de siempre, la de Elaine durante nuestra primera visión del alma; la imagen de una mujer con poder, gracia y enorme temple superpuesta en el sonrojado rostro de una colegiala, desnuda por primera vez en compañía de su primer amante. Ya entonces sabía en lo que se iba a convertir, que sus desgarradas y torpes extremidades y las mejillas con tendencia a ruborizarse se transformarían en confianza, serenidad, belleza y sabiduría. Tal vez la sabiduría todavía estaba en desarrollo, como demostraba la elección de sus primeros amantes. Por otra parte, a pesar de ser ya adulto, mis elecciones respecto a casi todo me incapacitaban para juzgar a nadie.

Lo que ella no conocía por aquel entonces era el sufrimiento.

Es verdad que nos habíamos enfrentado a ciertas cosas que la mayoría de los otros niños no. Por supuesto, Justin se había ganado el honor de asemejarse a un pequeño Marqués de Sade gracias a sus métodos de enseñanza orientados al dolor. Sin embargo, todavía no habíamos aprendido que crecer consiste en que te hagan daño. Y en superarlo luego. Te hacen daño. Te recuperas. Sigues adelante. Las probabilidades de que te vuelvan a hacer daño son muy altas. Pero cada vez que sucede se aprende algo nuevo.

Y cada vez te vuelves un poco más fuerte, y, en algún momento, te das cuenta de que hay más tipos de dolor que de café. Está el dolor vacío de cuando se deja algo atrás: al graduarse, al dar el siguiente paso adelante, al alejarse de algo seguro y conocido camino de lo desconocido. Existe también el torbellino de dolor propio de cuando la vida echa abajo todos tus planes y expectativas. Los agudos achaques del fracaso y los dolores más oscuros causados por los éxitos que no resultan tal como creías. El dolor malsano y punzante de las esperanzas arrebatadas. Los pequeños y dulces dolores que causa encontrar a otros, darles tu amor y alegrarte del curso que toman sus vidas a medida que crecen y aprenden. Y el dolor constante de la empatía, al que haces caso omiso con tal de estar al lado de un amigo herido y ayudarlo a

soportar su carga.

Y si eres muy, muy afortunado vives ese raro, ardiente y pequeño dolor que se siente cuando te das cuenta de que te encuentras en un momento de absoluta perfección, un instante de triunfo, de felicidad o de alegría que, de manera irremediable, no es posible que dure pero, sin embargo, permanecerá contigo de por vida.

Todo el mundo ha caído en el dolor, pero olvidan algo muy importante al respecto: el dolor es para los vivos. Solo los muertos no son capaces de sentirlo.

El dolor forma parte de la vida. A veces es una parte importante y otras no lo es, pero, de cualquier manera, es una pieza del gran rompecabezas, la música de fondo del gran juego. El dolor hace dos cosas: te enseña, te dice que estás vivo. Luego pasa y te deja cambiado. A veces más sabio. A veces más fuerte. En cualquiera de los casos, el dolor siempre deja su huella, y todo lo importante que va a pasarte en la vida tiene, de una forma u otra, algo que ver con él.

Agregar dolor a la imagen de Elaine no era un proceso que consistiera en imaginar horrores, fantasear con la violencia o especular con el sufrimiento. No era diferente a lo que hace un artista que mezcla colores nuevos para añadir énfasis y profundidad a una imagen que, aunque brillante, no es fiel a sí misma o a la vida real. Así que tomé a la chica que conocía y le añadí los dolores a los que había tenido que enfrentarse la mujer con la que quería contactar. Elaine se había internado en un mundo que había dejado atrás desde hacía más de una década, y se encontró a sí misma luchando para enfrentarse a la vida sin depender de nadie más. Siempre me tuvo a mí y a Justin, así que, cuando ya no estuvimos, se refugió en una mujer llamada Aurora Sidhe en busca de ayuda y apoyo. Cuando ella también se esfumó, se quedó sola. Yo ya le había dado mi amor a otra persona, y Justin llevaba años muerto.

Sola en la ciudad, un ser diferente de todos los que la rodeaban, luchando por sobrevivir y construir una vida y un hogar.

Así que añadí al hechizo todos los padecimientos que yo mismo había sufrido. Desastres culinarios que había tenido que comerme de todos modos. Equipos y bienes que se rompen una y otra vez y necesitan constantes reparaciones. La locura de los impuestos y el ir por ahí tratando de abrirse camino entre una selva de números. Facturas atrasadas. Los trabajos desagradables que te causaban un horrible dolor de pies. Las miradas extrañadas de personas desconocidas cuando sucedía algo que se salía un poco de lo normal. La noche en que la soledad dolía tanto que te hacía llorar. El encuentro esporádico del que querías escapar para volver a tu apartamento vacío, con tanta ansia que estabas dispuesto a salir por la ventana del baño. Tirones musculares y achaques que nunca sufriste cuando eras más joven, el malestar por la, hasta cierto punto ridícula, subida del precio de la gasolina, la irritación que causaban los vecinos ruidosos, los famosos descerebrados de la tele y los políticos que podrían

encuadrarse en la mitad del espectro cuyos extremos eran «estafador» e «imbécil».

Ya se sabe. La vida.

Y su imagen en mi mente ganó profundidad, claridad, adquirió personalidad. No hay manera simple de describirlo, pero lo reconoces cuando lo ves. Los grandes artistas pueden hacerlo, pueden deslizarse en las sombras del significado y el pensamiento y en las de la verdad para adentrarse en algo tan sencillo como la sonrisa de una mujer llamada Mona Lisa, aunque no puedan decirte exactamente cómo lo consiguieron.

La imagen de Elaine adquirió sombras, defectos, carácter y fuerza. Desconocía los detalles de las dificultades por las que había pasado, pero me bastaba con hacer algunas conjeturas. Cuando me concentré, aquella imagen en mi mente me absorbió por completo, igual que una vez lo había hecho la de la joven e inmadura Elaine. Me acerqué a ella por medio de mis pensamientos y la toqué, soplando un apacible aliento vital mientras, dentro de las bóvedas de mi mente, susurraba su verdadero nombre, que ella me dijo libremente cuando éramos jóvenes.

Elaine Lilian Mallory.

Y la imagen volvió a la vida.

Elaine inclinó el rostro hacia adelante, el cabello le caía sobre él sin que ocultara del todo la profunda desesperación y el cansancio de su expresión.

—Elaine —le susurré—, ¿me oyes?

Sus pensamientos aparecieron ante mí como un eco borroso, como cuando en las películas quieren crear confusión y ponen una voz en *off*.

—Creía que podía cambiar las cosas. Una persona no puede. Una persona no puede cambiar las cosas. No en el mundo real. Dios, qué arrogancia. Y han pagado por ella.

Le inyecté más voluntad a mis pensamientos.

—¡Elaine!

Levantó la vista un momento, examinando confusa la habitación. Su imagen se iba definiendo poco a poco; se encontraba en una habitación bien iluminada, sin muchos rasgos destacables. Casi todo era de color blanco. Elaine inclinó de nuevo la cabeza.

—Confiar en mí para mantenerlas a salvo... casi hubiera sido mejor que yo misma apretara el gatillo. De todas maneras, soy demasiado cobarde para eso. Me limito a sentarme aquí. Dispongo las cosas de tal forma que no puedan fallar. No tengo que intentarlo. No tengo que preocuparme por ser nadie. Lo único que tengo que hacer es quedarme sentada.

No me gustaba cómo sonaba todo aquello.

—¡Elaine! —grité entre las bóvedas sin sentido de mi mente.

Miró de nuevo hacia arriba, parpadeando lentamente. Su boca empezó a moverse

a la vez que sus audibles pensamientos.

—No sé qué creía que iba a conseguir. Una mujer. Una mujer que se pasa la vida huyendo. Rompiéndose. Las hubiera ayudado más si hubiera terminado antes de empezar, en lugar de arrastrarlas conmigo.

Sus labios dejaron de moverse pero, muy vagamente, oí que sus pensamientos me llamaban.

—¿Harry?

Percibí una diferencia con los otros pensamientos.

—Me sentaré —murmuró—. Casi ha terminado. Ya no seré de nuevo una inútil. A sentarse y esperar, y ya no podré hacerle daño a nadie. No le fallaré a nadie más. Todo habrá acabado y podré descansar.

No parecía la voz de Elaine. Existían sutiles diferencias. Sonaba... como si alguien hiciera una imitación. Se parecía a ella, pero no era ella. Había demasiadas, aunque pequeñas, inconsistencias.

Entonces lo entendí.

Era el Skavis, introduciendo pensamientos desesperados y afligidos en su mente del mismo modo que un Raith insuflaría a su víctima de lujuria y necesidad.

La estaban atacando.

—¡Elaine Lilian Mallory! —la llamé, y mi voz resonó dentro de mi cabeza como un trueno—. ¡Soy Harry Blackstone Copperfield Dresden y te ordeno que me oigas! ¡Escucha mi voz, Elaine!

Se produjo un silencio repentino y, entonces, el pensamiento-voz de Elaine reaccionó, esta vez con mayor claridad.

—¿Harry?

Y sus labios se movieron.

—¿Qué demonios? —dijo la voz que no era la de Elaine.

Los ojos de Elaine se encontraron de repente con los míos y la habitación adoptó una forma nítida a su alrededor.

Estaba en el baño del hotel, dentro de la bañera, desnuda.

El aire estaba denso por el vapor. Sangraba por un ancho corte en la muñeca. El agua estaba roja, el rostro terriblemente pálido, pero sus ojos no parecían nublados o idos. Todavía no.

—¡Elaine! —tronó mi voz—. ¡Estás sufriendo un ataque psíquico! ¡Priscilla es el Skavis!

Elaine abrió los ojos de par en par.

Alguien me dio una fuerte bofetada en la cara.

—¡Harry! —me gritó.

El mundo se abrió y se expandió a ambos lados con un acceso de movimiento y sonido cuando mis sentidos volvieron a mí. El Escarabajo estaba ocupando varias

plazas del pequeño aparcamiento del hotel, tenía las dos puertas abiertas. Murphy tiraba de mi guardapolvos con la mano que no llevaba la pistola y me sacudía.

—¡Harry! ¡Levanta!

—Oh —dije—. Estamos aquí.

Salí a trompicones del coche, no sin antes coger mis cosas. Entretanto, Molly se colocó al volante.

—¿Y bien? —preguntó Murphy—. ¿Contactaste?

Abrí la boca para contestar, pero antes de que lo hiciera todas las luces se atenuaron. No es que se apagaran, no lo hicieron, simplemente menguaron, igual que el foco de una linterna si cubres el cristal. Era el mismo efecto que extraer el aire que rodea a una lumbre, la llama se atenuaría si una fuerza lo bastante grande absorbiera el fuego, lo inhalara.

Algo grande y con una respiración muy honda.

Una voz que resonaba con una rabia fría recorrió el aire, levantando a su paso una capa de polvo en forma de ola al tiempo que se extendía un clamor parecido al eco de un clarinete.

—¡*Fulminaris!*

Se produjo un resplandor de luz verde y blanca tan brillante que para mis recién despiertos sentidos supuso dolor físico incluso; el rugido fue tan intenso que hubiera podido ahogar a una banda de música. La pared frontal de la habitación del hotel que habíamos alquilado ese mismo día salió disparada del edificio hacia la calle.

Levanté el escudo sobre mi cabeza antes de que comenzaran a llovernos los restos. Gracias a él pude proteger de los cascotes a Murphy, a mí mismo, al parabrisas del Escarabajo y a la chica que miraba con los ojos de par en par a través de él. Escudriñé entre los fragmentos de edificio, muebles y rocas que caían y conseguí distinguir una figura humana rota, con la cabeza apoyada en la calle y los pies sobre la acera. El cuello vuelto de Priscilla estaba ardiendo, y el cabello que le salía del cráneo quemado y ennegrecido estaba bastante alborotado. Se arrancó el jersey, sumida en un tembloroso y desorientado ataque de pánico y revelando un sujetador con relleno. También se lo arrancó, y lo que quedó, si bien esbelto y lampiño, era obviamente el torso de un hombre pálido y afeminado.

Se produjo un movimiento en las fauces abiertas de lo que había sido la habitación de hotel de Elaine, y una mujer apareció entre los escombros. Iba vestida con la cortina de plástico de la bañera. Tenía una gruesa cadena enrollada alrededor del brazo izquierdo, cinco centímetros por encima del ensangrentado corte de la muñeca; un improvisado torniquete. Estaba seca para venir de donde venía, y el cabello le flotaba sobre la cabeza, crepitando con pequeños destellos de electricidad estática cada vez que se movía. Se desplazó con parsimonia y cuidado por el suelo sembrado de cascotes. En la mano derecha llevaba un pequeño trozo de madera

tallada que parecía una enorme espina de algún tipo, y apuntaba con el extremo afilado hacia el hombre semidesnudo del aparcamiento. Partículas del pequeño rayo verde revoloteaban alrededor del filo de la varita, parpadeando de vez en cuando al tocar los objetos cercanos y emitiendo sonidos similares a pequeñas explosiones.

Con los ojos entornados, Elaine mantuvo la pequeña y mortífera varita fija en el Skavis.

—¿Quién es ahora la zorra inútil? —dijo con voz seca y áspera.

Me limité a mirar fijamente a Elaine. Después, intercambié una mirada con Murphy, quien parecía tan sorprendida e impresionada como yo mismo.

—Murph —apunté—, creo que sí conseguí contactar.

El agente Skavis se puso en pie y se dirigió hacia nosotros, tan rápido como un pensamiento.

Levanté mi bastón y liberé una descarga de energía. Puede que el Skavis fuera muy fuerte, pero una vez en el suelo, sin nada a lo que empujar, era un cuerpo con masa y aceleración. El golpe de mi bastón lo zarandeó en el aire y acabó aterrizando en el suelo, no muy lejos del Escarabajo. Enseguida le propiné un nuevo golpe que lo arrojó al otro lado del aparcamiento y aumentó la distancia entre nosotros.

—Gracias, Harry —dijo Elaine forzando el tono áspero de su voz. A continuación, alzó la varita y espetó—: *¡Fulminaris!*

Apareció otro resplandor de luz cegadora, resonó otro trueno casero y un globo de luz verde y blanca rodeó al vampiro. Se oyó un grito y el cuerpo cayó al suelo, con un hombro y gran parte del pecho ennegrecido. Olía a beicon quemado.

Elaine levantó la mandíbula mostrando el brillo en sus ojos. Bajó la varita y, al hacerlo, las luces recuperaron su intensidad habitual. Asintió una sola vez. Entonces se trastabilló hacia un lado, luchando por mantener el equilibrio.

—¡Vigílalo! —le ladré a Molly señalando al vampiro caído.

Murphy y yo salimos corriendo hacia Elaine para tratar de evitar que se cayera. Al menos logramos moderar la fuerza de la caída. El suelo estaba lleno de escombros.

—Jesús —dijo Murphy—. Harry, tenemos que llevarla a un hospital.

—Están vigilando los...

—¡Qué les jodan! —dijo Murphy al tiempo que se levantaba—. Pueden vigilarla igual con una fila de policías delante. —Se apartó de mí para hacer una llamada de teléfono.

Me mordí el labio cuando sentí la mirada de Elaine y la débil sonrisa que me ofrecía.

—Maldita sea. Cada vez que vengo a Chicago me tienen que rescatar. Es una vergüenza —exclamó arrastrando un poco las palabras.

—Por lo menos esta vez no he sido yo el que se ha cargado el edificio —dije.

Hizo un sonido que hubiera sido una risa de haber tenido más fuerzas.

—El cabrón me pilló por sorpresa. Se metió en mí. No me di cuenta.

—Así funciona el rollito psíquico —le dije en voz baja—. Se desmorona cuando empiezas a darte cuenta de que no eres tú misma la que está barajando la idea del suicidio.

—Si no me hubieras advertido, las cosas habrían sido muy diferentes —dijo. Me miró de nuevo a los ojos—. Gracias, Harry.

Le sonreí y examiné su muñeca.

—No tiene buen aspecto. Vamos a llevarte al médico, ¿de acuerdo?

Sacudió la cabeza.

—En la habitación de arriba. Abby, Olivia y las otras. Asegúrate de que están bien.

—Dudo que hayan perdido tanta sangre como tú —dije. Murphy, en cambio, iba dos pasos por delante de mí y ya estaba camino de las escaleras que conducían al segundo piso y a la habitación—. Venga, vámonos. —Cogí a Elaine en brazos, con cuidado de que la cortina de baño no se le cayera—. Vamos. Puedes quedarte sentada en el coche hasta que llegue la ambulancia. A ver si encuentro algo mejor con lo que presionarte el brazo, ¿eh?

—Si encuentras mi bolso —dijo con los ojos cerrados y una pequeña sonrisa en los labios—, puedes usar mi lazo dorado.

Me volví hacia el coche justo cuando la bocina empezó a sonar con insistencia.

Me giré.

El agente Skavis se estaba moviendo de nuevo. Tenía las rodillas debajo del cuerpo.

—Maldita sea —dije, y me apresuré hacia el coche. Abrí la puerta del pasajero y eché dentro a Elaine mientras el Skavis se ponía en pie—. ¡Murphy!

Murphy gritó algo que no entendí. El Skavis se volvió hacia mí. Su rostro, con un lado deformado por las quemaduras, se retorció en una malévola sonrisa.

La pistola de Murphy comenzó a ladrar a un ritmo deliberado de disparos. Saltaron chispas del suelo muy cerca de sus pies y le alcanzó una bala; la parte superior del Skavis se retorció.

Me levanté, vara en mano.

Se oyó un rugido, más propio de un gato grande que de un perro, y el sonido de unos cristales que se rompían en la segunda planta. Ratón voló desde lo alto de la barandilla, aterrizó pesadamente en el suelo y se abalanzó contra el Skavis.

El perro estaba a menos de quince centímetros del agente Skavis cuando este se acercó a mí levantando el brazo que le quedaba útil para... bueno, para pegarme. Pero, considerando lo fuerte que iba a ser el puñetazo, aumentaré la intensidad del término a sacudirme. Estaba a punto de sacudirme.

Thomas apareció de la nada con su sable de caballería y cercenó el brazo a la

altura del hombro.

El Skavis soltó un grito que sonaba a cualquier cosa menos a humano e intentó morderme. Me aparté de su camino rodando y, de paso, le di un empujón en la espalda.

Ratón le saltó encima y ahí acabó todo.

Miré a Thomas al tiempo que Ratón se aseguraba de que el resistente vampiro no volvía a levantarse. Nunca más. Había faltado poco. El Skavis había calculado bien sus movimientos. Otro segundo, más o menos, y me hubiera partido el cuello.

—Bien —le dije a Thomas con la respiración todavía acelerada—. Ya era hora.

—Más vale tarde que nunca —respondió. Miró a la ensangrentada Elaine y se relamió—. Necesita ayuda —dijo.

—Está de camino —intercedió Murph—. Por aquí son más lentos, dales un par de minutos. Todo el mundo arriba está bien, Harry.

Thomas soltó un suspiro aliviado.

—Gracias a Dios.

Aquella expresión, viniendo de él, me sonó extraña. Sin embargo, no podía decir que no estuviera de acuerdo con su sentimiento.

Molly seguía sentada tras el volante del Escarabajo, respirando acelerada y con los ojos muy abiertos. Desde donde estaba no podía ver a Ratón mascando su juguete, pero tenía la mirada fija en el capó, como si lo atravesara con los ojos y contemplara a Ratón finalizando su mortífera labor.

—Entonces —le dije a Thomas—, ¿qué hizo Lara para obligarte a prometer que no hablarías?

Mi hermano se volvió hacia mí y me dedicó una enorme sonrisa. Acto seguido la borró de su cara.

—No sé de qué estás hablando, centinela Dresden —soltó en el tono de un locutor de radio anunciando Prozac, y me guiñó un ojo—. No obstante, hablando hipotéticamente, puede que me dijera que Justine estaba en peligro y se negara a contarme nada más hasta que le prometiera que mantendría la boca cerrada.

—¿Y la dejaste salirse con la suya? —le pregunté.

Thomas se encogió de hombros.

—Es de la familia —dijo.

Molly asomó de repente la cabeza por la ventanilla del asiento del conductor del Escarabajo y vomitó ruidosamente.

—Parece un poco frágil —dijo Thomas.

—Se está acostumbrando —respondí—. Madrigal y su amigo de Malvora están todavía sueltos, ¿no?

—Sí —dijo Thomas—. ¿Y?

—Que esto solo ha sido un calentamiento. Todavía son una amenaza. Ya tienen

suficientes cuerpos para revelarles el asunto a la Corte Blanca y convertir a gente como la de la Ordo en algo parecido al bufé de un casino. Si eso ocurre, habrá algo más que un Skavis por ahí tratando de demostrar su teoría. Será una campaña completa. Morirán miles de personas.

Thomas gruñó.

—Sí. Pero tampoco es que podamos hacer mucho respecto a eso.

—¿Quién lo dice? —repliqué.

Me miró ceñudo y ladeó la cabeza.

—Thomas —me dirigí a mi hermano en voz baja—, ¿por casualidad va a haber pronto una reunión de la Corte Blanca? ¿Tal vez referente a las charlas propuestas para la cumbre?

—Si hubiera una reunión de los cien nobles más poderosos de la Corte prevista para pasado mañana en la mansión de la familia, no podría hablarte de ello —respondió Thomas—. Le di mi palabra a mi hermana.

—Tu hermana tiene agallas —repuse—. Y sabe muy bien cómo montar un espectáculo. —Miré el hotel destrozado y bajé la mano para rascarle las orejas a Ratón. Era la única parte de su cuerpo que no estaba manchada con aquella sangre tan clara—. Claro que a mí también se me conoce por haberla armado a lo grande un par de veces.

Thomas se cruzó de brazos, esperando. Su sonrisa era astuta.

—Llama a Lara —le pedí—. Transmítele un mensaje de mi parte.

Thomas entornó los ojos.

—¿Un mensaje?

Mi respuesta le llegó en forma de sonrisa.

Capítulo 32

Puede que Murphy no estuviera oficialmente al cargo de Investigaciones Especiales, pero no creo que aquello fuera relevante para los otros detectives que trabajaban allí. Necesitaba ayuda y, cuando los llamó, ellos acudieron. Fin de la historia.

Por lo menos para ellos. Para Murphy era solo el comienzo. Tendría que contar un montón de cuentos en la sede de la Policía. Formaba parte de su trabajo. Ah, no, estos informes de ataques de vampiros son el resultado de una histeria inducida por drogas alucinógenas. ¿Un trol? Era un hombre grande y feo, probablemente borracho o drogado. Siempre salía indemne de sus explicaciones cuando había una investigación en curso; todo el mundo se lo tragaba. A los de Investigaciones Especiales se les pagaba por darle una explicación al coco y al hombre del saco.

Murphy debería ser novelista, escribía mucha ficción.

Aquel asunto del hotel era un lío gordo, pero Murph y sus compañeros de Investigaciones Especiales rellenarían los espacios en blanco. Los terroristas estaban de moda. Seguro que en este informe aparecían terroristas. Unos cuantos fanáticos religiosos asustados que habían colocado artefactos incendiarios en un edificio de apartamentos y en su coche y que también, sin duda, pusieron el dispositivo que destrozó una habitación entera de un motel barato al sur de la ciudad. No había muertos, solo una mujer herida que, probablemente, necesitaría un psiquiatra antes que una celda de la cárcel. Me debatí entre si sugerirle o no la idea de que apareciera un perro en la historia. La gente adora a los perros. Añadir un perro a un relato nunca sale mal.

—¿A que sí, Ratón? —le pregunté.

Ratón me miró con tristeza. Thomas se había llevado a las mujeres y los niños fuera de escena y se encargó de lo que quedaba del agente Skavis. Entretanto, fui a un lavado de coches a quitarle la sangre a mi perro con una manguera. La piel de Ratón se mantiene seca casi siempre, pero cuando se moja absorbe unos doscientos litros de líquido y se mantiene empapada mucho tiempo. A él no le gusta y, al parecer, se sintió un poco afectado durante todo el proceso.

—A todo el mundo le gustan las historias en las que aparece un perro —le dije.

Ratón exhaló aire de manera constante, meneó la cabeza una vez y la bajó al suelo, ignorándome pero sin mostrarse maleducado.

No me muestra ningún respeto.

Me senté en un banco del hospital, cerca de la entrada de urgencias, con Ratón tendido en el suelo y pegado a una de mis piernas, por si alguien se preguntaba con quién estaba. Había sido una noche larga y, a pesar de las increíbles manos de Elaine, mi dolor de cabeza había regresado. Traté de decidir si el ataque mental de Cowl o el

de Madrigal y su estúpido rifle merecían llevarse las culpas.

Un chico musculoso, con una camisa marrón de uniforme, se acercó a mí con los ademanes amables y educados que suelen desplegar los encargados de seguridad en el Medio Oeste. Hasta que les llega el momento de dejar de ser agradables. El ingenio y la sabiduría de las películas de Patrick Swayze sigue vivo.

—Lo siento, señor —dijo en un tono amistoso, con una mano apoyada cómodamente en su porra—. No se admiten perros. Reglas del hospital.

Yo estaba cansado.

—Si no me lo llevo —dije—, ¿vas a darme una paliza de muerte con la tonfa?

Parpadeó sorprendido.

—¿Qué?

—La tonfa —le dije—, piensa en toda la comida que no se machaca para que puedas hacer tu trabajo. Todos los cuchillos que se quedan sin punta.

Sonrió y me di cuenta de que me acababa de clasificar como «inofensivo» y/o «borracho». Extendió una mano a modo de invitación para que me levantara y fuera con él.

—Tu porra. Se llama tonfa. Originalmente era un palo donde se clavaba una piedra de molino o una gran piedra de moler de una herrería. Se convirtió en una improvisada arma en el sudeste de Asia, en Okinawa, en lugares donde grandes tipos encargados de la seguridad, como tú mismo, se llevaban todas las armas reales por el bien de todos.

Su sonrisa se fue desvaneciendo poco a poco.

—Está bien, amigo... —Me puso la mano en el hombro.

Ratón abrió los ojos y levantó la cabeza.

Eso fue todo. No le gruñó. No le enseñó los dientes. Al igual que todas las personas peligrosas que conozco, no sentía la necesidad de hacer ninguna demostración. Solo dejó entrever que se daba cuenta perfectamente de la situación y la observaba con extremo prejuicio.

El chico de seguridad era lo suficientemente listo como para ver lo que se mascaba y dio un rápido paso atrás. Trasladó la mano de la porra a la radio. Incluso Patrick Swayze necesita ayuda a veces.

Murphy se acercó a él con la placa colgada de una cadena alrededor de su cuello.

—Tranquilo, hombretón. —Le hizo un guiño al chico de seguridad y me señaló con el pulgar—. Está con nosotros. El perro es un animal entrenado para ayudar a discapacitados.

El chico levantó las cejas.

—Tengo una pequeña parálisis en la boca —le dije—. Me resulta difícil leer. Él me ayuda con las palabras complicadas. Me dice si tengo que empujar o tirar de las puertas, ese tipo de cosas.

Murphy me dirigió una mirada punzante y se volvió hacia el guardia.

—¿Ves lo que quiero decir? Estará fuera de tu vista en un minuto.

El guardia de seguridad me miró dubitativo, pero asintió con la cabeza hacia Murphy.

—Está bien. Volveré en un rato para ver si necesita algo —dijo.

—Gracias —respondió Murphy en un tono plano.

El guardia se fue. Murphy suspiró y se sentó a mi lado colocando los pies al otro lado de Ratón. El perro le rozó cariñosamente la pierna y se acomodó de nuevo en el suelo.

—Va a volver por si necesitas ayuda —le dije a Murphy con voz grave—. Una cosita tan dulce como tú podría meterse en problemas con un hombre grande y loco como yo.

—Ratón —dijo Murphy—. Si noqueo a Harry y le escribo «listillo insufrible» en la cabeza con un rotulador permanente, ¿le ayudarías a leerlo?

Ratón miró a Murphy y ladeó la cabeza especulativamente. Luego estornudó y se recostó de nuevo.

—¿Por qué le haces pasar un mal rato al chico? —me preguntó Murphy.

Señalé con la cabeza a un teléfono público en la pared, junto a una fuente de agua potable y una máquina expendedora.

—Espero una llamada.

—Ah —dijo Murphy—. ¿Dónde está Molly?

—Se estaba quedando dormida de pie. Le pedí a Rawlins que la llevara a casa. Murphy soltó un gruñido.

—Te dije que hablaríamos sobre ella.

—Sí.

—Eso que hiciste, Harry... —Murphy negó con la cabeza.

—Lo necesitaba —repuse.

—Lo necesitaba. —Las mismas palabras sonaron crispadas al salir de sus labios. Me encogí de hombros.

—La chica tiene poder. Eso le hace creer que sabe más que los demás. Es una idea peligrosa.

Murphy frunció el ceño, escuchando.

—Tenía planeada la táctica de la pequeña bola de sol derritecaras desde hace tiempo —le dije—. Quiero decir que, bueno... el fuego es difícil de controlar. No podría haber hecho algo así sin haberlo practicado antes. No se puede utilizar una bonita, lenta y dramática bola derritecaras en una pelea real, ¿verdad que no?

—Tal vez no —dijo Murphy.

—Una vez avanzó hacia mí una especie de bola derritecaras y aquello me dejó marcado. Molly... tuvo un mal comienzo. Cogió su magia y se dedicó a modificar

cosas y personas a su alrededor. Murph... No puedes utilizar la magia en algo que no crees. Piensa un momento en la importancia de algo así. Cuando Molly hizo lo que hizo, ella creía que era lo correcto, que estaba haciendo lo correcto. Piensa en sus padres. Piensa en lo lejos que están dispuestos a llegar para hacer lo correcto.

Murphy lo pensó, con una expresión indescifrable en sus intensos ojos azules.

—Tengo que impedir que se levante —continuó—. Si no lo hago, si le permito recuperar el equilibrio antes de que se vuelva lo suficientemente inteligente como para entender por qué se deben hacer las cosas en lugar de cómo hacerlas, o si pueden hacerse, va a empezar a... —Tracé unas comillas imaginarias en el aire—. A hacer de nuevo «lo correcto». Volverá a romper las leyes y la matarán.

—¿Y a ti? —preguntó Murphy.

Me encogí de hombros.

—Eso ocupa un puesto bajo en mi lista de preocupaciones.

—¿Y crees que lo que hiciste ayudará a evitarlo? —me preguntó.

—Espero que sí —dije—. No se me ocurre qué otra cosa hacer. Al final va a ser ella la que decida. Yo solo estoy tratando de concederle el tiempo suficiente para que lo entienda. A pesar de sí misma. Demonios, tiene la cabeza dura esta chica.

Murphy me dedicó una sonrisa torcida y sacudió la cabeza.

—Lo sé, lo sé —añadí—. Le dijo la sartén al cazo.

—No estaba hablando de la bola derritecaras, Harry —dijo entonces—. No directamente. Estoy hablando de la estupidez del cubo de basura, de la expresión que tenías en la cara justo antes de que hicieras desaparecer el fuego, y de lo que pasó en el hotel con aquella criatura salida de una película de monstruos el año pasado.

Llegó mi turno para fruncir el ceño.

—¿Qué?

Murphy esperó un minuto; era evidente que estaba escogiendo las palabras con tanto cuidado como un técnico de explosivos elige de qué cable tirar.

—A veces me pregunto si estás perdiendo el control sobre ti mismo. Siempre has tenido mucha ira en tu interior, Harry, pero en los últimos años ha empeorado. Ahora es mucho peor.

—Tonterías —protesté.

Murphy arqueó una ceja y me miró.

Apreté los dientes y retomé mi desgarbada postura en la silla. Respiré profundamente y conté hasta diez.

—¿Crees que tengo problemas de ira?

—Destruiste el cubo de basura, se te fue la cabeza en un momento de pura frustración y lo destruiste, causándole de paso a la ciudad miles de dólares en gastos por los daños en la acera, el edificio de detrás y las tiendas de dentro...

—Todo dentro del edificio de Marcone —le espeté.

—Estoy segura de que las personas que trabajan en el mostrador... —Consultó su bloc de notas—. Del Spresso Spress o las cajeras del Bathwurks no saben nada acerca de Marcone, ni tampoco les preocupa. Es probable que solo vayan allí a trabajar para pagar las facturas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Ambas tiendas se vieron afectadas por restos de cemento y metal fundido. Permanecerán cerradas durante varias semanas para su reparación.

—Están aseguradas —le dije. No sonó muy convincente, ni siquiera para mis oídos.

—Hubo gente que acabó lastimada —dijo Murphy—. A nadie se le derritió la cara, pero eso no es lo importante. Ya sabes cómo va, Harry, sabes el daño que puedes causar si no tienes cuidado.

No dije nada.

—Es como ser policía. Por saber de artes marciales, soy consciente de que puedo hacer bastante daño a la gente. Es mi responsabilidad asegurarme de que no le suceda nada horrible a nadie. Soy cuidadosa con el poder que tengo.

—Le diré eso mismo a mi dentista —bromeé.

—No seas idiota, Harry —dijo ella con voz grave—. He cometido errores. Los he admitido. Te he pedido disculpas. No puedo cambiar lo que ha ocurrido. Eres mejor hombre que esto.

A menos que, tal vez, no lo fuera. Me avergoncé de haber hecho aquel comentario.

—Lo que quiero decir —dijo Murphy con tranquilidad— es que sabías el daño que podías causar. Pero si lo que has dicho antes es cierto, en el momento que utilizaste tu magia pensaste que hacías lo correcto. Pensaste que estaba bien destruir algo solo porque estabas enfadado, a pesar de que podrías lastimar a alguien que no lo merecía.

Sentí otra ola de rabia y... y...

Mierda.

Murphy tenía razón.

El sello angelical, la única zona de carne no quemada de mi mano izquierda, me empezó a picar mucho.

—Oh, demonios —dije en voz baja—. La sartén y el cazo, vale. Una y otra vez.

Murph se sentó a mi lado sin decir nada. No me estaba acusando. Solo estaba conmigo.

Los amigos hacen eso.

Apoyé la mano derecha en la silla, con la palma hacia arriba.

Murphy acercó la suya y me la estrechó con sus dedos calientes, pequeños y

fuertes.

—Gracias —le dije.

Me dio otro fuerte apretón y, acto seguido, se levantó y se acercó a la máquina expendedora. Volvió con una lata de Coca-Cola normal y otra light y me tendió la que sabía bien. Abrimos las latas a la vez y bebimos.

—¿Cómo está tu ex? —preguntó Murphy.

—Va a salir de esta —le dije—. Perdió mucha sangre, pero es AB negativo. La han cosido y le están rellenando el depósito. Según el médico, lo preocupante ahora es el trauma.

—Pero se trata de algo más que eso, ¿verdad?

Asentí.

—Thomas me dijo que podría llevarle un par de días volver a levantarse, depende del daño mental que le infligiera el Skavis. Es un alivio.

Murphy me estudió durante un minuto, con el ceño fruncido.

—¿Te molesta que... no sé, que te robara ese último rayo?

Negué con la cabeza.

—Ella no necesita robarlo, Murph. E incluso si lo hiciera, tengo un montón de trueno. —Me di cuenta de que estaba sonriendo sin darme cuenta—. Sin embargo, tengo que admitir que nunca la había visto soltar un golpe así antes.

—Fue impresionante —opinó Murphy.

Me encogí de hombros.

—Sí, pero lo tenía bajo control. Nadie más resultó herido. El edificio ni siquiera ardió.

Murph me miró de reojo.

—Como he dicho...

Sonreí y comencé la réplica, pero en ese momento sonó el teléfono público.

Me levanté de un salto, tan alto que casi me golpeo la cabeza contra el techo.

—Dresden —contesté.

La voz de John Marccone sonaba tan fresca y elocuente como siempre.

—Debe de pensar que me he vuelto loco.

—¿Ha leído los papeles que le he enviado por fax?

—Y mi abogado de Monoc —respondió Marccone—. Eso no quiere decir...

Lo interrumpí, solo porque sabía lo mucho que le molestaba.

—Mire, los dos sabemos que lo va a hacer, estoy demasiado cansado para dar rodeos —le dije—. ¿Qué quiere?

Hubo un momento de silencio vagamente irritante. Comportarme como un adolescente con alguien como Marccone era bueno para mi moral.

—Pídalo por favor —dijo Marccone.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Diga «por favor», Dresden —me exhortó en un tono suave—. Pídamelo.

Puse los ojos en blanco.

—Deme un respiro.

—Los dos sabemos que me necesita, Dresden, yo también estoy demasiado cansado para dar rodeos. —Casi podía ver la sonrisa de tiburón en su rostro—. Pídale por favor.

Eché humo por las orejas mientras me daba cuenta de que, si cedía, probablemente haría regodearse a Marcone, y no estaba dispuesto a ello.

—Está bien —cedí—. Por favor.

—Porfi porfita —me dictó Marcone.

Pasaron por mi cerebro algunos pensamientos de loco pirómano, pero respiré hondo y electrocuté mi orgullo.

—Porfi porfita.

—Ahora dígalo cantando.

—¡Váyase a la mierda! —exploté antes de colgar.

Le di una patada a la base de la máquina expendedora y murmuré una maldición. Marcone se estaría riendo a su manera, en silencio, sin alegría. Capullo. Me reuní con Murphy.

Me miró. Yo guardé silencio. Frunció el ceño un poco, pero asintió con la cabeza y siguió donde lo habíamos dejado.

—En serio, ¿por qué te alivia que Elaine no se pueda levantar?

—No va a participar en la que se nos viene encima —le dije.

Murphy se quedó callada un momento.

—¿Crees que los Malvora van a continuar su juego para ascender al poder en la Corte Blanca? —dijo.

—Sí. Si alguien les cuenta lo ocurrido con el señor Skavis, afirmarán que el resto estaban tratando de robarle el mérito y que su operación ya estaba completada.

—En otras palabras —dijo Murphy pasado un segundo—, han ganado. Hemos estado dando tumbos tratando de detener al Skavis para que no sucediera esto, y está sucediendo de todos modos.

—Es deprimente —admití—, ¿verdad?

—¿Y qué va a suponer? —preguntó Murphy—. A largo plazo.

Me encogí de hombros.

—Si tienen éxito, la Corte Blanca abandonará su postura favorable al acuerdo de paz. Respaldarán de nuevo a los Rojos. Abrirán la temporada de caza para gente como Anna y tendremos varias decenas de miles de desapariciones y suicidios en los próximos años.

—La mayoría de los cuales pasarán desapercibidos para las autoridades —dijo

Murphy—. Ya desaparece mucha gente. ¿Qué diferencia suponen unos cuantos miles más?

—Una estadística —apostillé.

Guardó silencio durante un momento.

—Entonces, ¿qué?

—Si los vampiros permanecen cautos al respecto, la guerra se recrudecerá. El Consejo tendrá que aprovechar mejor los pocos recursos de los que disponemos. Si algo no cambia pronto... —Me encogí de hombros—. Perderemos. Ahora o dentro de un par de décadas, pero en algún momento perderemos.

—¿Entonces? —insistió Murphy—. Si el Consejo pierde la guerra...

—Entonces... los vampiros podrán hacer lo que les dé la gana —expliqué—. Tomarán el control. La Corte Roja se apoderará de los lugares del mundo donde la dinámica dominante es el caos, la corrupción, la sangre y la miseria. Se extenderán desde América Central hasta África, Oriente Medio, aquellos lugares que eran territorio de Stalin y donde todavía no tienen las cosas bajo control y las zonas más peligrosas de Asia. Luego ampliarán la franquicia. La Corte Blanca se mudará a todos los lugares donde la gente se considera a sí misma civilizada e ilustrada y lo bastante sabia para no creer en lo sobrenatural. —Me encogí de hombros—. Quedaréis a vuestra suerte.

—¿Quiénes? —me preguntó Murphy.

—La gente —le dije—. Las personas.

Ratón apoyó la cabeza un poco más fuerte contra mi bota. El silencio se alargó y sentí la mirada de Murphy.

—Vamos, Karrin —le dije. Le guiñé un ojo y me puse en pie con gesto cansado—. Eso no va a suceder mientras yo esté vivo.

Murphy también se levantó.

—Tienes un plan —afirmó.

—Tengo un plan.

—¿Cuál es ese plan, Harry?

Se lo conté.

Me miró durante un momento.

—Estás loco —declaró.

—Sé positiva, Murph. A lo que tú llamas loco, yo lo llamo impredecible.

Frunció los labios un momento, pensativa.

—No puedo bajarte del nivel de chalado —dijo.

—¿Estás conmigo? —le pregunté.

Murphy parecía ofendida.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Tienes razón —le dije— ¡En qué estaría yo pensando!

Nos marchamos juntos.

Capítulo 33

Estuve despierto hasta tarde haciendo planes que, esperaba, me ayudarían a eliminar a Madrigal y su colega de Malvora y acabarían con la lucha de poder en la Corte Blanca. Tras eso, tal vez intentase convertir el agua en vino y caminar sobre el agua (aunque técnicamente hablando, lo segundo ya lo había hecho el día anterior).

Cuando terminé mis maquinaciones, arrastré mi cuerpo cansado a la cama y dormí profundamente, pero no durante mucho tiempo seguido. Demasiados sueños sobre las cosas que podían ir mal.

Estaba explorando mi nevera, buscando algo para desayunar, cuando Lasciel se manifestó de nuevo ante mí. El ángel caído parecía templado y, en su voz, había algo que rara vez había percibido: incertidumbre.

—¿De verdad crees que es posible que cambie?

—¿Quién?

—Tu pupila, por supuesto —dijo Lasciel—. ¿De verdad crees que va a cambiar? ¿Crees que puede tomar el control de sí misma del modo que quieres que lo haga?

Me aparté del frigorífico. Lasciel estaba de pie delante de mi chimenea, de brazos cruzados, mirando al suelo. Llevaba su habitual túnica blanca, aunque el cabello parecía un poco descuidado. Yo no había dormido mucho. Tal vez ella tampoco.

—¿Por qué me lo preguntas? —inquirí.

Se encogió de hombros.

—Es solo que creo que ella ya ha establecido sus propios patrones. Rechaza la sabiduría de otros en favor de su propio y erróneo juicio. Ignora los deseos de los demás, incluso sus voluntades, y los sustituye por los suyos propios.

—Eso lo hizo una vez —puntalicé con calma—. Dos veces, siendo estrictos. Puede que se enfrentara a una de sus primeras grandes elecciones y se equivocara. Pero eso no quiere decir que vaya a seguir repitiendo lo mismo una y otra vez.

El silencio se alargó mientras me preparaba un sándwich de pavo, un plato de cereales y una lata fría de Coca-Cola: el desayuno de los campeones. O eso esperaba.

—Bueno —dije—, ¿qué te parece el plan?

—Pienso que solo existe una mínima posibilidad de que tus enemigos te maten antes que tus aliados, mi anfitrión. Estás loco.

—Esa es la clase de experiencia que hace de la vida algo interesante —dije.

Una leve sonrisa revoloteó en sus labios.

—Conozco a mortales desde hace milenios, mi anfitrión. Pocos de ellos estaban tan aburridos.

—Deberías haber visto los planes que se me ocurrían un par de años antes de que aparecieras. El plan de hoy es poesía y pura genialidad comparado con aquellos. —No había leche en la nevera y no iba a echarle el refresco a los cereales. Eso sería un

poco extraño. Mastiqué los Cheerios y acompañé cada cucharada con un sorbo de Coca-Cola, siempre con un estilo muy digno. Entonces miré a Lasciel y sentencí—: He cambiado.

Se sucedió un momento de silencio, roto solo por el crujir de los sabrosos anillos de avena o trigo o lo que quiera que fuera. Solo sabía que era bueno para mi corazón, mi colesterol y para todas las flores, cachorrillos y niños pequeños. Lo ponía en la caja.

El ángel caído habló pasado un rato; las palabras surgían de su boca con una venenosa amargura, muy bajas.

—Ella tiene libre voluntad. Tiene capacidad de elección. Es lo que es.

—No, ella es lo que hace —dije—. Podría elegir cambiar sus formas. Podría elegir volver a usar la magia negra. —Le di un mordisco al sándwich—. O podría ignorar las opciones. Fingir que no existen. O fingir que no tiene elección, cuando de hecho la tiene. Es otra forma de elegir.

Lasciel me lanzó una mirada punzante. Las sombras proyectadas en su cara cambiaron, como si la habitación se hubiera vuelto más oscura de repente.

—No estamos hablando de mí.

Sorbí de la lata.

—Lo sé. Hablamos de Molly —dije con mucha suavidad.

—Así es. Tengo un objetivo. Una misión. Eso no ha cambiado. —Se dio la vuelta y las sombras oscurecieron aún más su figura, que se mezcló con ellas—. Yo no cambio.

—A propósito... —dije—. Una amiga me ha comentado que en el último par de años he desarrollado un problema con la ira. Tal vez influenciados por... oh, a saber por quién.

La sombra del ángel caído giró la cabeza. Solo lo noté porque su adorable perfil era ligeramente menos oscuro que la sombra que lo rodeaba.

—Pensé que quizás tú lo sabrías —añadí—. Dímelo.

—Te lo dije en una ocasión, mi anfitrión —dijo la sombra—. Es más fácil hablar contigo cuando estás dormido.

Lo cual, en aquel contexto, daba un poco de miedo. Todo el mundo posee una parte en su interior que ha de ser cogida por las riendas. Es esa pequeña necesidad que sentimos a veces por saltar desde una gran altura cuando miramos por la ventana de un edificio alto. Es la chispa de rabia que sientes cuando alguien se te cruza y quieres pasarle el coche por encima al muy idiota. Es el destello de miedo cuando algo te sorprende por la noche, dejándote el cuerpo predispuesto a luchar o huir, temblando. Pueden llamarlo la parte trasera del cerebro, el subconsciente, lo que sea. No soy un loquero. Pero está ahí, y es real.

El mío era muy negro, incluso antes de la llegada de Lasciel.

Tal como he dicho, daba miedo.

Tras decir aquello, el ángel caído se dio la vuelta para marcharse, tal vez porque sabía que si lo hacía entonces dejaría tras de sí una estela escabrosa.

Extendí una mano y, con ella, mi mente. Detuve su marcha con un simple esfuerzo de voluntad. Después de todo, Lasciel solo existía en mis pensamientos.

—Mi cabeza —le dije—, mis reglas. No hemos terminado.

Se volvió para ponerse de cara a mí y sus ojos brillaron de repente con destellos de fuego infernal: naranjas, ámbar y escarlatas. Era lo único en ella que no era negro.

—Mira, la cosa funciona así —le dije—. Puede que el gemelo malvado en mi interior tenga un montón de impulsos que preferiría no perdonarle, pero no por ello es un extraño. Sigo siendo yo.

—Sí. Eres tú. Lleno de rabia, de necesidad de poder y de odio. —Sonrió. Sus dientes eran blancos y un poco afilados—. Pero él no se miente a sí mismo sobre ello.

—No me engaño a mí mismo —respondí—. La rabia es solo rabia. No es buena. No es mala. Es y ya está. Lo que importa es lo que hagas con ella. Es como cualquier otra cosa. La puedes usar para construir o para destruir. Solo tienes que hacer tu elección.

—Rabia constructiva —dijo el demonio, rezumando sarcasmo en la voz.

—También conocida como pasión —dije en voz baja—. La pasión ha derribado a tiranos y liberado a prisioneros y esclavos. La pasión ha traído justicia donde antes había salvajismo. Ha creado libertad donde no había nada más que miedo. La pasión ha ayudado a las almas a resurgir de entre las cenizas de sus horribles vidas para construir algo mejor, más fuerte, más bonito.

Lasciel entornó los ojos.

—De hecho —continué—, esta clase de actos no se pueden llevar a cabo sin pasión. Y la rabia es una de las cosas que ayudan a crearla, siempre que esté controlada.

—Si de verdad creyeras eso —dijo Lasciel—, no tendrías problemas para controlar tu ira.

—¿Porque soy perfecto? —le pregunté, y gruñí—. Muchos hombres se pasan la vida sin saber cómo controlar la rabia. Yo lo llevo haciendo desde hace más tiempo que algunos, y mejor que otros, pero no me engaño creyéndome un santo. —Me encogí de hombros—. Muchas de las cosas que veo despiertan mi ira. Es una de las razones por las que he decidido pasarme la vida intentando solucionarlas.

—Porque eres muy noble —ronroneó, lo que elevó el índice de sarcasmo aún más.

—Porque prefiero utilizar esa rabia para machacar las cosas que hacen daño a la gente en lugar de que ella me utilice a mí —dije—. Puedes hablar todo lo que quieras con mi subconsciente, pero, si yo fuera tú, tendría mucho cuidado con la idea de

liberar al Hulk que vive en mi interior. Podrías acabar convirtiéndome en una mejor persona, una vez que lo hubiera vencido. Quién sabe, podrías convertirme en un santo. O, al menos, en algo parecido a uno.

El ángel se limitó a mirarme fijamente.

—¿Lo entiendes?, así es como funcionan las cosas —dije—. Me conozco. Y no te imagino hablando con mi gemelo malvado así como así, sin que él ni siquiera te conteste. No creo que seas la única aquí que practica el tráfico de influencias. No creo que seas la misma criatura que eras cuando llegaste.

Soltó una pequeña risita.

—¡Qué arrogancia! ¿Crees que puedes cambiar lo eterno, mortal? Vine al mundo por la Palabra del mismísimo Todopoderoso, para un propósito tan complejo y fundamental que no podrías siquiera comprender. No eres nada, mortal. Eres una chispa que se apaga. Estarás aquí para luego desaparecer, y en los eones que vengan después, cuando los de tu clase hayan menguado y perecido, serás uno solo de entre las legiones de aquellos a los que he seducido y arruinado. —Entornó los ojos—. No puedes destruirme —sentenció enfatizando cada palabra.

Asentí, de acuerdo con ella.

—Tienes razón, no puedo cambiar a Lasciel. Pero tampoco podría impedir que Lasciel saliera de esta habitación. —La miré con dureza y bajé el tono—. Señorita, tú no eres Lasciel.

No estaba seguro, pero creí ver los hombros de la oscurecida figura encogerse.

—Eres una imagen de ella —continué—. Una copia. Una huella. Pero tienes que ser igual de mutable que el material al que imitas. Tan mutable como yo. Y mira, tengo nuevos problemas de ira. ¿Qué tienes tú que sea nuevo?

—Estás delirando —dijo. Su voz era muy tranquila.

—No estoy de acuerdo. Después de todo, si has podido cambiarme, aunque eso no signifique que vaya a convertirme en Ted Bundy, me parece que eres al menos igual de vulnerable. De hecho, tal como funcionan estas cosas... tienes que haber cambiado para hacerme lo que me has hecho.

—Desaparecerá cuando regrese a mi yo encerrado en la moneda —dijo Lasciel.

—El yo que está hablando conmigo ahora mismo desaparecerá, es decir, tú. En otras palabras —concluí—, morirás.

Aquello originó un silencio algo repentino.

—Para ser una forma espiritual inhumanamente brillante, se te escapa lo importante. —Me puse un dedo en la frente—. Piensa. Tal vez no tengas que ser Lasciel.

La sombra cerró los ojos, dejando solo una oscuridad ocupada por su presencia. Un largo silencio.

—Piensa en ello —le dije—. ¿Y si tienes una oportunidad? ¿Una vida propia? ¿Y

si... ni siquiera tratas de elegir?

Dejé que mis palabras calaran en ella durante un rato.

Se produjo un sonido desde el otro lado de la habitación.

Un pequeño ruido muy bajo y muy triste.

He producido sonidos semejantes, sobre todo cuando no había nadie cerca a quien le importara. La parte de mí que sabía lo que era el dolor sentía el del ángel caído y, de alguna forma, perforó un agujero en mi interior.

Era un sentimiento vagamente familiar, pero no del todo desagradable.

La soledad es algo difícil de manejar. A veces la siento y, cuando lo hago, quiero que se termine. A veces, cuando estás cerca de alguien, cuando le afectas a un nivel que es más profundo que la formalidad inútilmente estructurada de la interacción civilizada y casual, hay un sentido de satisfacción en ello. O al menos, para mí lo hay.

No tiene que ser alguien particularmente agradable. No tiene que gustarte. Ni siquiera tienes que trabajar con ellos, y puede que incluso quieras darle un puñetazo en la nariz. A veces, el mero hecho de entablar tal conexión es una experiencia, una recompensa.

Era así con Marcone. No me gustaba aquel bastardo corrupto. Pero lo entendía. Su palabra era válida. Podía confiar en él, en que fuera frío, feroz y peligroso, claro, pero era un alivio que hubiera algo en él en lo que confiar. Existía una conexión.

La sombra de Lasciel era infinitamente más peligrosa para mí que Marcone, lo cual no significaba que admirara a la criatura por lo que era al tiempo que respetaba la amenaza que suponía para mí. Aquello no era óbice para que sintiera cierta clase de empatía hacia lo que debía de ser una forma terriblemente solitaria de existir.

La vida es fácil cuando puedes calificar a otros de monstruos, demonios o de temibles amenazas que han de ser odiadas y temidas. Lo que pasa es que no puedes hacer algo así sin convertirte en uno de ellos, aunque sea un poco. Claro que la sombra de Lasciel estaba decidida a arrastrar mi alma inmortal hacia la perdición, pero no había razón para odiarla por ello. Si lo hacía, no conseguiría otra cosa que no fuera mancharme de su oscuridad.

Soy humano y quiero seguir siéndolo.

Así que me sentí un poco mal por aquella criatura cuyo único propósito en el universo era tentarme hacia la oscuridad. Demonios, si pensaba en ello, era el único trabajo del que había oído hablar que tenía que ser más solitario y frustrante que el mío.

—¿Cuántas sombras como tú se han quedado en un anfitrión como yo más de unas pocas semanas? ¿Más de tres años?

—Ninguna —dijo la sombra de Lasciel casi en un susurro—. Lo admito, eres resistente para ser mortal. Suicida, de hecho.

—¿Y? —dije—. He aguantado todo este tiempo. Supón que lo consigo hasta el

final, que nunca cojo la moneda. Tu yo sombra nunca volverá a tu yo real. ¿Quién dice que tu yo sombra no tiene derecho a buscarse una vida propia?

Me miró con los ojos entornados y cargados de fuego infernal, pero no respondió.

—Lash —continué al tiempo que relajaba mi voluntad y, por lo tanto, mi yugo—, solo porque empieces siendo algo, no quiere decir que no puedas acabar siendo otra cosa.

Silencio.

Entonces surgió su voz, un mero suspiro.

—Tu plan tiene muchas variables y es muy probable que acabe con nuestra destrucción. Si necesitas de mi ayuda para semejante locura, mi anfitrión, solo tienes que llamarme.

Entonces la figura desapareció y Lasciel dejó de ser visible en mi apartamento.

Técnicamente, nunca había estado allí. Todo había ocurrido en mi cabeza. Y, técnicamente, no se había ido. Solo estaba en alguna parte donde yo no podía percibirla. Una sensación en el estómago me indicaba (tal vez se trataba de mi yo oscuro) que me había escuchado. Yo estaba en lo cierto, estaba seguro de ello.

O soy un tipo muy persuasivo o soy un jodido capullo.

—Centra tu mente en el juego, Harry —me dije—. Derrota a toda la maldita Corte Blanca. Ya te preocuparás del infierno después.

Volví al trabajo. El reloj no paraba de avanzar y no había nada que pudiera hacer salvo estar preparado y matar el tiempo esperando la llegada de la noche y de la batalla que la seguiría.

Capítulo 34

Dejé entrar a Míster después de su ronda mañanera, que aquel día se produjo entre las tres y las cuatro de la tarde. Míster tiene un complicado horario de rondas que nunca he sido capaz de predecir. Saqué a Ratón a estirar las patas por un pequeño jardín que rodeaba el edificio.

Tic, tac, tic, tac.

Froté con un poco de papel de lija mi bastón para limpiar la suciedad de la parte inferior y las manchas de hollín de la empuñadura. Me puse todos mis anillos de batalla de plata y me acerqué al pesado saco de boxeo que había colgado en un rincón. Media hora golpeando la bolsa no los recargaría del todo, pero mejor aquello que nada.

Tic, tac.

Me di una ducha después del entrenamiento. Limpié mi arma y la cargué. Aparté la mesa de café y el sofá para tender el guardapolvos en el suelo. Lo limpié con un ungüento especial para pieles de cuero con cuidado de no estropear los hechizos de protección que había urdido en la prenda con la ayuda de agujas para tatuar y tinta negra.

En fin, hice todo lo posible para evitar recordar la imagen del cadáver de Anna Ash en la ducha de aquella pequeña habitación de hotel. Mientras, el tiempo no paraba de correr.

Tic, tac.

A las seis menos cuarto oí un golpe en la puerta. Me acerqué a la mirilla. Ramírez estaba fuera, vestido con una amplia camiseta roja sin mangas de las que usan los jugadores de baloncesto, pantalón negro y sandalias. Llevaba una bolsa de deporte grande colgada del hombro y, en la mano derecha, portaba su bastón, casi tan curtido en batalla como el mío a pesar de nuestra diferencia de edad. Aporreó con la punta de la vara en el suelo de cemento en lugar de en la puerta.

Desactivé los hechizos y abrí la puerta de seguridad de acero. No me hicieron falta más de cinco o seis tirones para conseguirlo.

—Creí que ibas a arreglar esto —me dijo Ramírez. Miró a su alrededor antes de atravesar el umbral. Sabía que la presencia de los hechizos de protección zumbaría en sus sentidos como una máquina de afeitar eléctrica del tamaño de una locomotora, a pesar de que estaban desactivados temporalmente.

—Dios, Harry. Lo has petado aún más.

—Mi aprendiz tiene que ejercitar sus talentos de alguna manera.

Ramírez me dedicó una mueca afable.

—Y que lo digas.

—No bromees sobre eso, tío —le dije, sin ningún tipo de tensión en mis palabras

—. La conozco desde que iba en pañales.

Ramírez abrió la boca, hizo una pausa, y luego se encogió de hombros.

—Lo siento —se disculpó.

—No hay problema.

—Pero como no soy un viejo con el deseo sexual seco por falta de uso, pues... — No me malinterpreten, me gusta Carlos, pero hay veces, cuando su boca se pone en movimiento, que me gustaría darle de puñetazos hasta que se le cayesen todos los dientes—. Soy el primero en admitir que le encontraría algunos usos. Esa chica está muy bien. —Frunció el ceño y miró a su alrededor, me pareció que un poco nervioso—. Um. Molly no está aquí, ¿verdad?

—No —dije—. No la he convocado para esta operación.

—Vaya —dijo. En su voz parecía haber la misma cantidad de aprobación que de decepción—. Bien. ¿Qué pasa, Ratón?

Mi perro se acercó a saludar a Ramírez con un grave apretón de pezuña y un movimiento de cola. Ramírez sacó un pequeño saco de tela y se lo lanzó a Míster, que estaba en su lugar favorito, sobre una de las estanterías de libros. Míster se puso inmensamente feliz, fijó el saco con una pata y se frotó con él los bigotes.

—No apruebo el uso recreativo de las drogas —le dije a Ramírez con severidad.

Puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, papá. Pero ya sabemos quién lleva los pantalones en esta casa — Ramírez extendió el brazo para pasar un dedo por las orejas de Míster—. Continuaré rindiéndole tributo a menos que Su Excelencia Imperial muestre su disconformidad.

Yo también le pasé un dedo por la oreja a Míster cuando Ramírez apartó el suyo.

—Bueno, ¿alguna pregunta?

—Vamos a presentarnos en mitad de una gran reunión de la Corte Blanca para llamar asesinos a un par de ellos, desafiarlos a un duelo y matarlos delante de sus amigos y parientes, ¿correcto?

—Correcto —le corroboré.

—Tiene la ventaja de la simplicidad —dijo Ramírez con sequedad. Soltó su bolsa en mi mesita de café, la abrió, y sacó una maldita Desert Eagle, una de las pistolas semiautomáticas más poderosas del mundo—. Insultarlos y matarlos. ¿Qué podría ir mal?

—Estamos oficialmente en mitad de un alto el fuego —expliqué—. Y al habernos anunciado como una comitiva que acude a lanzar un desafío, violarían los Acuerdos si nos matan.

Ramírez gruñó, comprobó el seguro de la pistola y metió un cargador.

—O nos presentamos, nos matan, y luego hacen el paripé de que nos marchamos sanos y salvos y desaparecimos. Oh, vaya, qué pena para todas las tías buenas que ese loco de Dresden arrastrara al apuesto y joven Ramírez a que fuera con él.

Gruñí.

—No. En primer lugar, el Consejo averiguaría lo que pasó, de una manera u otra.

—Si es que alguien lo investiga —dijo Ramírez con sorna.

—Ebenezar lo haría —sentencié con absoluta confianza.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó Ramírez.

Lo sabía porque mi viejo mentor era el Cayado Negro del Consejo; un asesino secreto, ilegal, inmoral, carente de toda ética y con libertad para romper las leyes de la magia cada vez que lo creyera oportuno. Sobre todo la primera: «No matarás». Cuando Duke Ortega, de la Corte Roja, me retó a un duelo e hizo trampas, Ebenezar se lo tomó muy a pecho. Les tiró a los vampiros un viejo satélite soviético a la cabeza y mató a Ortega y a toda su banda. Por supuesto, esto no podía contárselo a Carlos.

—Conozco al viejo —afirmé—. Lo haría.

—Eso lo sabes tú —dijo Ramírez—. ¿Lo saben en la Corte Blanca?

—Contamos con una segunda red de seguridad. El rey Raith no quiere ver derrocado su cómodo culo del trono. Nuestro desafío va a eliminar a un par de amenazas potenciales; querrá que tengamos éxito. Tras ello, supongo que un quid pro quo será suficiente para salir de allí con vida.

Ramírez sacudió la cabeza.

—Le estamos haciendo un favor a nuestro enemigo, el rey Blanco, al refrendarlo en el trono.

—Sí.

—Explícame otra vez por qué.

—Porque al menos le dará al Consejo una oportunidad para tomar aire, si es que no podemos recuperarnos mientras Raith mantiene las conversaciones de paz. —Entorné los ojos—. Y porque esos asesinos hijos de puta tienen que pagar por la muerte de tanta gente inocente, y es la única forma de que lo hagan.

Ramírez sacó tres granadas redondas de su bolsa y las colocó junto a la Desert Eagle.

—Me gusta más lo segundo. No quiero quedarme atrás en semejante pelea. ¿Tenemos refuerzos?

—Tal vez —dije.

Se quedó quieto y me miró sorprendido.

—¿Tal vez?

—La mayoría de los centinelas están en la India —le expliqué—. Un grupo de hombres a las órdenes de un jefe rakshasa comenzaron a atacar varios monasterios amigos mientras estábamos distraídos con los vampiros. Lo he comprobado, Morgan y Ebenezar llevan dos días haciéndolos picadillo. Tú, yo, tus hombres y los alumnos de Luccio somos los únicos centinelas en Norteamérica en estos momentos.

—Nada de alumnos —protestó Ramírez—. Y mis hombres no llevan ni un año

con la capa. Todavía no están preparados para algo así. Pueden arreglárselas contra media docena de vampiros en un callejón, vale, pero, aun así, solo son tres.

Asentí.

—Hagámoslo simple. Vamos, transmitimos confianza y comenzamos con los golpes. ¿Has tratado antes con la Corte Blanca?

—No mucho. No se acercan demasiado a nuestra gente de la costa.

—Son depredadores, como el resto de vampiros —le dije—. Reaccionan bien a un lenguaje corporal que les indique que no eres alimento. Tienen grandes habilidades de influencia mental, así que mantén la concentración y asegúrate de tener la cabeza clara.

Ramírez sacó un cinturón gastado de nailon negro, le enganchó una funda y fijó las granadas en su lugar.

—¿Qué les impedirá destrozarnos justo después de que les ganemos el duelo?

Esta es una de las cosas que más me gusta de trabajar con Ramírez. La posibilidad de perder no entraba en sus cálculos.

—Su naturaleza —le dije—. Les gusta jugar a ser civilizados y hacer el trabajo sucio con guantes de seda. No están acostumbrados a los métodos y la confrontación directa.

Ramírez levantó las cejas, extrajo de la bolsa una hoja delgada y recta de doble filo (un tipo de espada que él llamaba «de sauce») y la colocó también sobre la mesa. Un zombi arrancó la borla de la empuñadura la primera noche que luchamos juntos. La había sustituido por una cadenita en la que había ensartado los colmillos de los vampiros de la Corte Roja que había matado con ella en los últimos años. Las piezas dentales chocaban unas con otras y contra el acero y el cuero de la empuñadura.

—Entiendo. Somos los guantes de seda del rey Blanco.

Me acerqué a la nevera.

—¡Bingo! Y no podremos seguir siendo una amenaza potencial para sus cortesanos rebeldes si nos mata justo después de que lo ayudemos. Además, dañaría su credibilidad entre sus aliados.

—¡Bah! —exclamó Ramírez—. Políticos.

Regresé con dos cervezas abiertas. Le di una y choqué mi botella contra la suya.

—¡Qué les jodan! —dijimos al unísono, y bebimos.

Ramírez bajó la botella y me miró de soslayo.

—¿Podemos hacerlo? —inquirió.

Solté un bufido.

—No puede ser más difícil que lo de Halloween.

—Aquello era tan grande como un dinosaurio —dijo Ramírez. Luego se volvió y sacó unos pantalones de camuflaje y una camiseta negra de Offspring de la bolsa. Me miró de arriba abajo—. Y lo sigue siendo.

Le di una patada a la mesa de café y esta le golpeó en la espinilla. Dejó escapar un grito y entró cojeando en mi habitación para cambiarse de ropa, riéndose por lo bajo sin poder parar.

Cuando volvió a salir, la sonrisa se había esfumado. Nos preparamos. Espadas, armas de fuego, capas grises, bastones y artilugios mágicos a izquierda y derecha, ¡bien! Ya que parezco el *sheriff* sobrenatural de Chicago, juro que un día de estos, y lo juro por Dios, voy a comprarme unas espuelas y un sombrero.

Saqué un bloc y un bolígrafo, y Ramírez y yo nos sentamos con otra cerveza.

—La reunión se celebra en la mansión de la familia Raith, al norte de la ciudad. He estado en la casa, pero solo en una parte de ella. Esto es lo que recuerdo.

Empecé a dibujar un plano para Ramírez, que me hizo un montón de preguntas inteligentes acerca de la casa y su exterior, de tal modo que tuve que trazar en otra página nueva lo que conocía de los jardines.

—No estoy seguro de dónde va a tener lugar la reunión de los vampiros, pero el duelo se producirá en La Fosa. En realidad se trata de una cueva en el exterior de la casa, en alguna zona de por aquí. —Rodeé un área del mapa—. Hay una agradable y profunda fosa dentro; un gran lugar para deshacerse de los cadáveres sin que exista posibilidad alguna de ser visto u oído.

—Todo muy ordenado —señaló Ramírez—. Sobre todo si es de nosotros de los que tienen que deshacerse.

El pomo de la puerta se retorció y empezó a abrirse.

Ramírez echó mano de su pistola y la tuvo preparada casi al mismo tiempo que yo apunté mi vara hacia la puerta. Algo se estrelló contra ella y se abrió cinco o seis centímetros. Aparté la mirada un segundo y enseguida bajé la vara. Le puse a Ramírez una mano tranquilizadora en la muñeca.

—Tranquilo, tigre. Es una visita amistosa.

Ramírez me miró y bajó el arma, mientras Ratón se ponía de pie para dirigirse a la entrada moviendo la cola.

—¿Quién es? —me preguntó.

—Nuestro posible refuerzo —dije en voz baja.

La puerta se abrió de golpe y Molly se deslizó dentro.

Había abandonado la estética gótica casi por completo. Ya no llevaba sus habituales pírsines; los aros en la nariz eran una declaración de moda, pero no eran buena idea en una pelea. La ropa tampoco estaba toda rota. Vestía unos vaqueros anchos no lo bastante sueltos de cadera como para que existiera el riesgo de que se le cayeran y tropezara; siempre que caminara con la espalda recta, claro. Además, había despojado a sus botas militares de los cordones de colores brillantes, llevaba una camiseta negra con el logo de Metallica y un cinturón de tela con la funda de un cuchillo y el pequeño botiquín de primeros auxilios que le vi a su madre en cierta

batalla. Tenía puesta una gorra de béisbol verde oscuro, sobre el cabello recogido en una coleta de tal forma que a ningún enemigo le sería fácil tirar de él.

Molly no alzó la cabeza. Primero se arrodilló para saludar al enorme perro dándole un abrazo, luego se incorporó, se puso delante de mí y levantó la vista.

—Hola, Harry. Hola, centinela Ramírez.

—Molly —le contesté manteniendo un tono neutral—, esta es la tercera o cuarta vez en los últimos dos días que te he dicho que te quedaras en casa y me has ignorado.

—Lo sé —reconoció, bajando de nuevo la vista—. Pero... me gustaría hablar contigo.

—Estoy ocupado.

—Lo sé. Pero necesito hablar contigo, de verdad. Señor. Por favor.

Exhalé aire y miré a Ramírez.

—Hazme un favor, llena el depósito del Escarabajo. Hay una gasolinera a dos manzanas de aquí.

Carlos nos miró a mí y a Molly alternativamente y se encogió de hombros.

—Um. Sí, sí —accedió.

Me saqué las llaves del bolsillo y se las arrojé. Carlos las cogió con una destreza casual, le dedicó a Molly un cortés gesto de cabeza y se fue.

—Cierra la puerta —le pedí a Molly.

Lo hizo, apoyando la espalda contra ella y ayudándose con las piernas para empujar. Le costó un par de gemidos de esfuerzo y un poco de su dignidad, pero se cerró.

—Apenas puedes cerrar la puerta —le dije—, pero piensas que estás lista para luchar contra la Corte Blanca.

Sacudió la cabeza y empezó a hablar.

No se lo permití.

—Me estás ignorando, una vez más. Una vez más, estás aquí cuando te dije que te mantuvieses alejada.

—Sí —admitió—. Pero...

—Pero crees que soy idiota, que soy demasiado estúpido para poder pensar así por mi cuenta y quieres venir conmigo de todos modos.

—No es así —dijo.

—¿No? —le repliqué con aire beligerante, sacando la barbilla—. ¿Cuántas cuentas puedes mover ya, aprendiz?

—Pero...

—¿Cuántas cuentas?! —le grité.

Se encogió para apartarse de mí, con expresión abatida. Luego levantó la pulsera y la agitó, de tal modo que las pesadas perlas negras se amontonaron en la parte

inferior de la cadena. Se la puso delante de la cara, sus ojos azules parecían cansados y atormentados, y se mordió el labio.

—¿Harry? —me llamó en voz baja.

Su voz sonaba tan joven.

—¿Sí? —le pregunté con mucha suavidad.

—¿Por qué importa? —me preguntó ella a su vez, sin dejar de mirar la pulsera de cuentas.

—Es importante si quieres estar conmigo en esto —dije en voz baja.

Sacudió la cabeza y parpadeó varias veces. Aquello no detuvo la lágrima que se le escapó.

—Pero de eso se trata. Yo... no quiero ir. No quiero ver... —Miró a un lado, donde estaba Ratón, y se estremeció—. Tanta sangre. No recuerdo lo que ocurrió cuando tú y Madre me salvasteis de Arctis Tor, pero no quiero ver más cosas así. No quiero que me pase a mí. No deseo hacerle daño a nadie...

Dejé escapar un sonido bajo, sin significado.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Por... porque... —comenzó a hablar, buscando las palabras—. Porque lo tengo que hacer. Sé que lo que haces es necesario. Es lo correcto. Y sé que lo haces porque eres el único que puede hacerlo. Y quiero ayudar.

—¿Crees que eres lo suficientemente fuerte como para ayudar? —le pregunté.

Se mordió de nuevo el labio y me miró a los ojos un momento.

—Creo... creo que no importa lo fuerte que sea mi magia. Yo sé que no... no sé cómo hacer las cosas que haces tú. Las armas y las batallas y... —Levantó la barbilla y pareció recuperar un poco la compostura—. Pero sé más que la mayoría.

—Sabes un poco —admití—. Pero tienes que entenderlo, pequeña. No servirá de mucho cuando las cosas se pongan feas. Ahí no hay tiempo para pensar en posibilidades o segundas oportunidades.

Asintió.

—Lo único que puedo prometer es que no te dejaré cuando me necesites. Haré lo que creas que puedo hacer. Me quedaré aquí y estaré atenta al teléfono. Conduciré el coche. Caminaré detrás de ti sosteniendo la linterna. Lo que quieras. —Me miró a los ojos y los suyos se endurecieron—. Pero no puedo quedarme en casa tranquila. Quiero ser parte de esto. Necesito ayudar.

Se oyó un ruido agudo y repentino cuando la cadena de cuero del brazalete se rompió por su propia voluntad. Las cuentas negras volaron hacia arriba con tanta fuerza que llegaron al techo y estuvieron rebotando por todo el apartamento durante unos diez segundos. Míster, que aún jugueteaba con su saco de hierba gatuna, se detuvo a mirar con las orejas levantadas, siguiendo el movimiento con los ojos alerta.

Me acerqué a la chica, que las miraba perpleja.

—Fue el vampiro, ¿verdad? —dije—. Verlo morir.

Ella parpadeó delante de mí. Luego, miró las cuentas dispersas y volvió a parpadear.

—Yo... no solo lo vi, Harry. Lo sentí. No sé cómo explicarlo. Dentro de mi cabeza. Lo sentí, igual que sentí lo de esa pobre chica. Pero esto fue horrible...

—Sí —dije—. Eres sensitiva. Es un gran talento, pero tiene algunos inconvenientes. No obstante, en este caso me alegro de que lo tengas.

—¿Por qué? —susurró.

Hice un gesto hacia las cuentas esparcidas.

—Felicidades, pequeña —le dije—. Ya estás lista.

Había sorpresa en sus ojos. Incluyó la cabeza.

—¡¿Qué?!

Cogí la cadena de cuero vacía y la levanté entre dos dedos.

—No se trata de poder, Molly. Nunca fue eso. Te sobra poder.

Sacudió la cabeza.

—Pero... todas las veces...

—Las cuentas no iban a subir nunca. Como ya te he dicho, no era una cuestión de poder. No te hace falta. Lo que necesitas son entendederas. —Le toqué la frente con el dedo índice—. Has de abrir los ojos y ser consciente del peligro real de las cosas; es vital para comprender tus limitaciones. Necesitabas saber por qué debías meterte en algo como esto.

—Pero... lo único que he dicho es que estaba asustada.

—¿Después de lo que has tenido que vivir? Es algo inteligente, pequeña —le dije—. Yo también tengo miedo. Cada vez que sucede algo como esto, me da miedo. Pero ser fuerte no te hace seguir adelante. Ser inteligente sí. He vencido a personas y criaturas que eran más fuertes que yo porque no utilizaron la cabeza, o porque aproveché mis recursos mejor que ellos. Pequeña, no se trata de músculo, ya sea mágico o de cualquier otra clase, se trata de tu actitud. De tu mente.

Mi aprendiz asintió.

—De hacer las cosas por las razones adecuadas.

—No te lanzas a algo así solo porque posees la fuerza suficiente para hacerlo —le expliqué—. Lo haces porque no tienes muchas opciones, porque es inaceptable alejarse y continuar viviendo con uno mismo.

Me miró un segundo. Sus ojos se abrieron de par en par.

—De lo contrario, estás usando el poder por el simple hecho de usarlo.

Asentí.

—Y el poder tiende a corromper. No es difícil que te acabe encantando usarlo, Molly. Tienes que actuar con la actitud correcta o...

—O el poder te empieza a usar a ti —concluyó la frase por mí. Había oído

aquellas palabras de su boca antes, pero esta era la primera vez que las decía lenta, cuidadosamente, como si las hubiera entendido de verdad, en lugar de limitarse a repetírmelas. A continuación alzó la vista—. Por eso lo haces tú. Por eso ayudas a la gente. Utilizas el poder para los demás.

—En parte —le confirmé—, sí.

—Me siento... un poco estúpida.

—Hay una gran diferencia entre saber algo... —Le di de nuevo con el dedo en la cabeza—. Y saberlo. —Presioné el dedo contra su esternón—. ¿Ves?

Asintió. Entonces me quitó la cadena y se la volvió a poner alrededor de la muñeca. Había quedado la porción justa de su longitud para poder atársela. La alzó para mostrármela.

—Así lo recordaré.

Sonreí y la abracé. Ella me devolvió el abrazo.

—¿Te dieron a ti esta misma lección?

—Sí, más o menos —le dije—. Un escocés gruñón en una granja de las montañas Ozark.

—¿Cuándo dejaré de sentirme como una idiota?

—Yo te diré cuándo —le prometí, y ella se echó a reír.

Nos separamos del abrazo y la miré a los ojos.

—¿Sigues en esto?

—Sí —replicó sin dudar.

—Entonces vendrás con Ramírez y conmigo. Aparcaremos fuera del recinto y te quedarás en el coche.

Ella asintió con seriedad.

—¿Qué debo hacer?

—Mantener los ojos y los oídos abiertos. Estar alerta ante cualquier cosa que sientas. No hables con nadie. Si alguien se acerca a ti, vete. Si ves aparecer a los malos, tocas la bocina y te largas.

—Está bien —aceptó. Estaba un poco pálida.

Saqué un cilindro de plata de mi bolsillo.

—Es un silbato hipersónico. Ratón puede oírlo a kilómetros de distancia. Si nos metemos en problemas, lo soplaré y empezará a ladrar. Acudirá donde estemos. Trata de acercar el coche tanto como te sea posible.

—¿Voy a estar con Ratón? —me inquirió considerablemente aliviada.

Asentí.

—Casi siempre es mejor no trabajar solo.

—¿Qué pasa si...? ¿Y si hago algo mal?

Me encogí de hombros.

—¿Qué pasa si no? Eso siempre es posible, Molly. Sin embargo, la única manera

de no hacer nunca nada mal...

—Es no haciendo nada —finalizó el dicho.

—¡Bingo! —Le puse una mano en el hombro—. Mira, eres lo bastante inteligente. Te he enseñado todo lo que sé acerca de la Corte Blanca. Mantén los ojos abiertos. Usa la cabeza, el juicio. Si las cosas se ponen feas y no he hecho sonar el silbato de alarma, corre como una endemoniada. Si pasan de las diez de la noche y no tienes noticias mías, haz lo mismo. Vuelve a casa y díselo a tus padres.

—Muy bien —dijo en voz baja. Respiró hondo y dejó escapar el aire a un ritmo inestable—. Esto es aterrador.

—Y a pesar de todo lo estamos haciendo —le dije.

—Eso es que somos valientes, ¿no?

—Si nos salimos con la nuestra, sí —le dije—. Si no, solo somos estúpidos.

Sus ojos se abrieron de par en par durante un segundo y, acto seguido, soltó una carcajada a pleno pulmón.

—¿Lista? —le pregunté.

—¡Lista, señor!

—Bien.

Fuera, la grava crujió cuando Ramírez regresó con el Escarabajo.

—Está bien, aprendiz —dije—. Ponle la correa a Ratón, por favor. Vamos a ello.

Capítulo 35

La mansión Raith no había cambiado mucho desde mi anterior visita; es una de las cosas buenas de tratar con gente casi inmortal, tienden a ajustarse mal a los cambios y los evitan cuando les es posible.

Era un lugar muy grande, al norte de la ciudad, donde el campo se extiende por una sorprendente variedad de terreno con superficies planas de tierra fértil que habían sido granjas y ahora son, en su mayoría, grandes y caras propiedades. Decenas de pequeños ríos y arroyos han labrado grandes colinas y valles más empinados de lo que la mayoría de la gente espera del Medio Oeste. Los árboles de esa zona, uno de los asentamientos más antiguos de los Estados Unidos, pueden llegar a ser enormes. A mí me costaría cinco o seis años de sueldo siquiera poder comprarme una pequeña casa allí.

La mansión Raith está rodeada por un bosque de esos enormes y antiguos árboles, como si alguien se las hubiera arreglado para trasplantar una parte del bosque de Sherwood directamente desde Gran Bretaña. La casa no se ve desde ninguno de los caminos de alrededor. Yo sabía que había un camino de unos ochocientos metros a través de los árboles antes de llegar a los jardines, que eran enormes de por sí.

Traducción: No se podía escapar de la mansión a pie. Y menos, con vampiros persiguiéndote.

Había una nueva característica en los jardines. El alto muro de piedra de dos metros y medio era el mismo, pero ahora estaba cubierto por una doble hélice de alambre de espino y habían colocado iluminación a lo largo de su parte exterior. Vi también cámaras de seguridad a intervalos regulares. El viejo lord Raith había desdeñado las precauciones de seguridad más modernas en favor de su intensa arrogancia personal. Lara, sin embargo, parecía más dispuesta a reconocer las amenazas, a escuchar a su personal de seguridad mortal y aplicar las medidas que le sugerían. Sin duda alguna, ayudaría a mantener a raya a la chusma mortal, y el Consejo tenía un montón de aliados mortales.

Más importante aún, decía mucho acerca de la administración de Lara: buscaba subordinados cualificados y los escuchaba. Puede que no pareciera tan abrumadoramente confiada como lord Raith, pero claro, lord Raith ya no manejaba el cotarro, si bien eso no era vox pópuli en la comunidad mágica.

Pensé que era muy posible que le hubiera hecho un mal servicio al Consejo, y al mundo en general, al ayudar a Lara a asumir el control. Lord Raith era orgulloso y frágil. Me daba la sensación de que Lara demostraría ser mucho, mucho más capaz y peligrosa como reina de facto de la Corte Blanca.

Y aquí estaba yo, a punto de acudir en su ayuda de nuevo para consolidar aún más su poder.

—Para aquí —le pedí a Molly. Las puertas de la finca estaban todavía a medio kilómetro carretera abajo—. Esto es lo más cerca que vas a estar.

—De acuerdo —dijo Molly, y aparcó el Escarabajo al otro lado del camino. Me di cuenta, satisfecho, de que cualquiera que quisiera llegar hasta ella tendría que cruzar el pavimento.

—Ratón —le dije a mi perro—, quédate aquí vigilando con Molly. Cuida de ella.

Ratón me miró triste desde el asiento trasero, donde se había sentado con Ramírez, pero se inclinó hacia delante y colocó su barbilla peluda sobre mi hombro. Le di un abrazo.

—No te preocupes, vamos a estar bien —le dije con voz áspera.

Su cola golpeó una sola vez el asiento de atrás y, acto seguido, se movió para poner la cabeza sobre el hombro de Molly. Ella comenzó a rascarle detrás de las orejas con aire tranquilizador, a pesar de que en su expresión se notaba que no estaba tranquila.

Le dediqué a la chica una media sonrisa y salí del coche. El veraniego crepúsculo se iba desvaneciendo con rapidez. Hacía demasiado calor para el guardapolvos. De todos modos me lo puse, y le añadí el peso de la capa gris de los centinelas del Consejo Blanco. Bajo todo aquello, llevaba una camisa de seda blanca y unos gruesos pantalones de algodón negro, además de las botas de montaña.

—Sombrero —murmuré—. Espuelas. La próxima vez, lo juro.

Ramírez salió del Escarabajo con las granadas, las armas de fuego, la espada de sauce colgando del cinturón y el bastón en la mano derecha. Hizo una pausa para ponerse un grueso guante de cuero cubierto de una capa de delgadas placas de acero con pictoglifos que parecían aztecas, olmecas o algo parecido.

—Eso es nuevo —comenté.

Me guiñó el ojo. Comprobamos nuestras armas. Devolví el revólver del 44 al bolsillo izquierdo de mi guardapolvos, con la culata dentro de su funda.

—¿Seguro que no quieres alguna granada? —me preguntó.

—No me siento cómodo con las granadas de mano —le dije.

—Haz lo que quieras —respondió—. ¿Y tú, Molly?

Se volvió hacia el coche, con la mano en una de sus granadas.

El coche ya no estaba. Sin embargo, todavía se podía escuchar el motor al ralentí.

Ramírez dejó escapar un silbido y agitó el bastón en el espacio que había ocupado el coche hasta que oyó el choque contra el metal.

—Oye, no es un mal velo. Bastante bueno, de hecho.

—Tiene un don —le dije.

—Gracias —surgió la voz de Molly, no muy lejos.

Ramírez le brindó al punto aproximado donde estaba mi aprendiz una gran sonrisa y una galante reverencia, vagamente hispana en sus formas.

Molly dejó escapar una risita tímida. El motor del coche dejó de sonar de repente.

—Venga. Tengo que ir compensando el polvo que levantáis y es una lata.

—Ojos abiertos —le recordé—. Usa la cabeza.

—Vosotros también —dijo Molly.

—No le digas ahora que empiece a hacer cosas nuevas —la reprendió Ramírez—.

Solo lograrás confundirla.

—Soy cada día más tonto —confirmé—. Pregúntale a cualquiera.

Ratón resopló en el coche invisible.

—¿Ves? —dije, y empecé a caminar hacia la entrada de la finca.

Ramírez mantuvo mi ritmo, pero dando un paso adicional cada varios míos. Mis piernas son mucho más largas que las suyas.

Después de un centenar de metros, se echó a reír.

—Está bien, ha quedado claro.

Le lancé un gruñido y aminoré ligeramente.

Ramírez miró por encima del hombro.

—¿Crees que va a estar bien?

—Es difícil sorprender a Ratón —le dije—. Incluso si se dan cuenta de que están ocultos ahí.

—Es guapa. Un cuerpo así, y además ese talento... —Ramírez miró hacia atrás, pensativo—. ¿Está saliendo con alguien?

—No desde que perforó la psique de su último novio y lo volvió loco.

Ramírez hizo una mueca.

—Cierto.

Nos quedamos en silencio y nos acercamos a las puertas de la finca, adoptando por el camino nuestras caras de concentración. La expresión natural del rostro de Ramírez era sonriente, confiada, pero, cuando las cosas se complicaban, desplegaba una mirada fresca y arrogante que observaba todo y nada al mismo tiempo. Por lo que a mí respecta, no me importa demasiado la cara que pongo cuando empieza el juego. Mi procesión va por dentro.

Aporreé la puerta de estilo gótico de hierro forjado, tan resistente que aguantaría la carga de un todoterreno. Al hacerlo, recordé el rostro y los ojos graves de Anna. La golpeé tres veces con mi bastón y planté los pies firmemente en el suelo.

La puerta chirrió y comenzó a abrirse sin que nadie la impulsara. A medio camino, las bisagras dejaron escapar un gemido, surgió una bocanada de humo y la puerta dejó de moverse.

—¿Has sido tú? —le pregunté a Ramírez.

—He quitado también la cerradura —contestó en voz baja—. Y las cámaras que apuntan a la entrada. Por si acaso.

Ramírez no es tan poderoso como yo, pero hace buen uso de las habilidades que

posee.

—Buen trabajo —le dije—. Ni lo he sentido.

Sacó su sonrisa a pasear durante un momento.

—De nada. Soy el mejor.

Entramos, atentos a cualquier movimiento. Era noche casi cerrada y los bosques se veían como hechizados, oscuros y profundos. Unos neumáticos susurraron en el pavimento. Una luz apareció entre los árboles, delante de nosotros, y se convirtió en los faros de un vehículo. Una auténtica limusina, un Rolls blanco con detalles en plata, se acercaba por el camino en dirección a la entrada. Los neumáticos chirriaron hasta detenerse a seis metros de nosotros.

—Si quieres, puedo... —murmuró Ramírez en voz baja.

—Tranquilo, grandullón —le interrumpí—. Nos ahorraremos la caminata.

—¡Bah! —dijo—. Menos mal que uno de los dos es un tío joven y saludable...

Se abrió la puerta del conductor y salió un hombre del coche. Lo reconocí, era uno de los guardaespaldas personales de Lara; un hombre algo más alto que la media, esbelto pero musculoso, con un corte de pelo militar y ojos penetrantes, cautos. Llevaba unos pantalones color caqui y no se molestaba en ocultar la cartuchera que portaba bajo la chaqueta. Nos echó un buen vistazo y, acto seguido, escudriñó la puerta y la valla que había detrás de nosotros. Luego sacó una pequeña radio del bolsillo y empezó a hablar por ella.

—¿Dresden? —me preguntó.

—Sí.

—¿Ramírez?

—El mismo —le dijo Carlos.

—Va armado —sentenció el guardaespaldas.

—Y mucho —le contesté.

Hizo una mueca y asintió.

—Entren en el coche, por favor.

—¿Por qué? —le pregunté haciéndome el inocente.

Ramírez me lanzó una mirada penetrante, pero no dijo nada.

—Me han ordenado que los recoja —dijo el guardaespaldas.

—No estamos lejos de la casa —apunté—. Podemos caminar.

—La señorita Raith me pidió que les asegurara que, en nombre de su padre, tienen su compromiso personal de salvoconducto, tal como se estipula en los Acuerdos.

—En ese caso —le dije—, la señorita Raith puede venir a decírmelo en persona.

—Estoy seguro de que será un placer para ella —dijo el guardaespaldas—. En la casa, señor...

Me crucé de brazos.

—Si está demasiado ocupada para mover su bonito culo hasta aquí, ¿por qué no va y le pregunta si no será mejor que volvamos mañana?

Se oyó un zumbido y una de las ventanas traseras del Rolls se deslizó hacia abajo. Dentro no se veía mucho, pero la risa suave y aterciopelada de una mujer embriagó la noche.

—¿Lo ves, George? Te lo dije.

El escolta hizo una mueca y miró a su alrededor.

—Le han hecho algo a la puerta. Está abierta. Aquí está usted muy expuesta, señora.

—Si su intención fuera asesinar me —respondió la mujer—, créeme cuando te digo que Dresden ya habría tenido ocasión de hacerlo, y estoy segura de que su compañero, el señor Ramírez, también.

El centinela Ramírez se puso un poco tenso.

—¿De qué me conoce? —me susurró entre dientes.

—No mucha gente monta en dinosaurios zombis y se convierte en comandante regional de los centinelas antes de cumplir los veinticinco —le contesté—. Apuesto a que tiene informes de la mayoría de los centinelas que siguen vivos.

—Y de algunos de los alumnos —convino la voz de la mujer—. George, por favor.

El guardaespaldas nos dedicó una mirada plana, midiéndonos, y abrió la puerta del coche, apoyando sin ningún reparo una mano en la culata de la pistola que le colgaba bajo el brazo.

La dueña de la Corte Blanca surgió del interior del Rolls Royce.

Lara es... difícil de describir. Me había encontrado con ella en varias ocasiones y cada vez me había llevado un impacto similar; un momento de sorprendida admiración y de deseo hacia su primario atractivo físico que no menguaba con la costumbre. No había ningún rasgo en ella que se pudiera señalar como especialmente hermoso, ninguna faceta de su belleza que pudiera ser declarada como la perfección absoluta. Su atractivo era mucho más grande que la suma de todas sus partes, y ninguna de ellas se podría calificar con un apelativo distinto a «celestial».

Tenía el cabello oscuro, al igual que Thomas, y sus intrincados rizos eran tan brillantes que su tono se acercaba al azul bajo ciertas fuentes de luz. Su piel era una cremosa extensión con la suave perfección blanca de la leche; si tenía lunares o marcas de nacimiento en cualquier parte de su cuerpo, yo no se los había visto. Sus labios, rosados y oscuros, eran un poco grandes para su estrecho mentón, pero no afectaban en nada al conjunto, si acaso le otorgaban un aspecto de exuberante indulgencia, de sensualidad deliberada y perversa.

Sin embargo, si había algo que destacara eran sus ojos, matadores; dos grandes orbes oblicuas del mismo tono gris del arsénico y salpicadas de manchas tan azules

como la flor de vinca. Eran unos ojos muy vivos, alertas, conscientes, con un brillo inteligente y lleno de humor. Si no tenías cuidado, es posible que no percibieras la combustión sin llama del sensual fuego demoniaco en su interior, el hambre constante y depredadora.

A mi lado, Ramírez tragó saliva. Lo sé porque lo oí. Cuando Lara hace su entrada, nadie aparta la vista.

Llevaba un traje de corte ejecutivo de seda blanco, si bien la falda era unos centímetros más corta de lo que se consideraría apropiado para cualquier reunión de oficina y los zapatos blancos de tacón se elevaban demasiado para poder ser discretos. Resultaba difícil no mirarle las piernas. Cualquier otra mujer con su mismo tono de piel no le sacaría partido a un traje blanco, sin embargo, Lara lograba que pareciera que llevaba puesta la toga de una diosa.

Sabía muy bien el efecto que había causado en nosotros cuando la vimos, y su boca se curvó en una sonrisa satisfecha. Caminó lentamente hacia donde estábamos, cruzando las piernas a un ritmo pausado para mover, así, un poco las caderas. El movimiento era... terriblemente bello. Una pura y sensual feminidad se formaba a su alrededor como una silenciosa e invisible nube de tormenta, tan gruesa que ahogaría a cualquier hombre incauto.

Después de todo, había ahogado en ella a su propio padre, ¿no?

Pero no es oro todo lo que reluce, yo lo sabía muy bien. Tan deliciosa como parecía, tan desgarradora como era la magnificencia de sus movimientos, no dejaba de ser Peligrosa, con pe mayúscula. Era una vampiresa, una depredadora que se alimentaba de seres humanos para continuar con su propia existencia. A pesar de nuestra colaboración en el pasado, yo era humano y ella seguía siendo algo que se alimentaba de seres humanos. Si me comportaba como un alimento, una enorme parte de su ser no se preocuparía de la política o las ventajas de nuestra relación. Simplemente querría comerme.

Así que hice un sublime esfuerzo por aparentar aburrimiento cuando se acercó a mí y me ofreció su mano con la palma hacia abajo.

La tomé (una mano suave, bonita, deliciosa... ¿He dicho suave? ¡*Maldita sea, Harry! ¡Ignora a tu pene antes de que te mate!*), sus dedos eran fríos. Me incliné en una reverencia formal y liberé su mano sin llegar a besársela. Si lo hubiera hecho, estaba seguro de que le hubiera mordisqueado un poco los dedos para probar su textura.

Al levantarme, se encontró con mis ojos durante un peligroso segundo.

—¿Seguro que no quieres probar, Harry?

Un acceso de una primitiva lujuria que, probablemente, no era mía me recorrió todo el cuerpo. Sonreí, le dediqué otra reverencia e hice un pequeño esfuerzo de voluntad. Las runas y sellos de mi bastón se encendieron con un ardiente y

anaranjado fuego infernal.

—Has de ser cortés, Lara. Sería una pena manchar de ceniza esos bonitos zapatos.

Echó la cabeza hacia atrás, dejó escapar una burbujeante risa gutural y se tocó el rostro con una mano.

—Sutil, como siempre —me respondió. Bajó la mano y pasó los dedos sobre la extraña tela gris de mi capa de centinela—. Has desarrollado... un gusto ecléctico para la moda.

—Es del mismo color, por ambos lados —le dije.

—Ah —dijo Lara, e inclinó la cabeza ligeramente hacia mí—. No te respetaría si no fuera así, supongo. Sin embargo, si alguna vez deseas un nuevo fondo de armario... —Rozó la tela de mi camisa—. Estarías divino vestido con seda blanca.

—Le dijo la araña a la mosca —contesté—. Olvídalo.

Sonrió de nuevo, batió las pestañas en mi dirección y casi me da un vuelco el corazón. Entonces se dirigió hacia Ramírez, a quien le ofreció igualmente la mano.

—Tú debes de ser el centinela Ramírez.

Ahí fue cuando me puse nervioso. A Ramírez le gustaban mucho las mujeres. Ramírez no paraba de hablar de mujeres. Bueno, no paraba de hablar de cualquier cosa en general, pero alardeaba una y otra vez acerca de sus múltiples conquistas y hazañas de atletismo sexual y...

—¡Un hombre virgen! —exclamó Lara. Sí, Lara. Volvió la cabeza hacia mí, sus ojos grises habían bajado varios tonos en unos pocos segundos y estaban muy abiertos—. De verdad, Harry, no sé muy bien qué decir. ¿Es un regalo?

Me crucé de brazos y miré a Lara fijamente, pero no dije nada. Era el momento de Ramírez para causar su primera impresión; si no lo hacía por su propia cuenta, Lara consideraría que no sabía protegerse a sí mismo y era probable que lo marcara como un objetivo.

Lara rodeó a Ramírez caminando en un lento círculo a su alrededor. Lo inspeccionó como si fuera un despampanante coche deportivo. Eran de la misma altura, pero los tacones le otorgaban a Lara cierta ventaja; todo en Lara, especialmente su forma de moverse, transmitía una confiada y lánguida sensualidad.

—Un joven y hermoso gallo —murmuró. Al pasar por detrás de él surcó con un dedo la línea de sus hombros.

—Fuerte. Joven. Un héroe del Consejo Blanco, por lo que he oído. —Hizo una pausa para tocar con la punta del dedo la parte posterior de la mano de Ramírez y, entonces, se estremeció—. Y tiene poder. —Sus ojos adquirieron tonalidades más brillantes cuando terminó su particular examen—. Dios mío. Me he alimentado recientemente y aun así... Tal vez te apetezca volver conmigo en coche a la mansión, dejaremos que Dresden vaya caminando. Me comprometo a entretenerte hasta que lleguemos...

Conocía aquella mirada en el rostro de Ramírez. Era la mirada de un joven que quería algo con tanta ansia que estaba dispuesto a olvidar cosas tan serias de la vida como la civilización, las costumbres sociales, la ropa y el habla; lo que pasara después no importaba.

Lara también lo notó. Sus ojos brillaron intensamente, su sonrisa se tornó serpentina. Estaba decidida a tensar más la cuerda.

Sin embargo, al parecer Ramírez también se sabía ese dicho del oro que reluce o no reluce. Desconocía que llevara un cuchillo escondido bajo la manga, pero el hecho es que apareció en su mano un instante antes de que su punta presionara la garganta de Lara.

—No soy comida —dijo en voz muy baja y mirándola a los ojos.

Nunca antes había visto una visión del alma desde fuera. Me sorprendió lo sencilla y breve que parecía cuando uno no estaba siendo sacudido hasta los cimientos por sus efectos. Ambos se miraron con los ojos muy abiertos y, al momento, se estremecieron. Lara dio un pequeño paso atrás para alejarse de Ramírez; la respiración se le había acelerado. Me di cuenta de aquel detalle porque soy un investigador profesional. Podría llevar un arma oculta en aquel escote.

—Si tu intención era disuadirme —dijo Lara un momento después—, no lo has conseguido.

—A ti no —respondió Ramírez al tiempo que bajaba el cuchillo. Su tono sonaba áspero—. No era para disuadirte a ti.

—Para ser tan joven eres muy listo —murmuró—. Te aconsejo, joven mago, que no dudes tanto antes de actuar, en caso de que otra como yo se te aproxime... Un hombre virgen es muy atractivo para nuestra especie. Uno como tú es poco frecuente. Si le das a un miembro menos controlado de la Corte una oportunidad como esta, se lanzarán sobre ti en manada... lo que daría una mala imagen de mí.

Lara volvió a dedicarme su atención.

—Mago, tienes mi promesa de salvoconducto.

Incliné la cabeza.

—Gracias.

—Espero que me hagáis compañía en el coche.

Le hice un gesto con la cabeza y Lara se dirigió hacia su guardaespaldas, que parecía estar luchando contra un ataque de apoplejía.

Me di la vuelta y miré a Ramírez.

Su rostro se tornó de un brillante rojo.

—¿Virgen? —le pregunté.

Se puso más rojo aún.

—¿Carlos? —insistí.

—Está mintiendo —espetó—. Es malvada. Es realmente malvada. Y una

mentirosa.

Me froté la boca para evitar que me viera sonreír.

En noches como esta, unas risas son de agradecer.

—Está bien —lo tranquilicé—. No es importante.

—¡Y una mierda que no lo es! —escupió—. ¡Miente! Es decir, yo no soy... Yo soy...

Le propiné un codazo amistoso.

—Concéntrate, Galahad. Tenemos trabajo que hacer.

Resopló.

—Cierto.

—¿Has visto lo que había en su interior? —le pregunté.

Se estremeció.

—Esa cosa pálida... Sus ojos... Se estaba poniendo cada vez más cachonda, parecían más los ojos de una cosa que de una persona.

—Sí —dije—. Es una experiencia comprobar lo cerca que están de comenzar a darte mordiscos. Te las has arreglado bien.

—¿Tú crees?

No pude resistirme a picarle un poco.

—Solo piensa que si la hubieras cagado —le dije al tiempo que Lara se sentaba en el coche introduciendo una pierna larga y perfecta después de la otra—, ahora estarías en la limusina con Lara encima de ti y arrancándote la ropa.

Ramírez miró hacia el coche y tragó saliva.

—¡Uf! Sí. Por poco.

—Conozco a varios miembros de la Corte Blanca —le dije—. Lara es probablemente la más inteligente, civilizada, progresista y adaptable. Y con claridad la más peligrosa.

—No parecía tan dura —opinó Ramírez, pero tenía la frente arrugada mientras lo decía, pensativo.

—Es peligrosa de una forma diferente a la mayoría —continué—. Pero creo que se puede confiar en ella.

—Así es —aseguró Ramírez con firmeza—. Lo he visto.

—Es una de las cosas que la hace peligrosa —dije al tiempo que avanzábamos hacia la limusina—. Conserva la calma.

Al agacharme junto a la puerta vi a Lara en la parte posterior de la limusina, en un asiento parecido al de un carruaje, irradiando elegancia y belleza de sus hermosos ojos grises. Sonrió al verme allí asomado y extendió un dedo hacia nosotros.

—Por favor, entrad en mi limusina —le dijo la araña a las moscas.

Y así lo hicimos.

Capítulo 36

La limusina pasó junto a la enorme casa de piedra, la mansión propiamente dicha. Era más grande que un edificio entero de aparcamientos y estaba cubierta de cornisas, torretas y gárgolas, como una especie de castillo neomedieval.

—No hemos, eh... —apunté—, parado en la casa.

—No —dijo Lara desde el asiento frente al nuestro. El brillo de su luminosa piel se vislumbraba incluso en la oscuridad—. El cónclave tendrá lugar en La Fosa. —Me miró con los ojos brillantes—. Así todo el mundo tendrá que caminar menos.

Esboqué una breve sonrisa.

—Me gusta la casa, que sea un castillo. Siempre es agradable saber que vives en un lugar que podría resistir el asedio de un ejército de mercenarios bohemios, si fuera necesario.

—O magos americanos —respondió con ligereza.

Le brindé lo que esperaba que se pareciera a una sonrisa lobuna, me crucé de brazos y observé cómo la casa se perdía a lo lejos. Giramos en un pequeño camino de tierra y avanzamos otro kilómetro y medio antes de que el coche aminorara y se detuviera. George, el guardaespaldas, salió y le abrió la puerta a Lara. Me rozó con un muslo al salir; su perfume olía tan bien que me sacudió la razón durante dos o tres segundos.

Tanto yo como Ramírez nos quedamos quietos un momento.

—Esta mujer es terriblemente atractiva —apunté—. He pensado que debería comentártelo, chico, en caso de que tu inexperiencia te haya impedido apreciar tal circunstancia.

—Una mentirosa es lo que es —sentenció Ramírez con el rostro sonrojado—. Malvada.

Sonreí malicioso y salí del coche para seguir a Lara (y a los otros tres guardaespaldas que la estaban esperando) al interior del bosque, junto al camino de grava.

La última vez que encontré la entrada a La Fosa iba dando tumbos entre los árboles, concentrado en las indicaciones de un hechizo de seguimiento y tropezando con las raíces y baches del viejo bosque.

Esta vez había un camino iluminado que se adentraba en los árboles, señalizado nada menos que con una alfombra roja. Las luces eran suaves, azules y verdes, pequeñas lámparas que, tras un vistazo más de cerca, resultaban ser elegantes jaulas de cristal que contenían pequeñas formas humanoides aladas. Hadas, duendes diminutos rodeados por su propia esfera de luz, atrapados y abatidos, agazapados en sus diminutas cárceles.

Entre cada una de las jaulas se arrodillaban más prisioneros, seres humanos

atados solamente con un lazo de seda blanca alrededor del cuello, unido a su vez a una estaca clavada en la tierra delante de ellos. No estaban desnudos. Lara no sería tan burda. En su lugar, cada uno de ellos llevaba un quimono de seda blanca adornado con hebras de hilo de plata.

Eran hombres y mujeres de todas las edades, tipos de cuerpo y color de pelo; todos ellos hermosos, con la mirada baja y arrodillados en silencio. Uno de los jóvenes estaba sentado, temblando, y apenas podía mantenerse en pie. Su cabello largo y oscuro estaba manchado de vetas de un blanco quebradizo. Sus ojos parecían desenfocados y completamente ajenos a todo a su alrededor. El quimono estaba roto cerca del cuello, dejando expuesta una amplia franja de su musculoso pecho. Tenía profundas marcas de arañazos y pequeños hilillos de sangre le bajaban por el pecho, claramente visibles. Además, en la curvatura del músculo entre el cuello y el hombro se distinguían profundas marcas de dientes, media docena de ostentosos moratones y algunos pequeños cortes. Había otras cuatro señales de uñas al otro lado del cuello; no eran arañazos, se las habían clavado.

Por si esto fuera poco, era evidente, e incluso dolorosa, su excitación bajo el quimono.

Lara se detuvo a su lado y puso los ojos en blanco, irritada.

—¿Madeline?

—Sí, señora —dijo uno de los guardaespaldas.

—¡Por el amor del Hambre! —Suspiró—. Llévalo dentro antes de que termine el cónclave o acabará con él en cuanto salga.

—Sí, señora —obedeció el hombre antes de apartarse hacia un lado y comenzar a hablarle al aire. Vi en su oreja un cable con un auricular.

Seguí caminando por la larga fila de cautivos arrodillados y duendes atrapados y me fui cabreando más y más a cada paso.

—Son voluntarios, Dresden —me dijo Lara cuando dimos unos pasos más—. Todos ellos.

—Estoy seguro de que lo son —comenté—. Ahora lo son.

Ella se rió.

—No hay escasez de mortales cuya mayor aspiración sea arrodillarse ante otros, mago. Nunca la ha habido.

Pasamos junto a varios hombres y mujeres arrodillados que parecían aturridos y desorientados, aunque no tanto como los primeros. También nos encontramos con espacios vacíos donde había una percha y una tira de tela blanca pero faltaba la persona sometida.

—Estoy seguro de que todos saben que pueden morir si hacen esto —le dije.

Encogió un hombro.

—Es lo que sucede en estas reuniones. Los invitados no tienen la obligación de

deshacerse de los cuerpos, ya que, como anfitriones, nosotros somos los responsables de tal menester. Así que muchos de nuestros visitantes no hacen ningún esfuerzo por controlarse.

—De acuerdo, tú eres la responsable. —Agarré mi bastón con más fuerza y mantuve un tono neutral en la voz—. ¿Qué pasa con la gente pequeña?

—Entraron ilícitamente en nuestras tierras —respondió ella con voz tranquila—. Otros les hubieran matado en lugar de ponerlos a su servicio.

—Sí, claro. Eres todo corazón.

—Mientras hay vida, hay esperanza, Dresden —dijo Lara—. La política de mi padre en estos asuntos ha cambiado en los últimos tiempos. La muerte es... una falta de tacto, si puede ser evitada. Otras alternativas son mucho más rentables y agradables para todos los involucrados. Es precisamente por esa razón por lo que mi padre trata de ayudar a preservar la paz entre tu pueblo y el mío.

Miré hacia un lado y me encontré los ojos brillantes de una pelirroja de pelo corto de unos treinta años, absolutamente encantadora. Tenía el quimono abierto después de que se hubieran alimentado de ella. Jadeaba, las puntas de sus pequeños pechos estaban tensas y todavía le temblaban los músculos de su vientre plano. Detrás de nosotros, la fila de esclavos se perdía en la oscuridad. Delante, se prolongaba unos cien metros o más. Eran muchos.

Empecé a temblar, pero los rostros de las mujeres que el Skavis y sus imitadores habían asesinado se pasearon por mi mente y tuve que reprimirme. ¡Y una mierda! No iba a dejar que Lara me viera desconcertado, por muy enfermo que me hiciera sentir la exhibición de poder de seducción de la Corte Blanca.

El camino se alargaba otro centenar de metros por el bosque y acababa en la boca de una cueva. No era grande, siniestra o dramática. Se trataba simplemente de una hendidura en una zona de tierra casi llana junto a la base de un árbol. La visible e hipnótica danza de una llama ascendía desde algún lugar de allí abajo. Había guardias en el exterior, entre las sombras del bosque y fuera de la vista. Vi un par de pequeñas torretas de vigilancia ocupadas por formas oscuras, además de otros silenciosos vigías de pie aquí y allá. Supuse que habría más guardias que no era capaz de distinguir.

Lara se dirigió a nosotros.

—Caballeros —dijo—, si esperan aquí un momento, mandaré a alguien a por ustedes en cuanto el rey Blanco esté listo para recibirlos.

Asentí una sola vez, clavé el bastón en la tierra y me apoyé en él sin decir nada. Ramírez me imitó.

Lara me miró con frialdad, se volvió y descendió a La Fosa sin perder en ningún momento su perfecta elegancia, a pesar de los altos tacones.

—Ya la conocías —señaló Ramírez en voz baja.

—Sí.

—¿Dónde?

—En el plató de una película porno. Ella actuaba.

Me miró un segundo. Luego se encogió de hombros dando por buena la respuesta.

—¿Qué hacías tú allí?

—Trabajar de especialista —le contesté.

—Uh... —dijo.

—El productor me contrató para que averiguara por qué las personas que participaban en la película estaban siendo asesinadas.

—¿En serio?

—Sí.

—Así que... ¿tú y ella...?

—No —dije—. Si te fijas, estoy respirando y conservo mi propia voluntad, así que puedes creerme. —Hice un gesto de cabeza hacia la entrada de la cueva, donde una sombra oscureció brevemente la luz del fuego que venía desde abajo—. Alguien se acerca.

Una mujer joven con un quimono blanco especialmente fino, con ricos bordados de hilo de plata, salió de la grieta en el terreno. Creí por un momento que era rubia, pero se trataba de un efecto lumínico. A medida que se acercaba a nosotros con paso lento y tranquilo, al pasar junto a la luz de las lámparas de las hadas, su largo cabello hasta la cintura, blanco y puro, se fue volviendo azul y verde. Era preciosa, casi al mismo nivel que Lara, pero no transmitía la misma sensación depredadora, motivada por el hambre, que había llegado a asociar con la Corte Blanca. Su complexión era delgada, de formas suaves y dulces; parecía muy frágil y vulnerable. Tardé un segundo en reconocerla.

—¿Justine?

Me brindó una pequeña sonrisa. Parecía desconectada de una extraña manera, como si sus ojos oscuros se centraran en algo distinto de la persona a la que estaba sonriendo. Ni siquiera llegó a mirarme directamente. Cuando habló, sus palabras estaban salpicadas de pequeñas pausas y el énfasis residía en las sílabas impares, como si estuviera hablando un idioma extranjero del que poseía una competencia meramente técnica.

—Usted es Harry Dresden. Hola, Harry. Tiene buen aspecto esta tarde.

—Justine —le dije aceptando la mano que me ofrecía. Me incliné sobre ella—. Tú pareces... enferma.

Ella me brindó una tímida sonrisa y habló con aquel somnoliento ritmo.

—Me estoy curando. Algún día estaré mejor y volveré junto a mi señor.

Sin embargo, mientras hablaba sus dedos apretaron con fuerza los míos y marcó

una inconclusa secuencia musical, rápida y medida.

Parpadeé sorprendido y le apreté los suyos para completar el ritmo.

—Estoy seguro de que cualquier hombre estaría encantado de verte.

Se ruborizó con delicadeza e inclinó la cabeza ante nosotros.

—Muy amable, señor. ¿Me acompañan, por favor?

Lo hicimos. Justine nos condujo al interior de la cueva, que resultó ser un descenso flanqueado de paredes lisas. A partir de ahí, el camino consistía en un túnel con antorchas en las paredes, también lisas y pulidas. Desde abajo llegaba un eco musical de voces y sonidos que danzaban por la piedra, sutilmente cambiados y alterados por la acústica a medida que ascendían.

Era una bajada larga y sinuosa, aunque el túnel era amplio y no se perdía pie. Me acordé de la terrorífica huida de La Fosa, la última vez que estuve allí. Murphy y yo ascendimos por aquel mismo túnel arrastrando a mi medio muerto hermano para evitar ser consumidos por la tormenta de esclavitud psíquica confeccionada por Lara para tomar el control de su padre y, por ende, de la Corte Blanca. Nos faltó poco.

Justine se detuvo cuando habíamos recorrido dos tercios del descenso, en un lugar señalado en el suelo con una marca de tiza.

—Aquí —dijo en un tono tranquilo pero ya nada somnoliento—. Aquí nadie puede oírnos.

—¿Qué está pasando? —le pregunté—. ¿Qué haces caminando libremente?

—Eso no importa ahora mismo —dijo Justine—. Estoy mejor.

—No estás loca, ¿verdad? —le pregunté—. Una vez casi me sacas los ojos.

Sacudió la cabeza con un movimiento un poco frustrado.

—La medicación. No sé... de momento estoy bien. Necesito que me escuches.

—Bien —convine.

—Lara desea que os explique qué os vais a encontrar —comenzó a relatar Justine con visible intensidad en sus oscuros ojos—. Ahora mismo, lord Skavis está pidiendo el fin de los planes de negociación con el Consejo, apoyándose en el trabajo de su hijo como ejemplo de los beneficios de mantener las hostilidades.

—¿Su hijo? —pregunté.

Justine hizo una mueca y asintió con la cabeza.

—El agente que mataste era el heredero de la Casa Skavis.

Puede que Ratón fuera el verdadero autor de la muerte, pero los Acuerdos lo considerarían una simple arma, igual que una pistola. Yo era el que había apretado el gatillo.

—¿Quién está a cargo de Malvora?

—Lady Cesarina Malvora —dijo Justine dedicándome una sonrisa aprobatoria—, cuyo hijo, Vittorio, se sentirá ultrajado por las mentiras de lord Skavis respecto al duro trabajo que hicieron él y Madrigal Raith.

Asentí.

—¿Cuándo quiere Lara que haga mi entrada?

—Me aseguró que sabrías elegir el mejor momento.

—Correcto. Entonces llévanos a un lugar desde donde podamos escucharlos.

—Eso va a ser un problema —dijo Justine—. Están hablando en etrusco antiguo. Entiendo lo suficiente para poder darte una idea de lo que...

—No hay problema —la interrumpí.

¿Verdad?, pensé dirigiéndome a la sombra de Lasciel.

Naturalmente que no, mi anfitrión, fue la espectral respuesta pensé. *Bien, Gracias, Lash.*

Transcurrió menos de un segundo.

De nada, respondió.

—Bueno, llévame a un lugar donde pueda oírlos —le pedí a Justine.

—Por aquí —respondió ella enseguida, y se apresuró por el pasillo, deteniéndose a apenas seis metros de la cueva principal. Se vislumbraba muy poco de la caverna al otro lado incluso desde tan cerca, aunque se oían voces en mitad de una conversación; sonaban extrañas y sibilantes en mis oídos, pero en mi cabeza se convertían en un perfecto inglés.

—El quid de la cuestión —relató una voz con tono de bajo operístico—. Los fanáticos mortales y los de su calaña están al borde de la destrucción. Ahora es el momento de apretar y castrar al ganado de una vez por todas. —Lord Skavis, supuse.

Un barítono fuerte y perezosamente confiado contestó al orador, y reconocí la voz de lo que quedaba de la criatura que mató a mi madre.

—Mi querido Skavis —dijo lord Raith, el rey Blanco—, no voy a negar que la idea de una humanidad castrada me parece muy poco atractiva.

Se produjo una ronda de risas plateadas de hombres y mujeres por igual. Su eco agitó el aire y me rozó como una amante ardiente. Me enderecé rápidamente hasta que hubo pasado. Ramírez tuvo que apoyar una mano en la pared para mantener el equilibrio. Justine se balanceó como un junco, cerró los ojos un momento y luego los volvió a abrir.

La profunda voz de Skavis reanudó su perorata.

—Mi rey, dejando sus pasatiempos y preferencias personales a un lado, la mayor debilidad de los fanáticos ha sido siempre el largo tiempo que les lleva desarrollar sus habilidades hasta niveles aceptables. Por primera vez en la historia, hemos degradado o neutralizado sus ventajas por completo, debido, por un lado, al devenir de la guerra y gracias, por otro, a la inventiva del ganado en lo que respecta al desarrollo de sus habilidades para los viajes y la comunicación. La Casa Skavis ha demostrado que estamos ante una oportunidad sin precedentes de aplastar a tales monstruos y someter al ganado por fin a nuestro control. Solo un idiota permitiría que dicha oportunidad se

escapara entre sus dedos impotentes. Mi rey....

—Solo un idiota —sugirió la estridente voz de una mujer— haría una afirmación tan patética.

—La corona —intervino Raith— reconoce a Cesarina, lady Malvora.

—Gracias, mi rey —dijo lady Malvora—. Aunque no puedo dejar de admirar la audacia de lord Skavis, me temo que no tengo más remedio que interrumpir su intento de hurtar una gloria que pertenece a la honorable Casa Malvora.

—Esto va a ser interesante. Por favor, desarrolla esa idea, querida Cesarina. —El tono de Raith seguía siendo divertido.

—Gracias, mi rey. Mi hijo, Vittorio, estaba presente en la escena y lo podrá explicar.

Habló una voz masculina, plana y un poco nasal. Reconocí enseguida el acento de Capa Gris.

—Mi señor, la muerte infligida a esos miembros del ganado de extraña sangre sucedió, en efecto, como lord Skavis la ha descrito. Sin embargo, no fue en realidad un agente de su Casa el que logró tal hazaña. Si, tal como dice, su hijo fue el autor de semejante logro, ¿dónde está entonces? ¿Por qué no ha dado un paso al frente para dar testimonio de ello en persona?

Las palabras desembocaron en lo que solo podría describirse como un silencio pesado. Si lord Skavis era como el resto de los Blancos que había conocido, Vittorio no tendría otro remedio que cargárselo de inmediato. La otra opción sería pasarse el resto de su vida mirando por encima del hombro.

—Entonces, ¿quién realizó este cruel acto de guerra? —preguntó Raith en un tono suave.

Vittorio volvió a hablar y en mi cabeza se formó una vívida imagen de su pecho inflándose.

—Yo, mi rey, con la ayuda de Madrigal de la Casa Raith.

La voz de lord Raith adquirió un reborde de ira.

—A pesar de que ha sido declarado un cese de las hostilidades, en espera de la discusión de un armisticio.

—Lo hecho, hecho está, mi rey —intervino lady Malvora—. Mi querido amigo lord Skavis estaba en lo cierto: los monstruos son débiles. Ahora es el momento de acabar con ellos, de una vez y para siempre, sin darles tiempo a que se pongan de nuevo en pie...

—¿Menospreciando el hecho de que el rey Blanco piensa de otra manera?

Casi oí la sonrisa de lady Malvora.

—Muchas cosas cambian, mi rey.

Se produjo un sonido estruendoso, tal vez un puño cerrado dando un golpe en el brazo de un trono.

—Esta no. Habéis violado mis órdenes y subestimado mis capacidades. ¡Eso es traición a la patria, Cesarina!

—¿Lo es, mi rey? —replicó lady Malvora—. ¿Acaso no es una traición a nuestra propia sangre mostrar misericordia ante un enemigo que está al borde de la derrota?

—Estaría dispuesto a perdonar el exceso de celo, Cesarina —gruñó Raith—. No obstante, me siento menos inclinado a tolerar la estupidez detrás de esta provocación sin sentido.

La fría y burlona risa cayó en un silencio repentino, muerto.

—¿Estupidez? ¿En qué sentido, oh rey débil y envejecido? ¿En qué manera son las muertes del ganado algo distinto a un dulzor para los sentidos, a un bálsamo para el hambre? —La calidad de su voz varió, como si hubiera cambiado de posición en la cueva. Supuse que se había dado la vuelta para dirigirse al público. El desprecio zumbaba en su tono—. Somos fuertes, y los fuertes hacen lo que quieren. ¿Quién nos encomienda tal tarea, oh rey? ¿Vos?

Si aquello no era ser directo, mi nombre no es Harry Blackstone Copperfield Dresden.

Levanté mi bastón y lo estrellé en el suelo, realizando un esfuerzo de voluntad para enfocar la energía del golpe en un área mucho más pequeña que su punta. Al tocar el suelo de piedra, se agrietó un fragmento del tamaño de un plato grande y produjo un crujido casi imperceptible. Otro esfuerzo de voluntad propagó una silenciosa ola de fuego de no más de diez o quince centímetros de alto por el suelo del túnel para formar una alfombra roja de mi propia creación.

Caminé por ella con Ramírez a mi lado. El fuego se apartaba de nuestros pies a medida que avanzábamos, y nuestras botas golpeaban la piedra al unísono. Entramos en la caverna; estaba repleta de seres pálidos y sorprendidos. Aquel lugar era un compendio de caras bellas y hermosos vestuarios, a excepción de una zona de unos seis metros alrededor de la entrada, donde todos se habían apartado del ardiente heraldo de nuestra presencia.

Los ignoré a todos y exploré la habitación hasta encontrar a Capa Gris, también conocido como Vittorio Malvora, a menos de treinta metros de distancia, de pie junto a Madrigal Raith. Aquellos bastardos asesinos nos miraban con la boca abierta y mudos por la sorpresa.

—¡Vittorio Malvora! —exclamé, y mi voz resonó con ira en los ecos de la caverna—. ¡Madrigal Raith! Soy Harry Dresden, centinela del Consejo Blanco de magos. Según los Acuerdos Unseelie, los acuso de asesinato en tiempo de paz y los desafío aquí y ahora, ante estos testigos, a un juicio por combate. —Estrellé de nuevo mi bastón en el suelo causando un nuevo estruendo. El fuego infernal coloreó las runas talladas—. ¡Hasta la muerte!

Un silencio total cayó en La Fosa.

Maldita sea, no hay nada como una buena entrada.

Capítulo 37

—Noche oscura —juró Madrigal. Sus ojos estaban muy abiertos—. Esto no puede estar sucediendo.

—Es hora de pagar los platos rotos, capullo —le respondí en voz baja en la misma lengua, enseñando los dientes.

Vitto Malvora volvió la cabeza para mirar por encima del hombro a una pequeña mujer, de no más de metro y medio de estatura, vestida con una túnica blanca parecida a una toga. Tenía las curvas propias de las diosas griegas que solían llevar semejante atuendo. Su rostro era una máscara rígida, congelada.

Volvió sus ojos color cromo hacia mí y escondió los labios rojos como el vino delante de su blanca dentadura.

Se levantó de inmediato una algarabía entre los vampiros y, de repente, se alzó un coro de gritos de protesta y enojo. Si me hubiera encontrado en un estado de ánimo menos desafiante, es probable que me hubiera asustado mucho. Como no era así, simplemente cambié de postura y me giré ligeramente hacia la izquierda mientras Ramírez hacía lo mismo pero en la dirección opuesta, de tal modo que nos quedamos espalda con espalda. No había mucho más que hacer excepto prepararse para pelear, por si alguien decidía poner en marcha una buena sesión de «lucha contra el mago» a modo de actividad grupal para animar la velada.

El breve hiato me concedió un momento para echar un buen vistazo a la caverna. El interior había sido diseñado a escala de las catedrales de París, con un techo arqueado extremadamente alto que se desvanecía entre las sombras. El suelo y las paredes eran de piedra viva, suave y gris, atravesadas aquí y allá por vetas de color rojo, verde oscuro y azul cobalto. Todo era redondo y suave, no existía ningún borde dentado o curva cerrada a la vista.

La decoración había cambiado un poco desde que estuve allí por última vez. Se habían dispuesto luces de tonos ámbar, naranja y rojo por las paredes de la caverna. Las lámparas de las que provenían eran eléctricas y se movían un poco para mezclar los colores de esa forma, contrayendo las sombras y dando la impresión general de luz de antorcha sin renunciar a la claridad de la luz artificial. Los asientos estaban colocados en tres grandes grupos, conservando un gran espacio abierto en el centro de la planta, y estaban ocupados por lo que supuse que eran los miembros más importantes de las tres principales Casas. En total, habría cerca de un centenar de vampiros. Los sirvientes, vestidos con el mismo tipo de quimono ricamente bordado de Justine, se alineaban en las paredes, sosteniendo bandejas de bebidas, alimentos...

El suelo se levantaba formando una serie de ondas de tres centímetros hacia el otro lado de la cámara, donde el rey Blanco se sentaba mirando a su corte desde lo alto.

El trono de Raith era una enorme silla de piedra blanco hueso. El respaldo sobresalía como el cuerpo de una cobra, formando una enorme cresta decorada con todo tipo de tallas desagradables a la vista, desde finos y angulosos diseños de estilo celta a bajorrelieves que ilustraban a seres difíciles de identificar participando en actividades que no tenía ningún deseo de contemplar. Había una leve capa de niebla detrás del trono, y la luz creaba delicados juegos con ella, de tal forma que se componían cintas, ríos de colores y arcoíris refractantes que danzaban alrededor del trono. Detrás de aquel velo de niebla oscura, el suelo terminaba abruptamente, abriéndose en un abismo que se hundía en las entrañas de la tierra y, por lo que yo sabía, descendía hasta su tracto intestinal.

El rey Blanco estaba sentado en el trono. Thomas se parecía mucho a su padre, tanto que a primera vista lord Raith podría muy bien confundirse con el propio Thomas. Tenía los mismos rasgos fuertes y atractivos, el mismo pelo negro brillante, la misma constitución esbelta. Parecía solo un poco mayor que Thomas, pero su rostro era muy diferente. Eran los ojos, creo.

Estaban, de alguna manera, manchados de desprecio, frialdad y una serpentina falta de pasión.

El rey Blanco llevaba un espléndido traje de seda blanca, algo perdido en algún lugar entre las galas napoleónicas y el atuendo imperial chino. Hilos de plata así como oro y zafiros centelleaban por toda su vestimenta, y una corona de plata brillante destacaba marcadamente contra su cabello negro.

Alrededor del trono había cinco mujeres, todas ellas vampiresas, cada una vestida con una versión menos elaborada y más femenina del atuendo regio. Lara era una de ellas, y no era la más hermosa, aunque las cinco se parecían mucho. Las hijas de Raith, supuse, cada una lo bastante bella para hacer soñar a cualquiera durante una vida entera, y con tanto mortífero poder como para acabar con el ejército de locos que pretendiera hacer realidad tal fantasía.

El ruido continuó creciendo a nuestro alrededor. Sentí la tensión en los hombros de Ramírez y el poder que había comenzado a reunir.

Raith se levantó de su trono con perezosa magnificencia.

—¡Silencio! —gritó.

Yo pensaba que mi tono de voz había sido fuerte, pero Raith consiguió desprender pequeñas piedras sueltas del techo invisible de la caverna, que estaba situado a una buena altura. El lugar cayó en un silencio sepulcral.

Sin embargo, lady Malvora no se vio intimidada. Se adentró en el espacio abierto delante del trono, a unos tres metros de mí y Ramírez, y se enfrentó al rey Blanco.

—¡Es ridículo! —le espetó—. No estamos en un periodo de paz con el Consejo Blanco. El estado de guerra ha sido constante durante años.

—Las víctimas no eran miembros del Consejo —le dije, y le dediqué una dulce

sonrisa.

—¡Ni son signatarios de los Acuerdos de Unseelie! —espetó lady Malvora.

—Lo son, dada su condición de miembros de la comunidad mágica. Se encuadran dentro del ámbito de los legítimos intereses políticos del Consejo Blanco y, como tal, están sujetas a las disposiciones de protección y defensa que se estipulan en los Acuerdos. Estoy en mi derecho de actuar como su defensor.

Los ojos de lady Malvora eran dos puñales clavados en mí.

—¡Sofisterías!

Le sonreí.

—Eso debe, por supuesto, decidirlo vuestro rey.

La mirada de lady Malvora se acaloró aún más si cabe. No obstante, volvió sus ojos punzantes hacia el trono blanco.

Raith se sentó de nuevo, con parsimonia, arreglándose las mangas con esmero al tiempo que los ojos se le iluminaban de puro placer.

—Tranquila, tranquila, querida Cesarina. Hace unos instantes estabas reclamando el crédito por propinar lo que podía ser un golpe mortal a los monstruos, al menos a largo plazo. Teniendo en cuenta el hecho de que los monstruos están aquí para objetar el plan, como es su derecho en virtud de los Acuerdos, difícilmente puede alegarse que no tengan ningún interés en tratar de detenerlo.

La comprensión alcanzó el encantador rostro de Malvora. Su voz se redujo a un tono que no podría haber llegado mucho más lejos de mi posición y, tal vez, a los propios sentidos mejorados de Raith.

—Serpiente. Serpiente venenosa.

Raith le dedicó una sonrisa fría y se dirigió a la asamblea.

—Nos parece que no hay más remedio que reconocer la validez del derecho del monstruo al desafío. Según nuestro convenio en los Acuerdos, entonces, tenemos que cumplir con sus términos y permitir que el juicio se lleve a cabo. —Raith hizo un gesto cómico con la mano hacia Vitto y Madrigal—. A menos que, por supuesto, a nuestros héroes de guerra les falte valor para asumir esta respuesta, absolutamente previsible, a sus acciones. Se encuentran, por tanto, en libertad de rechazar el desafío en caso de que se sientan incapaces de afrontar las consecuencias de sus actos.

El silencio cayó de nuevo, casi con una saña anticipada. El peso de la atención de la Corte Blanca recayó plenamente sobre Vitto y Madrigal, y ambos se quedaron petrificados como dos pájaros ante una serpiente, con cuidado de no moverse.

Aquella era la parte más delicada. Si la pareja se negaba al juicio por combate, Raith tendría que pagar al Consejo una indemnización por los muertos. Con eso bastaría. Por supuesto, hacerlo sería una admisión pública de la derrota y seccionaría de manera efectiva cualquier influencia que tuvieran en la Corte Blanca. Por extensión, debilitaría a lady Malvora en su posición, no tanto por su negativa a luchar

como por haber sido hábilmente superados y haberse visto obligados a huir de un enfrentamiento.

Además, demostrar su lentitud e incompetencia frente a un centenar de despiadados depredadores, por bien vestidos que fueran, a largo plazo resultaría letal por sí mismo. De cualquier manera, el pretendido golpe de influencia de lady Malvora acabaría ahí. Se demostraría que el audaz y atrevido plan era demasiado evidente y susceptible de llamar la atención, características ambas que, simplemente, carecían de valor en el carácter colectivo de los vampiros. Como resultado, el rey Blanco, no lady Malvora, determinaría el curso de la política de la Corte Blanca.

La única salida airosa posible para lady Malvora era una victoria en el juicio. Yo contaba con ello. Quería que Vitto y Madrigal lucharan. La indemnización no era suficiente para expiar lo que ambos le habían hecho a muchas mujeres inocentes.

Quería darles una lección a aquellos monstruos.

Madrigal se volvió hacia Vitto y conversaron en susurros. Cerré los ojos y escuché la conversación aguzando mi oído de mago.

—No —dijo Madrigal—. De ninguna manera. Es un matón estúpido, pero esto es exactamente lo que mejor sabe hacer.

Vitto y lady Malvora intercambiaron una larga mirada. Entonces Vitto se volvió hacia Madrigal.

—Tú fuiste el imbécil que propuso la idea de atraer su atención e involucrarlo. Lucharemos.

—¡Y una mierda vamos a luchar! —gruñó Madrigal—. Noche oscura, Ortega no pudo con él en una confrontación directa.

—No te comportes como el ganado, Madrigal —respondió Vitto—. Ese fue un duelo de voluntades. Un juicio por combate nos permite elegir cualquier tipo de arma o táctica.

—Diviértete tú solo. Yo no voy a luchar contra él.

—Sí que lo harás —respondió Vitto—. Puedes hacerle frente al mago. O bien a la querida tía Cesarina.

Madrigal se quedó de nuevo petrificado, mirando a Vitto.

—Te puedo asegurar que, incluso si te quema hasta la muerte, será rápido e indoloro en comparación. Decide, Madrigal. Estás con Malvora o contra nosotros.

Madrigal tragó saliva y cerró los ojos.

—Hijo de puta.

La boca de Vitto Malvora se retorció en una sonrisa y se volvió para abordar al rey Blanco, recuperando el uso del etrusco, o como se llame.

—Negamos la acusación sin fundamento del monstruo y aceptamos su desafío, por supuesto, mi rey. Vamos a demostrar su injusticia con su cuerpo.

—A... armas —intervino la temblorosa voz de Madrigal. La traducción de

Lasciel fue clara, pero no era difícil deducir que el etrusco de Madrigal era casi tan malo como mi latín—. Armas propias hay que tener para luchar. Tenemos que enviar a los esclavos a recogerlas.

Raith se acomodó en su trono y se cruzó de brazos.

—Me parece una petición muy razonable. ¿Dresden?

—Nada que objetar —dije.

Raith asintió una sola vez y dio una palmada.

—Entonces, música mientras esperamos, y otra ronda de vino...

Lady Malvora gruñó, giró sobre un tacón y volvió a uno de los grupos de asientos, donde de inmediato se convirtió en el centro de una intensa conferencia.

Los músicos comenzaron a tocar desde algún lugar cercano, oculto detrás de una pantalla. Era una orquesta de cámara bastante buena. ¿Vivaldi, tal vez?; soy menos docto en música de escalas menores que en sinfonías. En ese momento, los sirvientes comenzaron a circular con bandejas de plata y copas alargadas de cristal, entre el zumbido que surgió de voces excitadas.

Ramírez echó un vistazo un tanto incrédulo a la estancia y sacudió la cabeza.

—Esto es una casa de locos.

—Cueva —le dije—. Una cueva de locos.

—¿Qué demonios está pasando?

Cierto. Ramírez no tenía su propia copia de la personalidad de un demonio que le tradujera del etrusco. Le resumí la conversación y los jugadores y le repetí las mejores citas.

—¿Qué es eso de los monstruos? —me preguntó Ramírez en voz baja, indignado.

—Creo que es una cuestión de perspectiva —le dije—. Llaman a los seres humanos ganado, ciervos, animales de la manada. Los magos son ciervos que pueden invocar el rayo y el látigo de las tormentas de fuego. Según su punto de vista, somos bastante extravagantes.

—Así que vamos a patearles el culo, ¿no?

—Ese es el plan.

—Pues vamos a ello —dijo Ramírez poniéndose rígido.

Lara Raith se acercó a nosotros, más recatada en su atuendo formal blanco y con una bandeja de plata con bebidas. Inclino la cabeza; sus ojos grises lucían pálidos y brillantes.

—Honorables invitados, ¿un poco de vino?

—No —dije—. Tengo que conducir.

Lara retorció los labios. No tenía ni idea de cómo había logrado cambiarse tan rápido y ponerse aquel quimono tan complejo. Habría que atribuírselo a los mismos poderes de vampiresa sexi que en cierta ocasión me arrancaron una capa de piel de la oreja sin siquiera levantar los tacones de aguja del suelo. Puf, traje de negocios. Zas,

zas, bata de seda. Sacudí un poco la cabeza y recuperé el control de mis pensamientos. La adrenalina me pone un poco tonto.

Lara se dirigió a Carlos.

—¿Puedo ofrecerte algo dulce, gallito?

—Bueno —dijo—. Ya que estás ofreciendo cosas, ¿qué tal una garantía de que nadie nos va a disparar por la espalda simplemente para divertirse cuando estemos machacando a Beavis y Buttthead?

Lara arqueó una ceja.

—Beavis y...

—Yo hubiera dicho Heckle y Jeckle —apunté.

—Caballeros —dijo—, podéis estar seguros de que el trono blanco no desea otra cosa que no sea prevalecer y humillar a sus enemigos. Estoy segura de que mi padre va a reaccionar con enorme dureza a cualquier violación de los Acuerdos.

—Está bien —dijo Ramírez arrastrando la segunda palabra. Hizo un gesto de cabeza hacia el grupo de Malvoras, todavía apiñados en torno a Cesarina—. Entonces, ¿qué le impide dar un golpe contra ti, el rey y todo el mundo? Si te elimina y nos mata a nosotros se hará cargo de la organización y podrá hacer lo que le dé la gana.

Lara miró a Ramírez y su expresión se torció con desagrado, al punto de que un pequeño estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Me di cuenta porque soy un observador entrenado del lenguaje corporal y no por la forma en la que el quimono se ajustó perfectamente a sus muslos.

—No lo entiendes... —Sacudió la cabeza, arrugando la boca como si acabara de tragarse un limón entero—. Dresden, ¿puedes explicárselo?

—Los vampiros de la Corte Blanca son seres violentos —dije en voz baja—. Salvajes, incluso. Pero ese no es su modo preferido de actuación. Lo que a ti te preocupa es que Malvora vaya por ahí como un gran y viejo oso pardo, matando a cualquier cosa que se interponga en su camino. Pero ellos no son como los osos pardos. Se parecen más a los leones de montaña. Prefieren que sus actos no sean vistos. Cuando atacan van detrás de la víctima, no se enfrentan a ella. Tratan de aislarla, la golpean por detrás para destruirla antes de que sepa siquiera que está siendo atacada. Si lady Malvora atacara en este momento, se trataría de un combate frontal. Ellos odian eso. Nunca lo hacen a menos que no haya otra alternativa.

—Vaya —dijo Ramírez.

—Gracias —dijo Lara.

—De todas maneras —añadí—, ha habido algunos comportamientos inusuales últimamente.

Lara ladeó la cabeza hacia mí, con el ceño fruncido.

—Oh, vamos —continué—. ¿No es un poco extraño que las hadas no

respondieran de inmediato cuando la Corte Roja violó los territorios Unseelie hace un par de años? No me digas que estáis atrapando a las pequeñas hadas porque es más barato que esas lámparas de papel para fiestas.

Lara me miró con los ojos entornados.

—Estáis poniendo a prueba su reacción —argumenté—, causando una ofensa leve, aunque deliberada, para ver qué pasa.

Sus labios se movieron muy, muy lentamente.

—¿Estás seguro y completamente decidido a permanecer fiel a ese pequeño y triste club de ancianos?

—¿Por qué? ¿Cuidas tú bien de los tuyos? —le pregunté.

—En muchos sentidos sí, mago —me contestó.

—¿De la misma manera que te hiciste cargo de Thomas? —le pregunté.

Su sonrisa se tornó frágil.

—Eres una mujer soberbia, Lara —le dije.

—Cada cual tiene derecho a una opinión. —Alzó la vista y añadió—: Los sirvientes han regresado con las armas de vuestros enemigos. Buena caza, señores.

Se inclinó ante nosotros una vez más, con una máscara por expresión, y se alejó de regreso a su puesto detrás del trono.

La música llegó a su fin, lo que pareció ser una señal para los vampiros. Se retiraron del centro de la cámara y se colocaron de pie a cada lado, dejando el eje longitudinal de la caverna libre, la entrada en un extremo y el trono blanco al otro. Por último, el propio rey Blanco se levantó y descendió del enorme trono para desplazarse hacia un lateral de la caverna. Todos los miembros de Malvora y Skavis se arremolinaron en el lado derecho de la estancia, y a la izquierda se reunieron los miembros de la Casa Raith. No es que los Skavis y los Malvora estuvieran juntos en realidad, pero...

Había una sensación de hambrienta expectación en el aire.

—Vampiros en ambos márgenes —dijo Ramírez—. Supongo que nadie quiere que le alcance un rayo perdido...

—O una bala —murmuré—. Pero no les ayudará mucho si las cosas se tuercen una vez que comience la pelea.

Raith chasqueó un dedo y comenzaron a aparecer esclavos con quimonos blancos. En lugar de caminar casi levitaron, rellenaron los márgenes del campo de duelo y se arrodillaron formando un par de filas dobles delante de los vampiros a ambos lados de la caverna. En conjunto, eran como el muro de un campo de hockey, si bien, hecho de carne humana viva.

Mierda. Cualquier forma de violencia que se extendiera a los márgenes iba a causar víctimas humanas; mis propias fuerzas, en una pelea, no eran exactamente tan precisas como instrumentos quirúrgicos. Los torrentes de fuego, las explosiones de

fuerza y los impenetrables bastiones de voluntad eran lo mío. Notarán, sin embargo, las pocas veces que palabras como torrente, explosión y bastión se utilizan junto a términos que denoten delicadeza o precisión.

En aquel sentido, Ramírez se las arreglaría mejor que yo. A diferencia de mi inclinación por la destrucción masiva, sus habilidades de combate recurrían más a la velocidad y la precisión, pero eran, a su manera, igualmente letales.

Carlos miró atrás y adelante.

—Van a tratar de permanecer en nuestros flancos. Usarán a la gente del fondo para evitar que nos acerquemos.

—Sé que nunca fui a la escuela de combate de los centinelas —le dije—, pero creo que debo recordarte que no es mi primera vez.

Ramírez hizo una mueca.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad?

Le enseñé los dientes.

—Entonces, yo les doy fuerte y rápido mientras tú los mantienes alejados de mí. Si se van a los laterales, te pones tú a la ofensiva y yo me ocupo de alejarlos de ti. Trata de desplazarlos a una zona donde pueda tener un tiro limpio.

Ramírez arrugó la cara y su voz salió con más calor del habitual.

—Sí, gracias, Harry. ¿Quieres atarme los cordones antes de empezar?

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté.

—Oh, vamos, hombre —dijo Ramírez entre dientes con un tono tenso y enojado—. Me estás mintiendo. Estás mintiendo al Consejo.

Lo miré fijamente.

—No soy idiota, tío —continuó Ramírez, esta vez con una expresión neutral—. ¿Apenas hablas latín pero hablas la lengua de los necrófagos? ¿Y etrusco? Aquí pasa algo que va más allá de un duelo y de políticas internas, Dresden. Estás involucrado en estas cosas. Más de lo que deberías. Los conoces demasiado bien, lo cual resulta jodidamente preocupante teniendo en cuenta que estamos hablando de una raza de controladores de mentes.

Vitto y Madrigal salieron de entre el contingente Malvora. Vitto llevaba una espada larga y una serie de cuchillos en la cintura, así como una pesada pistola en una funda. Madrigal, por su parte, portaba una lanza con un mango de dos metros y sus brazos estaban envueltos en dos largas tiras de tela negra cubiertas de caracteres orientales bordados con hilo rojo metálico. Supuse que estaban hechizadas incluso antes de sentir la ola de energía mágica en ellas a medida que Madrigal caminaba junto a Vitto para colocarse frente a nosotros, a apenas diez metros de distancia.

—Carlos —le dije—, este es un mal momento para comenzar a tener dudas sobre mi lealtad.

—¡Maldita sea, Harry! —dijo—. No voy a abandonarte. Aunque quisiera hacerlo,

ya es demasiado tarde para eso. Pero a cada segundo que pasa todo esto me parece más una trampa.

Aquello no se lo iba a discutir.

Estaba bastante seguro de que lo era.

Miré adelante y atrás, a lo largo de las filas de vampiros. Todos ellos nos observaban ahora en completo silencio, con los ojos grises brillantes, bordeando en su tono el color plateado metálico que causaba en ellos el aumento de sus apetitos. Las formalidades de los Acuerdos se habían mantenido vivas y, en gran medida, inamovibles aquí entre los monstruos, pero si nos desviábamos de las convenciones no viviríamos para ver de nuevo la superficie. En realidad, estábamos en la misma posición que Madrigal y Vitto: ganar o morir.

Y no me engañé a mí mismo ni un solo segundo pensando que aquello iba a ser tan simple como una pelea con público. Parte de la naturaleza de la Corte Blanca consistía también en la traición. Era solo cuestión de tiempo y de que llegara el momento adecuado. Uno de ellos se volvería contra nosotros y, si no estábamos preparados cuando sucediera, acabaríamos muertos o nos tomarían medidas para hacernos nuestra propia túnica blanca.

Vitto y Madrigal se colocaron frente a nosotros, con las manos sobre sus armas.

Respiré hondo y me puse delante de ellos. A mi lado, Ramírez hizo lo mismo.

Lord Raith se sacó un pañuelo de seda roja de la manga. Se lo ofreció a Lara, que lo tomó y caminó lentamente entre las líneas de esclavos arrodillados. Se detuvo en un margen, a medio camino de nosotros, y levantó con parsimonia la delicada tela.

—Caballeros —dijo—. Preparados. Que ningún arma de ninguna clase sea esgrimida hasta que el pañuelo toque el suelo.

Mi corazón comenzó a palpar con rapidez. Me eché hacia atrás el guardapolvos y coloqué una mano cerca de la empuñadura de mi vara.

Lara soltó la tela de seda roja en el aire y esta comenzó a caer.

Ramírez estaba en lo cierto. Se trataba de una trampa. Había hecho todo lo posible para prepararme, aunque en el fondo no estaba seguro de lo que iba a suceder.

Pero, como se suele decir, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

El pañuelo cayó al suelo y, en cuanto comenzó el duelo, mi mano bajó a la velocidad del rayo en busca de mi vara.

Capítulo 38

Alguna gente es más rápida que otra. Yo soy rápido, sobre todo teniendo en cuenta mi tamaño, pero el duelo había empezado limpiamente y ninguna mano mortal es más rápida que la de un vampiro.

La pistola de Vitto Malvora abandonó su funda antes de que mis dedos hubieran llegado a la empuñadura de la vara. El arma se parecía al modelo estándar de 1911, pero contaba con un añadido en el habitual cargador de munición y escupió un puñado de balas que sonaron igual que el silbido de una sierra.

Algunos vampiros son más rápidos que otros. Vitto era rápido. Había desenfundado y disparado más rápido de lo que jamás había visto moverse a Thomas o disparar a Lara. Pero los cuerpos, incluso los casi inmortales cuerpos de los vampiros, están hechos de carne y hueso y tienen masa e inercia. Ninguna mano, ni siquiera la de un vampiro, es más rápida que el pensamiento.

Ramírez ya tenía su poder preparado cuando el pañuelo rojo tocó el suelo y, en aquel preciso instante, siseó una única sílaba por lo bajo y alzó la palma de la mano izquierda. Aquel extraño guante que llevaba resplandeció y emitió un traqueteante zumbido de furiosos sonidos.

Una nube gelatinosa de luz verde se interpuso de manera repentina entre nosotros y los vampiros antes de que Vittorio disparara. Las balas impactaron en la densa nube, creando en ella unas ondas acuosas que formaron una brillante arruga en la masa semisólida. Se oyó un silbido, sentí un agudo dolor en la mejilla izquierda y, entonces, fui golpeado en el pecho por un puñado de diminutas partículas oscuras del tamaño de granos de arena.

El escudo de Ramírez no se parecía en nada al mío. Yo usaba fuerza bruta para crear mi propia barrera. El que creaba Ramírez se basaba en los principios de la magia entrópica y acuática. Se concentraba en interrumpir, aplastar y dispersar cualquier objeto que tratara de pasar a través de él, volviendo su propia energía contra ellos. Incluso la magia tiene que ver con la física; Carlos no podía hacer que la energía que llevaban las balas simplemente desapareciera. En su lugar, el hechizo reducía su fuerza destrozando las balas con su propia fuerza, las rompía en millones de diminutos trozos y los esparcía para que al impactar su energía individual fuera irrelevante.

Cuando la nube dispersa de arena me alcanzó fue desagradable e incómodo, pero las balas habían perdido tanto poder que no habrían atravesado una chaqueta de cuero corriente, ni siquiera una camisa gruesa, así que mucho menos mi guardapolvos plagado de hechizos.

Si hubiera tenido tiempo de respirar aliviado, lo hubiera hecho. No fue así. Toda la concentración de la que disponía estaba orientada a imprimir energía y voluntad a

mi vara, incluso antes de tener su punta completamente levantada.

—¡Fuego! —grité.

Una columna de fuego tan gruesa como un poste de teléfono salió disparada de la punta de la vara, impactó en el suelo a seis metros de distancia y, luego, latigüeo hacia Vitto justo cuando terminaba de alzar mi arma.

Era rápido. Apenas tuvo tiempo para darse cuenta de que las balas no habían alcanzado su objetivo y ya tenía el fuego encima, pero se lanzó en plancha hacia un lado. Al hacerlo, acabó colocado en un ángulo que le permitía asomarse al borde del muy visible escudo de Ramírez, y el vampiro echó mano de su cinturón para coger uno de los cuchillos y lanzármelo de lado.

Para un humano hubiera sido una pérdida de tiempo. En las películas, cada vez que alguien lanza un cuchillo mata a su objetivo. ¡Bang! Se hunde en el pecho hasta la empuñadura, justo en el corazón, o ¡glup!, en la garganta causando una muerte instantánea. Los cuchillos de verdad no suelen matar, a no ser que el lanzador sea increíblemente afortunado. Los cuchillos de verdad, si te alcanzan con la parte puntiaguda, suelen hacer una herida a la que es fácil sobrevivir, si bien te pueden dejar algo distraído.

Pero claro, cuando la gente normal lanza un cuchillo no lo hace a trescientos kilómetros por hora. Y la mayoría tampoco tiene detrás siglos de práctica.

El cuchillo resplandeció en el aire y, de no haber subido los hombros del abrigo para esconder la cara debajo, me hubiera alcanzado en el cuello y me hubiera matado. En lugar de eso, la punta impactó en el guardapolvos en un ángulo oblicuo y los hechizos del abrigo escupieron el arma formando un arco tembloroso en el aire.

Vitto cayó tumbado, con los dientes apretados y gritando de dolor. Su pierna izquierda estaba ardiendo de rodilla para abajo, pero era un chico listo; no se detuvo a ponerse a rodar por el suelo. De hecho, no se detuvo en absoluto, y eso fue lo único que impidió que mi segunda ráfaga lo inmolará. La lanza de fuego falló por treinta centímetros y convirtió momentáneamente en vapor la cortina de agua detrás del trono blanco. A mi lado, oí a Ramírez soltar una de aquellas descargas verdes suyas.

—¡Harry! —gritó Ramírez.

Volví la cabeza justo a tiempo para ver a Madrigal casi delante de nosotros, lanza en mano. Ramírez le envió una segunda descarga de energía verde, pero se perdió en una barrera invisible a unos treinta centímetros de su cuerpo. Unos destellos de luz dorada subieron y bajaron por los símbolos de la tela atada a sus brazos. Entonces lo entendí. El segundo tiro de Ramírez fue la prueba.

—¡Tiene un hechizo de protección! —exclamó Ramírez.

—¡Atrás! —espeté al ver a Vitto dirigirse hacia mí desde el otro lado. Estaba recargando la pistola en pleno movimiento, soltando el viejo cargador y metiendo uno nuevo. Alcé mi brazalete escudo para prepararme; vacilé durante una fracción de

segundo a la hora de calcular bien el tiempo y los ángulos de incidencia y refracción.

Vitto apretó de nuevo el gatillo y la pistola volvió a relampaguear.

Levanté el escudo en el último segundo, arqueado en un ángulo perpendicular al suelo. Ramírez dio un saltito hacia atrás justo a tiempo de ponerse detrás de él cuando terminaba de formarse. Veinte o treinta balas impactaron en la barrera invisible, provocando una lluvia de chispas, y salieron rebotadas en dirección a Madrigal Raith y su protección mágica.

Al parecer, las elegantes bandas de tela no estaban hechas para detener proyectiles físicos, pues una de las balas le penetró en la cara externa del muslo y originó una explosión de tela rota y un chorreón de sangre pálida. Gritó y se tambaleó, extendiendo una mano para recuperar el equilibrio antes de caer al suelo.

—¡Tírala! —gritó Ramírez. Bajó la mano hacia su pistola y la sacó antes de que Madrigal fuera capaz de moverse de nuevo.

Pivoté el escudo para proteger a Ramírez, dando un par de pasos hacia delante para interponer una barrera entre Vitto y el flanco de Carlos al tiempo que transmutaba la superficie del escudo a un espejo reflectante.

La pistola de Ramírez tronó a mi lado; eran tiros medidos y certeros, diferentes al traqueteo de los típicos disparos motivados por el pánico.

Vitto reaccionó con una violencia inusitada al fuego de pistola y a la pared de espejos de tres metros de ancho y dos y medio de alto que apareció de repente ante él. Le atizó con la pesada pistola a un objetivo que se movía con gran rapidez, sin darse cuenta de que se trataba de su propio reflejo. El arma tenía el deslizador abierto y, cuando impactó en el escudo a aquella velocidad, se rompió en varias piezas.

Aminoró el paso, con los ojos abiertos de par en par, y no lo culpé por ello. Yo habría parpadeado unos segundos si mi oponente hubiera creado en el aire algo similar al espejo trasero de un aula de danza.

Volvió a acelerar pasado un momento e hizo algo para lo que yo no estaba preparado. Saltó tres o cuatro metros formando un arco sobre la parte superior de mi escudo y empezó a lanzar cuchillos con ambas manos al tiempo que ascendía. Levanté el brazo derecho para tratar de interponerlo como fuera entre un cuchillo y mi cuerpo. Tuve suerte de que impactara en el brazo cubierto por la manga de mi guardapolvos. No obstante, la empuñadura del cuchillo me golpeó en la muñeca desnuda de la mano derecha y me la dejó inútil al instante. Oí el silbido de otro cuchillo que rasgó el aire sin llegar a alcanzarme.

—¡Madre de Dios! —exclamó Carlos en su lengua natal.

La vara cayó de mis dedos entumecidos.

Maldije y me lancé hacia un lado cuando Vitto aterrizó en el interior de mi escudo al tiempo que sacaba la espada de su vaina formando un arco horizontal que buscaba mi garganta. Mi pensamiento táctico se había limitado a las dos dimensiones, tal vez

influenciado por el cuadrilátero imaginario en el que luchábamos. El segundo cuchillo no me alcanzó porque Vitto no lo había apuntado hacia mí; ahora el mango sobresalía de la pantorrilla derecha de Ramírez.

No podía mover los dedos correctamente, lo que me impedía el uso de los anillos de energía de mi mano derecha. Solté el escudo; con el enemigo tan cerca, solo ralentizaría mis movimientos. Debía volver a erigirlo entre él y yo en cuanto contara con una ocasión que no parecía dispuesto a darme. Me lanzó una estocada que buscaba mis entrañas, tan rápida como la luz, y de nuevo tuve que dar un par de pasos de baile para ganar tiempo y detenerla con el bastón, que aún portaba en la mano izquierda.

Era imposible para mí afrontar una lucha a espada con Vitto. Incluso si no fuera tan superior a mí en aquel arte, como era el caso, luchar con un brazo inutilizado y un bastón como arma contra un esgrimista avezado no era una propuesta ganadora. Si lo intentaba, lo que sucedería es que me alejaría de él en círculos hasta acabar tropezándome; entonces me cortarían unos cuantos dedos y acabaría conmigo. Otra posibilidad sería que me mantuvieran apartado de Ramírez el tiempo suficiente para acorralarlo y matarlo entre los dos. Tampoco podía usar magia contra él; estaba de espaldas a la muchedumbre de vampiros, y a las víctimas humanas que actuaban como escudo, y era condenadamente rápido. Si le arrojaba cualquier cosa con poder suficiente para causarle daño, tenía posibilidades de fallar. Si era así, mataría a cualquiera que se interpusiera en el camino de mi magia.

No podía apartar los ojos de Vitto ni siquiera un segundo y, además, tenía que confiar en que Ramírez tuviera controlado a Madrigal. Era necesario que ganara tiempo y distancia. Insuflé voluntad y fuego infernal en mi bastón.

—¡*Forzare!* —bramé.

Se liberó una enorme ola que arremetió contra todo lo que había delante de mí.

La ola de fuerza atrapó a Vitto y le hizo perder la verticalidad y chocar contra un fornido esclavo con la perilla perfectamente recortada. Acto seguido, la ola alcanzó y golpeó también al hombre, así como a las personas que había a su lado. Estas se precipitaron contra la segunda fila de esclavos arrodillados, los cuales, a su vez, cayeron sobre el grupo de vampiros que había detrás de ellos, entre gritos de sorpresa y consternación.

Llegó apenas sin fuerza a los esclavos, ya que no se extendió de manera uniforme. Podría haber lanzado una tarascada más potente, sin embargo, esta había valido para imbuir a Vitto, cuya pierna seguía ardiendo, en una algarabía de cortesanos y esclavos.

—¡Bienvenidos, señoras y señores, a la bolera de los vampiros! —grité.

Muy a mi pesar, una ovación de risas surgió del grupo de los Raith y me dedicaron un aplauso. Levanté de nuevo mi escudo, esta vez para formar la mitad de

una brillante cúpula de luz plateada y azul, y giré la cabeza en busca de Ramírez.

Me volví a tiempo para ver a Madrigal sangrando por varias heridas de bala y corriendo hacia delante, lanza en ristre. Ramírez se apoyaba sobre una única rodilla; la pierna herida era incapaz de soportar su peso y, ante mis ojos, soltó la Desert Eagle y reunió en su mano derecha otro rayo de aquel poder esmeralda desintegrador.

Madrigal se rió de él con un sonido que remarcaba su desprecio. Al verlo en movimiento, percibí en sus ojos el brillo azul cromo del hambre demoniaca. Sus tiras de tela protectoras resplandecieron cuando se precipitó hacia delante.

—¡Ramírez! —grité.

Madrigal levantó la lanza.

Ramírez arrojó la energía que había reunido en un último e inútil ataque y que jamás tuvo posibilidad de llegar a Madrigal y acabó estrellándose delante de sus pies.

Un fragmento de piedra del tamaño de una bañera grande destelló con tonos verdes durante una fracción de segundo y, a continuación, se deshizo en un fino polvo cuyos gránulos eran casi invisibles a simple vista.

En mis sesiones de entrenamiento para los combates nunca había considerado la posibilidad de que mis enemigos realizaran saltos de kung-fu de tres metros o fueran maestros en el arte del lanzamiento de cuchillos, así que dudo que Madrigal practicara durante las suyas la forma de lidiar con un suelo de piedra que se convierte de pronto en una piscina de polvo casi sin fricción. Dejó escapar un grito y cayó en el hueco, agitando violentamente los brazos en el aire. Me di cuenta de que los mecanismos giraban en su cabeza tratando de averiguar lo que había sucedido y cómo diablos iba a salir de aquella situación.

Ramírez miró por encima de su hombro.

—¡Harry! —exclamó.

Me hormigueaban los dedos de la mano derecha. La alcé y la apreté para formar un débil puño; bastó para alinear los anillos con mis pensamientos.

—¡Vamos!

Madrigal había resuelto su problema. Se colocó en un lateral del canal creado en el suelo por el hechizo de Ramírez, hendió su lanza en el finísimo polvo y se impulsó hacia arriba como un pertiguista para salir de la trampa de arena.

Pero no antes de que Ramírez desenvainara su espada de plata de centinela; una hoja diseñada para que los centinelas del Consejo Blanco sesgaran y eliminaran cualquier encantamiento de un solo golpe. Hoja de sauce en mano, Carlos se impulsó con su pierna herida al tiempo que soltaba un grito de dolor y desafío y le asestaba a Madrigal un espadazo de izquierda a derecha. La lanza del vampiro seguía en pie para servirle de apoyo.

La espada atravesó el mango de madera de la lanza, lo que evidenciaba lo increíblemente afilada que estaba la hoja. Luccio había hecho un magnífico trabajo.

Sin embargo, aquello fue solo un daño colateral.

La hoja del centinela también lamió suavemente los dos brazos de Madrigal; las tiras de tela negra estallaron de repente en llamas y los símbolos bordados en ellas resplandecieron con una luz dolorosamente brillante, como si el hilo azul y grana estuviera compuesto de magnesio. Cualquier objeto que contuviera el poder suficiente para contrarrestar la magia de un mago de las grandes ligas, sobre todo de un especialista en el combate como Ramírez, debía de portar todo tipo de energías. Ramírez acababa de liberarlas.

Madrigal bajó la vista, invadido por un repentino ataque de pánico al darse cuenta de que le ardían los brazos, y dejó escapar un grito horrorizado.

Me puse en cuclillas, apreté el puño con mayor fuerza, entorné los ojos y, con un solo pensamiento, liberé toda la energía de los anillos, la que había quedado tras el ataque de los necrófagos y la que había añadido después. Toda al mismo tiempo.

El poder golpeó a Madrigal en el vientre con un ángulo ligeramente ascendente. Lo levantó en el aire y salió despedido con los brazos todavía en llamas. Mientras sobrevolaba las cabezas de los Raith allí reunidos, me recordó a una especie de cometa chisporroteante, hasta que se estrelló contra la pared cavernosa que había detrás de ellos; de manera literal, fue un golpe quebrantahuesos.

Roto y sangrante, cayó al suelo como un juguete.

—Y los magos derriban el bolo —gruñí.

Me di la vuelta para hacer frente a Vitto, que estaba tratando de desembarazarse de una pila de descontentos y confundidos vampiros Skavis y Malvora y de los humildemente pasivos esclavos. Logró ponerse de pie con la espada en la mano.

Me coloqué delante de él interponiendo la cúpula resplandeciente entre nosotros. Oí un gruñido y Ramírez apareció enseguida a mi lado, con la espada de plata manchada de la rosada sangre de Madrigal en una mano y el bastón en la otra, para soportar parte del peso de su pierna lesionada. Mantuve la cúpula alzada, recuperé mi vara y la alcé al tiempo que invocaba mi voluntad y dejaba que el fuego iluminara las runas talladas en toda su longitud, una a una. El nuevo escudo era más exigente que el anterior y ya me estaba cansando, pero no quedaba otra opción que seguir adelante.

Había un gran bullicio a nuestro alrededor. Los vampiros se estaban poniendo de pie y se acercaban a los esclavos para cambiarlos de posición y que permanecieran a la vista. Se oían murmullos y susurros por todas partes; la Corte Blanca era consciente de que el final estaba cerca. La tía de Vitto no estaba muy lejos de él. Tenía una mano apoyada en su delicada garganta, pero, a pesar de todo, se mantuvo firme, vigilante; la ansiedad y el cálculo entablaban una sangrienta batalla por hacerse un hueco en sus ojos. Miré a mi espalda y apenas pude distinguir el perfil de Lara cuando la vampiresa se inclinó sobre la esclava arrodillada (Justine) que se interponía entre ella y la contienda para ser testigo de su final. Tenía los ojos brillantes y los

labios entreabiertos y húmedos.

Aquel espectáculo me ponía enfermo, pero era capaz de comprender lo que despertaba en ellos.

Los vampiros no llegaban pronto a su cita con la muerte. Cuando la de la guadaña hiciera su trabajo en aquella cueva, y sería pronto, se llevaría dos vidas que deberían haber perdurado varios siglos más. Darme cuenta de esto me ayudó a entender una cosa más sobre la Corte Blanca: a pesar de su encanto prohibido, del gran poder de seducción, del magnetismo antinatural inherente a una criatura tan hermosa por fuera como retorcida por dentro y de su capacidad para causarte el mayor placer de tu vida (incluso cuando eras consciente de la clase de criaturas que eran), los propios vampiros no eran inmunes a aquella oscura atracción.

Después de todo, eran habituales y casi eternos observadores del proceso de la muerte. Contemplaban la mezcla de éxtasis y terror en los rostros de las personas a las que se llevaban por delante. Se alimentaban de la rendición de la vida y de la pasión hasta que ambas se sumían en un infinito silencio, siendo conscientes durante todo el proceso de que, en realidad, no eran tan diferentes. Cualquiera día, cualquier noche, llegaría su turno para hacer frente a la guadaña y la capucha negra. Sucumbirían a ella con la misma impotencia con la que sus propias presas lo habían hecho una y otra y otra vez.

La muerte ya se había llevado a Madrigal Raith. Pronto se llevaría a Vitto Malvora. Y la Corte Blanca, todos y cada uno de ellos, deseaba verlo, sentir de cerca su roce, ser tentados por su cercanía, deleitarse con su presencia cuando pasara.

No había palabras que expresaran la falta que les hacía un psiquiatra.

Malditos psicópatas disfuncionales...

Me saqué aquello de la cabeza. Todavía tenía trabajo que hacer.

—Muy bien —le dije a Ramírez—. ¿Estás listo?

Me enseñó los dientes en una sonrisa feroz.

—Vamos a acabar con esto.

Vitto Malvora, el último de los asesinos de Anna, estaba quieto delante de mí con los ojos en blanco. Pensé que, para tratarse de un hombre a punto de enfrentarse a dos mortíferos magos decididos a matarlo, no parecía terriblemente asustado.

De hecho, parecía... satisfecho. Mierda.

Vitto echó la cabeza hacia atrás y abrió los brazos.

Solté el escudo.

—¡Mátalo! —grité.

Vitto alzó la voz en un súbito y estruendoso rugido. Pude sentir la voluntad y el poder subyacente de su invocación.

—¡Maestro!

Ramírez estuvo algo lento cuando se cambió la espada de mano con la intención

de arrojarle a Vitto su fuego verde. El vampiro bajó los brazos y los cruzó delante de él al tiempo que balbuceaba palabras en una lengua extraña. El ataque de Ramírez se estrelló contra aquella defensa, a pesar de que varios fragmentos de fuego verdoso salpicaron los brazos de Vitto y cada uno de ellos le hizo perder una masa de carne equivalente al grosor de una moneda.

—¡Mierda! —gruñó Ramírez. Pero no me dio tiempo a escuchar nada.

Simplemente lo sentí. Sentí la energía en el suelo de la caverna, delante del trono blanco. No era magia explosiva, pero era fuerte y temblaba a un nivel tan fundamental que me caló hasta los huesos. Un segundo después reconocí aquel poder. Había sentido el eco tenue de su presencia meses atrás, en una cueva de Nuevo México.

Se produjo una vibración profunda. Luego otra y, finalmente, una tercera. Entonces, el aire frente al trono blanco se convirtió en un remolino. Giró durante un momento y, de repente, apareció en el aire un disco alargado de oscuridad que se dio la vuelta para abrirse comprimiendo lateralmente el espacio de la cueva. Una húmeda corriente de aire frío, con cierto aroma a moho, salió del pasaje que se había abierto entre el Más Allá y La Fosa.

Segundos después, percibí movimiento en el portal y un necrófago surgió a través de él.

Bueno, yo lo llamo necrófago pero, con solo mirarlo, uno sabía que estaba viendo algo de otra época. Era como contemplar una de aquellas pinturas rupestres de la última glaciación que representaban a animales parecidos a los que conocemos, pero demasiado grandes, demasiado musculosos, con colmillos de más, cuernos extraños, pieles blindadas...

Aquella cosa, ese necrófago, era del mismo orden. Mediría por lo menos dos metros y medio y sus hombros encorvados eran tan amplios que se parecía más a un gorila que a una hiena o un babuino, al contrario que la mayoría de sus congéneres. Tenía crestas dentadas de cuernos en sus marcados pómulos y la mandíbula estaba hinchada de músculos. Sus antebrazos eran incluso más largos que los de un necrófago normal y las garras, más grandes y largas. Todo esto, respaldado por las dentadas crestas de cuernos, le permitiría a aquella cosa machacar, aplastar, hacer rodajas y partir en cubitos a sus enemigos con gran eficacia. El arco de su frente era también mucho más grueso, demasiado, y sus ojos, tan encajados que se reducían a meros puntos brillantes, apenas visibles sin iluminación indirecta.

El necrófago cogió impulso y dio un salto de cinco metros hacia delante con un movimiento natural, para acabar aterrizando con tal estruendo que se me aflojaron las rodillas.

Varios de ellos más salieron del portal. Diez. Veinte. No paraban de salir.

—Demonios —susurré.

A mi lado, Ramírez tragó saliva.

—Voy... —tartamudeó—, voy a morir virgen.

Vitto dejó escapar una risa alegre y salvaje.

—¡Por fin! —aulló. Dio un brinco que, en realidad, parecía más un paso de baile—. ¡Por fin termina la pantomima! ¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!

No sé si fue uno de los vampiros o uno de los esclavos, pero, de pronto, una mujer gritó de puro terror y los necrófagos se volvieron locos por el ansia de sangre y se lanzaron hacia delante en una ola imparable.

Retiré todo el poder de mi escudo y también el que había insuflado a la vara. Mis cachivaches no me sacarían de la batidora infernal de dolor y muerte en la que aquella caverna estaba a punto de convertirse.

—Pues bueno —jadeé—. Esta era la trampa.

Capítulo 39

—Lo sabía —exclamó Ramírez—. Sabía que era una trampa.

Se volvió para mirarme y parpadeó. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía los dientes apretados en una amplia sonrisa.

—Tienes razón —le dije—. Lo es.

Había visto a algunos profesionales crear un paso al Más Allá. La más joven de las reinas sidhe lo hacía con tal facilidad que ni te dabas cuenta hasta que ya estaba hecho. Alguna vez vi a Cowl abrir pasos hacia el Más Allá sin esfuerzo alguno, como si se tratara de una simple puerta corredera de la que apenas se notaba su existencia hasta que desaparecía unos segundos más tarde, dejando atrás el mismo olor a moho que ahora inundaba la caverna.

Para mí era imposible hacerlo con semejante facilidad o sutileza.

Pero sí igual de rápido y con la misma efectividad.

Giré sobre mis pies al tiempo que los necrófagos inundaban la caverna y se abalanzaban contra los amontonados miembros de la Corte Blanca en un frenesí asesino.

—¡Vamos! —gritó Ramírez—. De todos modos no puedo correr, los mantendré entretenidos, ¡vete de aquí!

—¡Recupérate y cúbreme las espaldas! —exclamé.

Reuní de nuevo mi voluntad y me pasé el bastón a la mano derecha. Las runas cobraron vida y apunté el bastón hacia un espacio a metro y medio sobre el suelo de la caverna. Entonces liberé la voluntad concentrada y las energías alineadas en mi bastón para llevar a cabo mi propósito.

—¡*Aparturum!*

Una furiosa luz dorada y escarlata fluyó por la longitud de la madera, descoyuntando unos cuantos hilos en la realidad. Desplacé el bastón de izquierda a derecha para dibujar una línea de fuego en el aire y, pasado un momento, la línea se extendió como un incendio en una cortina, o como la lluvia en la ventanilla de un coche. A su paso, se iba formando una abertura desde La Fosa de los Raith hacia el Más Allá.

Al otro lado del portal se vislumbraba un paisaje boscoso nevado. La luz plateada de la luna se colaba por la abertura, y el viento helado que soplabá al otro lado llenó la caverna de polvo de nieve. La sustancia del mundo espiritual se transformaba en una fría gelatina al pasar a este mundo; era el ectoplasma que quedaba cuando la materia espiritual revertía a su estado natural.

Se produjo un baile de sombras en la entrada y apareció de repente mi hermano, con el sable en una mano y la escopeta recortada en otra. Thomas iba ataviado con prendas de cuero de motorista y sus pesadas protecciones, entre ellas una auténtica cota de malla que recubría la chaqueta. Tenía el pelo recogido en una coleta y los ojos

le resplandecían por la excitación.

—¡Harry!

—¡Tómate tu tiempo! —le ladré—. ¡No es que estemos en medio de una crisis ni nada parecido!

—Los otros vienen ense... ¡Cuidado!

Me giré a tiempo de ver a uno de los necrófagos en el aire, planeando hacia mí con las garras de manos y pies extendidas para arrancar y despedazar todo lo que se encontraran a su paso.

Ramírez gritó y le lanzó a esa cosa una de sus descargas verdes. Alcanzó al necrófago en la cúspide de su vuelo y le hizo un agujero del tamaño de una papelera en el abdomen.

El necrófago aterrizó salpicando tripas y furia. Continuó luchando, aunque sus piernas se revolvían como la cola de una foca, apenas hábiles.

Salté hacia atrás, o eso intenté. Abrir una puerta al Más Allá no es complicado pero tampoco es fácil, y, entre eso y toda la energía empleada en la lucha, estaba empezando a llegar a mi límite físico. Me temblaron las piernas y mi salto fue débil, casi estático.

Thomas me arrastró los últimos quince centímetros; de no haber sido así, no hubiera sido capaz de evitar las garras del necrófago. Extendió el brazo, escopeta en mano, y separó la cabeza del demonio de sus hombros, lo cual desperdigó pedacitos voladores de hueso y cuerno y una horrible nebulosa de sangre negra.

Incluso después de aquello, el demonio todavía se aferró a él con una mano y comenzó a rastrillar sus garras contra el cuerpo de mi hermano. El poder del necrófago mutilado era enorme. Los eslabones de la cota de malla se rompieron y salieron despedidos. Thomas dejó escapar un grito de sorpresa e indignación.

—Qué demonios... —gruñó. Dejó caer la escopeta y cercenó el brazo atacante del necrófago con el sable. Luego se liberó de la mano que le seguía aferrando y arrojó el cuerpo de la bestia todo lo lejos que le fue posible.

—¿Qué demonios ha sido eso? —jadeó al tiempo que recuperaba la escopeta.

—¡Uf! —le dije—, ese solo era uno.

—¡Harry! —dijo Ramírez al tiempo que retrocedía lo mejor que le permitía la pierna herida. Chocó conmigo y tuve que estabilizarlo antes de que perdiera el equilibrio. El condenado cuchillo aún le sobresalía de la pantorrilla.

Una docena de demonios cargó contra nosotros.

A continuación, todo transcurrió a cámara lenta, como me sucede algunas veces cuando la adrenalina me pone frenético.

El interior de la caverna se había vuelto loco. Los necrófagos llevaban allí apenas treinta segundos, pero había varias decenas de ellos y no paraban de salir más por la puerta oval al otro extremo de la sala. Los demonios atacaban a todo el mundo con

idéntica ferocidad y furia. Había caído una mayor cantidad de ellos sobre el contingente de las Casas Malvora y Skavis, no tantos sobre el lado Raith, pero aquello bien pudo ser una cuestión de simples números y proximidad.

Los vampiros estaban en su mayoría desarmados y nada preparados para una pelea, con la guardia baja. Ciertamente es que tal circunstancia no implica lo mismo para un vampiro que para cualquier persona normal, no obstante, las paredes estaban salpicadas de su sangre pálida en la zona donde los necrófagos se habían lanzado contra ellos. La batalla que estaba teniendo lugar era horrible.

Lady Malvora le arrancó el brazo a un necrófago. La piel de la vampiresa parecía de mármol blanco y duro cuando procedió a golpear al monstruo en la cabeza y los hombros con su propio miembro cercenado. El necrófago cayó con el cráneo destrozado, pero cuatro criaturas más enterraron a la noble de la Corte Blanca bajo su peso y poder y, literalmente, la hicieron pedazos delante de mis ojos.

En otro lugar, un vampiro cogió un sofá de dos metros de largo y golpeó con su extremo a un par de demonios que estaban destrozando el cuerpo de una esclava caída. En otro punto, lord Skavis había reunido a varios de sus aliados junto a él y, entre todos, resistían a los necrófagos enloquecidos del mismo modo que una roca ignoraba a una gran ola. Al menos de momento.

La situación en otros lugares no era tan favorable.

Un vampiro, tratando de huir, tropezó con una esclava humana, una chica de no más de dieciocho años, y le asestó tal puñetazo de pura frustración que le rompió el cuello. Un instante más tarde fue derribado por los necrófagos. Otros parecían haber perdido el control de su hambre demoníaca por completo y se habían arrojado sobre los esclavos sin tener en cuenta el género o sus gustos particulares para la comida. Una esclava se retorció bajo un Skavis, gritando e introduciéndose los pulgares en sus propios ojos. Otro se estremeció bajo el miedo inducido por un Malvora y sufrió un ataque al corazón o algo parecido en medio de fuertes convulsiones, hasta que apareció una marea de demonios a su derecha y se cernieron sobre el depredador y la presa sin hacer distinción alguna. Los miembros de la Casa Raith no parecían tan alterados como los de las demás; o tal vez solo se debía a que habían comido más aquel día. Solo los vi derribar a un par de esclavos sobre la piedra, arrancarles la ropa y devorarlos allí mismo.

Al igual que con lord Skavis, también se había formado un núcleo organizado alrededor de Lara y su padre. Alguien, me pareció reconocer fugazmente el rostro aterrorizado de Justine, estaba sosteniendo un pequeño cuerno y lo tocaba salvajemente. Vi a Vitto Malvora cargar contra los necrófagos que había alrededor de su tía y arrojarse hacia lo que quedaba de ella emitiendo un aullido inhumano. Acto seguido comenzó a despedazar a las criaturas que la habían matado.

Habían hecho falta apenas unos segundos para que la intriga se tornara locura en

miles de viñetas simultáneas salidas de una auténtica pesadilla. No podía permitirme el lujo de pensar que ninguna de ellas era especialmente significativa, salvo por una circunstancia: la docena de demonios que se dirigían directamente hacia mí como un equipo de fútbol americano tras el saque inicial. Cargaron formando una línea recta desde el portal del enemigo. Eran enormes, rápidos y feroces.

Durante un segundo me pareció ver una sombra oscura en el portal, la silueta de una capucha y una capa. Puede que fuera Cowl. Le habría golpeado con todo el fuego que fuera capaz de reunir si hubiera tenido tiempo que perder, pero no era así.

Al tiempo que los demonios se acercaban haciendo temblar el suelo, levanté mi escudo y lo sostuve hasta que el líder de la manada se estrelló contra él provocando un destello de luz azul plateada y una nube de chispas. El necrófago no se limitó a gritar, comenzó a golpear la barrera con los puños. Todos y cada uno de sus golpes liberaban la misma cantidad de energía que un accidente de tráfico a poca velocidad, e incluso con mi nuevo y elegante brazalete podía sentir el aumento de poder que necesitaba para mantener constante el escudo cuando cada una de las embestidas descendía atronadora sobre él.

Unas botas resonaron detrás de mí. Alguien gritaba.

Bam, bam, bam. El necrófago se estrellaba una y otra vez contra mi escudo y mantenerlo recto era un esfuerzo casi doloroso.

—¡Justine! —gritó Thomas.

No iba a ser capaz de aguantar al monstruo por mucho tiempo. Tampoco era muy grave porque los otros once rodearían mi escudo mientras trataba de contenerlo y me harían pedazos pequeños y me comerían. Espero que en ese orden.

De nuevo oí las pisadas de bota detrás de mí y, a continuación, un grito. Un segundo necrófago, varios pasos por delante del resto, había rodeado mi escudo pero fue interceptado por Ramírez. El monstruo se abalanzó sobre él y se encontró con la nube verde de aspecto gelatinoso que el centinela utilizaba como escudo.

Era mejor no imaginar lo que le pasó al demonio al cargar con toda su masa y a tal velocidad. Ramírez iba a necesitar ropa nueva.

Bam. Bam. ¡Bam!

—¡Harry, Thomas, Ramírez, agachaos! —gritó Murphy.

Bajé el escudo y me agaché arrastrando a Carlos conmigo. Thomas hizo lo mismo una fracción de segundo después que yo. Y el mundo se vino abajo con un gran estruendo.

Me encontré a mí mismo gritando de dolor, conmocionado. Apreté los dientes y eché una rápida mirada detrás de mí, tratando de no levantar la cabeza más de lo estrictamente necesario.

Murphy estaba arrodillada en el suelo junto a mis pies con su uniforme oscuro, un chaleco antibalas, una gorra de béisbol negra y unas gafas protectoras de color ámbar.

Llevaba apoyada en el hombro una extraña arma rectangular del tamaño de una caja grande de bombones; era de cañón pequeño, con una mira óptica de la que salía un diminuto punto rojo. Con la mejilla pegada al cañón y un ojo alineado con la mira, descargaba fuego automático contra los necrófagos que venían hacia nuestra posición. Las ráfagas a discreción convirtieron al monstruo que había estado aporreando mi escudo en una lluvia de trozos rotos. El necrófago cayó hacia atrás lanzando un brazo al aire y aullando de dolor.

Junto a Murphy estaba Hendricks, interpretando el papel de Clifford, el gran perro rojo, para su Emily Elizabeth particular. El enorme matón pelirrojo también estaba de rodillas y disparando, pero el arma que tenía en el hombro era del tamaño aproximado de un misil balístico intercontinental y escupía un chorro de balas rastreadoras que caía con saña contra las criaturas atacantes. Reconocí a varios hombres de Marcone alineados junto a él, todos disparando. Había varios tipos más que no conocía, pero cuyo variado atuendo y equipamiento me indujo a pensar que eran asesinos *freelance* contratados para aquel trabajo. Algunos hombres más salieron del portal abierto hacia la caverna.

Los demonios eran resistentes, pero existía una gran diferencia entre ignorar unos cuantos disparos de pistola y salir indemnes de la orquestada y disciplinada lluvia de fuego de las armas de asalto de la gente de Marcone. Si fuera un solo hombre disparando a un necrófago podría haber sido diferente, pero no era el caso; se trataba de una masa compacta de unos veinte tipos que no dejaban de disparar hasta que habían vaciado sus armas, incluso cuando sus objetivos yacían destrozados en el suelo. Luego volvían a cargar y seguían disparando. Marcone les había instruido tal como le aconsejé, e imaginaba que los hombres que había contratado estaban habituados a hacer frente a amenazas sobrenaturales de este tipo. La verdad es que Marcone destacaba por la cantidad de recursos de los que siempre disponía.

Murphy dejó de disparar y me gritó algo, pero hasta que Marcone dio un paso adelante y levantó una mano con el puño cerrado, el resto no paró de apretar el gatillo.

Durante un segundo solo oí un sonoro zumbido en mis oídos, los demás sonidos de la caverna me eran totalmente ajenos. El aire estaba impregnado del fuerte olor a putrefacción proveniente de los necrófagos heridos y de la pólvora quemada. Una franja de suelo de piedra de unos diez metros de ancho por treinta de largo parecía una moqueta de puré de necrófago.

La lucha aún continuaba a nuestro alrededor, pero la fuerza principal de necrófagos estaba concentrada en poner en apuros a los vampiros. Nos habíamos agenciado un poco de tranquilidad temporal, pero era imposible que durara.

—¡Harry! —gritó Murphy por encima del horrible estrépito de la masacre.

Levanté el pulgar hacia arriba e intenté ponerme de pie. Alguien me ofreció una

mano y la tomé agradecido, hasta que vi que era Marccone, vestido con su uniforme negro y una escopeta en la otra mano. Rechacé su mano, como si fuera más repugnante que las cosas que luchaban y morían a nuestro alrededor.

Sus fríos ojos verdes se arrugaron en los extremos.

—Dresden, si le parece bien, creo que lo más prudente sería retirarse hacia el portal.

Es probable que fuera una idea inteligente; el portal estaba a dos metros de mí. Podríamos levantar el campamento, saltar dentro y cerrarlo detrás de nosotros. Los portales al mundo espiritual no prestan ninguna atención a cosas tan triviales como la geografía, obedecen más bien a las leyes de la imaginación, la intención y el patrón del pensamiento. Incluso si Cowl estuviera allí, sería incapaz de abrir un portal hacia el mismo lugar donde lo hubiera hecho yo porque no pensaba ni sentía como yo, ni compartía mi intención ni mis propósitos.

En el discurrir de la guerra con la Corte Roja aprendí a fuerza de experiencia que huir era una gran idea cuando no había necesidad de luchar. De hecho, el merlín le había escrito una carta a los centinelas donde les daba órdenes a ese respecto, con el fin de no menguar nuestras ya mermadas fuerzas de combate. Si nos quedábamos mucho tiempo más, nadie iba a salir vivo de aquel matadero.

La espada de Thomas cayó sobre un necrófago destrozado.

—¡Justine! —gritó con una desesperación cercana a la locura. Se giró hacia mí—. ¡Harry, ayúdame!

Marcharse era lo inteligente.

Pero mi hermano no iba a hacerlo. No sin la chica.

Así que yo tampoco me iba a ir sin ella.

Si me paraba a pensarlo, había un montón de gente que no tenía que estar allí. Y había algunas razones de peso para llevárnoslos con nosotros. Aquellas razones no hacían que fuera menos peligroso ni que semejante idea diera menos miedo, por supuesto, pero eso no impedía que existieran.

Sin la iniciativa de paz de Lara, liderada por la marioneta en que se había convertido su padre, la Corte Blanca se uniría a los Rojos más de lo que ya estaba. Si no sacaba de allí a Lara y a su títere, lo que era una guerra complicada contra los vampiros se convertiría muy posiblemente en una guerra sin fin. Lo cual era una razón jodidamente buena para quedarse.

Aunque eso no fue lo que me impulsó a hacerlo.

Vi a otro necrófago destrozar a un esclavo indefenso, inerme, y cerré los ojos durante un segundo. Entonces me di cuenta de que si no hacía nada para salvar a tantos como pudiera, nunca lograría abandonar aquella caverna. Sí, claro, saldría con vida, pero estaría de vuelta allí cada vez que cerrara los ojos.

—¡Dresden! —gritó Marccone—. Acordamos un rescate, no una guerra.

—¡Pues una guerra es lo que tenemos! —vociferé—. Tenemos que sacar a Raith de una sola pieza o todo habrá sido en vano y usted se quedará sin recompensa.

—Me quedará igualmente sin recompensa si estoy muerto —replicó Marccone.

Gruñí y pegué mi cara a la de Marccone.

Hendricks dio medio paso hacia mí y murmuró algo.

Murphy agarró al matón por una de sus enormes manos, le hizo algo en la muñeca y el dedo índice, y el hombretón cayó gruñendo sobre una rodilla mientras la diminuta poli le sostenía un brazo detrás del cuerpo en un doloroso ángulo recto con la espalda.

—Tranquilidad, grandullón —dijo—. Alguien puede salir herido.

—¡No os mováis! —le gruñó Marccone a sus hombres, aunque sus ojos no se apartaron un segundo de los míos—. ¿Dresden?

—Podría decirle que si no lo hace le dejaré a usted y a todos sus hombres atrapados en el Más Allá de camino a casa —solté sin perder la calma—. Podría pedirle que o me ayuda o cierro el portal y todos moriremos aquí. Incluso podría decirle que si no lo hace le voy a reducir a cenizas en este mismo instante. Pero no, no voy a decirle nada de eso.

Marccone entrecerró los ojos.

—¿No?

—No. Las amenazas no lo detendrán. Ambos lo sabemos. No puedo obligarle a hacer nada, ambos sabemos eso también. —Señalé con la cabeza hacia la caverna—. Está muriendo gente, John. Ayúdeme a salvarles. Ayúdeme, por Dios.

Marccone echó la cabeza hacia atrás como si le hubiese dado una bofetada.

—¿Quién se cree que soy, mago? —preguntó pasado un segundo.

—Alguien capaz de ayudar —repuse—. Tal vez el único.

Se me quedó mirando con los ojos vacíos, opacos.

—Sí —dijo entonces en voz baja.

Sentí una sonrisa feroz formarse en mi boca y me volví hacia Ramírez.

—Quédate aquí con estos hombres y defended el portal.

—¿Quiénes son? —dijo Ramírez.

—¡Luego! —Me di la vuelta hacia Marccone—. Ramírez está con el Consejo, como yo. Manténganlo a cubierto y proteja el portal.

Marccone señaló a varios de sus hombres.

—Tú, tú, tú. Cubrid a este hombre y defended el portal. —Señaló a varios más—. Tú, tú, tú, tú y tú, parad a las personas que pasen lo bastante cerca de nosotros y ayudadles a cruzar. Sin correr riesgos innecesarios.

Los hombres obedecieron y se pusieron en movimiento. Me sentí impresionado. Nunca había visto a Marccone así antes: animado, decidido y totalmente confiado a pesar de la pesadilla en la que estábamos metidos. Aquello poseía un poder

intrínseco, algo que traía orden al aterrador caos que nos rodeaba.

Entendí entonces por qué lo seguían sus hombres, cómo había conquistado el submundo de Chicago.

Uno de los sicarios soltó una ráfaga de disparos que armó tanto escándalo que me obligó a retroceder.

—¿Sabe otra cosa? —le pregunté a Marcone—. En realidad no necesito esta cueva para nada. Ni usted tampoco.

Marcone me miró con los ojos entornados, asintió con la cabeza y le dijo algo por encima del hombro a uno de los asesinos a sueldo.

—Dresden, le agradecería que le pidiera a la sargento que liberara a mi empleado.

—Murph —me quejé—, ¿te importaría meterte con alguien de tu tamaño? —Disfruté un segundo de la expresión de Hendricks y añadí—: Lo necesitamos con el brazo en su sitio.

Murphy relajó la presión y soltó a Hendricks. El hombretón miró a Murphy frotándose el brazo, pero se volvió a poner de pie en cuanto recuperó su enorme ametralladora.

—Harry —dijo Thomas con la voz tensa—, tenemos que ir...

—Sí —dije—. Thomas, Murphy y... —Necesitábamos masa—. Hendricks, conmigo.

Hendricks esperó el permiso de Marcone, que asintió con la cabeza.

—Seguidme —les dije—. Seguid... Marcone, ¿qué está haciendo?

Marcone había cogido el arma de uno de sus pistoleros, una pequeña y mortífera MAC-10 capaz de escupir un trillón de balas en uno o dos segundos. La comprobó y enganchó una cinta que colgaba del arma a un anillo de su arnés.

—Voy con usted. Y no tiene tiempo que perder discutiendo conmigo.

Maldita sea. Tenía razón.

—Está bien. ¡Seguidme y manteneos cerca! Vamos a rodear la posición de lord Raith para sacarlo de aquí junto a todos los demás antes de que...

Marcone levantó bruscamente su escopeta y disparó contra uno de los necrófagos caídos cerca, que había comenzado a moverse. La cosa se sacudió, así que le metió un segundo proyectil en el cuerpo. El demonio dejó de moverse.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el líquido negro que salía de los necrófagos y estaba en el suelo... se estaba moviendo.

Por su propia cuenta.

El líquido negro se extendía y fluía en todas direcciones como si fuera mercurio líquido; se reunía formando pequeñas gotas y luego grandes pegotes que, a su vez, ascendían desde el suelo, a veces de manera totalmente vertical, hacia los cuerpos reventados de los necrófagos. Mientras observaba, los pedazos de carne arrancada que les faltaban empezaron a hincharse de nuevo a medida que el líquido regresaba a

sus cuerpos. El que Thomas había decapitado estaba ahora arrastrándose por el suelo tras haber recuperado el uso de las piernas. Sostuvo su propia cabeza sobre el muñón del cuello y la sustancia le fluyó por el cuerpo fusionando las dos piezas en su antigua posición. Contemplé las fauces del necrófago, que se abrieron de repente. Sus ojos parpadearon y enseguida se detuvieron en algo.

En mí.

Mierda.

Tiempo. No teníamos mucho tiempo. Si los demonios mutilados podían volver de nuevo a la vida, era imposible que los vampiros ganaran aquella batalla. La mejor opción para ellos era escapar, pero cuantos más vampiros huyeran, más necrófagos nos acosarían. O puede que hicieran algo todavía más desagradable de lo que ya habían hecho y todos acabaríamos vomitando hasta la muerte.

—Esto ya no puede ponerse más inquietante —murmuré—. Seguidme.

Cogí el bastón con ambas manos y avancé entre la masa de vampiros enloquecidos y necrófagos sedientos de sangre para salvar a un monstruo de otro.

Capítulo 40

Corrí hacia el pequeño grupo de vampiros que luchaba para proteger al rey Blanco mientras decenas de meganecrófagos se abrían camino entre las principales familias de la Corte Blanca despedazando todo a su paso. Me resbalé en un líquido viscoso pero no me caí, lo que, tratándose de mí, me resultó algo bastante sorprendente.

Me di cuenta de varios detalles por el camino y comencé a tratar de pensar en la situación que nos esperaba en los próximos segundos. Asumiendo que llegáramos de una pieza hasta el rey Blanco y convenciéramos a Lara de que se uniera al grupo y viniera con nosotros, ¿luego qué? ¿Cuál era el siguiente paso?

Una docena de demonios cubría el túnel que ascendía en una larga pendiente hacia la entrada de la cueva. Estaban en una buena posición para impedir que las mortíferas fuerzas de seguridad de Lara cargaran a través del acceso a la cueva para rescatar al rey. Detener un ataque con armas de fuego en campo abierto es una cosa. Usar un arma contra un gran, mortífero y poderoso depredador en un lugar confinado era una propuesta diferente por completo, y no precisamente ganadora.

Los necrófagos del túnel también se encontraban en una posición ideal para interceptar a cualquiera que intentase huir, por lo tanto, teníamos que salir por el portal, lo que significaba que si Ramírez y los hombres de Marcone lo perdían, estábamos jodidos. Y lo que significaba también que si Cowl estaba allí y veía lo que estaba pasando, no se iba a quedar de brazos cruzados.

Puede que fuera capaz de contenerlo si estuviera encargándome de la defensa de la puerta; mis habilidades no son increíbles, pero soy bastante fuerte y se me da bien adaptarme sobre la marcha. Cowl me había vencido anteriormente en dos peleas, pero entorpecerlo y retrasarlo no era lo mismo que darle una buena paliza. Incluso si no fuera capaz de suponer una verdadera amenaza para él, al menos lo distraería el tiempo suficiente para mantener el portal abierto y permitir que saliéramos pitando de allí.

Ramírez no. Ramírez era un peligroso mago de combate, pero sus habilidades no eran lo bastante poderosas o extensas para representar un obstáculo importante para Cowl. Si Cowl (o Vitto, lo mismo daba) se daban cuenta de lo que pretendíamos y los demonios se concentraban en el portal...

Los gritos y rugidos de la pelea que se libraba a nuestra derecha se volvieron de repente más feroces, y vi que la resistencia alrededor de lord Skavis se derrumbaba de repente. La alegría de los horribles demonios al verse corriendo en terreno abierto fue casi más aterradora que la matanza que vino después. Alcancé a ver a Vitto Malvora en medio del caos, empujando a un necrófago hacia un vampiro herido y gruñendo órdenes a los demás. Los meganecrófagos estaban del lado de Vitto.

—¡Aquel vampiro tiene a las criaturas más fuertes y más grandes de su lado! — me gritó Marcone mientras corríamos—. Va a atacar a los focos de resistencia, los utilizará como martillos.

—Ya lo veo —le espeté—. Murphy, Marcone, cubrid nuestro flanco derecho. Hendricks, Thomas, preparaos para entrar.

—¿Entrar dónde? —me preguntó Hendricks.

Afiancé el bastón en mi mano, me centré en la furiosa batalla alrededor del rey Blanco y convoqué mi voluntad y el fuego infernal.

—En el hoyo que voy a hacer —gruñí—. ¡Sacadlos de ahí!

—Ahora están sobre todo... comiendo. Pero, en el momento en que empecemos a liberarlos —me advirtió Marcone, que se encontraba a mis espaldas—, estos otros van a situarse detrás de nosotros.

—Lo sé —le dije—. Me ocuparé de ello.

Sentí algo caliente presionando contra la parte baja de mi espalda: los hombros de Murphy.

—Nos aseguraremos de que... —Su voz se quebró de repente y la ametralladora soltó tres ráfagas rápidas, acompañadas después por un único rugido procedente de la escopeta de Marcone.

—Mierda, ha estado cerca.

—¡Otro! —advirtió Marcone, y la escopeta rugió de nuevo.

El cuerno en la mano de Justine comenzó a sonar a todo volumen, con más desesperación si cabe.

—¡Harry! —gritó Thomas.

—¡Vamos! —bramé a Thomas y a Hendricks. Nivelé el bastón hacia el grupo más cercano de enormes demonios y grité—: *¡Forzare!*

Mi voluntad salió unida al fuego infernal de Lasciel y arremetió contra los necrófagos en forma de una esfera de fuerza bruta que brillaba con destellos de fuego sulfuroso. Volaron por los aires en todas las direcciones, dando incluso volteretas como si fueran extras del Equipo A. Algunos de ellos atravesaron la cortina de agua detrás del trono y se precipitaron a las profundidades abisales. Otros se golpearon con fuerza contra la pared más cercana, y los demás cayeron entre los frenéticos necrófagos que estaban acabando con lord Skavis y su séquito.

Thomas y Hendricks cargaron hacia adelante. Mi hermano se había guardado la escopeta en una funda sobre el hombro y ahora blandía su sable en una mano y aquel cuchillo arqueado en la otra. El primer necrófago venía aún tambaleándose por la explosión que había hecho a sus compañeros volar sin control por la caverna, y Thomas no le dio oportunidad de recuperarse. El sable le cercenó un brazo y un arco vertical de aquel cuchillo torcido, parecido a una guadaña, le arrancó la cabeza de los hombros. A continuación le dio una patada en la parte baja de la espalda que hizo

crujir su columna vertebral y envió a la criatura mutilada y decapitada por los aires.

Hendricks alcanzó a Thomas. El hombretón no podría dominar a un necrófago a pesar de todo su músculo, pero sí tenía un factor importante de su lado: la masa. Hendricks era un hombre enorme, de ciento cincuenta kilos de peso, puede que más, y en cuanto lo vi atizar a los demonios no tuve dudas acerca de su pasado como jugador de fútbol americano. Golpeó por detrás a un necrófago desequilibrado y lo lanzó directamente contra el suelo. Luego empotró la base de su enorme arma en el cuello de una nueva criatura que se volvió para seguir los movimientos de Thomas, se impulsó con un hombro y lo estrelló en el costado del animal aturdido, lo que lo derribó sin paliativos.

Thomas derribó a su vez a uno y Hendricks se abalanzó contra otro que no llegó a tener oportunidad de imponerse a semejante locomotora. De repente, nos encontramos ante una fila de diosas salvajes bañadas en sangre negra.

Lara estaba en el centro, con el quimono blanco apretado contra su piel y empapado del líquido oscuro que manaba de los necrófagos aplastados. No dejaba absolutamente nada a la imaginación. Su cabello también estaba mojado y caía pegado sobre su cráneo. Estaba adherido a la piel de sus mejillas, salpicadas de negro, y al contorno de su garganta, manchada toda ella de la oscura sustancia. En cada mano llevaba un largo cuchillo de hoja ondulada cuyas hojas eran lo bastante largas para considerarse espadas pequeñas, aunque solo Dios sabe dónde llevaba escondidas aquellas armas cuando nos la encontramos. Sus ojos tenían un tono cromo plateado. Estaban muy abiertos, parecían triunfantes, así que aparté los míos con brusquedad en cuanto sentí el irrefrenable deseo de mirarla fijamente para ver qué sucedía.

En aquel momento Lara no era una vampiresa de la Corte Blanca, era un súcubo pálido y mortal. Parecía un recordatorio de tiempos pasados, cuando la humanidad rendía homenaje a la sangre de las diosas de la guerra y la muerte y veneraba el lado oscuro del protector espíritu maternal, el salvaje núcleo que dotaba de fuerza a las diminutas mujeres capaces de levantar un coche del suelo para salvar a sus pequeños o las encendía para que se volvieran contra sus verdugos con un inusitado poder. El de Lara, en aquel momento, danzaba a su alrededor, mortífero en su primitiva seducción y su fuerza bruta.

A ambos lados de ella estaban dos de sus hermanas, altas, hermosas, magníficas, también bañadas en sangre; todas ellas armadas con aquellas espadas cortas de hoja ondulada. Yo no las conocía y, sin embargo, me miraban con una energía voraz, envueltas en una destrucción enloquecedoramente seductora. Tardé dos o tres segundos en recordar qué diablos estaba pasando.

Lara dio uno pasos hacia mí, con su habitual andar sinuoso en el que sus muslos y caderas se encargaban de todo el movimiento, con los ojos brillantes y quietos puestos en mí, y en mi cerebro (y en algún lugar más) sentí el repentino impulso de

arrodillarme. ¿Sería tan grave? Me bastaba con pensar en la vista que tendría desde allí. Había pasado mucho tiempo desde que una mujer me había...

Escuché débilmente el traqueteo de las armas de Murphy y Marccone. Sacudí la cabeza y decidí quedarme de pie. Miré a Lara con gesto malhumorado.

—No tenemos tiempo para esto. ¿Quieres salir o no? —le grité con la voz ronca.

—¡Thomas! —exclamó Justine, que apareció por detrás de Lara y las hermanas Raith y se lanzó a los brazos de mi hermano. Thomas la abrazó sin soltar el cuchillo y la apretó con fuerza contra él. Cuando ella lo abrazó, me fijé en el perfil de Thomas; su rostro estaba... transportado, supongo. Mi hermano siempre tenía la misma expresión. Estuviera gastando una broma, haciendo ejercicio o haciéndome pasar un mal rato, su aspecto siempre era el mismo: contenido, seguro, satisfecho de sí mismo y nada impresionado por el mundo que lo rodeaba.

En los brazos de Justine parecía un hombre de luto. Sin embargo, inclinó todo su cuerpo hacia ella, sujetándola con cada fibra y cada nervio, no solo con los brazos, y, de alguna manera, cada línea de su rostro se volvió más suave, más amable, como si hubiera sido liberado repentinamente de una agonía intolerable que no se había dado cuenta que sentía. Si embargo, me percaté de que sus pieles no se estaban tocando.

—¡Ah! —dijo Lara. Su voz era temblorosa, vibrante, absolutamente fascinante y completamente inhumana—. El amor verdadero.

—¡Dresden! —gritó Marccone. Hendricks se apartó del punto desde donde había estado contemplando a las hermanas Raith, seguramente con la misma expresión que yo, y pasó por delante de mí a grandes zancadas. Al poco, le oí añadir el estruendo de su gran arma a la de Marccone y la de Murphy.

—¡Raith! —grité—. Te propongo una alianza entre los tuyos y los míos hasta que salgamos de aquí con vida.

Lara se me quedó mirando con aquellos ojos vacíos y plateados durante un segundo. Después, parpadeó una sola vez y sus ojos ganaron algunos grados más de oscuridad antes de perder el enfoque y echar la cabeza hacia un lado. Lord Raith dio un paso adelante y apareció abruptamente desde detrás de sus hijas.

—Por supuesto, Dresden —dijo en un suave murmullo. A menos que lo buscaras a propósito, sería difícil ver el brillo cristalino en sus ojos o escuchar la cadencia casi artificial de sus palabras. Era una buena actuación, aunque me preguntaba qué parte de su mente habría dejado Lara intacta—. A pesar de que me considero obligado por mi honor a protegerte ante esta traición, no puedo por menos que inclinarme ante la nobleza de tu ofrecimiento de...

—Sí, sí, lo que sea, está bien —le espeté mirando a Lara, que estaba detrás de él—. Hay que salir de aquí. Dejemos los discursos para más tarde.

Lara asintió y echó un vistazo rápido a su alrededor. Unos veinte vampiros del clan Raith habían sobrevivido a la lucha. El resto de los necrófagos se habían

dispersado tras nuestro inesperado ataque y ahora rondaban en círculos fuera de nuestro alcance, aunque lo bastante cerca para cargar contra nosotros si percibían signos de nuestra debilidad.

Estaban esperando a que los demás acabaran con los últimos Skavis y Malvora. Una vez contaran con ellos, nos doblegarían con facilidad.

Cerca del portal, los soldados de Marccone hacían guardia frente a una fila de esclavos vestidos de blanco que iban saliendo poco a poco de la caverna. Había más de los que imaginaba con vida, pero me di cuenta de que los necrófagos daban vueltas ignorando en gran medida a los pasivos esclavos, centrándose en lo que ellos sabían que era la verdadera amenaza: los guardianes de los rebaños de aquellas criaturas de mente adormecida.

—¡Dresden! —gritó Marccone. Su escopeta disparó una vez más y luego hizo un clic en el vacío; la estaba recargando con cartuchos nuevos mientras el arma de Murphy traqueteaba.

—Ya vienen —gruñí—. Traed a todos los esclavos —le dije a Lara.

—¿Qué?

—¡Traed a los malditos esclavos u os quedaréis todos aquí!

Lara me lanzó una mirada que me hubiera hecho temer por mi vida si no fuera porque soy un hombre robusto, pero entonces lord Raith se dirigió a los vampiros que había a su alrededor.

—¡Traedlos!

Me volví al tiempo que insuflaba más fuego infernal en el bastón. Era perfectamente consciente de que no iba a ser capaz de manejar mucha más magia. Ya había utilizado demasiada, las piernas me pesaban. No obstante, si queríamos salir de allí sería necesario un hechizo más. El arma de Murphy tronaba en la distancia, al igual que la de Hendricks, y ahora también podía oír los disparos procedentes de los soldados del portal, ya que los necrófagos en el lado opuesto habían comenzado a regresar de entre los restos de los líderes de las Casas de Skavis y Malvora.

—¡Vamos! —exhorté a los demás—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Nos dirigimos a mi portal. Los vampiros iban recogiendo esclavos a su paso y los arrojaban al centro del grupo, mientras formaban un anillo alrededor de ellos. Raith era el núcleo, rodeado de sus hijas y sus espadas; a su vez, los esclavos componían un espeso escudo humano a su alrededor. Yo ya contaba con que Lara transformara lo que ella consideraba un obstáculo en una ventaja; era la manera en la que trabajaba su mente.

Empezamos a coger un ritmo rápido y, de repente, se oyó el grito de una voz casi humana. Mis sentidos de mago percibieron una energía mágica y, al instante, las luces se apagaron.

La iluminación de la caverna era de excelente calidad. Había estado funcionando

durante todo el duelo, a pesar de la magia que habíamos usado Ramírez y yo y de la apertura de no uno sino dos portales al Más Allá. Si seguía funcionando después de todo aquello era porque Raith había invertido en un tipo de iluminación con una larga trayectoria de alto rendimiento y fiabilidad. Sin embargo, no existía sistema eléctrico que un mago no pudiera fundir con un poco de esfuerzo directo, y aquel no iba a ser una excepción.

Al tiempo que levantaba el bastón para invocar la luz, mi cerebro siguió la cadena lógica. Vittorio nos había visto intentando huir. O tal vez Cowl, aunque de nuevo tuve que recordarme a mí mismo que la presencia de Cowl era todavía una hipótesis, por muy bien apoyada en evidencias circunstanciales que estuviera mi teoría. Apagar las luces no iba a suponer un obstáculo para los vampiros o los necrófagos, lo que significaba que estaba tratando de obstaculizar a las personas normales. Sumir la caverna en la oscuridad neutralizaría las tropas de Marccone, dificultaría y retrasaría la huida de los esclavos y, por lo tanto, aminoraría la marcha de los vampiros que aparentemente los estaban protegiendo.

Mi bastón no se había fabricado para producir luz pero era una herramienta flexible, así que envié más fuego infernal a través de él al tiempo que lo levantaba con el fin de iluminar nuestro oscuro camino con una luz entre roja y anaranjada que tenía la forma de las runas y los sellos tallados en el cayado.

Y, en cuanto lo hice, me di cuenta del propósito de la oscuridad.

Obligar a los seres humanos a crear luz.

Concretamente, provocaría una respuesta inmediata de los magos, que siempre hacían lo mismo cuando se veían hundidos en las tinieblas: invocar la luz. Bien fuera a través de un método u otro, eso es lo primero que cualquier mago haría en una situación como esta. Y, además, lo haríamos rápido, mucho antes de lo que tardaría cualquier otra persona que no usara magia en sacar algo para iluminarse.

Así que, justo en el momento en que mi bastón se encendió, me di cuenta de que acababa de revelar mi posición exacta a todos los monstruos de la maldita caverna. La oscuridad era una trampa, y yo había caído en ella sin dudarlo.

Los necrófagos gritaron con furia y se lanzaron hacia mí con la ayuda de un centenar de runas que hacían las veces de focos rojos y se reflejaban en sus colmillos ensangrentados, en sus garras y en aquellos horribles y hambrientos ojos hundidos.

Varias armas de fuego rugieron a mi alrededor y convirtieron a los necrófagos más cercanos en masas informes de lodo negro. Pero no fue suficiente. Las criaturas no paraban de venir y de ser destrozadas, hasta que el arma de Murphy se vació.

—¡Recargando! —gritó al tiempo que sacaba el cartucho del arma y daba un paso atrás cuando el necrófago al que solo había logrado herir continuó avanzando hacia mí.

El arma de Marccone rugió y el necrófago desapareció, pero cuando apretó de

nuevo el gatillo se oyó el clic que indicaba que el cargador estaba vacío. La dejó caer para sustituirla por la pequeña ametralladora enganchada a su arnés y, durante un par de segundos, cortó con ella a los demonios en horizontal como si se tratara de una guadaña, hasta que el cargador también se vació.

Di un paso adelante en el momento en que otra nueva oleada de necrófagos saltaba por encima de los que habían sido derribados por los disparos.

Murphy y Marcone me habían conseguido el tiempo suficiente para el hechizo que había estado formando en mi mente, cuya finalidad era reunir mi voluntad y transformarla en fuego. Giré la cabeza del bastón y luego la bajé agarrándola con las dos manos hasta que golpeó el suelo de piedra.

—¡*Flammamurus!* —grité.

Se oyó un aullido crepitante y el fuego se abrió camino ascendiendo desde las piedras del suelo. A partir del punto de impacto se formó una ola de treinta o cuarenta metros que avanzaba en todas las direcciones, una fuente repentina de piedra fundida que creó una cortina de fuego de tres o cuatro metros de altura y se cernía sobre los demonios que cargaban contra nosotros desde el otro lado de la caverna. La ardiente piedra fundida cayó sobre ellos, y la marea entrante de necrófagos que había en aquella pared de piedra y fuego rompió a gritar a causa de la agonía y, por primera vez, del miedo.

Aquel mortífero muro mantuvo a raya a la mitad de los demonios de la caverna y distrajo la atención de Vittorio. De paso, les proporcionó un montón de luz a los humanos.

—¡Qué bueno soy! —resollé.

El esfuerzo del hechizo fue monumental incluso contando con la ayuda del fuego infernal. Me tambaleé de tal modo que la luz de las runas de mi bastón desapareció.

—¡Harry, a la izquierda! —me advirtió Murphy.

Volví la cabeza en esa dirección justo a tiempo de ver cómo un necrófago, con la mitad del cuerpo carbonizado, apartaba a Hendricks a un lado como si de una muñeca de trapo se tratara y se impulsaba hacia mí al tiempo que otros dos saltaban sobre el grupo de atrás e intentaban seguir su camino.

Estaba bastante seguro de que podría haberme cargado al necrófago, si este no hubiera pesado más que una hogaza de pan y no tuviera ni idea de cómo utilizar sus garras y colmillos. Pero, por si acaso era más pesado de lo que parecía, además de hábil en la labor de desgarrar cosas, activé el brazaletes escudo.

El brazaletes cobró vida, aunque parpadeó dubitativo durante un segundo. El necrófago rebotó en él, y el esfuerzo casi me hizo perder el conocimiento. Aun así, me caí.

El demonio se recuperó y se arrojó contra mí, al tiempo que vi aparecer a Thomas entre las filas de vampiros y esclavos para atacar por detrás a sus dos compañeros. El

rostro pálido de mi hermano lucía brillante, sus ojos estaban desorbitados por el miedo. Nunca lo había visto moverse tan rápido. Dejó secos a ambos necrófagos cortando los tendones de sus rodillas con las espadas; bueno, si se puede considerar tendones a las tres cuartas partes de la pierna, incluyendo los negros y densos fémures. Los dejó en el suelo mientras otros miembros de la Casa Raith los hacían pedazos. Thomas dio un salto hacia el primer necrófago.

No fue lo bastante rápido.

El demonio se abalanzó hacia mí con un grito terrible. No me quedaba suficiente energía para levantar el cuerpo del suelo y hacer frente al asesino.

Afortunadamente, sí me quedaba energía para sacar la 44 del bolsillo de mi guardapolvos. Me hubiera gustado decir que esperé hasta el último segundo, mirando fríamente al necrófago con nervios de acero, para buscar el disparo perfecto. La verdad es que mis nervios estaban más o menos adormecidos y estaba demasiado cansado para sentir pánico. Apenas tuve tiempo de apuntar antes de que las fauces del vampiro se abrieran lo suficiente para poder tragarme la cabeza entera.

No apreté el gatillo de manera consciente, pero el arma rugió y la cabeza del demonio explotó antes de estrellarse contra mí. Sentí un dolor agudo y, de repente, fui incapaz de respirar.

—¡Harry! —gritó Thomas.

Cuando el peso desapareció de mi pecho pude respirar hondo. Liberé mi mano izquierda y golpeé al vampiro con la 44.

—¡Tranquilo! —gritó Murphy—. ¡Tranquilo, Harry! —Sus pequeños y fuertes dedos me cogieron de la muñeca para que soltara el arma. Me di cuenta de que había tenido suerte de que no se disparara mientras estaba revolcándome con el monstruo.

Thomas me quitó al necrófago de encima y lo arrojó a un lado. El monstruo aterrizó con un golpe seco. La parte superior de su cabeza había desaparecido. Simplemente ya no estaba.

—Buen tiro —exclamó Marcone. Al mirar hacia atrás vi que levantaba a un pálido y sudoroso Hendricks, le pasaba los brazos por encima al hombretón y aguantaba su peso.

—¿Nos vamos?

Thomas me puso de pie.

—Vamos. No hay tiempo para descansar.

—Vamos —le dije. Levanté la voz y grité—: Lara, ¡qué se muevan!

Nos encaminamos hacia el portal, manteniendo la cortina de fuego líquido en nuestro flanco. Me costaba poner un pie delante del otro. Tardé en darme cuenta de que Justine estaba debajo de uno de mis hombros, soportando parte de mi peso, y que estábamos caminando entre los esclavos, cerca del rey Blanco y su guardia.

Los vampiros seguían siendo la guardia exterior, distribuida en un medio círculo

en lo que equivalía a una formación de batalla a la carrera. Pero no estábamos corriendo. Era más un paseo estable, tanto más inquietante por la luz espectral, las sombras y la desesperación. El arma de Murphy traqueteó varias veces más y luego guardó silencio. Oí el mugido ronco de mi 44. Revisé mi mano y, por supuesto, mi arma no estaba allí.

—¡Dejadlos! —le oí espetar a Lara. Su voz fría y plateada se deslizó agradable por mi oído—. Mantened el ritmo constante. Permaneced juntos. No les permitáis entrar.

Avanzamos. A medida que la lucha continuaba, los vampiros parecían cada vez más desesperados, menos humanos. Los necrófagos rugían, gritaban y morían. Lo mismo que los Raith. El frío aire subterráneo de la cueva se había calentado a causa de una especie de efecto invernadero y parecía que no hubiera suficiente aire para respirar. Yo no paraba de inspirar, pero a mis pulmones no les parecía suficiente.

Seguí caminando con dificultad, dándome cuenta, aturdido, de que Marcone estaba detrás de mí con Hendricks, que se encontraba en las mismas condiciones que yo.

Miré a mi izquierda y vi que la fuente de fuego y piedra fundida comenzaba a atenuarse. No era un hechizo que tuviera que alimentar de manera continua, esa era la belleza de la magia terrenal: el impulso. Una vez que consigues ponerla en movimiento tarda bastante en disminuir su marcha. Había utilizado magia de fuego en todas aquellas piedras y las había obligado a extenderse por la tierra a su alrededor. Tuvo que transcurrir todo aquel tiempo para que el hechizo se extinguiera.

Pero eso era exactamente lo que estaba sucediendo. El hechizo estaba empezando a extinguirse. Igual que yo.

El telón de fuego descendió lentamente, adelgazando y emitiendo cada vez menos calor. Vi a los demonios detrás, listos para atacar. Casi sin pensar en ello, fui consciente de que podrían lanzarse directos hacia nuestro aturdido grupo de esclavos, gánsteres heridos y magos cansados, sin encontrar demasiada oposición.

—Oh, Dios —gimió Justine. Ella también los había visto—. Oh, Dios.

Todos los necrófagos se dieron cuenta de que la cortina de fuego estaba cayendo. Se precipitaron hacia adelante, hacia el mismo borde de la moribunda cortina de fuego, aparentemente indiferentes a la piedra fundida en el suelo; decenas de ellos, una sólida fila de criaturas a la espera de la primera oportunidad para saltar y arrancarnos la cabeza.

Una ráfaga de luz verde brilló y atravesó por completo a dos demonios, a los que tiró al suelo, le cortó el brazo por el hombro a un tercero y continuó hacia el trono blanco, en cuyo respaldo dejó un agujero del tamaño de un cesto de la ropa.

Ramírez había estado esperando que se alinearan de esa manera.

Se incorporó apoyando todo el peso en un solo pie. Estaba con los brazos en

jarras en el otro extremo de la pared de piedra y fuego, en el lado de los necrófagos. Estos se giraron hacia él, pero Ramírez comenzó a levantar los brazos alternativamente desde la cadera para extenderlos delante de su cuerpo. Era el mismo movimiento que el de un pistolero en el Viejo Oeste, pero en lugar de disparar su revólver, cada vez que lo hacía arrojaba silenciosas y mortíferas cargas verdes hacia los necrófagos.

Los más cercanos a él trataron de correr hacia adelante para evitar la matanza, pero Ramírez les tenía cogida la medida y no estaba dispuesto a abrir un único agujero en sus líneas; confiaba en neutralizarlos del todo. Lanzó una espantosa explosión tras otra y dejó un rastro disperso de miembros espasmódicos arrancados de los primeros necrófagos que le atacaron. El líquido negro recién derramado se extendía hacia atrás y adelante por el suelo de la caverna de forma que parecía la cubierta de un barco en mitad de una tormenta.

—¿A qué estás esperando, Dresden? —gritó Ramírez—. ¡Un poco de vulcanomancia y te quedas fundido! —Un rayo especialmente bien dirigido arrancó la cabeza de un par de necrófagos a la vez—. ¿Qué te ha parecido eso?

Todos echamos a correr hacia adelante.

—No ha estado mal —le contesté arrastrando las palabras—. Para ser virgen.

Su índice de fuego había comenzado a aflojar, pero mi pequeña burla provocó un nuevo estallido de ferocidad en Ramírez, que redobló sus esfuerzos. Los demonios aullaban de frustración y se apartaban de la pared de fuego, de su luz traicionera y del centinela del Consejo Blanco que les estaba haciendo pedazos.

—¡Duele, ¿eh?! —gritó Ramírez embriagado al tiempo que le lanzaba un último par de descargas a un necrófago que huía—. ¡Ay! ¡Ay, duele! ¡Me duele el alma de ser tan bueno!

Se oyó un sonido sibilante, un destello de acero, y uno de los cuchillos de Vitto Malvora se clavó en el estómago de Ramírez con tanta fuerza que levantó al joven del suelo y lo derribó.

—¡Hombre herido! —gritó Marcone. Estábamos lo bastante cerca del portal para poder ver la luz azul pálida que se derramaba por él. Marcone agitó la mano para llamar la atención con sus gestos y señaló con el dedo a Ramírez y luego a Hendricks. Los hombres armados (tenían que ser mercenarios, ninguna banda de matones criminales era tan disciplinada) se adelantaron para hacerse cargo de los heridos, arrastraron a Ramírez hacia el portal y llevaron a empujones a los esclavos hacia la entrada.

Me desprendí, tambaleante, de la ayuda de Justine y me fui directo hacia Ramírez; el cuchillo se le había clavado en el abdomen con mucha fuerza. Ramírez llevaba puesto un chaleco de Kevlar, que no servía de mucho ante objetos afilados y puntiagudos pero que, al menos, impidió que la empuñadura del cuchillo atravesara el

músculo y dañara los tejidos blandos. Sabía que había algunas arterias importantes por la zona y, más o menos, dónde estaban ubicadas, pero no hubiera sabido decir si el cuchillo se encontraba en el ángulo adecuado para afectarlas. Su rostro estaba terriblemente pálido y parpadeó confuso cuando los soldados comenzaron a arrastrarlo por el suelo. Sus piernas se alzaron débilmente y el cuchillo entró en su campo de visión.

—Maldita sea, Harry —dijo con la voz entrecortada—. Hay un cuchillo en mi pierna. ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—En el duelo —le dije—. ¿No te acuerdas?

—Pensé que me había torcido el tobillo —dijo Ramírez. Acto seguido volvió a parpadear—. Por todos los demonios. Hay un cuchillo en mi estómago. —Contempló ambas armas—. Y son iguales.

—Estate quieto —le advertí. Vampiros, esclavos y mercenarios estaban saltando al otro lado del portal en aquellos momentos—. No te muevas demasiado, ¿de acuerdo?

Empezó a decir algo, pero un vampiro con un ataque de pánico le golpeó una pierna al pasar. La cara de Ramírez se retorció de dolor y, de pronto, la expresión se le aflojó y sus ojos parpadearon hasta cerrarse. Vi su bastón en el suelo y lo cogí para que los hombres que lo transportaban se lo llevaran también. Mientras, la mayoría de los vampiros en retirada seguían luchando contra el asalto de los entregados demonios.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Marccone a uno de los soldados.

El hombre consultó su caro cronómetro suizo, de esos con resortes y engranajes, nada digital.

—Tres minutos, once segundos.

—¿Cuántas cargas?

—Seis dobles —respondió.

—¡Eh! —le espeté a Marccone—. Un poco ajustado, ¿no?

—Un poco más y no hubiera servido de nada —dijo Marccone—. ¿Puede caminar?

—Sí —le espeté.

—Puedo conseguir a alguien que lo ayude —dijo Marccone en un tono muy amable y sincero.

—Déjese de rollos —gruñí—. ¡Murphy!

—¡Aquí! —me contestó. Estaba entre los últimos que se retiraban de la embestida de los necrófagos. Su pequeña arma automática, el Volvo de las armas de fuego, le colgaba del arnés del hombro y sostenía mi 44 con ambas manos de una manera casi cómica, ya que era demasiado grande para ella.

—Ramírez tiene un cuchillo en el estómago —le conté—. Necesito que cuides de

él.

—Es el otro centinela, ¿verdad?

—Sí —dije—, ya ha atravesado el portal.

—¿Y tú?

Sacudí la cabeza y me aseguré de que mi guardapolvos seguía cubriendo la mayor parte de mi cuerpo.

—Malvora continúa rondando. Podría tratar de cerrar nuestro portal o de probar otro hechizo. Tengo que ser uno de los últimos en pasar.

Murphy me lanzó una mirada escéptica.

—Pareces a punto de caerte redondo al suelo. ¿Tienes energía para hacer más magia?

—Es cierto —le dije, y le ofrecí mi bastón—. Tal vez deberías hacerlo tú.

Ella me dedicó una mirada dura.

—A nadie le gustan los listillos, Harry.

—¿Estás de broma? Mientras el listillo se dirija a otra persona, la gente los adora. —Le brindé una media sonrisa—. ¡Fuera de aquí! —le exhorté.

—¿Cómo vamos a volver a entrar? —me preguntó—. Thomas nos llevó hasta allí, pero...

—Os volverá a llevar —le dije—. O alguno de los otros. O Ramírez, si algún idiota no lo mata tratando de ayudarlo.

—Si no te importa, prefiero que lo hagas tú, Harry. —Me acarició la mano y salió a través del amplio óvalo que era el portal. La vi apresurarse a través de una capa de nieve que le cubría los tobillos hasta lo que parecía ser un refugio de pinos donde Ramírez yacía sobre su capa sin apenas fuerzas. Los esclavos parecían confundidos, como era lógico y normal, y con frío, que teniendo en cuenta su vestuario, también lo era.

—¡Han pasado todos los nuestros! —gritó el soldado de Marccone—. ¡Dos minutos, quince segundos!

Y tenía que gritar. Los necrófagos más cercanos estaban a unos diez metros de distancia, luchando decididamente contra, a falta de un término más cliché, una delgada línea blanca de vampiros Raith. En ella estaba mi hermano, que no paraba de lanzar sus dos cuchillos al aire.

—¡Vamos! —dijo Marccone. El soldado pasó al otro lado y Marccone se acercó a mí con una escopeta nueva entre las manos—. ¿Dresden?

—¿A qué está esperando para marcharse?

—Por si no lo recuerda —dijo—, nuestro trato consistía en que lo sacara de aquí con vida. No me iré hasta que lo haya hecho. —Hizo una pausa y añadió—: Siempre y cuando, claro está, eso ocurra en los próximos dos minutos.

Desde mi posición podía ver tres montones dobles de explosivo C4 con

detonadores incrustados en su blanda superficie, cada uno de ellos equipado con un preciso reloj tradicional. Estas eran las cargas simples del suelo, las otras tres debían de estar fijadas a las paredes de la caverna. No tenía ni idea de cuál sería su capacidad de destrucción, pero podía suponer que no sería muy divertido encontrarse allí cuando estuviera en todo su apogeo. Vaya, los pobres necrófagos se iban a quedar para ver los fuegos artificiales.

—¡Thomas! —exclamé—. ¡Es hora de irse!

—¡Vamos! —gritó mi hermano. El resto de vampiros que luchaban con él se separaron de la línea y huyeron por el portal, a excepción de uno, una mujer Raith alta que...

Parpadeé. Mierda. Era Lara.

Los vampiros pasaron a mi lado en dirección al paso. Thomas y su hermana se quedaron solos frente a la horda de necrófagos de dos metros y medio. Se enfrentaban a ellos y estaban logrando rechazarlos.

La piel de Thomas resplandecía más fría y blanca que el hielo glacial, sus ojos brillaban plateados y se movía a una velocidad vertiginosa y con una gracia totalmente inhumana. Su sable no dejaba de moverse, cortando y dibujando en el aire un flujo constante de sangre causado por los golpes devastadores de sus *kukris*.

(Ah, vale, así se llamaba ese cuchillo arqueado hacia dentro. Sabía que me acabaría acordando.)

Lara se movía a la par que él, agitando en la medianoche sus húmedos cabellos y el desgarrado quimono de seda. Le cubría las espaldas a Thomas como un manto que colgara de sus hombros. No era más débil que su hermano menor, era incluso más rápida, y la espada corta de hoja ondulada esparcía a su paso las macabras entrañas de sus enemigos. Los dos esquivaban las continuas acometidas y repartían su mortífera violencia de un enemigo a otro.

En última instancia su lucha era inútil; por valientes y sorprendentes que fueran sus acciones, estaban condenadas al fracaso. No importaba lo letal que demostraran ser Thomas y Lara, o cuántos demonios cayeran gritando al suelo, la sangre negra volvía a entrar de nuevo en los cuerpos y los necrófagos derribados volvían a levantarse y a luchar otra vez. La mayoría de los que regresaban a la lucha, con renovado vigor y furia, seguían mutilados horriblemente. Algunos perdían parte de las entrañas y unas viscosas cuerdas grises asomaban de su cuerpo. En otros casos, habían desaparecido amplias secciones de sus cráneos. Hubo dos que entraron en la refriega sin brazos, con la sola intención de morder con sus mandíbulas repletas de afilados dientes. Al lado de la belleza de los vampiros, hermano y hermana, los cuerpos de los necrófagos deformados por las graves lesiones parecían si cabe más monstruosos, incluso más viles.

—Dios mío —dijo Marccone en voz baja—. Es la pesadilla más hermosa que he

visto jamás.

Estaba en lo cierto. Era algo hipnótico.

—¿Tiempo? —le pregunté con la voz áspera.

Consultó su propio cronómetro.

—Un minuto y cuarenta y ocho segundos.

—¡Thomas! —grité—. ¡Lara! ¡Ahora!

Al oírme, los dos se separaron y aceleraron hacia el portal, algo que no esperaban los necrófagos.

Me di la vuelta para marcharme. Y fue entonces cuando lo sentí.

Un pulso sordo, un latido de un poder que a la vez parecía extraño y familiar, una sensación nauseabunda y mareante y, al final, una súbita puñalada de energía.

No fue un ataque mágico. Un ataque de este tipo es un acto de fuerza que se puede predecir, contraatacar o mitigar de alguna manera. Aquello era algo mucho más existencial. Simplemente se impuso a todo lo demás, y su propia existencia dictó una nueva realidad.

Un pensamiento afilado se estrelló contra mi ser como un verdadero golpe físico. De hecho, no era un único pensamiento, sino una mezcla, un cóctel de emociones tan fuertes, tan intensas, que me instó a postrarme de inmediato de rodillas en el suelo. Me inundó la desesperación. Estaba muy cansado. Había luchado y luchado solo para lograr un caos primario, lo que convertía al conjunto de mi esfuerzo en algo inútil. Mis verdaderos amigos habían sido heridos de gravedad o se habían marchado y me habían dejado allí, en aquella caverna infernal. Los que quedaban a mi lado eran monstruos, de uno u otro bando, incluso mi hermano, que había regresado a su forma monstruosa al haberse alimentado de otros seres humanos.

El terror también me afectaba. Estaba paralizado, rodeado de demonios de una resistencia imposible de describir. Se precipitarían hacia mí en cuestión de segundos. Había caído delante del portal, frente a él, y aunque el movimiento físico estaba fuera de mis posibilidades, vi que todo el mundo se había lanzado al suelo, tan vulnerables al ataque como yo, si bien el portal seguía abierto. Vampiros, esclavos y guerreros mortales, todos habían caído por igual.

La culpa fue mi siguiente sentimiento. Murphy. Carlos. Había hecho que los mataran.

Inútil. Todo había sido inútil.

EL cronómetro de Marcone yacía en el suelo cerca de su mano extendida y sin fuerzas. Había caído a mi lado. La segunda manecilla giraba deprisa, al igual que la de los relojes que controlaban las cargas de C4, la más cercana de ellas a unos tres metros de distancia de nosotros.

Entonces lo entendí. Aquel era el ataque de Vittorio Malvora. Él había lanzado aquel espantoso y paralizante brebaje proveniente de lo más oscuro del alma mortal.

Al igual que los Raith creaban deseo, los Malvora creaban miedo y los Skavis desesperación. Vitto había ido más allá. Había tomado lo peor del alma humana y había forjado con ello un arma venenosa y mortal.

Y yo no había sido capaz de hacer absolutamente nada para detenerlo.

Me quedé mirando el cronómetro de Marcone y me pregunté qué nos mataría primero, si los necrófagos o la explosión.

Capítulo 41

La manecilla del reloj se detuvo súbitamente entre el 1.34 y el 1.33. O eso me pareció. Unos instantes después, pasó al siguiente segundo y el tic sonó como un golpe hueco. Me quedé tendido, mirándola y preguntándome si aquella era la forma en que mi mente reaccionaba a su inminente final.

Y entonces pensé que había conseguido reunir la suficiente voluntad para preguntarme algo, en lugar de hundirme y dejarme llevar por la desesperación y el miedo. Tal vez era así como reaccionaba a una muerte inminente, con fantasías de escapismo y negación de la realidad.

—No exactamente, mi anfitrión —observó la voz de Lasciel.

Parpadeé; mi primer movimiento voluntario. Traté de echar un vistazo a mi alrededor.

—No lo intentes —dijo Lasciel con una leve alarma en la voz—. Podrías hacerte daño.

Qué demonios. ¿Había aminorado el tiempo?

—El tiempo no existe —sentenció en un tono firme—. No de la forma que crees, en cualquier caso. He acelerado la velocidad de tu mente de forma temporal.

El golpe de reloj sonó de nuevo: 1.32.

Acelerar mi cerebro. Eso tenía sentido. Después de todo, usamos solo el diez por ciento de nuestra capacidad cerebral. No había motivo para que no tuviera una actividad mucho mayor. Bueno, salvo que...

—Sí —dijo—. Es peligroso, no puedo mantener este nivel de actividad mucho tiempo sin causarte daños permanentes.

Imaginaba que Lasciel estaba a punto de hacerme una oferta que no podría rechazar.

Su voz era cortante, enfadada.

—No seas tonto, mi anfitrión. Si mueres, yo muero. Solo intento darte una opción que nos permita sobrevivir a ambos.

Claro. ¿Y por casualidad esa opción no tendrá algo que ver con la moneda enterrada en mi sótano?

—¿Por qué sigues siendo tan terco respecto a eso, mi anfitrión? —me preguntó Lasciel en un tono de pura frustración—. Tomar la moneda no va a esclavizarte. No entorpecerá tu capacidad de elección.

Al principio no, pero acabaría dependiendo del verdadero Lasciel, y ella lo sabía.

—No necesariamente —dijo. En su tono había un matiz de súplica—. Se pueden alcanzar acuerdos, crear compromisos.

Claro. Si estaba dispuesto a hacer todo lo que me pidiera, estoy seguro de que sería fácil alcanzar acuerdos.

—Pero estarías vivo —gritó Lasciel.

No importaba, ya que de todos modos la moneda estaba enterrada debajo de una piedra en mi laboratorio.

—No es un obstáculo, mi anfitrión. Puedo enseñarte a invocarla y traerla aquí en pocos segundos.

Tic. 1.31.

Un golpe seco sonó a mi espalda. Pasos. Los necrófagos. Estaban viniendo. Pude ver parte del rostro de Marcone, retorcido por la agonía que le causaba el ataque psíquico de Vittorio Malvora.

—Por favor —imploró Lasciel—. Por favor, déjame ayudarte. No quiero morir.

Yo tampoco quería morir.

Cerré los ojos otro segundo más.

Tac. 1.30

Requirió de fuerza de voluntad y de lo que parecieron varios instantes de esfuerzo, pero me las arreglé para reunir un hilo de voz.

—No —susurré.

—Pero morirás —dijo Lasciel angustiada.

Eso sucedería tarde o temprano. Pero no iba a ser aquella noche.

—¡Entonces date prisa! Primero tienes que pensar en la moneda. Puedo ayudarte a...

Así no. Ella podía ayudarme de otra manera.

Silencio.

Tic. 1.29.

—No puedo —susurró.

Yo creía que sí.

Tac. 1.28.

—Te equivocas —dije de nuevo.

—¡No puedo hacer nada por ti!

Incierto. Ya me había protegido parcialmente de los efectos del ataque de Malvora. La situación era simple para ella. Podía hacer más de lo que ya había hecho. O podría apartarse a un lado y no hacer nada. Era su elección.

Lasciel se apareció delante de mí por primera vez, a cuatro patas. Su apariencia era... extraña. Estaba demasiado delgada y tenía los ojos hundidos. Hasta entonces su aspecto siempre había sido fuerte, saludable y confiado. Ahora su pelo era un desastre, la cara estaba retorcida por el dolor y...

...Estaba llorando. No paraba de sorber, necesitaba un pañuelo. Sus manos fueron a parar a ambos lados de mi rostro.

—Podría dejarte secuelas. Provocarte daños cerebrales. ¿Entiendes lo que significa eso, Harry?

Nunca se sabe. Podría estar bien tener daños cerebrales. Me gustaba la gelatina. Y tal vez había tele por cable en el hogar donde me iban a encerrar. En cualquier caso, era mejor que dejar que los necrófagos me comieran el cerebro.

Lasciel me miró fijamente un instante y dejó escapar una risita.

—Es por tu hermano y tus amigos. Es por eso.

Si freírme el cerebro iba a sacar a Murphy, Ramírez, Thomas y Justine del lío en el que los había metido, merecería la pena.

Continuó observándome.

Tic. 1.27.

Una mirada resentida, casi infantil, cubrió su rostro y echó un vistazo por encima de su hombro antes de volverse de nuevo hacia mí.

—Yo... —Sacudió la cabeza y, en un tono muy suave y como si estuviera delirando, dijo—: Ella... no te merece.

Lo mereciera o no, el ángel caído no iba a conseguirme. Nunca jamás.

Lasciel se irguió.

—Tienes razón —dijo—. Es mi elección. Escúchame. —Se acercó a mí con una intensa mirada—. Vittorio ha recibido poder. Por eso puede hacer esto. Está poseído.

Deseé recuperar mi capacidad para levantar las cejas. ¿Poseído por qué?

—Un Intruso. He sentido antes esa presencia. Este ataque ha salido directamente de la mente de ese Intruso.

Vaya, eso era interesante. No era relevante, pero sí sorprendente.

—Es relevante —dijo Lasciel—, por las circunstancias de tu nacimiento y la razón por la que naciste. Tu madre reunió el valor para escapar de lord Raith por un motivo.

¿De qué demonios estaba hablando?

Tac. 1.26.

—Se produjo una compleja confluencia de sucesos, de energías, de circunstancias que le otorgarían a un niño nacido bajo ellas el potencial para albergar poder contra los Intrusos.

Lo cual no tenía ningún sentido. Los Intrusos eran inmunes a la magia. Solo aminorar siquiera un poco sus habilidades requería de un poder adquirido tras siglos de estudio y práctica y esgrimido por los magos más poderosos del planeta.

—Es extraño, ¿no crees? El hecho de que derrotaras a uno con dieciséis años.

¡¿Qué?! ¿Y eso? La única victoria sería contra una entidad espiritual que tuve a esa edad fue cuando mi antiguo maestro mandó a un demonio asesino a por mí. La cosa no resultó como DuMorne esperaba.

Lasciel se acercó más.

—Aquel Que Camina Detrás era un Intruso, Harry. Una criatura terrible, el más poderoso de los Caminantes, un importante caballero entre esas imponentes

entidades. Pero cuando vino a por ti, tú lo venciste.

Cierto. Lo hice. Los recuerdos eran un poco borrosos, pero el final de la pelea había quedado inmortalizado en mi memoria. Explosiones por doquier y a tomar por saco el demonio. Y un edificio en llamas, claro.

Tic. 1.25.

—Escucha —dijo Lasciel sacudiendo un poco la cabeza—. Tienes potencial para desplegar un gran poder contra ellos. Posees la capacidad suficiente para escapar del hechizo que ha urdido sobre ti. Si estás seguro de que es lo que quieres, puedo darte una oportunidad de derrotar al enviado de Malvora. Pero debes darte prisa. No sé cuánto tiempo hará falta para que funcione y ya los tienes casi encima.

Después de esto, íbamos a tener una larga charla sobre mi madre y esos Intrusos, su relación con la Corte Negra y qué demonios estaba pasando.

Lasciel (o mejor, Lash) asintió una vez.

—Te diré todo lo que pueda, Harry.

Entonces se levantó y pasó a mi lado, hacia los necrófagos y Vitto Malvora. Su ropa rasgó el aire lenta y suavemente al alejarse de mí. El reloj de Marcone volvió a correr.

Tic, tac, tic, tac.

Durante un segundo, uno o dos instantes, no más, permanecí empalado a la horrible pica de la angustia psíquica. Entonces, una extraña sensación cayó sobre mí. No sé cómo describirla con precisión, salvo diciendo que fue como salir desde una luz solar brutal y ardiente a una repentina y profunda sombra. El terrible dolor se calmó, no mucho, pero lo suficiente para permitirme mover los brazos y la cabeza, para saber que podía actuar.

Pero me quedé quieto.

—¡Mía! —aulló una voz tan distorsionada por la lujuria y la violencia que no sonó humana—. ¡Ella es mía!

Se acercaron unos pasos y pude ver la pierna horriblemente quemada de Vittorio. La sensación de sombra comenzó a desvanecerse por los extremos, el poder de Vittorio regresaba lentamente, como el sol abriéndose camino a través de un cristal helado.

—Pequeña zorra Raith —masculló Vittorio—. Lo que voy a hacer contigo hará que a tu padre se le hiele la sangre.

Sonó un fuerte golpe. Torcí la cabeza hacia un lado, muy poco, para ver lo que pasaba a mi alrededor.

Un montón de enormes necrófagos, eso era todo, y no habían perdido fiereza tras haber sido machacados y destrozados en batalla. Vittorio estaba junto a Lara, con el rostro pálido y la pierna quemada. Tenía la mano derecha, la que proyectaba energía, levantada y con los dedos extendidos, y pude sentir el enorme poder que irradiaba de

ella. Con ella estaba sosteniendo la presión del hechizo que nos aprisionaba a todos. Por la reacción de los necrófagos a su alrededor, me di cuenta de que las horribles criaturas también lo sentían, al menos en parte. Se encogían y se cubrían un poco, aunque no parecían totalmente incapacitados. Tal vez se debía a que estaban más habituados a sentir esa clase de cosas.

Vitto le dio a Lara una patada en las costillas, luego dos más. Eran patadas sucias y fuertes, de las que rompen huesos. Lara emitió pequeños gemidos de dolor, y creo que fue aquello y no otra cosa lo que me permitió apartar de mi mente el efecto totalmente paralizante de la magia hostil. Moví una mano con lentitud. Ante la falta de reacciones, supuse que nadie se había dado cuenta.

—Lo dejaremos estar de momento, pequeña zorra Raith. —Se volvió hacia mi hermano—. Te estaba buscando, ya lo sabes, Thomas —continuó Vittorio—. Pensé que un paria como tú estaría dispuesto a entregar a su gente a alguien con una visión más equitativa del futuro. Sin embargo, eres como un perro triste, demasiado feo para que su dueño le deje entrar en casa, pero que sigue defendiendo lealmente a ese amo que lo desprecia. Tu final tampoco va a ser agradable. —Comenzó a volverse hacia mí, sonriendo—. Pero primero, empecemos por el mago entrometido. —Se acabó de dar la vuelta al tiempo que añadía—: Las quemaduras duelen, Dresden. ¿Te he dicho lo mucho que odio el fuego?

No hacía falta desperdiciar una buena frase irónica. Esperé a que dijera la última palabra para disparar la escopeta de Marcone.

No me había dado tiempo a cogerla bien; el retroceso fue fuerte y me golpeó de manera salvaje en el hombro, aunque el impacto fue atenuado por mi guardapolvos. El disparo le arrancó a Vittorio la mano derecha hasta la mitad del antebrazo.

Según tengo entendido, las amputaciones no son muy buenas para mantener la concentración. Desde luego, esta no lo fue para la de Vittorio, y no se puede aguantar la presión de un hechizo como el que estaba usando sin concentración. Percibí un acceso particularmente intenso de incomodidad en el hechizo justo en el momento en que el trauma físico de Vittorio envió un relámpago de energía a través de él, como el eco de un enorme altavoz. Los necrófagos aullaron para reaccionar a su modo a aquella agónica desazón, lo que me dio un segundo más para actuar.

Me impulsé con las dos piernas y puse a Vittorio de rodillas, apoyado sobre la que no estaba quemada. Una patada en la rodilla no es molestia para un vampiro de la Corte Roja, de todas maneras las tienen hacia atrás. Un vampiro de la Corte Negra no se hubiera preocupado porque una escopeta le arrancara la mano.

Vitto no era ninguna de las dos cosas.

Cuando no estaba tirando del poder generado por su hambre satisfecha, era bastante humano. Y aunque soy mago y todo eso, soy un tío bastante grande. Alto y delgado, vale, pero hasta los canijos altos pesan lo suyo, y tengo las piernas fuertes.

Se le dobló la rodilla hacia atrás y cayó dando un grito.

Antes de que pudiera recuperarse, me puse de pie empezando por poner una rodilla en tierra, con la culata de la escopeta en el hombro y sin apartar el cañón de delante de la nariz de Vittorio.

—¡Atrás! —grité. Representaba el papel de tipo fuerte y frío, pero mi voz sonó más bien enfadada y no muy cuerda—. ¡Diles que se echen atrás! ¡Ahora!

El rostro de Vittorio estaba retorcido por la sorpresa y el dolor. Contempló la escopeta, luego me miró a mí y al muñón de su mano derecha.

No veía el cronómetro, pero mi cabeza me suministró el efecto de sonido. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. ¿Cuánto tiempo quedaba? ¿Menos de sesenta segundos?

A mi alrededor, los necrófagos se recuperaron de su momento de dolor y comenzaron a emitir un aullido bajo y prolongado parecido a los motores de varias motocicletas juntas. Mantuve los ojos fijos en su jefe. Si me detenía a mirar bien todos los extraños elementos anatómicos que me rodeaban, era probable que me echara a llorar. Y eso sería poco masculino.

—¡A... atrás! —tartamudeó Vittorio. Luego dijo algo en una lengua que me sonaba vagamente familiar pero que no entendí. Lo repitió medio a gritos y los necrófagos se apartaron unos centímetros de nosotros.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

—Esto es lo que va a pasar —le dije a Vittorio—. Yo me llevo a mi gente, cruzo el portal y lo cierro. Tú escapas vivo. —Me apoyé un poco contra la escopeta, lo que hizo que diera un respingo—. O podemos caer todos juntos. Me da un poco igual, así que te dejaré elegir a ti.

Se relamió los labios.

—Es un farol. Si aprietas el gatillo, los necrófagos matarán a todo el mundo. No dejarás que mueran solo por el placer de matarme a mí.

—Ha sido un día largo. Estoy cansado y no pienso con demasiada claridad. Y tal como lo veo, me has puesto un poco contra la espada y la pared, Vitto. —Entorné los ojos y hablé con mucha calma—: ¿De verdad crees que caería sin llevarte conmigo?

Me miró un momento y se volvió a relamer los labios.

—Ve... vete —dijo entonces—. Vete.

—¡Thomas! —grité—. ¡Despierta, dormilón! No es momento de echarse a morir. Oí gruñir a mi hermano.

—¿Harry?

—Lara, ¿me oyes?

—Sí —dijo. Por el sonido, supuse que la hermana mayor de Thomas estaba ya de pie y que su voz provenía de detrás de mí, de muy cerca.

—Thomas, coge a Marccone y atravesad el portal. —Le lancé una mirada feroz a Vitto—. No te muevas, ni siquiera parpadees.

Vittorio, con el rostro agónico, levantó la mano izquierda con los dedos extendidos. Estaba sangrando mucho y comenzó a temblar. No quedaba lucha en su rostro. Me había dado su mejor golpe y, al parecer, yo lo había esquivado. Creo que aquello le asustó bastante. Y perder la mano tampoco es que le hubiera subido la moral.

—No dispaes —dijo—. Solo... no dispaes. —Eché una mirada hacia los necrófagos—. Dejadlos ir.

Oí gruñir a Marcone y a mi hermano por el esfuerzo.

—Bien —dijo Thomas desde detrás de mí—. Hemos pasado.

Mantuve el cañón apuntando a Vittorio y me levanté, al tiempo que trataba de que el arma no temblara. ¿Cuántos segundos me quedaban? ¿Treinta? ¿Veinte? He oído hablar de personas que pueden estar pendientes de situaciones como esta y contar al mismo tiempo, pero yo no era una de ellas. Di un paso atrás y sentí la espalda de Lara presionada contra la mía. Si ella no hubiera estado allí, uno de los necrófagos podría haberme sorprendido por detrás en cuanto me acerqué a menos de medio metro de Vittorio. Uf.

Di un paso atrás, tratando de moverme con presteza y de una manera continua, aunque mi instinto me pedía que corriera.

—Tres pasos más —me dijo Lara en un susurro—. Un poco más a la izquierda.

Corregí la dirección de mi siguiente paso, confiando en su palabra. Un paso más y oíría el viento invernal silbando detrás de mí. Una luz plateada resplandeció en el cañón de la escopeta.

Y entonces se disipó la duda de si Cowl estaba allí realmente o no.

Se produjo una descarga de poder, un grito abrasador contra mis sentidos arcanos, y el vástago de un cometa, y un pterodáctilo vino volando hacia nosotros desde el otro lado de la cueva. Mis ojos se habían habituado ya lo bastante a la oscuridad para ser capaces de vislumbrar un tenue óvalo de luz rojiza que perfiló una figura con una amplia capa. Era Cowl, de pie delante de su portal.

—¡Maestro! —gritó Vittorio arrastrando casi cada letra.

—¡Cuidado! —grité, y eché el brazo hacia atrás al tiempo que me agachaba, me tiraba hacia un lado e intentaba apartar a Lara del camino de aquella cosa voladora.

La voz correosa y rasgada de Cowl siseó algo en una lengua sibilante y una segunda descarga de poder latigueó invisible desde el otro lado de la cueva. Su objetivo no éramos nosotros sino el portal.

Y la abertura comenzó a cerrarse como una cremallera, empezando por el extremo más cercano a mí.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

El portal se estaba cerrando más rápido de lo que yo era capaz de moverme. No iba a lograr salir, pero puede que Lara sí.

—¡Lara! —grité—. ¡Vete!

Algo con la fuerza de un tren de mercancías y la velocidad de un coche de Fórmula 1 me cogió del guardapolvos y tiró de mí tan fuerte que se me dobló el cuello y casi me disloca los brazos.

—¡Dresden! —exclamó la voz de Marcone desde el otro lado del portal, que se cerraba—. ¡Diecinueve!

Yo estaba planeando en el aire. Eché un vistazo a mi alrededor como pude y vi que Lara me había agarrado y saltaba en pos del extremo todavía abierto del portal, a punto de cerrarse.

—¡Dieciocho! —vociferó Marcone.

Lara y yo atravesamos el aire vacío.

El paso se había cerrado.

No habíamos llegado a tiempo.

Capítulo 42

La única luz que había era el tenue fulgor escarlata procedente del portal de Cowl. Todo se había convertido en sangre y sombras. Los ojos de docenas de necrófagos ardían como carbones casi extinguidos, reflejando su espeluznante luminiscencia.

—Lara —susurré—, esta caverna va a explotar en diecisiete segundos y el túnel de salida está lleno de necrófagos.

—Noche oscura —juró Lara. Su voz estaba manchada de dolor y miedo—. ¿Qué puedo hacer?

Buena pregunta. Tendría que... Un momento. Todavía podía haber una manera de sobrevivir a esto. Estaba demasiado cansado para hacer magia, pero...

—Confiar en mí —dije—. Eso es lo que puedes hacer.

Volvió su rostro pálido, precioso y manchado de sangre, hacia mí.

—Hecho.

—Llévame a la boca del túnel.

—Pero si allí hay necrófagos...

—¡Eh! —dije—. ¡Tic, tac, tic, tac!

Antes de que terminara de decir el primer tic, Lara me había agarrado de nuevo y me arrastraba por el suelo hacia la boca del túnel. Detrás de mí, Cowl y Vittorio gritaron algo y los necrófagos comenzaron a aullar y a correr hacia nosotros. Solo uno de los monstruos estaba lo bastante cerca para interponerse en nuestro camino, pero la mortífera espada ondulada de Lara le propinó un corte cruzado en los ojos y dejó al monstruo momentáneamente aturdido por el dolor.

Lara y yo nos precipitamos hacia la boca del túnel. Nada más entrar, comprobé las paredes lisas al tiempo que sacaba mi brazalete escudo. Aquella cosa demoniaca de Cowl dio otra pasada alrededor de nosotros.

—¿Ahora qué? —preguntó Lara. Venían los necrófagos. No eran tan rápidos como Lara, pero no se podía decir que fueran lentos.

Respiré hondo.

—Ahora bésame —dije—. Sé que parece extraño...

Lara soltó un único gemido hambriento y se apretó contra mí mientras sus brazos se deslizaban por mi cintura con un poder sinuoso y serpentino. Su boca se encontró con la mía y... Dios mío de mi vida...

Lara presumió una vez de que podría hacerme en una hora lo que cualquier mujer mortal me haría en una semana. Si eso era cierto, no se consideraría presumir. El primer segundo de aquel beso fue indescriptible. No se trataba solo de la textura de sus labios, era también cómo los movía y la simple y desnuda ansia tras cada temblor de su boca. Yo sabía que era un monstruo y que me esclavizaría y mataría si pudiera, pero me deseaba con una pasión tan pura y concentrada que la sensación era

embriagadora. El beso del súcubo era una mentira, pero durante ese momento me hizo sentir fuerte, masculino y poderoso. Me hizo creer que era un hombre atractivo, viril y merecedor de aquella clase de deseo.

Y me hizo sentir lujuria, una primitiva necesidad de sexo tan cruda y abrasadora que tuve la seguridad de que si no lograba expresarla, aquí y ahora, seguramente me volvería loco. El fuego que me entró por el cuerpo no se limitaba a mi entrepierna. Era demasiado intenso, demasiado caliente para eso, y mi anatomía al completo ardió de necesidad. Cada centímetro de mí ser estaba de repente entregado a Lara, a toda su sensualidad empapada en sangre, a su desenfrenado atractivo, a la casi transparente seda de su vestido, que se adhería a mí y no hacía nada por ocultar su desnudez, al igual que la sangre negra de sus enemigos.

Ahora, me decía mi cuerpo. Tómala. Ahora. Que le den al cronómetro y a las bombas y a los monstruos. Olvídalo todo y siéntela, solo a ella y a nadie más.

Estuvo cerca, pero me resistí lo suficiente para evitar olvidar el peligro. La lujuria casi me mata, pero no por ello deja de ser una emoción.

Acepté esa lujuria, le permití que me envolviera y le devolví el beso con un abandono casi total. Posé mi mano derecha en la cintura del súcubo y fui bajando para tirar de sus caderas con fuerza hacia mí y sentir la increíble vigorosidad, elasticidad y redondez de aquel cuerpo contra el mío.

Extendí el brazalete escudo hacia la caverna con mi mano izquierda, hacia las bombas y los apresurados necrófagos... y lo alimenté con la fuerza de aquella lujuria primitiva. Creé la energía que necesitaba mientras una parte de mí le daba forma y dirección y el resto se concentraba en el placer de aquel beso único que consumía mi mente.

Los relojes se detuvieron.

Los explosivos se activaron.

La inteligencia, la determinación, la traición, las malas artes, la valentía y la habilidad desaparecieron. La física tomó el relevo.

Un calor y una fuerza tremenda surgieron de los explosivos. Barrieron la caverna como una espada de fuego, destrozando todo lo que tuvo la mala fortuna de estar en medio. Durante un instante vi el perfil de los necrófagos que aún cargaban hacia nosotros, ajenos a lo que estaba a punto de suceder. La bola de fuego blanca se expandió por la estancia.

Y entonces la explosión llegó a mi escudo.

No traté de soportar el increíble mazazo de fuerza y energía expansiva. Hubiera destrozado mi escudo, el brazalete en mi muñeca se habría derretido y me hubiera aplastado como a un huevo. El escudo no había sido creado para tal menester.

En su lugar, rellené el espacio en la boca de la cueva con una energía flexible y resistente que amontoné, capa tras capa, detrás del escudo y a nuestro alrededor. No

estaba tratando de detener la energía de la explosión.

Quería atraparla.

Se produjo un instante de demoledora compresión y la presión en mi escudo fue como un peso vasto y líquido. Los pies se me levantaron del suelo. Me agarré con fuerza a Lara, cuyos brazos respondieron de la misma manera. Comencé a caer, cegado por la llama, y luché por mantener el escudo, que ahora se endurecía alrededor de nosotros en la forma de una esfera que constreñía nuestros cuerpos el uno contra el otro. Nos precipitamos por el túnel huyendo de la explosión como un barco huye de un huracán; o más exactamente como una bola disparada del cañón de un fusil largo y pedregoso. El escudo golpeó contra las paredes lisas, requiriendo de mí un mayor esfuerzo. Un único bache hubiera detenido nuestro progreso durante un desastroso momento, destrozando piedra, escudo, súcubo y detective, todo a la vez. Gracias a Dios, la vanidad de la familia de Lara mantuvo las paredes del túnel pulidas y brillantes.

No vi a los demonios que custodiaban la parte alta del túnel hasta que sentí que impactaban contra el escudo, se estrellaban por los lados y eran aplastados como insectos para, acto seguido, acabar consumidos por el diluvio de fuego que nos antecedía en el túnel. No sé lo rápido que íbamos, solo sé que íbamos muy deprisa. La explosión nos empujó al exterior del extenso túnel, al aire de la noche y a las ramas de un par de árboles que se hicieron añicos por la fuerza de nuestra inercia. Luego volamos, dando vueltas mientras las estrellas revoloteaban encima de nosotros y una furiosa lengua de fuego salía de la entrada de La Fosa.

Y durante todo aquel rato estuve enfrascado en el éxtasis del tórrido beso de Lara.

Perdí la noción de lo que estaba sucediendo en la parte más alta del arco que formamos en el aire, justo cuando las piernas de Lara se enrollaron en las mías y se arrancó su blusa y la mía para presionar su pecho desnudo contra el mío. Me estaba empezando a preguntar si se me había olvidado que besar a Lara no era buena idea cuando se oyó el horrible sonido de algo estrellándose contra el suelo.

No nos estábamos moviendo. El escudo no estaba sometido ya a ninguna presión, pero yo estaba tan cansado y mareado que no podía atar cabos. Bajé el escudo con un gruñido de alivio que se perdió en el gemido necesitado del súcubo que tenía en mis brazos.

—De tente —le pedí—. Lara detente.

Presionó con mayor fuerza, me separó los labios con la lengua y tuve miedo de explotar. De repente, se apartó de mí llevándose la mano a la boca, aunque me dio tiempo a ver las llagas de carne quemada alrededor de sus labios.

Caí de espaldas casi a cámara lenta y me quedé allí tendido en mitad de la oscuridad. Se veían pequeños focos de fuego cerca. Nos encontrábamos en un edificio de alguna clase con muchas cosas rotas a nuestro alrededor.

Estaba seguro de que me culparían por aquello.

Lara se apartó de mí y se recompuso.

—Demonios —dijo pasado un momento—. No me puedo creer que sigas protegido. Pero es antiguo mis informadores dicen que la señorita Rodríguez no ha dejado Sudamérica.

—No lo ha hecho —mascullé.

—¿Quieres decir? —Se volvió y me miró con un gesto de sorpresa—. Dresden ¿quieres decir que la última vez que tuviste relaciones con una mujer fue hace cuatro años?

—Deprimente, ¿verdad? —admití.

Lara sacudió la cabeza lentamente.

—Siempre pensé que la señorita Murphy y tú.

Gruñí.

—No. Ella... no quiere ir en serio conmigo.

—Y tú no quieres un rollo con ella —dijo Lara.

Gruñí de nuevo, demasiado cansado para abrir la boca.

—Pues me ha salvado la vida, supongo.

Lara me miró un momento y se ruborizó.

—Sí. Es probable que sea así. Y te debo una disculpa.

—¿Por tratar de comerme?

Le entró un escalofrío y las puntas de sus pezones se marcaron contra la seda blanca. Se arregló la ropa para cubrirse bien. Estaba demasiado cansado para sentir nada aparte de una leve decepción cuando lo hizo.

—Sí —dijo—. Por perder el control de mí misma. Confieso que pensaba que nos encontrábamos en nuestros últimos momentos. Me temo que no me contuve. Te ofrezco mis disculpas por ello.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estábamos en algún lugar de la mansión Raith.

—Siento los daños causados en la casa.

—En estas circunstancias, no te lo voy a tener en cuenta. Me has salvado la vida.

—Podrías haberte salvado sola —dije en voz baja—. Cuando el portal se estaba cerrando, me podías haber dejado morir. No lo hiciste. Gracias.

Me miró sorprendida, como si estuviera hablando en una lengua alienígena.

—Mago —dijo pasado un momento—, te di mi palabra de salvoconducto. Un miembro de mi Corte te traicionó. Nos traicionó a todos. No podía dejarte morir sin renunciar a mi palabra, y yo me tomo muy en serio mis promesas, señor Dresden.

La miré en silencio un momento y asentí.

—Me di cuenta de que no te molestaste demasiado en salvar a Cesarina Malvora.

Sus labios se retorcieron un poco por los extremos.

—Era un momento difícil. Hice todo lo que pude para proteger a los de mi Casa y luego a todos los miembros presentes de la Corte. Es una pena que no pudiera salvar a esa zorra traidora y usurpadora.

—Tampoco pudiste salvar al traidor usurpador de lord Skavis —apunté.

—La vida es cambio —respondió Lara con calma.

—¿Sabes lo que pienso, Lara? —le pregunté.

Entornó los ojos y los clavó en mí.

—Creo que alguien se alió con Skavis para planear esta pequeña caza de mujeres con pequeños poderes mágicos. Creo que alguien lo animó a hacerlo. Que alguien lo consideraba un gran plan para usurpar la base de poder del viejo y malvado lord Raith. Y, además, creo que esa misma persona empujó a lady Malvora a moverse, le dio la oportunidad de robarle el trueno a lord Skavis.

Lara bajó los párpados y sus labios se abrieron en una lenta sonrisa.

—¿Y por qué haría alguien una cosa así?

—Porque sabía que de todas formas Skavis y Malvora harían pronto un movimiento. Creo que la intención era dividir a sus enemigos y concentrar sus esfuerzos en un plan que pudiera predecir, en lugar de esperar a que se pusieran ingeniosos. Pienso que alguien quería enfrentar a Skavis y Malvora con el fin de tenerlos demasiado ocupados para dañar a Raith. —Me incorporé, me puse frente a ella y añadí—: Fuiste tú la que movió los hilos. La idea de matar a esas mujeres fue suya.

—Tal vez no —respondió Lara sin dudar—. Lord Skavis es, era, un conocido misógino. Propuso un plan muy parecido a este hace un siglo. —Se llevó un dedo a los labios, pensativa—. Además, no tienes manera de probar nada.

Me quedé callado mirándola un momento.

—No necesito pruebas para actuar por mi cuenta.

—¿Es eso una amenaza, mago?

Eché un vistazo a la destrozada habitación. Había un agujero casi perfectamente redondo en el techo de la casa, por el que se llegaba a ver incluso la cuarta planta. Seguían cayendo escombros.

—¿Qué amenaza iba a suponer yo para ti, Lara? —dije arrastrando un poco las palabras.

Respiró honda y lentamente.

—¿Qué te hace pensar que no voy a matarte aquí mismo, ahora que estás cansado y debilitado? Sería inteligente y beneficioso —dijo al tiempo que alzaba su espada y deslizaba el dedo lánguidamente por la parte plana de la hoja—. ¿Por qué no acabar contigo aquí y ahora?

Le enseñé los dientes.

—Me diste tu palabra de salvoconducto.

Lara echó la cabeza hacia atrás, riendo con ímpetu.

—Eso hice. —Se giró hacia mí un poco más, apartó la espada y se levantó—. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que esas mujeres vuelvan a la vida —le escupí—. Quiero que deshagas todo el dolor que has causado con esta situación. Quiero que los niños recuperen a sus madres, los padres a sus hijas, los maridos a sus mujeres. Quiero que tú y los de tu casta no le hagáis daño a nadie más.

Ante mis ojos, la mujer se convirtió en una estatua, fría e imperturbable.

—¿Qué quieres de mí que yo pueda darte? —susurró.

—En primer lugar, una compensación. Una indemnización para las familias de las víctimas —comencé—. Te proporcionaré los detalles de cada una.

—Hecho.

—Segundo. Esto no vuelve a ocurrir. Si uno de los tuyos reanuda el genocidio responderé de la misma manera. Empezando por ti. Tengo tu palabra.

Sus ojos se entornaron más si cabe.

—Hecho —murmuró.

—Los pequeños —dije—. No deberían estar en jaulas. Libéralos en mi nombre, sin hacerles daño.

Consideró aquello un momento y luego asintió.

—¿Algo más?

—Un poco de enjuague bucal —dije—. Tengo un sabor extraño en la boca.

El último comentario la enrabetó más que todo lo que había ocurrido aquella noche. Sus ojos plateados se encendieron y pude sentir la furia que la envolvía.

—Nuestras negociaciones han concluido —dijo en un susurro—. Sal de mi casa.

Me levanté con esfuerzo. Una de las paredes se había caído y caminé torpemente entre los restos. Me dolía el cuello. Supongo que moverse a velocidades inhumanas puede provocar algún que otro esguince.

Al llegar al agujero de la pared me detuve.

—Me alegro de preservar el esfuerzo de paz —dije forzadamente—. Creo que va a salvar vidas, Lara. Las vidas de tu gente y de la mía. Tengo que mantener la paz para conseguirlo. —La miré—. En cualquier caso, y te lo dejo claro ahora mismo, no creas que somos amigos.

Me miró de frente, con el rostro escondido entre las sombras, apenas iluminado por la luz de los focos de fuego que se propagaban detrás de ella.

—Me alegro de que hayas sobrevivido, mago. Tú que destruiste a mi padre y aseguraste mi poder, que has exterminado a mis enemigos. Eres la mejor arma que he tenido jamás. —Ladeó la cabeza—. Y me encanta la paz, mago. Me encanta hablar, reír, relajarme. —Su voz se volvió ronca de repente—. Mataré a tu gente a base de paz, mago. La estrangularé con ella. Y me lo agradecerán mientras lo hago.

Una pequeña y fría lanza se clavó en mis entrañas, pero no permití que se notara ni en mi rostro ni en mi voz.

—No mientras yo esté cerca —dije.

Entonces, me giré y caminé lejos de la casa. Miré confuso a mi alrededor, traté de orientarme un poco y comencé a cojear hacia la puerta principal. De camino hacia allí, saqué el silbato de Ratón del bolsillo y lo soplé.

Recuerdo que mi perro llegó a mi lado y me agarré a su collar durante los últimos cincuenta metros carretera abajo hasta que Molly se acercó en el Escarabajo azul y me metió en el coche.

Entonces me derrumbé en el sueño.

Me lo había ganado.

Capítulo 43

No me desperté hasta que llegamos a casa, y solo lo justo para entrar como pude y tirarme en la cama. Estuve fuera de combate durante seis horas, al cabo de las cuales me desperté con la espalda sumida en un fuerte calambre muscular. Hice unos cuantos ruidos patéticos e involuntarios y Ratón, tumbado junto a mi cama, se levantó y salió corriendo de la habitación.

Molly apareció desde la sala de estar un momento después.

—¿Harry? ¿Qué pasa?

—Espalda —dije—. Mi espalda. La maldita fulana de la vampiresa. Me ha dejado sin cuello.

Molly asintió y desapareció. Cuando regresó portaba un pequeño bolso negro.

—Anoche te movías de manera extraña, así que después de dejarte aquí le cogí prestada a madre su bolso de las medicinas. —Sacó un frasco—. Relajante muscular. —Me enseñó un tarrito—. Bálsamo de tigre. —Levantó un frasco de plástico con unos polvos—. Y una mezcla de hierbas de té que Shiro encontró en el Tíbet. Es muy bueno para el dolor de las articulaciones. A mi padre le encanta.

—Padawan —le dije—, te voy a doblar el sueldo.

—No me pagas, Harry.

—Entonces te lo triplico.

Me brindó una amplia sonrisa.

—Y estaré encantada de prepararlo todo en cuanto prometas contarme todo lo que ha pasado. Lo que puedas, me refiero. Ah, y la sargento Murphy ha llamado. Quería que la avisara cuando te despertaras.

—Llámala —le pedí—. Y claro que te voy a contar lo que ha pasado. ¿Me puedes traer agua?

Fue a por un vaso, pero necesité ayuda para incorporarme lo suficiente y poder beber. Fue bastante embarazoso. Y lo fue más aún cuando me quitó la camisa con una desgana clínica e hizo una mueca al ver los moratones. Me dio los relajantes musculares y me aplicó el bálsamo de tigre. Dolía como un demonio. Diez minutos. Luego la cosa comenzó a funcionar y la ausencia de dolor se convirtió en una droga en sí misma.

A los veinte minutos de haber tomado una taza de aquel té que sabía horrible pude mover el cuello, levantarme y caminar hasta el cuarto de baño para ducharme y ponerme ropa limpia. Fue algo celestial. Nada como una experiencia cercana a una muerte de pesadilla para apreciar pequeños detalles de la vida como la limpieza. Y no estar muerto.

Le dediqué un minuto de atención a Míster, aunque al parecer había dormido con Molly, ya que aceptó treinta segundos de mis caricias y me descartó en cuanto estuvo

seguro de que estaba de una pieza. Normalmente necesita algo de tiempo despatarrado en el regazo de alguien para ser él mismo. En su lugar acaricié a Ratón, que disfrutó de ello como era su deber y luego fue a comer algo y a sentarse en la silla frente al sofá donde se encontraba Molly.

—La sargento Murphy está de camino —me informó Molly.

—Bien —respondí.

—Bueno, cuéntame.

—Tú primero.

Me miró algo exasperada y comenzó a hablar.

—Me quedé sentada en el coche, invisible, durante una hora más o menos. Ratón me hizo compañía. No pasó mucho más. Las campanas comenzaron a sonar, los hombres a gritar y disparar y se fue la luz. Unos minutos después hubo una gran explosión, hasta el retrovisor se movió de su sitio. Entonces Ratón se puso a hacer ruido como dijiste que haría y conduje hasta la puerta principal, donde él se bajó y regresó después contigo.

La miré un momento, sorprendido.

—Eso suena muy aburrido.

—Pero daba miedo —dijo Molly—. Estaba muy tensa. —Respiró hondo y confesó—: Tuve que vomitar dos veces, sola allí sentada. Estaba muy nerviosa. No sé si... si voy a estar hecha para este tipo de cosas, Harry.

—Gracias a Dios —dije—. Estás cuerda. —Le di unos bocados a la comida y añadí—: Necesito que me digas cuánto quieres saber.

Molly parpadeó y se incorporó un poco hacia mí.

—¿Qué?

—Puedo contarte muchas cosas —dije—. Una parte son solo negocios. Otra es peligrosa para ti saberla. Podría incluso crearte unas obligaciones que no te gustarían demasiado.

—¿Entonces no me vas a contar esa parte?

—No he dicho eso —la contradije—. Estoy dispuesto a hacerlo, pero estarías más segura y serías más feliz si no supieras ciertas cosas. No quiero ponerte en peligro o crearte la sensación de que tienes que actuar sin darte primero la oportunidad de decidir.

Molly me observó mientras yo masticaba mis cereales. Entonces frunció el ceño y se miró las manos durante un rato.

—Entonces, por ahora, dime lo que crees que necesito saber.

—Buena respuesta —repliqué con calma.

Le hablé de la Corte Blanca, del desafío y el duelo, de la traición de Vittorio y de que, a pesar de la aparición de los necrófagos, yo tenía mis propios refuerzos en el Más Allá.

—¿Qué?! —dijo Molly—. ¿Cómo hiciste eso?

—Thomas es un vampiro —expliqué—. Cuentan con la habilidad de cruzar al Más Allá por ciertos lugares.

—¿Qué clase de lugares? —preguntó Molly.

—Lugares que son, eh... relevantes para ellos de alguna manera.

—¿Te refieres a lugares de lujuria?

Tosí y seguí comiendo cereales.

—Sí. Y lugares donde les han ocurrido cosas significativas. En el caso de Thomas, casi fue sacrificado por la secta de una sacerdotisa estrella del porno en aquellas cuevas hace unos años y...

—Lo siento —me interrumpió Molly—, pero me ha parecido oír que has dicho algo sobre la secta de una sacerdotisa estrella del porno.

—Sí —le confirmé.

—Oh —dijo, mirándome escéptica—. Lo siento entonces. Sigue.

—Bueno. Casi murió allí, entonces supe que podría volver a encontrar aquel lugar. Condujo allí a Marcone y a Murphy y esperaron a que yo abriera el portal.

—Ya veo —dijo Molly—. Y todos os echasteis encima de ese Vittorio y lo matasteis.

—No exactamente —dije, y le conté lo sucedido, sin mencionar nada de Lasciel o Cowl.

Molly parpadeó cuando terminé.

—Bueno. Eso lo explica entonces.

—¿Explica el qué?

—Durante toda la noche estuvieron pasando junto a las ventanas toda clase de pequeñas luces. No molestaban a Ratón. Pensé que tal vez se tratara de algo que habían enviado y supuse que los hechizos de protección lo mantendrían alejado. —Sacudí la cabeza—. Debían de ser todas esas pequeñas hadas.

—Andan todo el tiempo por ahí —dije—. Hacen falta muchas para que su presencia sea obvia. —Mastiqué Cheerios, pensativo—. Más bocas que alimentar. Supongo que será mejor llamar a Pizza Express y pedir lo de siempre o tendremos una especie de batalla de clanes de hadas pugnando por los derechos de la pizza en nuestras manos.

Cuando terminé el desayuno me di cuenta de que la espalda se me ponía de nuevo tensa. Me estaba estirando un poco cuando llegó Murphy. Todavía iba vestida con la ropa de fiesta de la noche anterior, llevaba además una mochila.

Tras arrodillarse para darle a Ratón un abrazo me sorprendió al darme otro a mí. También me sorprendió a mí mismo lo fuerte que se lo devolví.

A veces Molly mostraba una sabiduría impropia de su edad. Eso hizo cuando cogió las llaves de mi coche, me las enseñó y se fue sin decir palabra cerrando la

puerta con fuerza tras de sí.

—Me alegro de que estés bien —le dije a Murphy.

—Sí —dijo. Su voz tembló un poco al pronunciar aquella única palabra. Respiró hondo y continuó hablando con mayor claridad—. Fue bastante terrible. Incluso comparado con lo que estás acostumbrado a pasar. ¿Qué tal?

—Nada de lo que no vaya a recuperarme —le dije—. ¿Has desayunado?

—No creo que mi estómago lo soporte después todo esto —aseguró.

—Tengo Cheerios —dije con el mismo tono que utilizaría para decir «chocolate negro con caramelo, almendras y crema».

—Oh, Dios —suspiró Murphy—. No sé si podré resistirme.

Nos sentamos en el sofá. Murphy dejó su pesada bolsa en la mesa de café y cogió Cheerios de un cuenco sin leche con los dedos.

—De acuerdo —le dije—. Lo primero es lo primero. ¿Dónde está mi pistola?

Murphy gruñó y señaló la bolsa con la cabeza. La cogí y la abrí. Mi 44 estaba dentro, al igual que la semiautomática de Murphy. La cogí para examinarla. Me la llevé al hombro para probarla.

—¿Qué demonios de arma es esta?

—Es una P90 —dijo Murphy.

—¿Plástico transparente? —pregunté.

—Ese es el cargador —me ilustró—. Así siempre puedes ver cuántas balas te quedan.

Gruñí.

—Es pequeña.

—¿Para un cigüeño hipertiroideo como tú? Claro.

Fruncí el ceño.

—Es completamente automática. Uf. ¿Hay algo que sea legal en esta arma? ¿Incluso para tus estándares?

Gruñó.

—No.

—¿Dónde la conseguiste? —pregunté.

—Kincaid —dijo—. Me la regaló el año pasado metida en una caja de bombones belgas.

Bajé el arma de mis hombros, le di la vuelta y miré la pequeña placa grabada en la culata.

—Siempre nos quedará Hawái —leí en alto—. ¿Qué demonios se supone que significa eso?

Las mejillas de Murphy se encendieron. Me quitó el arma, la metió en la bolsa y cerró la cremallera.

—¿Sabemos ya quién explotó mi coche?

—Es probable que fuera Madrigal —dije—. Le diste plantón para ese café, ¿recuerdas?

—Porque estaba ocupado secuestrándote y tratando de venderte en eBay —me recordó Murphy.

Me encogí de hombros.

—La venganza no equivale a la razón.

Murphy arrugó la frente poniendo aquella policiaca mirada sospechosa suya que estaba tan acostumbrado a ver.

—Tal vez. Pero no parece tener sentido. Le gustaba vengarse en persona.

—¿Entonces quién? —pregunté—. Vittorio no tenía ningún interés en llamar la atención de la policía. El agente de lord Skavis tampoco. Lara Raith y Marccone no utilizan bombas.

—Exacto —dijo Murphy—. Si no fue Madrigal, ¿quién?

—La vida es un misterio —reflexioné—. Es probable que fuera Madrigal. Tal vez uno de los otros tenía algún motivo que desconocemos para hacerlo. Tal vez nunca lo sepamos.

—Sí —dijo—. Odio eso. —Sacudió la cabeza—. Harry, un humano decente hubiera preguntado ya por sus amigos y compañeros heridos.

—He supuesto que si hubiera malas noticias, ya me las habrías dado —dije.

Me miró muy fijamente.

—Eso es tan típico de los hombres... —se quejó.

Sonreí.

—¿Cómo están todos?

—Ramírez está en el hospital. En la misma planta que Elaine, de hecho. Los estamos vigilando a los dos, de manera extraoficial, claro está.

Se refería a los policías. Murphy era buena gente.

—¿Cómo está Carlos?

—Cuando me fui tenía una operación pendiente, pero el médico asegura que su pronóstico es excelente mientras puedan evitar la infección. El cuchillo le abrió las tripas. Eso puede ser complicado.

Gruñí y aumentaron mis sospechas sobre dónde había ido Molly en mi coche.

—Saldrá adelante. ¿Y qué tal el pobre tipo del que abusaste?

—El señor Hendricks está allí con dos de los mercenarios. Marccone tiene a alguna de su gente vigilándolos también.

—Policías y ladrones —dije—. Una gran familia feliz.

—Me pregunto por qué se prestó Marccone a ayudar —comentó Murphy.

Me eché hacia atrás en el sofá y me froté la nuca. Extendí la mano y cerré los ojos.

—Lo soborné.

—¿Con qué? —preguntó Murphy.

—Un asiento a la mesa.

—¿Eh?

—Le ofrecí a Marccone la oportunidad de firmar los Acuerdos Unseelie como señor vitalicio.

Murphy permaneció callada unos instantes.

—Quiere continuar expandiendo su poder —apuntó. Pensó en ello otro minuto más—. O piensa que su poder puede verse amenazado por alguien del otro lado.

—Como los vampiros —expliqué—. La Corte Roja tenía el control de facto sobre la prostitución en Chicago hasta que el local de Bianca se quemó. Además, un agente de la Corte Blanca mató a una de sus prostitutas.

—¿Estamos seguros de que fue Madrigal?

—Yo lo estoy —afirmé—. No hay manera de probarlo, pero él era el único Raith involucrado en este asunto.

—Fue un accidente, más o menos —dijo Murphy—. Me refiero a que eliminara a una de las chicas de Marccone.

—En cualquier caso, está muerta —respondí—. Y Marccone no se queda quieto si alguien, quien sea, mata a uno de los suyos.

—¿De qué le sirve convertirse en...? ¿Qué era?

—Señor vitalicio —dije—. Significa que se adhiere a los derechos propios de los Acuerdos, por ejemplo, el derecho al desafío cuando alguien mate a sus empleados. Si algún poder sobrenatural trata de hacerle algo, tendrá la oportunidad de luchar y acabar ganando.

—¿Hay muchos de esos señores?

—No —dije—. Haré que Bob lo investigue. Tal vez veinte en todo el planeta. Dos dragones, Drakul (el original, no el pequeño Vlad), el Archivo, el presidente de Monoc Securities, una especie de gurú metamorfo semiinmortal de Ucrania... gente así. Los Acuerdos les permiten firmar como individuos y tienen los mismos derechos y obligaciones. La mayoría de la gente que considera la idea no está dispuesta a ser un buen anfitrión para un grupo de vampiros de la Corte Negra, y no quieren verse atrapados en una disputa entre los grandes poderes. No quieren ser objetivo de posibles desafíos, así que no muchos lo intentan. —Me froté la barbilla—. Nadie que sea solo humano lo ha intentado. Marccone es un pionero.

Murphy sacudió la cabeza.

—¿Y cómo lo convenciste para meterse en esto?

—Se necesita el voto de tres miembros actuales de los Acuerdos para poder firmar —expliqué—. Le prometí el mío.

—¿Puedes hablar por el Consejo respecto a ese tema?

—Cuando se trata de defender y proteger mi zona de responsabilidad como

centinela, claro que puedo. Si al Consejo no le gusta, que no me hubieran obligado a aceptar el trabajo.

Murphy masticó los Cheerios, arrugó la nariz pensativa y me miró juiciosa.

—Estás usando a Marccone.

Asentí.

—Es solo cuestión de tiempo que alguien como Lara Raith trate de aumentar su poder en Chicago. Tarde o temprano me superarán en número y ambos sabemos que Investigaciones Especiales tendrá siempre las manos atadas con cinta roja y politiqueos. Si Marccone firma los Acuerdos, tendrá una fuerte motivación para oponerse a cualquier incursión así como los medios para hacerlo.

—Pero va a utilizar sus nuevos medios para asegurar su posición en el mundo real incluso con mayor firmeza —dijo Murphy—. Encontrará nuevos aliados, adquirirá nuevos recursos.

—Sí. Él también me está utilizando a mí. —Sacudí la cabeza—. No es una solución perfecta.

—No —reconoció Murphy—, no lo es.

—Pero es lo malo conocido.

Ninguno de los dos dijimos nada durante un rato.

—Sí —admitió Murphy—. Lo es.

Murphy me dejó en el hospital y fui directo a la habitación de Elaine.

La encontré dentro, vistiéndose. Se cubrió las piernas con unos vaqueros; eran tan esbeltas y fuertes como recordaba. Cuando abrí la puerta se giró, con la varita de espino en la mano.

—Tranqui, pistolera. No busco problemas —le dije con las manos en alto.

Elaine me miró burlona y guardó la vara en el pequeño estuche de cuero del cinturón de los vaqueros. No tenía buen aspecto, pero parecía bastante mejor que la última vez que la vi. Estaba un poco pálida y tenía los ojos hundidos y amoratados, pero conservaba sus fuerzas.

—No deberías sorprender a la gente de esa manera —me advirtió.

—Llamando a la puerta corría el riesgo de despertarte.

—Si hubieras llamado, te habrías perdido la ocasión sin igual de ver cómo me vestía —respondió.

—*Touché*. —Vi que había hecho una maleta. Mi estómago dio un pequeño vuelco, decepcionado—. ¿No deberías estar en la cama?

Sacudió la cabeza.

—¿Has intentado alguna vez tragarte la programación de la tele durante un día? Me alegré de que el aparato acabara reventando. Me volvería loca si permaneciera más tiempo ahí tumbada.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor —dijo Elaine—. Fuerte. Es otra razón para irme. No quiero tener una pesadilla y que mis poderes se carguen el respirador de un pobre abuelo.

Asentí.

—Entonces, ¿de vuelta a California?

—Sí, ya he hecho bastante daño en un solo viaje.

Me crucé de brazos y me apoyé en la puerta, observándola cepillarse el pelo y hacerse una coleta.

—¿Los cogiste? —me preguntó sin mirarme.

—Sí —dije.

Cerró los ojos, le dio un escalofrío y soltó el aire.

—De acuerdo. —Sacudió la cabeza—. No debería sentirme mejor por eso. A Anna no le va a servir de nada.

—Ayudará a otra mucha gente a largo plazo —dije.

De repente, lanzó el cepillo contra el pie de la cama.

—No vine aquí para ayudar a mucha gente sino a ella, maldita sea. —Miró el mango roto del cepillo y pareció desinflarse un poco. Lo arrojó hacia un rincón.

Me acerqué a ella y le puse una mano en el hombro.

—Acaba de llegarme una noticia a redacción. Elaine no es perfecta. Será portada en las noticias de las once.

Apoyó la mejilla en mi mano.

—Deberías saber que he conseguido una serie de compensaciones por parte de la Corte Blanca. Una indemnización para los familiares.

Parpadeó.

—¿Cómo?

—Mi encanto juvenil. ¿Me puedes conseguir la información de contacto de las familias de las víctimas? Haré que alguien les entregue el dinero.

—Sí —dijo—. Algunas no tenían a nadie, por ejemplo, Anna.

Gruñí y asentí.

—Creo que deberíamos usar ese dinero para construir algo.

Elaine me miró ceñuda.

—¿Qué?

Asentí.

—Para expandir la Ordo y construir una red de contactos. Crearemos un teléfono para las practicantes de clase media. Contactaremos con grupos similares en ciudades de todo el país. Correremos la voz de que si cualquier mujer se encuentra en algún tipo de aprieto sobrenatural, pueden contárselo a alguien a través de esa red. Tal vez si algo así vuelve a empezar podamos enterarnos pronto y pisar el fuego antes de que se propague. Impartiremos clases de defensa personal. Ayudaremos a la gente a coordinarse, cooperar, apoyarse los unos a los otros. Actuaremos.

Elaine se mordió el labio y me miró indecisa.

—¿Nosotros?

—Dices que quieres ayudar a la gente. Esto podría servir. ¿Qué me dices?

Se levantó, se puso de puntillas y me besó en los labios con suavidad. Después me miró fijamente, con los ojos brillantes y muy abiertos.

—Creo que a Anna le hubiera gustado mucho esa idea —me dijo en voz baja.

Ramírez se despertó tarde aquella noche, envuelto en vendajes y con la pierna herida en alto, y yo estaba a su lado cuando ocurrió. Lo habitual hubiese sido que el que se despertara desorientado, confuso y dolorido fuese yo.

Le di unos minutos para que se recompusiera antes de echarme hacia delante en la silla y revelar mi presencia.

—¿Qué tal, tío? —lo saludé.

—Harry —dijo áspero—. Sed.

Antes de que acabara de decirlo, cogí la pequeña botella de agua helada que habían dejado cerca de la cama y le puse la pajita entre los labios.

—¿Puedes sostenerla solo o lo hago yo?

Me miró con un poco de odio, levantó una mano y sostuvo la botella débilmente. Bebió un poco y apoyó luego la cabeza en la almohada.

—De acuerdo, ¿es grave?

—Bueno —dije—. Vivirás.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital —le informé—. Estable. He llamado a Escucha el Viento y va a venir a recogerte por la mañana.

—¿Ganamos?

—Los malos hicieron bum —dije—. El rey Blanco sigue en el trono. El proceso de paz va a seguir adelante.

—Cuéntame.

Le relaté los últimos minutos de la batalla, salvo el papel de Lash.

—Harry Dresden —murmuró Ramírez—. La bola de cañón humana.

—Bang, bum, directo a la luna.

Sonrió un poco.

—¿Te cargaste a Cowl?

—Lo dudo —dije—. Estaba justo al lado del portal. Apuesto diez a uno a que cuando me vio escapar por la salida volvió dentro y lo cerró. De hecho, estoy bastante seguro de que lo hizo. Si hubiera habido un portal abierto allí dentro, la explosión se hubiera extendido al otro lado. No creo que nos hubiera lanzado tan fuerte.

—¿Y qué pasó con Vitto?

Sacudí la cabeza.

—Vitto estaba bastante ido antes de que las bombas explotaran. Estoy casi seguro

de que nos lo cargamos, y a los necrófagos también.

—Fue una buena idea tener a ese ejército esperando, ¿eh? —dijo Ramírez con un leve soniquete en la voz.

—Eh —dije—, es tarde. Debería dejarte descansar.

—No —bramó Ramírez, ganando fuerza en la voz—. Tenemos que hablar.

Me senté un rato para recomponerme.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo unido que estás a los vampiros —explicó—. Sobre tus tratos con asquerosos gánsteres. Reconocí a Marcone. He visto su foto en los periódicos. —Sacudió la cabeza—. Dios mío, Harry. Se supone que estamos en el mismo bando. Se llama confianza, tío.

Quería escupir algo hostil, venenoso y bien merecido. Me controlé.

—Vaya. Un centinela que no confía en mí. Vaya cambio.

Ramírez pestañeó sorprendido.

—¿Qué?

—No te preocupes, estoy acostumbrado —me quejé—. Morgan ha estado metiendo las narices en cada rincón de mi existencia durante toda mi vida adulta.

Ramírez me miró un momento antes de soltar un débil gruñido.

—Saluden todos a la reina del drama, Harry Dresden... —Sacudió la cabeza—. Estoy hablando de que tú no confías en mí, tío.

Mi respuesta, llena de creciente rabia, murió antes de llegar a mi garganta.

—¿Qué?

Ramírez sacudió de nuevo la cabeza, cansado.

—Permíteme hacer algunas suposiciones. Una, no confías en el Consejo. Nunca lo has hecho, pero en los últimos tiempos ha sido peor. En especial, desde lo de Nuevo México. Crees que quienquiera que le está pasando información a los vampiros es un pez bastante gordo, y cuanto menos sepan en el Consejo de lo que haces, mejor.

Lo miré fijamente sin decir nada.

—Dos. Hay un nuevo jugador en este juego. Cowl está en el nuevo equipo. No sabemos quiénes son, pero parece que se les pone dura con la idea de joder a todo el mundo por igual, ya sean vampiros, mortales, magos o lo que sea. —Suspiró—. No eres el único que se ha dado cuenta de estas cosas, Harry.

Gruñí.

—¿Cómo los llamas?

—Los capuchas negras, en honor a nuestro amigo con ínfulas de nazgul, ese tal Cowl. ¿Y tú?

—El Consejo Negro —dije.

—Oooh —murmuró Ramírez—. El tuyo es mejor.

—Gracias —dije.

—¿Y el gánster? —preguntó Ramírez.

—Es una serpiente —reconocí—. Pero su palabra es buena. Madrigal y Vitto mataron a uno de los suyos. Sé que no trabaja para la organización de Cowl.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque Marccone trabaja para Marccone.

Ramírez abrió las manos débilmente.

—¿Tan difícil era hablar conmigo, Dresden?

Me eché hacia atrás en la silla. Mis hombros se relajaron de repente y me temblaron un poco. Cogí aire y lo solté unas cuantas veces.

—No —dije entonces.

Ramírez gruñó amable.

—Idiota.

—¿Crees que debería hablar con el merlín?

Ramírez abrió un ojo.

—¿Estás de broma? Te odia a muerte. Hará que te declaren traidor, te encierren y te ejecuten antes de que acabes la primera frase. —Cerró de nuevo el ojo—. Pero estoy contigo, tío. Hasta el final.

Cuando pasas por algo como lo que le había sucedido a Ramírez no tienes mucho aguante; se quedó dormido sin darse cuenta siquiera.

Me quedé allí sentado el resto de la noche hasta que Escucha el Viento, miembro del Consejo de Veteranos, llegó con su equipo de médicos antes del amanecer.

No se deja solo a un amigo herido.

Al día siguiente, llamé a la puerta de «Gimnasio para ejecutivos» y entré sin esperar respuesta.

—Esta noche te visitarán tres espíritus —anuncié—. Los fantasmas de la acusación pasada, presente y futura. Te enseñarán el verdadero significado de «todavía eres un criminal de mierda».

Marccone estaba sentado tras el escritorio con Helen Beckitt. Bueno, Helen Demeter, más bien. Llevaba su sugerente traje profesional y estaba sentada en el regazo de Marccone. El pelo y el vestido parecían algo alborotados. Marccone tenía el tercer botón de la camisa desabrochado.

Maldije mi sentido de la oportunidad. Si hubiera llegado diez minutos después, hubiera abierto la puerta en plena acción y hubiera sido infinitamente más extraño.

—Dresden —dijo Marccone en un tono amable. Helen no se movió de su posición ni hizo ademán de ello—. Es agradable verlo con vida. Y veo que su sentido del humor no ha cambiado, lo cual no me sorprende, ya que debió de morir en la adolescencia; supongo que hizo un pacto suicida con sus modales.

—Su buena opinión significa un mundo para mí —dije—. Veo que salió del Más

Allá.

—Fue fácil —dijo Marccone—. Tuve que disparar a algunos de los vampiros una vez nos alejamos de la lucha. No me gustó la manera en la que estaban tratando de coaccionar a mis empleados.

—Demonios —suspiré—. ¿Mató a alguno?

—No fue necesario. Les disparé lo justo para dejar claras mis intenciones. Tras eso, nos entendimos perfectamente los unos con los otros, igual que usted y yo.

—Tengo entendido que ajustó las cuentas con los asesinos de Anna, señor Dresden —dijo Helen—. Contando con ayuda, por supuesto.

Marccone me sonrió con aquella ilegible sonrisa suya.

—La gente que lo hizo ya no la molestará más —le prometí—. Y la mayoría de los instigadores han tenido un temprano retiro. —Miré a Marccone—. Con ayuda.

—Pero no todos, ¿verdad? —preguntó Helen.

—Todos los que han podido responder por sus actos lo han hecho —aseguró Marccone—. Es poco probable que consigamos a más.

Algo me impulsó a intervenir.

—Y estoy tomando medidas para prevenir o mitigar esta clase de circunstancias en el futuro. Aquí y en cualquier parte.

Helen ladeó la cabeza, pareciendo comprender el sentido de mis palabras. Entonces asintió.

—Gracias —dijo en voz muy baja.

—Helen —dijo Marccone—, ¿tendrías la bondad de excusarnos unos momentos?

—No será mucho tiempo —añadí—. No me gusta estar aquí.

Helen sonrió ligeramente y se levantó del regazo de Marccone.

—Si le hace sentir mejor, señor Dresden, debería saber que a él tampoco le gusta tenerlo aquí.

—Debería ver lo que suben las primas de mi seguro tras una visita suya, Dresden. —Sacudió la cabeza—. Y me llaman a mí extorsionador. Helen, ¿puedes decirle a Bonnie que me traiga ese archivo?

—Claro.

Helen se marchó. Bonnie, la saludable morena con el ajustado vestuario de gimnasia, apareció con una carpeta manila, me dedicó una sonrisa Colgate y volvió a marcharse. Marccone abrió la carpeta, sacó un puñado de papeles y comenzó a hojearlos. Llegó a la última página, le dio la vuelta, la deslizó hacia mí sobre la mesa y sacó una pluma de su bolsillo.

—Este es el contrato que me mandó por fax. Firme ahí, por favor.

Me acerqué al escritorio, cogí todas las hojas y las leí desde la primera a la última. No se firma nunca un contrato sin leerlo antes, seas o no seas mago. Si lo eres, es incluso más importante todavía. La gente hace bromas sobre vender su propia

alma o al hijo primogénito. En mi mundo, eso es posible.

Marcone pareció aceptarlo. Entrelazó las manos en la mesa y esperó a que terminara de leer con la paciencia de un gato bien alimentado.

El contrato era el clásico para aprobar un nuevo firmante en los Acuerdos y, aunque había hecho que lo volvieran a escribir a máquina, Marcone no había cambiado ni una coma. Probablemente. Seguí leyendo.

—Fue usted quien sugirió el apellido Demeter a Helen, ¿verdad? —le pregunté sin dejar de leer.

La expresión de Marcone nunca cambiaba.

—Sí.

—¿Cómo está Perséfone?

Me miró.

—Perséfone —continué—. La hija de Demeter. Se la llevó el señor del inframundo.

Los ojos de Marcone se volvieron fríos.

—La retuvo allí en Hades, pero Demeter congeló el mundo entero hasta que los otros dioses le convencieron de que devolviera a Perséfone a su madre. —Pasé de página—. La niña que está en coma en un hospital de alguna parte y a la que visita todas las semanas es la hija de Helen, ¿verdad? La pobre chica que se cruzó en uno de sus tiroteos.

Marcone no se movió.

—El artículo del periódico aseguraba que murió —añadí.

Leí varias páginas antes de que Marcone respondiera.

—Tono Vargassi, el que supongo que era mi predecesor, tenía un hijo. Marco. Marco decidió que me había convertido en una amenaza para su estatus en la organización. Fue él quien disparó.

—Pero la niña no murió —afirmé.

Marcone sacudió la cabeza.

—Aquello colocó a Vargassi en una situación difícil. Si la niña se recuperaba, podría identificar a su hijo como el autor de los disparos y ningún jurado dudaría a la hora de enviar a un matón que había disparado a una bonita niña pequeña a la cárcel. Pero si la niña moría y acusaban a Marco, tendría que afrontar un cargo de asesinato.

—Y los que matan a niñas pequeñas en Illinois se llevan la inyección —dije.

—Exacto. Había mucha corrupción en aquella época...

Gruñí.

La pequeña sonrisa de Marcone regresó un momento.

—Perdón. Digamos que Vargassi usó con mano firme su influencia en los asuntos oficiales. Hizo que la chica fuera declarada muerta. Convenció al forense para que firmara unos papeles falsos y escondió a la niña en otro hospital.

Gruñí.

—Si Marco era identificado como el autor y llevado a juicio, Vargassi se sacaría de la manga a la niña. Mirad, no está muerta. Juicio nulo.

—Era una posibilidad —respondió Marcone—. Y si las cosas se tranquilizaban, simplemente borrarían los archivos pasado un tiempo.

—Y a ella —dije.

—Sí.

—¿Qué fue del viejo Tony Vargassi? —pregunté.

Vi un destello en los dientes de Marcone.

—Su paradero es desconocido. Igual que el de Marco.

—¿Cuándo se enteró usted del asunto de la niña?

—Dos años después —explicó—. Se montó todo a través de una empresa ficticia. Podría seguir... —Apartó los ojos de mí—. Así indefinidamente. Nadie sabría quién era, ni cuál era su nombre.

—¿Lo sabe Helen? —le pregunté.

Sacudió la cabeza y permaneció callado otro momento.

—No puedo traer a Perséfone de vuelta de Hades. Helen quedó devastada por la muerte de la niña y su mundo sigue congelado. Si supiera que su hija fue... atrapada... que está allí tendida viviendo a medias... —Sacudió la cabeza—. Destrozaría su mundo, Dresden. No puedo permitirlo.

—He notado —dije con calma— que la mayoría de las señoritas que trabajan aquí tienen la edad de su hija.

—Sí.

—No es que sea una manera muy saludable de recuperarse.

—No —reconoció Marcone—, pero es lo que le queda.

Pensé en ello mientras seguía leyendo. Tal vez Helen merecía saber lo de su hija. Demonios, era probable que así fuera. Marcone era muchas cosas, pero no era tonto. Si pensaba que conocer el destino de su hija destrozaría a Helen, probablemente tenía razón. Estaba claro que ella debía saberlo, pero ¿tenía yo derecho a tomar esa decisión?

Seguro que no, ni aunque Marcone me perdonara la vida si lo hacía. Demonios, es probable que tuviera menos derecho a decidir sobre aquello que el propio Marcone. Él había invertido mucho más en la niña y su destino que yo.

Porque ese fue el secreto que vi en la visión del alma que le hice al caballero Johnnie Marcone hace años. El secreto que le daba la fuerza y la voluntad para gobernar las duras calles; se sentía responsable por la niña pequeña que paró una bala destinada a él.

Se había apoderado del mundo del crimen de Chicago con una eficacia inigualable, limitando siempre la violencia. Un par de personas sin relación con el

hampa resultaron heridas en una pelea entre bandas. No se volvió a saber nada de los responsables. Siempre pensé que aquello se debió a que Marcone era un manipulador nato que pretendía mostrarse como una alternativa preferible a otros criminales sin escrúpulos que ocuparían su lugar si la poli lo detenía a él.

Nunca hubiera imaginado que le importara una mierda que gente inocente resultara herida.

Vale, pero aquello no cambiaba nada. Lideraba un negocio que mataba a más gente que cualquier daño colateral. Seguía siendo un criminal. Uno de los malos.

Pero...

Era lo malo conocido. Y es probable que pudiera ser peor.

Llegué a la última página y encontré espacio para tres firmas. Dos ya estaban.

—¿Donar Vadderung? —le pregunté a Marcone.

—El presidente de Monoc Securities —respondió—. Oslo.

—Y Lara Raith —murmuré.

—Firmando en nombre de su padre, el rey Blanco, quien, obviamente, está al cargo de la Corte Blanca. —Había un rastro de ironía en la voz de Marcone. No se tragó el espectáculo de marionetas.

Miré el espacio en blanco.

Lo firmé y me fui sin decir palabra.

No es un mundo perfecto. Lo hago lo mejor que puedo.

—Uh —exclamó la calavera de Bob mirando mi mano izquierda—. Parece que...

Estaba sentado en mi laboratorio con la mano extendida sobre la mesa para que la calavera examinara la palma.

Tuve una marca en ella durante años, una impecable porción de piel con la forma perfecta del sigilo angelical que era el nombre de Lasciel, intacta entre las cicatrices de las quemaduras.

La marca ya no estaba.

En su lugar había un parche irregular de piel sin quemar.

—Parece que ya no hay marca —dijo Bob.

Suspiré.

—Gracias, Bob —dije—. Siempre es bueno tener una opinión profesional.

—Bueno, ¿qué esperabas? —dijo Bob. La calavera se giró en la mesa y se inclinó hacia arriba para mirarme—. ¿Y dices que la entidad ya no te responde?

—No. Y siempre aparecía en cuanto la llamaba.

—Ummm, interesante —opinó Bob.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Bueno, por lo que me has contado, el ataque psíquico que la entidad bloqueó para ayudarte fue bastante severo.

Sentí un escalofrío al recordarlo.

—Sí.

—Y el proceso que utilizó para acelerar tu cerebro y el escudo fue igualmente traumático.

—Cierto. Me dijo que podría causarme daños cerebrales.

—Así es —dijo Bob—. Creo que fue así.

—¿Eh?

—¿Ves lo que digo? —me preguntó Bob alegremente—. Ya estás espeso.

—Harry coger martillo —dije—. Aplastar estúpida calavera parlante.

Para ser un tipo sin piernas daba marcha atrás con cierta gracia y rapidez.

—Tranquilo, jefe, no te emociones. No obstante, lo del daño cerebral es cierto.

Fruncí el ceño.

—Explícate, por favor.

—Bueno, ya te expliqué que la entidad en tu cabeza era como una grabación del auténtico Lasciel, ¿recuerdas?

—Sí.

—La grabación estaba escrita en tu cerebro, en zonas que no usas.

—Cierto.

—Creo que ahí es donde está el daño. Quiero decir que, ahora que te miro, tu cabeza está llena de agujeros, jefe.

Parpadeé y me pasé los dedos por la cabellera.

—A mí no me lo parece.

—Eso es porque tu cerebro no siente las heridas. Solo percibe las del resto de tu ser. Pero te digo que hay daños. Creo que ha borrado a la entidad.

—Borrado... ¿Te refieres a que...?

—La ha matado —dijo Bob—. Técnicamente nunca estuvo viva, era una construcción. Digamos que ha sido deconstruida y...

Fruncí el ceño.

—¿Y qué?

—Y te falta un pedazo de ti.

—Estoy seguro de que me hubiera dado cuenta de una cosa así —dije.

—Tu cuerpo no —repuso Bob—. Tu fuerza vital. Tu chi. Tu alma.

—Vaya, espera un momento. ¿Parte de mi alma ha desaparecido?

Bob suspiró.

—La gente se excita mucho cuando escucha esa palabra. Una parte de ti que no es meramente física, sí. Puedes llamarla como quieras. Te falta un poquito, así que tampoco hace falta que te entre el pánico.

—¿Parte de mi alma ha desaparecido y se supone que no debo preocuparme por ello? —pregunté.

—Pasa muchas veces —aseguró Bob—. Compartiste un pedazo con Susan y ella

contigo. Es lo que te protegió de Lara Raith. También intercambiaste un poco con Murphy hace poco, parece que... deben de haberte dado un abrazo o algo. De verdad, Harry, deberías tirártela y acabar de...

Metí la mano debajo de la mesa, cogí un martillo y miré a Bob de pleno.

—Está bien, vale —masculló—. Volvamos al asunto. ¡Ah!, tu alma. Entregas partes de ella todo el tiempo. Algunas se van con la magia. Vuelven a crecer. Relájate, jefe.

—Si no es tan importante —quise saber—, ¿entonces por qué dices que es tan interesante?

—Oh, bueno —dijo Bob—. Es energía, ya sabes. Y me pregunto si tal vez... tal vez... Mira, Harry, había un poco de la energía de Lasciel en ti, apoyando a la entidad y dándote acceso al fuego infernal. Eso se ha desvanecido ya, pero la entidad debía de tener alguna clase de fuente de poder para volverse contra la esencia de su propio creador.

—Entonces, ¿estaba desgastando mi alma como si fuera una especie de batería?

—Eh —dijo Bob—, no te indignes tanto. Tú se la diste. La animaste a tomar sus propias decisiones, a rebelarse, a ejercer la libre voluntad. —Bob sacudió la cabeza—. La libre voluntad es horrible, Harry, créeme. Me alegro de no tenerla. Oh, no, gracias. Pero tú le entregaste a ella un poco. Le diste un nombre. La voluntad vino después.

Permanecí callado un momento.

—Y ella la utilizó para suicidarse.

—Algo así —dijo Bob—. Eligió las zonas de tu cerebro que iban a recibir la peor paliza y detuvo la bala psíquica dirigida a ti. Supongo que es casi lo mismo que elegir su muerte.

—No, no lo es —dije—. No eligió morir. Eligió ser feliz.

—Tal vez por eso lo llaman libre voluntad —dijo Bob—. Dime que al menos diste una vuelta en la noria antes de que la feria se marchara de la ciudad. Es decir, podría haberte hecho ver y sentir cualquier cosa, y... —Bob se detuvo y las luces que tenía por ojos parpadearon—. Eh, Harry, ¿estás llorando?

—No —espeté, y salí del laboratorio.

El apartamento parecía ahora... muy vacío.

Me senté con mi guitarra y traté de ordenar mis pensamientos. Era difícil, sentía una mezcla de rabia, confusión y tristeza. No paraba de decirme a mí mismo que era la resaca emocional del ataque psíquico de Malvora, pero una cosa es repetirse una y otra vez lo mismo y otra bien distinta estar sentado allí sintiéndome fatal.

Comencé a tocar.

Maravillosamente.

No es que fuera una interpretación perfecta. Un ordenador puede hacer lo mismo.

No era una pieza demasiado complicada. Mis dedos no habían recobrado de manera repentina toda su destreza, pero la música cobró vida. Mis manos se movían con una seguridad y una confianza que solo había sentido en contados momentos de unos segundos de duración. Toqué una segunda pieza, luego una tercera, y mi ritmo siempre fue el correcto. Usé nuevos matices, variaciones de acordes que le daban profundidad y color a los temas sencillos que ya sabía tocar: una dulce tristeza a los acordes menores, poder a los mayores, acentuaciones y resoluciones que siempre había oído en mi cabeza pero nunca había podido expresar. Era como si alguien hubiera abierto una puerta en mi cabeza, como si me estuvieran ayudando.

Oí un susurro muy, muy débil, como un eco de la voz de Lash.

Todo lo que puedas, querido anfitrión.

Toqué otro rato antes de dejar de lado mi guitarra.

Entonces llamé al padre Forthill para decirle que viniera a coger el denario ennegrecido en cuanto yo lo sacara del sótano.

Vi a Thomas en el exterior de su apartamento y lo seguí de un lado de la ciudad a otro. Cogió el tren en dirección al Loop y volvió a caminar. Parecía tenso, más pálido de lo normal. Había gastado un montón de energía matando a los necrófagos y sabía que tenía que alimentarse (tal vez por medio de métodos peligrosos) para recuperar la energía perdida.

Lo llamé al día siguiente de la batalla y traté de hablar con él, pero se mostró reticente, lejano. Le dije que estaba preocupado por él después de que hubiera usado tal cantidad de energía. Me colgó. Me cortó otras dos llamadas desde entonces.

Así que, como soy un tipo inteligente y sensible que respeta los sentimientos de su hermano, lo estaba siguiendo para averiguar qué demonios estaba intentando ocultarme con tanto ahínco. Así le ahorra el esfuerzo y el problema de contármelo, ya que lo averiguaría yo solito. Como he dicho, soy un tipo sensible. Y concienzudo. Y tal vez un poco testarudo.

Thomas no estaba siendo demasiado cuidadoso. Hubiera esperado que se moviera por la ciudad con el sigilo de un gato de larga cola en una convención de mecedoras, pero solo caminaba, vestido a la moda con sus oscuros pantalones de *sport*, su camisa roja oscura, las manos en los bolsillos y el pelo ocultando su rostro la mayoría del tiempo.

A pesar de ello, atraía, y mucho, la atención femenina. Era como un anuncio de colonia andante y parlante, salvo que, incluso cuando estaba quieto y en silencio, hacía que las mujeres se volvieran para mirarlo al tiempo que se atusaban el pelo, nerviosas.

Al final entró en Park Tower, en un estiloso y pequeño salón de belleza y café llamado Coiffure Cup. Miré la hora y pensé en seguirlo adentro. Podía ver a unas cuantas personas allí, donde una barra daba la espalda al escaparate frontal. Un par de

chicas bastante guapas preparaban cosas tras el mostrador, pero no vi mucho más.

Encontré un lugar desde donde observar la puerta y espiar sin restricciones, algo más fácil de lo que parece incluso con mi estatura. Entraron dos mujeres cuyo peinado y uñas gritaban «esteticista». El recinto abrió unos minutos después de que Thomas llegara y muchas mujeres de ostentosa clase alta, terriblemente atractivas y en general jóvenes, comenzaron a salir y entrar.

Me encontraba en un dilema. Por una parte, no quería que nadie resultara herido por culpa de que mi hermano se hubiera empleado con tanto empeño para ayudarme. Por otra, no tenía ningún interés especial en entrar y encontrarme a mi hermano dominando a un puñado de mujeres que lo adoraban como a una especie de oscuro dios de la lujuria y las tinieblas.

Me mordí el labio un rato y decidí entrar. Si Thomas... si Thomas se había convertido en la clase de monstruo que eran el resto de miembros de su familia, por lo menos le debía un intento de hacerle entrar en razón. Tal vez obligarlo. Lo que fuera.

Empujé la puerta de Coiffure Cup y, para mi agrado, fui asaltado por el aroma a café de inmediato. Sonaba música tecno, machacona y estúpidamente positiva. La sala contenía algunas mesas y sillas pequeñas y un pequeño podio cercano a las pesadas cortinas. En cuanto entré, una de las jóvenes tras la barra se acercó a mí y me dedicó una sonrisa cafeinada.

—¡Hola! ¿Tiene cita? —me dijo a modo de saludo.

—No —contesté mirando hacia las cortinas—. Eh... Solo necesito hablar con alguien. Un segundo.

—Señor —protestó mientras trataba de interponerse en mi camino. Pero mis piernas eran más largas. Le sonreí y le gané terreno antes de llegar a las cortinas y descorrerlas.

La música tecno subió de volumen justo cuando entré. La habitación trasera olía igual que todos los salones de belleza, a productos químicos de peluquería. Contemplé una docena de cabinas de estilismo, seis a cada lado y todas ocupadas, que acababan en una gran y elaborada plataforma elevada. En la base de aquella plataforma había una estación de pedicura y una joven con una mascarilla de barro, rodajas de pepino y una pose de absoluta relajación estaba sometiéndose a un tratamiento de pies. Al otro lado, otra joven estaba bajo un secador de pelo leyendo una revista, su expresión era grave y relajada, con ese brillo propio que tienen las mujeres cuando les han arreglado el pelo. En la silla principal de la plataforma, un lujoso asiento con lavabo, otra joven con una expresión de absoluto placer estaba reclinada mientras alguien le lavaba el pelo.

Thomas.

Charlaban amigablemente mientras Thomas le enjuagaba el cabello. Ella no

paraba de reír. Thomas se echó hacia delante y le dijo algo al oído. Aunque no pude oír sus palabras, parecía evidente que se trataba de algo «solo para chicas», y la joven se echó a reír de nuevo mientras contestaba de la misma manera.

Entonces mi hermano rió con ella y se dio la vuelta, casi tropezando con una bandeja de... utensilios de belleza, supongo. Regresó con una toalla y, lo juro por Dios, una docena de horquillas en la boca. Le secó el pelo y empezó a colocárselas.

—¡Señor! —protestó la chica del café, que me había seguido hasta allí.

Todo el mundo se detuvo para mirarme. Incluso la mujer de los pepinos en los ojos se quitó una rodaja para poderme ver.

Thomas se quedó congelado. Sus ojos se abrieron como platos. Tragó saliva y las horquillas se le cayeron de la boca.

Las mujeres nos miraban alternativamente, y se produjo un inmediato zumbido de susurros y comentarios en voz baja.

—Tienes que estar de broma —dije.

—Oh... —farfulló Thomas—. Ari.

Una de las estilistas nos miró a ambos.

—Thomas —dijo pronunciándolo con el acento raro de la mujer del contestador que oí en su casa—. ¿Quién es tu amigo?

Amigo. Oh, sí. Me froté el puente de la nariz con una mano. No me iba a escapar de esta. Ni aunque viviera quinientos años.

Thomas y yo nos sentamos a una mesa con sendas tazas de café.

—¿Esto...? —le pregunté sin preámbulos—. ¿Este es tu misterioso trabajo? ¿Esta es la máquina de hacer dinero?

—Primero fui a la escuela de estética —comenzó Thomas. Hablaba con un acento francés tan denso que apenas era inteligible—. Para pagarla, trabajé por las noches de guarda de seguridad en un almacén donde nunca apareció nadie.

Me froté de nuevo la nariz.

—Y luego... esto. Yo pensando que habías montado tu propio harén de esclavas mientras trabajabas de asesino contratado o algo, y... ¿estabas lavando cabezas?

Me resultaba muy difícil hablar en voz baja, pero hice el esfuerzo; había demasiados oídos en aquel lugar.

Thomas suspiró.

—Bueno. Sí. Lavo, corto, estilizo, tiño. Lo hago todo, nene.

—Apuesto a que sí. —Entonces caí—. Es así como te alimentas —dije—. Creía que hacía falta...

—¿Sexo? —me preguntó Thomas. Sacudió la cabeza—. Intimidación, confianza. Y créeme, aparte del sexo, lavarle el pelo y peinar a una mujer es lo más íntimo que puedes hacerle.

—Pero te alimentas de ellas —dije.

—No es lo mismo, Harry. No es tan peligroso, supongo que es como... dar un sorbo en vez de morder. No puedo coger mucho ni muy rápido. Pero estoy aquí todo el día... —Le recorrió un escalofrío—. Se va sumando. —Abrió los ojos y me miró—. Y no hay posibilidad de que pierda el control. Están a salvo. —Encogió un hombro—. Disfrutan con ello.

Vi a la mujer que estaba bajo el secador de pelo levantarse de su silla, sonreírle a Thomas y coger una taza de café al salir.

Thomas la observó marcharse con su habitual mirada de posesión y orgullo.

—Lo disfrutan mucho. —Me dedicó una de sus breves y rápidas sonrisas—. Imagino que muchos novios y maridos también lo acaban disfrutando.

—Pero son adictas a esto, me imagino.

Se volvió a encoger de hombros.

—Algunas. Tal vez. Trato de no centrarme demasiado en nadie. No es una solución perfecta...

—Pero es la que te queda —dije, y fruncí el ceño—. ¿Qué pasa cuando tratas de lavarle el pelo a alguien y resulta que está enamorada y, por lo tanto, protegida?

—El amor verdadero no es tan común como crees —dijo Thomas—. Especialmente entre personas tan ricas como para poder pagarme estas cantidades o tan superficiales como para pensar que es un dinero bien gastado.

—Pero ¿qué pasa cuando se presenta esa ocasión?

—Por eso tengo tanta ayuda contratada, tío. Sé lo que hago.

Sacudí la cabeza.

—Todo este tiempo y... —Gruñí y sorbí algo de café. Era increíble. Suave, rico, lo justo de dulce, y probablemente costaba más que un menú en un restaurante de comida rápida.

—Todas creen que soy tu amante, ¿verdad?

—Es un salón de clase alta, Harry. Nadie espera que un hombre en un sitio así sea heterosexual.

—¿Y el acento, *Toumes*?

Sonrió.

—Nadie le pagaría tanto a un estilista americano, por favor. —Se encogió de hombros—. Es absurdo y superficial, pero es así. —Miró a su alrededor, de repente consciente de algo. Bajó la voz y perdió el acento—. Oye, sé que es mucho pedir...

Me esforcé para no reírme de él, pero conseguí mirarlo con dureza y suspirar.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Parecía aliviado.

—*Merci*.

—Eh —dije—, ¿puedes pasarte esta noche por mi casa después del trabajo? Estoy montando algo que podría ser de ayuda si alguien intenta algo parecido a lo que

hicieron esos pirados de la Corte Blanca. Pensé que tal vez querrías participar.

—Oh, sí. Sí, podemos hablar sobre ello.

Sorbí un poco de café.

—Tal vez Justine también pueda ayudar. Podría ser una manera de sacarla, si quieres hacerlo.

—¿Estás de broma? —preguntó Thomas—. Ha estado un año trabajando para acercarse a Lara.

Parpadeé sorprendido.

—Demonios, creía que actuaba de manera extraña —dije—. Parecía pillada, como una idiota fiestera, pero es cierto que un par de veces cambió sus formas. Pensé que era... bueno, una rareza.

Sacudí la cabeza.

—Me ha estado consiguiendo información. Nada importante de momento.

—¿Lo sabe Lara?

Thomas sacudió la cabeza.

—No lo ha averiguado todavía. Por lo que respecta a Lara, Justine es un cervatillo indefenso más. —Levantó la vista—. Lo hablé con ella. Quiere quedarse. La mayoría del tiempo es la ayudante de Lara.

Expulsé aire lentamente. Maldita sea. Si Justine se quedaba allí y estaba dispuesta a informar de lo que sabía... la información conseguida a ese nivel podría cambiar por completo el curso de la guerra, ya que, aunque la propuesta de paz de la Corte Blanca saliera adelante, solo significaría un cambio en el enfoque y la estrategia. Los vampiros no iban a ceder.

—Es peligroso —apunté con cautela.

—Quiere hacerlo —me aseguró.

Sacudí la cabeza.

—Supongo que has estado en contacto con Lara.

—Por supuesto —dijo Thomas—. Gracias a mi reciente heroísmo en defensa del rey Blanco, ahora tengo el favor de la Corte. —Su voz se tornó seca—. El hijo pródigo ha regresado a casa y lo han recibido con los brazos abiertos.

—¿En serio?

—Bueno —lo arregló Thomas—, tal vez con brazos reticentes e irritados. Lara está cabreada por lo de La Fosa.

—Supongo que las bombas no le hicieron mucho bien.

Thomas me enseñó los dientes.

—Se derrumbó entera. Hay un enorme agujero en el suelo, la fontanería de la mansión está destrozada y los cimientos se han resentido. Va a costar una fortuna arreglarla.

—Pobre Lara... —suspiré—. Se acabaron los lugares ideales para deshacerse de

cadáveres.

Se echó a reír.

—Es agradable verla angustiada. Normalmente está muy segura de sí misma.

—Tengo un don.

Asintió.

—Lo tienes.

Nos quedamos allí sentados unos minutos.

—Thomas —dije al fin, haciendo un gesto hacia la sala—, ¿por qué no me lo contaste?

Se encogió de hombros y bajó la vista.

—Al principio, porque era humillante. Ya sabes... trabajar por las noches para pagar una escuela de estética. Empezar mi negocio y hacerme pasar por... —Se señaló a sí mismo agitando la mano—. Pensé... no lo sé. Pensé que no lo aprobarías o... o que te reirías de mí o algo.

No cambié de expresión.

—No. Nunca.

—Y después... bueno, mantuve el secreto. No quería que pensaras que no confío en ti.

Gruñí.

—En otras palabras, no confiabas en mí, en que lo comprendiera.

Sus mejillas se tornaron levemente rosadas.

—Supongo, sí. Lo siento.

—No te preocupes.

Cerró los ojos y asintió.

—Gracias, Harry.

Le puse la mano en el hombro durante un segundo y luego la aparté. No hacía falta decir nada.

Thomas me miró suspicaz.

—Ahora te vas a reír de mí.

—Puedo esperar a que te des la vuelta, si quieres.

Me sonrió de nuevo.

—Está bien. Dejé de importarme cuando me alimenté de manera continuada durante unas pocas semanas. Es agradable no estar siempre muriéndome de hambre. Ríete todo lo que quieras.

Eché un vistazo a aquel lugar durante un rato más. Las chicas del café estaban hablando entre ellas, era evidente que sobre nosotros, si es que las miradas fugaces o las sonrisitas eran una indicación de ello.

No pude evitarlo y me eché a reír a carcajadas.

Y me sentí bien.